



HOMBRES Y ESTRUCTURAS DE LA EDAD MEDIA

La obra de Georges Duby está consagrada fundamentalmente al estudio de las sociedades medievales de Europa occidental, proponiéndose una tarea de "reconstrucción" histórica global, a través de las condiciones demográficas, tecnológicas y ecológicas, a través de las actitudes mentales y de todos los aspectos de la civilización material.

Los trabajos reunidos en este volumen pueden agruparse bajo tres epígrafes. En primer término los que se ocupan de diversos aspectos de la historia social de la nobleza. En segundo lugar los que giran en torno al estudio de sus mentalidades. Por último, los que representan una historia económico-social de los grandes señoríos rurales. Los dos primeros epígrafes están íntimamente conectados entre sí, y mostrar la relación existente entre ellos es la preocupación permanente del autor. Los dos últimos estudios presentados tienen, por otra parte, un carácter acentuadamente metodológico. Siendo además los de más reciente fecha de redacción, proporcionan una base para aproximarnos a la comprensión del método y la ideología del autor.



Georges Duby

HOMBRES Y ESTRUCTURAS DE LA EDAD MEDIA

ePub r1.0

Titivillus 11.06.2023

Título original: *Hommes et structures du moyen âge*
Georges Duby, 1973
Traducción: Arturo Roberto Firpo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







INDICE

PROLOGO

Los trabajos que se reúnen en este libro fueron escritos a lo largo de muchos años. El primero data de 1958, el último de 1971.

No tienen una unidad temática pero pueden agruparse bajo tres epígrafes: en uno se estudian diferentes aspectos de la historia social de la nobleza, de la franca especialmente; en otro, los de sus mentalidades; el tercero está dedicado a la historia económico-social de los grandes señoríos rurales.

Los dos primeros están íntimamente conectados. Mostrar la relación entre ambos es, a nuestro parecer, la preocupación permanente del autor.

Dos de los estudios presentados tienen, además, un carácter acentuadamente metodológico. En ellos expone G. Duby su concepción histórica. Como son, además, los más recientes, nos proporcionan una base segura para acercarnos a la comprensión, de su método y de su ideología.

Es verdad que a través de un conjunto de artículos resulta más difícil comprender la concepción histórica de un autor que en una obra monotemática, en la que ya su misma arquitectura resulta orientadora. Pero en compensación, los breves estudios monográficos permiten apreciar el «trabajo de laboratorio» del historiador, seguir la trama menuda del análisis y, al mismo tiempo, los cambios, la evolución de su pensamiento creador. Georges Duby es un autor prolífico, su obra tiene la firme apoyatura de un importante, sólido y extenso trabajo monográfico: *La société aux XI*e *et XII*e *siècles dans la région mâconnaise* (1953). Otro gran jalón de su labor es esa obra de síntesis (síntesis creadora):

L'Economie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médieval (1963). Nuevos libros han seguido a éste: *Guerriers et paysans* (1973)[*] y *Le dimanche de Bouvines* (1973) se cuentan entre los últimos.

Para la breve presentación que sigue hemos tratado de circunscribirnos al contenido de los artículos que componen el libro. Hemos optado por este sistema porque consideramos que tiene interés perseguir desde su gestación misma (cosa que siempre se ve mejor en los artículos breves, «de laboratorio») las categorías de análisis del autor y su evolución. Es decir, hemos querido deshilvanar, a partir de un material concreto, la dinámica de su pensamiento conceptual.

En segundo término nos hemos permitido presentar nuestra «lectura» de la obra. Lectura en la que nada se pretende corregir o enmendar y que sólo nos atrevemos a calificar de «atenta» y «reflexiva». Lo sabemos: una obra tan rica como la presente permite «muchas lecturas»; al proponer la nuestra incitamos al lector a proponer la «suya». Para nuestra lectura partimos de un conocimiento exhaustivo de la obra de G. Duby, de un enorme respeto por ella y de un modesto bagaje de medievalista.

Hilando categorías de análisis

Lo que llama poderosamente la atención al analizar la obra de G. Duby es la dinámica de su pensamiento, es decir, la evolución de sus supuestos metodológicos. Van éstos afinándose y adquiriendo complejidad a lo largo de su obra, así como se multiplican y amplían los temas hacia los cuales dirige su interés.

Estamos, pues, frente a un historiador abierto a las ideas de su tiempo, dispuesto a recibir, a través de la lente lúcida y aguda de un verdadero científico, las contribuciones conceptuales que la historiografía más seria va demostrando como rigurosas y como absolutamente válidas.

G. Duby señala él mismo las bases de la historiografía a partir de la cual comenzó sus investigaciones, las aportaciones que sus maestros, colegas y él mismo fueron sumando —y lo siguen haciendo— al quehacer histórico. Fue Marc Bloch quien abrió el camino hacia el estudio de la historia agraria, quien despertó el interés por «las cosas de la tierra», en tanto que la historia medieval estaba, hasta entonces, centrada en el estudio de la economía urbana y comercial. Con su preocupación por la historia agraria, por la historia rural, Marc Bloch destacó como fundamental el lazo entre la historia social y la geografía humana. A partir de su obra dos vías quedaron abiertas: la de la historia comparada, es decir, la que tendía al trazado de una tipología de las sociedades medievales, y la del utillaje mental.

Desde estos caminos, siguiendo ambos alternativamente o entrecruzándolos, ha venido desarrollando Duby su obra histórica.

En 1958 se plantea una problemática: la de las mentalidades. A ella dedicará varias investigaciones.

Por entonces se pregunta: ¿qué es el feudalismo? A lo que responde: es una mentalidad medieval. Amplía la respuesta en el siguiente párrafo: El feudalismo, ¿no es ante todo un estado de espíritu, ese complejo psicológico formado en el pequeño mundo de los guerreros que llegaron, poco a poco, a ser nobles? Es ante todo conciencia de la superioridad de un estado caracterizado por la especialización militar y que supone el respeto por ciertas consignas morales, la práctica de ciertas virtudes. Es la idea de que el conjunto de las relaciones sociales se organiza en función de los grupos de combate; noción de homenaje y de dependencia personal, elevadas a un primer plano que sustituyen a todas las formas anteriores de dependencia política.

En el mismo artículo (el primero de los aquí publicados) termina afirmando que: *el feudalismo es ante todo un estado de espíritu*[*]. Afirmación ciertamente sorprendente, seguramente arriesgada,

fruto de la pasión del historiador que ve ante sí un campo nuevo hacia el que dirigir su inteligencia y su erudición.

Por entonces conceptos tales como: historia de las mentalidades, actitudes mentales, psicología colectiva, etc., no aparecen definidos con rigor —tampoco hoy lo están—, pero la experiencia historiográfica ha demostrado, viene demostrando, que sólo a través del campo experiencial se van perfilando con exactitud las herramientas de trabajo, los conceptos, los métodos.

Por esos mismos años otros investigadores mostraban las mismas vacilaciones conceptuales. Cuando leíamos un capítulo de una importante obra titulado: *Mentalidades, sensibilidades, actitudes*, nos hemos preguntado más de una vez: ¿acaso «las mentalidades» son distintas de las «Sensibilidades»?; ¿quedan éstas incluidas en aquéllas? Y las actitudes, ¿no son la «expresión» de las «mentalidades», las formas expresivas, evidentes, a través de las cuales puede deshilvanarse ese todo indefinido que son las «mentalidades»?

Es por esto —nos atrevemos a afirmarlo— por lo que G. Duby, en 1972, reflexiona diciendo que: de manera lenta y vacilante se ha ido afirmando en los últimos años esta historia que se ha llamado, *puede que impropiamente*, historia de las mentalidades, a la que han confluido, proporcionando valiosas aportaciones, la antropología social, la psicología social, la lingüística.

Mientras que Jacques Le Goff, codirector de una voluminosa e importante obra: *Faire de l'histoire. Nouveaux problèmes* (1974), obra en la que se pretende «ilustrar y promover un tipo nuevo de historia», titula un artículo del que es autor: «Las mentalidades: una historia ambigua».

Luego de leer esta valiosa *misse au point* pensamos que, efectivamente, la historia de las mentalidades continúa siendo ambigua. Y en realidad no puede ser de otra manera, dado que —dejando a un lado la oportunidad de su denominación— esta his-

toria se viene enriqueciendo por vías nuevas, insospechadas hace unas décadas. Ya lo señala G. Duby cuando dice que: las vías abiertas en la actualidad por la concurrencia de la arqueología de la vida material, la lingüística, la antropología, etc., permiten ampliar la reconstrucción histórica en aspectos hasta ahora inalcanzables para el historiador limitado a las fuentes documentales.

Pensamos que todavía quedan en pie preguntas fundamentales como: ¿Cuáles son los límites que separan lo mental de lo «social»? ¿Existen mentalidades «colectivas»? El término «colectivo», ¿no habría que pensarlo en función de una clase social, aun de un estamento y no de una sociedad entera? No se ha corrido hasta ahora el riesgo de adjudicar a una clase social, la sumergida y dominada, una «mentalidad» que en realidad le fue impuesta por la clase dominante, pero que no sabemos —y quizá nunca lo sabremos suficientemente— hasta qué punto fue aceptada, recibida, rechazada, reelaborada, etc., por ella.

El camino comienza, por fortuna, a desbrozarse. El libro de E. Le Roy Ladurie sobre Montaillou, una aldea occitana (1294-1324), enlaza el método histórico con el etnográfico y logra una reconstrucción integral de la «vida» de esos campesinos-pastores occitanos.

De todas maneras, al menos por el momento, es sobre las «actitudes mentales» de los grupos de poder, de la clase dominante, de los creadores de las ideologías que proporcionan la base de sustentación y de justificación del sistema social, sobre las que ha podido avanzar con mayor seguridad la investigación histórica. La obra de Duby es su más acabada prueba.

En 1970 nuestro historiador fija su posición respecto a la importancia de fenómenos que son del dominio de la cultura y de la ideología (los que, por ejemplo, dependen del ritual, la forma en que una sociedad toma conciencia de ella, los sistemas de referencia que respeta, el vocabulario que emplea, etc.) y advierte

que una sociedad depende tanto de éstos como del sistema de producción, de la forma en que se reparten las riquezas entre los grupos, los estratos y las clases. Agrega que estos fenómenos culturales e ideológicos se relacionan estrechamente con las estructuras económicas pero sin seguir con ellas una estrecha sincronía.

Afirma luego que los modelos culturales *determinan* las relaciones sociales tan imperiosamente como la desigual repartición de la riqueza. En 1972, en cambio, llama la atención sobre el peligro que corren ciertos historiadores de la psicología colectiva (o de las mentalidades) cuando tienen tendencia a separar lo espiritual de lo temporal y a atribuir a las estructuras mentales una autonomía demasiado amplia con relación *a las estructuras materiales que las determinan*.

Notamos una contradicción entre la afirmación de 1970: los modelos culturales determinan tanto como la desigual repartición de la riqueza, y la afirmación de 1972 respecto a la determinación de las estructuras materiales. Por ser esta afirmación más tardía, la entendemos como un paso dado por nuestro autor en el ordenamiento de las categorías de análisis y en el de las articulaciones.

En el párrafo de 1970, G. Duby señala con toda razón el problema de las diacronías de lo que nosotros llamamos las instancias. Delicado problema que ha sido, hasta ahora, poco estudiado tanto teórica como experimentalmente. Entendemos que el problema de las diacronías queda relacionado íntimamente y, sobre todo, comprendido en uno más amplio: el de la articulación de las instancias.

Sabemos lo difícil que es desembrozar el problema de la articulación de la estructura y de la superestructura en el sistema feudal, dado que en este sistema las superestructuras política e ideológica se muestran como dominantes. Los propios trabajos del profesor Duby acerca de la organización, dinámica y consoli-

dación de la clase feudal detentadora del poder económico, social y político y su interrelación con el contenido de sus modelos culturales, muestran con toda claridad, al lector atento, la especial conjunción, la fuerte imbricación de las instancias y el fuerte peso de lo político ideológico en la estructuración del sistema. De allí la dificultad de discernirlos, de estudiarlos por separado.

Este peso no logra ocultar, a juicio de muchos historiadores —entre los que nos incluimos—, la determinación de la estructura socio-económica.

A lo largo de toda su obra, G. Duby se queja de la frecuencia con que todavía hoy se coloca a la «historia social» como «apéndice, como la pariente pobre de la historia económica».

Tiene razón cuando lanza esa queja. El economicismo, especialmente el cuantitativista, ha dejado de lado al hombre en sociedad. Los ejemplos son demasiado conocidos para citarlos.

Separar la «historia económica» de la «historia social» es una forma de escamotear una realidad histórica incontestable: la de la explotación de unos hombres por otros.

Pero también reivindicar una «historia social» con el objeto de aislarla de un «economismo-mecanicista» conduce al mismo juego de escamoteo, pero al revés.

Dado que: ¿Existen hechos económicos que no sean sociales? ¿Existen hechos económicos que no sean realizados por el hombre en sociedad? El hombre como ser genérico, como ser social, ha establecido desde un comienzo relaciones sociales de producción, aun al apropiarse directamente de la naturaleza. Y en los distintos sistemas sociales que se fueron formando a lo largo del tiempo la relación fundamental punto de partida de la organización social estuvo representada por la articulación lógica y mutuamente condicionada de un determinado tipo de relaciones de producción y un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas

productivas. Dada esta articulación fundamental, las superestructuras política e ideológica se articulan, a su vez, con ella.

Entendida en esta complejidad es como puede reivindicarse una Historia Social, una historia social comprehensiva de todas «las historias», una historia social que es síntesis.

Así lo considera la propuesta final de G. Duby: la historia social es, de hecho, toda la historia. El hombre en sociedad constituye el objeto final de la investigación de toda la historia en la que él es el principio primero. Porque la sociedad es un cuerpo en el que intervienen, sin que sea posible disociarlos, sino en razón de su análisis, los factores económicos, los políticos y los mentales.

Es a partir de todas las fuentes posibles como la historia debe, a causa de la necesidad de la investigación, considerar los diversos fenómenos en diferentes niveles de análisis. Sin olvidar que su vocación es la síntesis. Por ello es necesario restablecer el juego de las partes, mostrar las correlaciones exactas entre las diversas fuerzas en acción. De allí el segundo principio enunciado por Duby: es necesario empeñarse en esclarecer, en el seno de una totalidad, cuáles son las verdaderas articulaciones.

La investigación de las articulaciones hace aparecer desde el principio a cada una de las fuerzas en acción como dependiente del movimiento de todas las otras, pero se halla, sin embargo, animada por un arranque que le es propio. Cada una de ellas, si bien incluida en un sistema de indisociable coherencia, se desarrolla en una duración relativamente autónoma.

Esta complejidad del tiempo social lo lleva a introducir en el método las exigencias de un último principio: La necesidad de analizar, con la mayor minuciosidad, la interacción de las resistencias y las pulsiones entrecruzadas, las aparentes rupturas que provoca, las contradicciones que aviva, la necesidad de disipar en cada momento que el historiador observa la ilusión de una dia-

cronía. Porque, sólo discerniendo en el seno de una globalidad las articulaciones y discordancias, resulta posible intentar construir una historia de las sociedades medievales.

La lectura

Como ya dijimos, parte de los artículos publicados en este libro tienen una unidad temática. Unidad compleja, multifacética. Unidad que se va construyendo en un largo y minucioso enhebrar de ideas y deducciones y que se va apoyando en una sagaz y prolija selección de las fuentes.

Diríamos que la cuestión nodal de este conjunto de trabajos, a la que se va llegando por aproximaciones y a través de múltiples caminos, es la de llegar a enlazar un problema de historia social con su correspondiente de historia de las mentalidades.

El problema de historia social está en estos trabajos enmarcado, limitado, dentro de los siguientes tópicos: consolidación del poder señorial, ensanchamiento de la clase nobiliaria por la incorporación a ella de un nuevo estamento: los mílites, nuevo ordenamiento de la clase, así ampliada, en dos estamentos principales con exclusión de un tercero, el de los castellanos, situado en principio entre ambos, posterior rigidez en cuanto a las posibilidades de acceso a la clase y de ascenso dentro de ella.

Se estudian entonces fenómenos de apertura, retracción y movilidad de la clase feudal, muy especialmente del sector laico de dicha clase. Dentro de este cuadro el historiador presta particular atención a la dinámica histórica del estamento inferior: el de los mílites. Su derrotero es el siguiente: en principio constituyen grupos de servidumbre militar, pertenecientes a los señores, es decir, que forman clientelas serviles dedicadas a la guerra feudal. Pasan luego a ser libres, desde el punto de vista jurídico, tienen mayor poder económico, mayor consideración social. Finalmente son incorporados a la clase de poder (procesos cumplidos entre fines del siglo X y fines del XI para Francia). Estos fenómenos de

ensanchamiento por la base y movilidad social tienen un límite, el siglo XIII: por entonces la clase se cierra, acentúa su rigidez.

Los resultados generales de esta dinámica se reflejan en la existencia de una clase prácticamente biestamental y al mismo tiempo muy jerarquizada, en la que los estamentos inferiores están ligados al superior por obligaciones de homenaje feudal y servicio militar. Como puede verse, este proceso se realiza sin que se altere la condición que es inherente a la sociedad feudal: la de servicio. Servicio de caballería, servicio de armas, vinculación personal de cada mílite con un noble.

La importancia creciente de esta función se manifiesta, además, a través de un cambio jurídico político: el otorgamiento a los mílites de la condición de libres —en el sentido de ser eximidos del peso de la fiscalidad—. Esta «condición» de libres permite su paso a la calidad de nobles. Este proceso se cumple en varias regiones de Francia, Alemania y Lotaringia durante el siglo XII.

La incorporación de los mílites a la clase nobiliaria es apoyada por la Iglesia, quien elabora por entonces el concepto de Militiae Christi. Este concepto eclesiástico —medieval y antievangélico — cumple varias funciones a la vez: por un lado ayuda a la promoción del mencionado grupo social, enalteciendo su función militar, y al mismo tiempo legitima dicha función al unirla, dedicarla, a la defensa de Dios y de la Iglesia.

Al enaltecer la idea de servicio consagrándola al servicio de Dios mismo, la Iglesia disimula el origen servil o doméstico de los promovidos y conserva —lo que fundamentalmente importa — su dependencia. La Iglesia no contribuye a esta promoción sin beneficiarse. A través de esta justificación ideológica la Iglesia avanza en la captación a su favor de parte del poder laico, una de cuyas culminaciones será la formación de las Ordenes Militares.

Referido a todo este proceso de movilidad social y su justificación ideológica —Duby compone el cuadro apoyándose en

sus propios estudios regionales y en los de otros investigadores — quedan dos preguntas flotando en la mente: ¿cómo se fueron formando estas huestes domésticas?; ¿cómo y en qué medida fueron diferenciando su estatus del campesinado dependiente? Porque resulta evidente —pero no estudiado— que cuando logran su ingreso a la clase superior estaba ya cumplida una parte del proceso de diferenciación.

La segunda pregunta que nos formulamos es si resulta suficiente para explicar el doble proceso que se describe en esta obra (el de la concentración del poder político y militar en manos de la alta nobleza condal y el de la incorporación de los mílites a la clase de poder), dar como razón el debilitamiento del poder político militar de los reyes que posibilitó la parcialización de ese poder en manos de los grandes nobles.

Pensamos que la ampliación de la clase de poder estuvo conectada directamente con las modificaciones de la estructura económico-social, que tuvieron lugar a partir de fines del siglo X, o a principios del siglo XI. Estas modificaciones —que algunos historiadores se han atrevido a calificar de revolucionarias— permitieron una expansión económica, ecológica, demográfica, etc., y estuvieron acompañadas por una diversificación de la producción, una mayor división social del trabajo y una modificación de las técnicas productivas. El mismo proceso de expansión hizo necesaria y posible una mayor y mejor organizada base de sustentación del poder político-militar. Así se fue plasmando ese poder siguiendo dos caminos lógicamente coordinados: aumentando el número de miembros de la clase necesarios para mantener el aparato político militar y el control de las estructuras productivas y, al mismo tiempo, concentrando el poder en manos de los grandes señores, laicos y eclesiásticos, verdaderos dirigentes —y usufructuarios— del sistema.

Para que este último movimiento mencionado, el de concentración del poder en el estamento superior de la nobleza, pueda

realizarse, dicho estamento tiende a cerrar sus cuadros y a jerarquizarse internamente. Una de las formas de así hacerlo es la de organizarse en linajes, transformar los vínculos familiares en vínculos ordenados y jerarquizados de manera tal que permitan la conservación y la transmisión del poder. Con maestría de gran historiador, Duby enlaza tres aspectos fundamentales atinentes a las nuevas formas de organización de las grandes familias feudales.

El poder sólo podía llegar a ser efectivo si se podía legar, si podía heredarse sin cambiar realmente de manos, de conducción, si quedaba radicado en un lugar, centralizado en una familia. Había que heredar el poder; por ello fue necesario establecer las leyes de heredabilidad de una manera más clara y diferente de las que regían hasta entonces; fue necesario crear los linajes patrilineales, reestructurar por lo tanto los vínculos de parentesco, establecer la primogenitura. A partir de la división del poder político-militar y de la importancia que para sostener la nueva forma de poder va cobrando la caballería dependiente y ennoblecida, se va perfilando una sutil conexión entre las condiciones de ennoblecimiento, de heredabilidad y la formación de linajes estructurados sobre filiación patrilineal.

Quedará así ligado el feudalismo a estructuras de parentesco patrilineales y al derecho de primogenitura. El abandono —progresivo y hasta ahora muy difícil de fechar— de las filiaciones matrilineales pasará a ser un signo importante de la consolidación del sistema feudal. A una clase social fuertemente jerarquizada corresponde también una estructura familiar interna igualmente jerarquizada. La consecuencia primera es que los hijos varones menores quedarán sujetos al primogénito heredero.

La jerarquización interna de las familias señoriales obliga a una reubicación funcional de los hermanos varones menores, que no son herederos, en el seno del estamento al que pertenecen por derecho de nacimiento. Quedarán sujetos a prestar ser-

vicio de armas —no hubiera sido legítimo apartarse de la función militar, excepción hecha de la eclesiástica— al titular del señorío. Sólo quedaban para ellos, como oportunidades de hacer fortuna, además de la carrera eclesiástica, un eventual matrimonio con alguna rica heredera (heredera también por azar) o ser protagonista de algún afortunado hecho de guerra o hazaña militar.

Así se crea la «juventus» (a la que dedica nuestro historiador uno de sus más brillantes estudios) o la juventud errante, galana, pendenciera, cortesana, formada por segundones nobles desplazados del poder por la jerarquización familiar y por la estructuración del sistema político feudal.

«Juventus» formada por jóvenes condenados a seguirlo siendo aún después de pasada su juventud biológica —ya que esta juventus es ante todo una función social y no una edad del hombre —. Elegirán muchas veces el camino de la rebeldía y la marginación. Tratarán de escapar del sistema, de abrirse camino hacia el poder con la espada y la lanza, buscando una heroicidad que casi siempre quedaba en el campo de la fantasía y no en el de la realidad.

Estamos aquí frente a una verdadera forma de *articulación de las instancias*, dinámica, dialéctica, compleja. Ante los cambios de la estructura socioeconómica se producen cambios en la estructura familiar destinados a dar una «respuesta política» a la nueva situación. Estos cambios desplazan del poder directo —y parcialmente de la riqueza— a los hijos menores (éstos siguen perteneciendo a la clase privilegiada, participan de sus «formas de vida», pero no son dirigentes). Sin embargo, esta especie de «desplazamiento interno» que sufren los «jóvenes» es ocultada, velada, por la ideología del sistema. Esta, lejos de menospreciar a los «segundones», desposeídos de la herencia y alejados del poder, los exalta por medio de una literatura, de un arte dedicado y cultivado para ellos. Sus hazañas, fabulosas o reales, sus aventuras galantes, sus

grandes amores (generalmente extramatrimoniales), fueron largamente cantados en las «Cortes de amor».

La Iglesia, muy interesada en atraer hacia su causa a esta juventud noble, ociosa y combativa, contribuyó al desarrollo de los contenidos de esta ideología, exaltando la figura del «miles peregrinus», del caballero andante dedicado al servicio de Dios.

Desde este doble punto de partida se fueron creando códigos diferenciadores, adaptados a las funciones de esta «juventus», para esa peculiar «edad social», códigos que fueron perfilando un estilo de vida, que normalizaron «libros de maneras» y que tuvieron su más acabada expresión en las ceremonias de armar caballeros. Ceremonias que se van complicando con el tiempo, a las que se va transfiriendo un cierto carácter místico.

Este conjunto de códigos terminaron por proporcionar al mundo de los segundones, de las gentes nobles de servicio, una forma de escapismo que encubría su doble carácter de pertinentes y de diferentes.

Dos reflexiones se nos ocurren al respecto. Una de ellas nos lleva a destacar el acentuado carácter escapista del estilo de vida del grupo estudiado, que delata su falta de creatividad, de una «verdadera» creatividad ante la realidad de su desplazamiento social. Como parte de la clase de poder sólo pudo «vivirse», «pensarse», dentro de un molde militar cristiano (cristianismo de la «militia Christi»), que tendió a cerrarse y a repetir, enervándolas, sus mismas formas.

Esta actitud de parte del grupo noble, es el reflejo de la más general y trascendente que caracterizó a toda la nobleza feudal en su relación con la clase productora y con los procesos productivos. Sabido es que la clase feudal fue aumentando a lo largo de los siglos XI-XIII no sólo sus cuadros (por natural crecimiento biológico), sino también sus necesidades de consumo de bienes suntuarios. Ante la multiplicación de sus necesidades, ante la ne-

cesidad de aumentar sus ingresos, encontró un solo camino: aumentar la coacción que ejercía sobre el campesinado productor. Limitación, pues, de su posible capacidad creadora que se articula con las limitaciones del sistema productivo feudal y que conducen, casi inexorablemente, a la crisis general del siglo XIV. Porque, como ya lo ha señalado Maurice Dobb, mientras el señor no pensaba ni *quería* hacer inversiones para mejorar el sistema productivo y los medios de producción, el campesino no *podía* hacerlo debido a su falta de medios.

La otra reflexión se refiere a la ausencia de mención, en el conjunto de estos trabajos, de las influencias burguesas en el estilo de vida y en los crecientes hábitos de consumo de la nobleza. Creemos —sin llegar a los argumentos sin duda exagerados de algunos historiadores que maximizan la influencia de los modelos burgueses en la nobleza— que no puede pasarse por alto en el estudio de la mentalidad noble las influencias que tuvo sobre ella el desarrollo y la mentalidad burguesa.

La actividad burguesa proporcionó a la nobleza esos bienes de lujo a los que se hizo tan afecta. Pero también la vida urbana, las costumbres, modas, hábitos, formas de vida de las burguesías, sobre todo las de los grupos «magnaticios» y de los «grossi» de las grandes ciudades italianas, fueron vulgarizados «hacia arriba», es decir, tomados y readaptados según sus propias voliciones por la nobleza ávida de goces.

Fueron seguramente esa burguesía, refinada y consumidora y la Iglesia igualmente amante del lujo y deseosa de participar y consolidarse en el poder, quienes proporcionaron, en parte al menos, las bases de los modelos culturales de la nobleza laica. El refinamiento que hizo posible la producción de bienes burgueses y los hábitos de vida urbana proporcionaron a la nobleza los medios formales para acentuar su diferenciación clasista, mientras la Iglesia dio los argumentos ideológicos para legitimar el poder de la clase.

A la par que se forman históricamente los linajes, que se estructuran sobre líneas patrilineales, con la finalidad de establecer un ordenamiento en la sucesión, etc., el grupo nobiliario desarrolla una nueva imagen de la familia.

Esta imagen, expresada concretamente en el trazado de genealogías, hechas, o mandadas hacer, por un miembro de la familia, tienen como finalidad inmediata transmitir la calidad de noble, justificar la legitimidad y el orden de un linaje, pero al mismo tiempo revelan al historiador aspectos de la psicología de la idea de familia y de sus cambios, los que Duby ha analizado con gran agudeza.

Las genealogías se ordenan según una «memoria familiar»; es decir, avanzan para atrás en el tiempo según los conocimientos de los contemporáneos, haciendo uso de la memoria escrita y de la oral. Revelan cuál es la imagen que puede hacerse un hombre perteneciente a la aristocracia de su parentela, qué lugar tiene la filiación materna respecto a la paterna, a qué cantidad de individuos vivos y muertos se extiende el conocimiento.

El primer rasgo que se observa es la preponderancia de la filiación agnaticia. Se recuerdan muchos más hombres que mujeres. Estas aparecen como agregadas a los linajes. Sin embargo, el tío materno tiene influencia sobre el destino de los hijos varones y protege al sobrino, sin perjuicio de la línea patrilineal.

La memoria se hace firme cuando una familia agnaticia queda fijada a un lugar, a un patrimonio fijo, cuando aparece un cognomen y un patronímico.

La memoria de filiación es desigual, depende del rango de la familia en cuestión. Así los estudios realizados hasta hoy demuestran que la de una familia condal llega hasta el tercer tercio del siglo X, mientras que la de una familia castellana sólo puede

remontarse hasta mediados del siglo XI. Y, cuando la memoria no logra avanzar más hacia atrás, se incorporan a la genealogía antepasados míticos.

El prototipo sobre el cual se elaboran las genealogías es el de las familias reales.

Ambas formas, la mítica y la real, están demostrando la necesidad que tiene la nobleza laica de alcanzar una justificación carismática, y enraizarse así, en el pasado, con héroes, tipos ejemplares, modelos de virtud caballeresca. Obviamente los modelos que se eligen son los vigentes en el momento en que se elaboran las genealogías, corresponden a una ética y a un honor caballerescos contemporáneos, que se proyectan hacia el pasado.

Georges Duby hace hincapié sobre la íntima correlación entre las nuevas estructuras de parentesco y las políticas. La descomposición del poder real posibilitó la consolidación del de la aristocracia con linaje, con raza, con patrimonio fijo y heredable. De allí la necesidad de encontrar, a través de las genealogías, un justificativo dinástico.

Pensamos que además de esta relación genealogía-política, de peso indiscutible, deben de existir otras, íntimamente ligadas a la formación misma de todo el sistema feudal.

Entendiendo al sistema feudal como una formación económico-social puede formularse la hipótesis de que la memoria colectiva del sistema sólo pudo remontarse hasta la época de formación del sistema mismo, tanto en lo referente a sus formas políticas cuanto a sus estructuras económico-sociales. Y que esa memoria se alarga hacia atrás y adquiere complejidad —al hacer artificialmente complejo el pasado— en tanto la sociedad presente ensancha sus cuadros, se estratifica, aumenta su zona de influencia, pluraliza sus formas de coacción, etc.

Por esto mismo pensamos que los cambios operados en la conciencia colectiva de la clase nobiliaria —ya que no hay datos que

permitan afirmar que estos cambios se hayan operado en el conjunto de la sociedad— conllevan un cambio en la noción temporal, en la idea del tiempo. La percepción de la familia «horizontal», es decir, la de los vivos, con poca memoria de los muertos, la no diferenciación entre consanguíneos y próximos refleja la organización social de los «primus inter pares» en la que la fortuna depende del individuo que actúa en el seno de una comunidad y sigue la suerte de ésta. Es también la percepción de un tiempo corto, ajustado casi a la vida de un hombre y de sus contemporáneos estrictos, ligada a un tipo de estructura productiva, a un tipo de poder político, a una ideología correspondiente a la etapa de la formación del feudalismo.

En cambio el afianzamiento del sistema feudal en todas sus instancias trajo consigo una percepción «madura» del tiempo. La memoria vertical y la horizontal se alargaron y ensancharon, se cambió la manera de «pensarse a sí mismo». Pensarse a lo largo y a la ancho, ampliando las líneas de filiación y de parentesco; significó incorporar una forma de percepción mediata de sí mismo que se sumó a la inmediata.

Este cambio de la noción temporal, de la percepción del yo, de la idea de continuidad, acompañó forzosamente a los cambios «reales» introducidos en el sistema de filiación, que fueron, como se ha visto, exigencias concretas de la nueva estructura sociopolítica.

Podríamos seguir comentando largamente una obra tan rica como ésta, pero preferimos dejar al lector en contacto directo con nuestro historiador.

REYNA PASTOR

Madrid, 1976

1. ¿EL FEUDALISMO, UNA MENTALIDAD MEDIEVAL?[*]

¿Qué es el feudalismo? La útil síntesis de derecho feudovasallático escrita en 1914 por F. L. Ganshof otorga a esta pregunta, desde el punto de vista de las instituciones jurídicas, una respuesta precisa, simple y de admirable claridad. ¿Podemos reprocharle su simplicidad? Las reglas que establecen las relaciones de hombre a hombre, las costumbres no escritas, transmitidas oralmente y sujetas a ceremonias rituales, a fórmulas, a palabras cuyo sentido, variable en el espacio y en el tiempo, es difícil de descubrir bajo el disfraz latino con el que aparecen en las cartas, jamás tuvieron sin duda este rigor cartesiano. Pero el irremplazable mérito de este pequeño y denso libro, que abunda en textos perfectamente comentados, es el de ofrecer al principiante la mejor de las guías y al especialista un instrumento de referencia de probada garantía y de absoluta lealtad. Una tercera edición acaba de aparecer[1]. Esta es aún más elegante: cuatro bellas láminas reproducen algunas imágenes que ilustran los principales actos jurídicos de la feudalidad: el homenaje, el juramento, la investidura, la asamblea. Posee un valioso índice de términos técnicos. Por último, presenta notables añadidos. El autor ha ampliado en particular el espacio consagrado al vocabulario, y las investigaciones que ha realizado para reconocer la aparición y la difusión de términos como feudo, honor, homenaje, lo han conducido a utilizar fundamentalmente documentos de la Francia meridional. Es en efecto en Aquitania donde se observan por primera vez las innovaciones lingüísticas. Este hecho merece ser destacado: obedece sin duda a un uso generalizado más temprano de la escritura,

una mayor libertad de los escribas frente al latín clásico, ya que se trata de una región en la que fue menos prolongado el renacimiento de los estudios gramaticales y menor el abismo entre lengua vulgar y lengua escrita. Esta, al estar menos fijada, fue más susceptible de innovaciones. En todo caso, F.L. Ganshof se ha visto inducido por ello a otorgar un lugar muy importante a la descripción de las formas originales que tienen en la Francia del Mediodía (región largamente olvidada por los estudios medievales) las instituciones feudovasalláticas, como aquel feudo sin servicio que se denominaba feudo franco, hace tiempo estudiado de cerca por Hubert Richardot. La descripción de las particularidades regionales constituye el mejor aporte de este manual.

En realidad, en la historia del feudalismo permanecen abiertos a la investigación aún dos grandes dominios. En primer lugar, el estudio de las formas tardías de los lazos feudales. El origen y el desarrollo de estas relaciones han sido observados detalladamente; pero ¿qué subsiste de ellas en los siglos XIV o XV, y aún más tarde? ¿En qué se han transformado los lazos de hombre a hombre, las relaciones territoriales entre señores y feudatarios, la jurisdicción feudal? Más preocupados por estudiar las novedades que las permanencias, los historiadores no han otorgado aún a estas cuestiones la suficiente atención. Segundo campo de investigación, casi virgen y que promete ser fecundo: las actitudes mentales. ¿Acaso la «feudalidad» no es ante todo un estado de ánimo, un complejo psicológico formado en el pequeño mundo de los guerreros que poco a poco se han transformado en nobles? En principio, conciencia de la superioridad de un estado caracterizado por la especialización militar, y que supone el respeto a ciertas consignas morales, la práctica de ciertas virtudes; idea conjunta de que las relaciones sociales se organizan en función del compañerismo en el combate; nociones de homenaje, depen-

dencia personal que ocupan un primer plano y que sustituyen a todas las formas anteriores de vinculación política. Esta disposición mental se manifiesta a través de diversos signos: sobre todo a través de gestos rituales y también de palabras. El vocabulario es sin lugar a dudas el más rico documento de que dispone el historiador de la psicología social. Es el más rico, pero el más difícil de explotar, ya que las palabras son envolturas cuyo contenido no es el mismo en los diferentes medios sociales y en las diferentes épocas. Son éstas modificaciones de un interés capital, pero difíciles de detectar, que no se producen en sincronía con los cambios del comportamiento y de las relaciones sociales, sino con un retraso más o menos prolongado, difícilmente mensurable. El lenguaje está fijado por los hábitos que le imprimen toda su inercia, fenómeno más notorio en el caso del lenguaje escrito (el único que tiene a su disposición el historiador), vocabulario de juristas profesionales o de literatos, siempre artificial.

Para utilizar esta fuente, el medievalista no puede prescindir de la ayuda de los técnicos de la semántica. Uno de ellos, K.J. Hollyman, acaba de publicar un estudio muy interesante sobre el desarrollo del vocabulario feudal en Francia durante la Alta Edad Media[2]. Siguiendo los caminos abiertos por Marc Bloch, el autor ha elegido un cierto número de expresiones que se refieren a «la tierra y la propiedad» (este último término es en verdad poco convincente): tierra, honor, feudo, tenencia, servicio; a «las clases inferiores y superiores» (expresiones que también pueden ser criticadas): siervo y villano, doméstico y burgués, señor, vasallo, barón caballero; por último, a «las virtudes y los vicios». A través de numerosos textos se descubren los cambios de sentido que han sufrido estos vocablos hasta el siglo XII. Los resultados de esta investigación son muy importantes. Por ejemplo, muestra que la palabra *senior* había dejado, desde la épo-

ca clásica, de designar solamente al hombre más anciano y había adquirido un sentido netamente político, aplicándose al grupo de los dirigentes; sentido que conservó durante la Alta Edad Media y que se eligió cuando fue necesario dar un nombre particular a los jefes de las compañías vasalláticas, sin que esta noción de patronazgo se encontrara ligada, como podría creerse, a los hábitos de reverencia propios del grupo familiar frente al anciano, jefe de una casa.

El estudio de los términos de valores es igualmente rico: barón o vasallo, que califican al hombre que practica las virtudes específicas del guerrero como la valentía, el coraje o —la relación merece ser señalada— la lealtad y el alto nacimiento (tal significación aparece solamente en las canciones de gesta y cabría preguntarse si «a fin de cuentas, estas transposiciones… no son más que finezas del estilo de los trovadores»). Para designar los defectos compatibles con el origen noble, como el orgullo, la crueldad, la desmesura o la infidelidad hacia el señor (como hacia Dios; es ésta también una relación significativa), se emplea el término felón, mientras que las actitudes más chocantes, aquellas que los hombres bien nacidos no pueden realmente permitirse, se expresan mediante adjetivos como villano o *culvert*, que manifiestan la inferioridad de condición.

La relación entre los términos de valores y los calificativos sociales es uno de los signos más claros de esta conciencia de clase progresivamente reforzada en el medio caballeresco; de un particular interés es la historia semántica de la palabra *culvert*, término técnico aplicado en ciertas provincias a una categoría especial de campesinos dependientes y que conoció un gran éxito como epíteto peyorativo pues evocaba a la vez la rusticidad y, por consonancia, las partes pudendas del cuerpo humano. Por último, la conclusión de las investigaciones de K. J. Hollyman sitúa el momento crítico de la evolución del lenguaje en los siglos VIII y IX, momento en el que se operan las grandes mutaciones semánticas

y se producen los agrupamientos de las palabras claves del vocabulario feudal. El autor debería haber resaltado más este hecho, prueba suplementaria de la importancia fundamental de la época carolingia en la gestación de la civilización feudal. Se esperaba que propusiera, como explicación, algunas hipótesis lingüísticas. Estas modificaciones coinciden, en efecto, no solamente con los cambios de las estructuras sociales y políticas, sino también con las violentas mutaciones en los medios de expresión que contribuyeron a aligerar los hábitos del lenguaje y a facilitar las innovaciones: divorcio entre latín y lengua vulgar, triunfo, en los círculos aristocráticos, de los dialectos romances sobre las hablas germánicas.

Se pueden hacer otras críticas a este libro. Notemos en primer lugar que su publicación es tardía: lo que se dio a conocer al lector en 1957 había sido escrito en 1950. ¿Era imposible actualizar la redacción teniendo en cuenta los trabajos que en el intervalo habían aportado nueva luz sobre la sociedad feudal y particularmente sobre el vocabulario de las relaciones sociales? Por otra parte, la investigación es demasiado general. El autor ha analizado innumerables cartularios dispersos por toda Francia; ha leído con demasiada rapidez un número excesivo de documentos. Frente a una investigación superficial como ésta, creo más útil un trabajo de campo restringido, pero pensado en profundidad, que esclarezca el estudio de los vocablos a través de un conocimiento más serio de las condiciones sociales. Si, por ejemplo, K.J. Hollyman hubiera observado de más cerca los textos, habría visto que la palabra *dominus* no era empleada en las cartas del siglo XI para calificar a cualquier noble, sino solamente a aquellos que tenían el poder de dirigir y de castigar, elemento que no carece de interés. ¿No debería haber considerado asimismo que *hom de poesté* designaba en el siglo XII a todo campesino, pues la expresión se aplicaba especialmente a aquellos que se encontraban en situación de particular dependencia frente al poseedor de

la *potestas*, es decir, frente al jefe encargado de mantener la paz y la justicia en la aldea? Un análisis más estricto le hubiera permitido establecer una cronología más precisa de la evolución: ¿cuándo adoptaron los redactores de cartas la palabra *miles* para designar a los miembros de la élite? He podido descubrir que en Mâconnais el término se propaga entre 970 y 1030. Matices de cronología, pero también matices geográficos. *Collibertus* es la única palabra cuya área de uso ha sido delimitada por el autor, para lo cual utiliza los trabajos de Marc Bloch. Me parece que las variaciones regionales merecen ser observadas de cerca; una investigación sobre el vocabulario de la dependencia campesina que han emprendido varios estudiantes de Aix bajo mi dirección, comienza a hacer aparecer ciertas zonas fronterizas en las que cambia el lenguaje, sectores en donde las mutaciones son más precoces: geografía del vocabulario tan interesante como su historia.

Por último, K.J. Hollyman ha limitado su estudio a un pequeño número de palabras que él ha elegido. Son realmente los términos claves. Pero la elección sigue siendo arbitraria: ¿por qué estudiar *villanus* y no *rusticus* que es casi su equivalente? Me parece difícil aislar el estudio de *miles* del de *nobilis*. Esto nos hace preguntarnos si el estudio de palabras aisladas es realmente fecundo. Es evidente que la historia de una palabra sólo puede ser seguida provechosamente en el interior de un medio lingüístico homogéneo. K.J. Hollyman ha estudiado sobre todo dos lenguas, la de las cartas y la de los primeros textos en lenguaje vulgar; y estas dos lenguas tienen muy poca relación entre ellas. Es sorprendente observar, por ejemplo, cómo las palabras *vassal* o *culvert* son recogidas por los literatos en el momento en que los notarios las abandonan y cambian completamente de contenido semántico. En consecuencia, parece ser más fecundo el estudio global de un cierto vocabulario, que permita observar las asociaciones y señalar el problema de las frecuencias. Estudio difícil, estudio colectivo que podría organizarse alrededor del Centro

de Besançon. No obstante, el libro de K.J. Hollyman, pleno de interés, debe ser considerado como el pilar de un edificio de mayor amplitud.

Otro es el alcance de la reciente obra de Bryce D. Lyon consagrada a los feudos de bolsa[3] [*], que esclarece a la vez la historia de la mentalidad feudal y la de las formas tardías de la relación feudovasallática. Se trata de aquellas tenencias feudales constituidas no por una tierra sino por una renta anual fija, en dinero o en especie, que sólo se distinguían de las otras en que comprometían al homenaje, y en que sus beneficiarios estaban en posición de vasallos. M. Sczaniecki había comenzado el estudio de esta institución ocupándose solamente de la región francesa[4]. B.D. Lyon ha extendido la investigación a todo el Occidente, pudiendo en principio delimitar la zona en la que se extendió la práctica del feudo de bolsa: Inglaterra y la zona comprendida entre el Loira y el Rin, es decir, en las provincias donde estaban más profundamente arraigados los hábitos feudales y que conocieron al mismo tiempo el progreso más precoz de la economía monetaria. Dicha práctica se desarrolló con el mismo ritmo en toda la región: sus primeras manifestaciones datan de la segunda mitad del siglo XI (1048 en Fulda, 1066 en Inglaterra, 1079 en Normandía, 1087 en los Países Bajos); pero sólo se generalizó, bruscamente, en los últimos años del siglo XII. Fueron sobre todo los grandes príncipes quienes usaron este procedimiento: todas las condones en Inglaterra y las tres cuartas partes de ellas en Francia fueron reales; por el contrario, en Alemania los señores de los feudos de bolsa eran en su mayoría menos poderosos. Por este medio la ciudad de Colonia consiguió vasallos que a cambio debían prestarle ayuda militar. Floreciente en el siglo XIII y en la primera mitad del siglo XIV, la institución entra luego en decadencia; después de 1450 no se observan más que sus huellas.

El feudo de bolsa, regido en principio por las mismas reglas tradicionales que el feudo territorial, hereditario e inalienable como él (lo cual determinó en seguida la pluralidad de homenajes y el tan común debate: ¿a cuál de los múltiples señores servir?) era un realidad una práctica mucho más flexible. Gracias a él, el señor podía obtener servicios más alejados de sus dominios, castigar muy fácilmente las debilidades de su feudatario ya que bastaba con suspender el pago de las anualidades. Era, en consecuencia, un procedimiento lleno de ventajas no sólo para el señor sino también para el vasallo, que prefería recibir el dinero directamente sin preocuparse por conseguirlo (excepción hecha de los Países Bajos, las rentas en especie se hicieron raras desde el siglo XII). Las cláusulas de los contratos que estipulaban que el recurso a la renta sólo era provisional y preveían su rápido reemplazo por una concesión territorial cuando las circunstancias lo permitieran, no fueron a menudo nada más que pura formalidad. De hecho aquellos feudos continuaron siendo asignados a rentas particulares como peajes y *tonlieux*, es decir, estando a cargo de los tesoreros de los príncipes o de los que manejaban los fondos a su servicio (los reyes de Inglaterra, después de haber encargado en el siglo XIII a los Templarios de La Rochelle la tarea de pagar en su nombre las rentas de sus feudatarios del continente, utilizaron las compañías de comercio italianas).

Michel Sczaniecki y Walter Kienast habían emitido la hipótesis de que los feudos de bolsa desempeñaron sobre todo un papel político y diplomático, pero en absoluto militar. B.D. Lyon prueba lo contrario y ésta es una de las principales conclusiones de su investigación. Ciertamente la concesión de una renta a cambio del homenaje se empleó con muchos fines: raramente para retribuir a los funcionarios que recibían sueldos, rentas no feudales, pero sí para constituir herencias, incluso dotes, y para atraerse a los personajes influyentes en las cortes extranjeras (fue ésta una práctica tan corriente que no chocaba a nadie ver a los

consejeros más íntimos de los reyes o papas recibir una pensión anual de los príncipes rivales de su señor, pasando a ser vasallos suyos). Sin embargo, el señor solicitaba ante todo de los beneficiarios de feudos de bolsa un servicio de armas: custodia de sus fortalezas en Alemania y en la Francia del este, y por lo general participación en la hueste. Por esta razón la concesión de feudos de bolsa en Francia e Inglaterra se multiplicó durante las fases activas del conflicto que las enfrentaba. Pero el autor demuestra acertadamente que el feudo de bolsa no era la paga del servicio militar; el homenaje tenía como función asegurar una fidelidad vasallática. Los servicios eran retribuidos con otros dones, sueldos o indemnizaciones que se sumaban a la renta feudal. Esto prueba que los príncipes preferían, al precio elevado de un gasto suplementario, emplear soldados que estuvieran ligados por un compromiso de hombre a hombre: los hábitos de vasallaje estaban aún vivos en la primera mitad del siglo XIV. Tal es la significación del feudo de bolsa: «Feudal custom could not be abruptly pushed aside merely because there was more money» («la costumbre feudal no pudo ser abruptamente eliminada sólo porque hubiera más dinero»).

A fines del siglo XII, en el momento en que las nuevas condiciones económicas y la aceleración de la circulación monetaria comenzaban a amenazar las relaciones de fidelidad, estrechamente dependientes de las relaciones territoriales, los señores de los principados más evolucionados, y en primer lugar los reyes de Inglaterra, empezaron a utilizar el dinero para recompensar las devociones personales, sin abandonar las formas feudales: distribuyeron las rentas reclamando homenaje. Los usos vasalláticos se vieron así revigorizados. El empleo del feudo de bolsa, ligado a la vez a necesidades militares más urgentes, a una más amplia disponibilidad de metálico, a la práctica universal de los compromisos de hombre a hombre, preparó la transición del conjunto de costumbres y hábitos mentales que se denomina el feudalismo

al mundo nuevo en el que las relaciones políticas se basaron fundamentalmente en el dinero. Más tarde, la evolución de las instituciones militares trajo consigo la declinación del feudo de bolsa: el procedimiento de la leva que desligó el servicio de armas del deber vasallático, la utilización sobre todo de esos contratos que se llaman en Inglaterra *indentures*, que aseguraban al príncipe el servicio de un capitán a cambio de una pensión, sin que interviniera el homenaje, y que, desde el reinado de Eduardo III, constituyeron la base del reclutamiento. Pero la razón profunda del abandono del feudo de bolsa es menos la de la evolución económica o política que la de la mentalidad. Desde mediados del siglo XIV a mediados del siglo XV, el contrato de *indenture* y el feudo de bolsa fueron utilizados conjuntamente. Si éste dejó luego de usarse fue porque el homenaje (que implicaba un lazo vasallático) no tenía ya interés, porque la concepción feudal del servicio, vigorosa hasta ese momento, se perdió. El feudo de bolsa, que fue posible a partir de fines del siglo XI gracias a la apertura progresiva de la economía, que se difundió luego rápidamente en razón de sus ventajas, de la flexibilidad que confería a las relaciones de hombre a hombre (se puede suponer que la mayor parte de los beneficiarios de estas tenencias no vieron jamás a su señor, que recibía sus homenajes por procuración) dependió en realidad de una cierta actitud mental. El excelente libro de B. D. Lyon, que muestra a la vez las ligazones y las discordancias entre la evolución de las condiciones materiales y la psicología colectiva, incita a prolongar la historia económica en la historia de las mentalidades. Ilustra perfectamente esta evidencia: ¿qué fue el feudalismo? Ante todo, una disposición espiritual.

2. LAS CIUDADES DEL SUDESTE DE GALIA ENTRE LOS SIGLOS VIII Y XI[*]

En la historia urbana del sudeste de Galia, el período comprendido entre comienzos del siglo VIII y mediados del siglo XI es un momento de particular oscuridad. Sin lugar a dudas, ha sido objeto de estudio, pero los numerosos trabajos que se han ocupado de él tienen un valor desigual[1]. Por otra parte, la documentación existente es de una extrema pobreza: la inseguridad y tal vez una cierta disposición de ánimo de los hombres de la Iglesia frente a la cultura, ha hecho que apenas existan fuentes narrativas y que aun las piezas de archivos sean escasas. El historiador se ve obligado a andar a tientas y sobre todo, en el estado actual de la investigación, tan sólo a proponer hipótesis. Esta exposición, pues, está destinada, en principio, a situar los principales problemas y a orientar así las futuras investigaciones. La he organizado alrededor de dos grandes interrogantes. El primero podría formularse de la siguiente manera: ¿Cuál era entonces, en aquella región, la vitalidad de las ciudades? ¿Repliegue, estancamiento o crecimiento? El segundo concierne a las estructuras políticas: ¿Cómo se distribuía el poder en el interior del espacio urbano?

1

Las condiciones de la vida urbana fueron, en esta región de la Galia, originales. Al haber sido la primera y la más profundamente marcada por la influencia de Roma, la cual estimuló en este territorio costumbres sociales muy anteriores, a comienzos de la Edad Media era la zona urbana por excelencia: las ciudades eran más numerosas que en otros lados, más antiguas, más sóli-

damente construidas y conservaron por más tiempo su plena vitalidad (basta evocar lo que era aún Arlés en la época de San Cesáreo: un puerto muy animado con importantes colonias de traficantes orientales). Por esta razón la ciudad ocupaba todavía en el siglo VIII un lugar importante, tanto en el paisaje —con sus indestructibles edificios de piedra— como en las relaciones sociales. Pero a partir de ese momento esta provincia se resintió más que cualquier otra del desplazamiento de los focos de la civilización cristiana. Se transformó en una región marginal, en una zona fronteriza, enfrentada por el oeste a las tierras dominadas por el Islam y expuesta en sus riberas del este a los pillajes que provenían del mar. Frontera mal defendida, región amenazada, insegura, abierta a las incursiones de bandas armadas y a las devastaciones.

Primera incertidumbre: ¿cuál fue la exacta intensidad del peligro? Es posible establecer con nitidez la cronología de los acontecimientos militares. Podemos descomponerla en tres fases principales:

a) Todo el siglo VIII estuvo dominado por el peligro de las bandas musulmanas procedentes de España. Sus primeros pasajes se sitúan probablemente en 713; ocuparon rápidamente la Septimania, se expandieron con celeridad a lo largo del Ródano y en Provenza; a este avance respondió el avance de los ejércitos austrasianos: expediciones punitivas de Carlos Martel en 736-739, luego reconquista de la zona narbonense por Pipino (752-759)[2]. Los sarracenos sometieron los accesos de Narbona a nuevos pillajes aún en 793[3].

b) A comienzos del siglo IX, mientras que la constitución progresiva de la Marca Hispánica en el lado occidental aseguraba la tranquilidad, comenzó al este del Ródano el descenso de los hombres del mar de diverso origen, musulmanes y también normandos. Estas incursiones alcanzaron Niza en 813, Marsella en 838 y luego en 848, Arlés en 842; en 869 el arzobispo de esta

ciudad, Rolando, murió combatiendo a las bandas sarracenas que ocupaban la región de Camarga. El momento de mayor peligro puede ubicarse a finales del siglo IX y principios del X, cuando las bandas de saqueadores se asentaron en el macizo de Maures. Pero, desde 940, el bajo valle del Ródano escapó al peligro; fueron los nobles de esta zona quienes, después de 972, expulsaron a los últimos piratas sarracenos de la Provenza oriental[4].

c) Aunque la región de Provenza estuvo a partir de entonces fuera de peligro (salvo golpes de mano siempre posibles y difíciles de detener: así Antibes fue saqueada en 1003 y Tolón, por dos veces, en 1178 y 1197) la ofensiva musulmana en Cataluña en el último tercio del siglo X puso de nuevo el flanco occidental en estado de alerta: los sarracenos saquearon Narbona en 1020[5].

El peligro fue constante de un extremo a otro de este período; sin embargo, debemos señalar que estuvo siempre localizado. El hecho esencial es, a mi parecer, aquella gran oscilación de este a oeste de uno a otro lado del Ródano. Una vez establecido esto, es difícil medir, aunque sólo sea aproximadamente, la dimensión de los daños que sufrieron las ciudades. ¿Fueron afectadas seriamente? ¿Las destrucciones fueron superficiales? Encontramos en los trabajos de los eruditos opiniones muy divergentes[6]. No obstante ciertos hechos parecen estar confirmados:

a) No se puede negar que la vida urbana se vio fuertemente perturbada en Provenza y especialmente en sus franjas marítimas del este entre mediados del siglo IX y mediados del siglo X. La ciudad de Fréjus fue por entonces destruida[7]; Tolón corrió sin duda la misma suerte[8]; la lista episcopal se interrumpe en Niza entre 788 y fines del siglo X; la sede de Antibes permaneció vacante hasta 987[9]. El arzobispo de Aix, Odabrico (928-947), *qui ob persecutionem sarracenorum a sede sua recesserat*, terminó por refugiarse en Reims[10]; en 923, el obispo de Marsella solicitó al ar-

zobispo de Arlés residencia para sus canónigos, quienes *propter continuos sarracenorum impetus* no podían permanecer en la suya[11].

b) Los canónigos de Marsella vivían entonces sin duda en Saint-Víctor, monasterio suburbano. De una manera general se puede asegurar que las incursiones militares determinaron la desaparición, al menos temporal, de los barrios exteriores de los recintos urbanos: así los de Narbona fueron incendiados en 793; en 883 los habitantes de Arlés restauraron la tumba de San Cesáreo, situada extramuros, que había sido devastada por los «paganos», sarracenos o normandos[12].

c) Sin lugar a dudas, la consecuencia principal de la permanente inseguridad fue acentuar muy fuertemente el carácter militar de la vida urbana en la Galia del sudeste. Es cierto que las ciudades constituían las presas más tentadoras para los pillajes; pero sus murallas y sus grandes edificios de piedra, que podían ser fácilmente transformados en barricadas, hicieron de ellas los reductos defensivos más seguros, los mejores refugios durante las alertas. Me parece muy importante el hecho de que las ciudades fueran lo suficientemente numerosas como para formar por sí mismas una estrecha red de fortalezas. Por esta razón no se observa, entre los siglos X y XI, que las fortificaciones rurales se hayan multiplicado como en otros sitios. En esta región —y éste es uno de los rasgos que sin duda la oponen a las otras provincias de Galia— el castillo rural no adquirió en esta época la importancia fundamental que tuvo en otras partes: la ciudad siguió siendo el centro casi exclusivo de la vida militar. Por tanto, sería apresurado atribuir al paso de hombres armados y a las expediciones de pillaje una influencia exclusivamente perjudicial para la vida urbana. El peligro exaltó de hecho una de las funciones de la ciudad. La vocación defensiva siguió siendo el factor determinante de la vitalidad urbana.

¿Qué fue de la otra función específicamente urbana, la función comercial? La oscuridad es tal vez en este caso aún más profunda. Sin lugar a dudas, numerosos indicios revelan, de un extremo a otro del período, la permanencia de un comercio de larga distancia de objetos preciosos. Permanencia de un cabotaje a lo largo de las costas, aun en los peores momentos de amenaza sarracena[13]. Permanencia del tráfico mercantil a lo largo de un itinerario que, desde el valle del Ródano, se dirigía hacia la España musulmana y que estaba jalonado en cada etapa, en cada ciudad, por una poderosa colonia judía. Juderías prósperas, activas, que invadían y amenazaban incluso la fe cristiana, sirvieron indudablemente de escala, desde Narbona a Béziers, a Nimes, a Uzes, desde Arlés a Vienne y a Lyon, a un tráfico de orientación mediterránea[14]. Por último, los textos hablan de cueros de Córdoba, de tejidos de fabricación oriental, de monedas musulmanas, que se veían entonces en las ciudades[15].

En verdad, no se debería sobrestimar el interés de estas indicaciones: no es de extrañar que esta franja meridional del continente cristiano haya sido un lugar de intercambios y los saqueadores no se hubieran cebado tanto en una región sin riquezas fáciles de tomar. Lo importante sería en realidad medir la intensidad de aquel paso. ¿Intercambios intermitentes, ocasionales, transacciones circunstanciales como ocurre en las poblaciones más alejadas, en las más apegadas a la vida rural? ¿O bien, por el contrario, corriente robusta y regular, que aseguraba sólidamente la prosperidad de un importante grupo de especialistas en negocios? Sería fundamental localizar las variaciones de ritmo de la actividad mercantil, situarlas exactamente en relación con los sobresaltos de la vida militar. Pero esto no es posible a causa del estado de la documentación.

En su estudio sobre las ciudades de la primera Narbonense, André Dupont ha creído descubrir, a propósito de la economía urbana, una oposición entre la época carolingia y la que él deno-

mina feudal, los siglos X y XI. Expansión y prosperidad durante la primera porque, dice, la ciudad, residencia de la aristocracia, se encontraba en estrecha relación con la campiña que la rodeaba, beneficiándose de una renovación profunda[16]. «Crisis», en oposición, con el establecimiento del «feudalismo», el cual instaló el desorden y engendró las devastaciones rurales[17], interrumpiendo las relaciones entre ciudades y campiñas y multiplicando los peajes que obstaculizaron la circulación[18]. La actividad económica habría sido, pues, menor en las ciudades en el siglo X y en la primera mitad del siglo XI, que lo que lo fue en el siglo IX. Esta interpretación de los documentos me parece difícil de admitir. Considerando el conjunto de la evolución de la economía rural en la Europa occidental, cuesta creer que los campos de esta región, teniendo precisamente en cuenta el movimiento de repoblación y de colonización que los carolingios habían emprendido, hayan sido en 1050 menos productivos que doscientos años antes; las recriminaciones de los hombres de la Iglesia, tan frecuentes en los cartularios del siglo XI, contra la violencia y la avidez de los señores laicos, reacción natural ante la institución de las *consuetudines*, de los impuestos señoriales sobre los dominios eclesiásticos, no significan que las cosechas fueran permanentemente víctimas de incendios y de pillajes, ni que el rendimiento del trabajo campesino estuviera en baja. En la Provenza marítima, en todo caso, es cierto que los dominios rurales, ya en estado lamentable en el curso del siglo IX (de la porción del patrimonio de la Iglesia de Marsella descrita en 814 por el inventario del obispo Vuadaldo, muchas parcelas campesinas estaban desiertas) padecieron excesivamente los pillajes procedentes del mar; por el contrario, a fines del siglo X se produjo allí un momento de gran expansión agrícola. Parece igualmente dudoso que los lazos entre la ciudad y la campiña hayan sido menos estrechos en los tiempos feudales que en la época carolingia. En realidad, en la Septimania del siglo IX, el desarrollo agrícola parece haber bene-

ficiado menos a las ciudades que a los numerosos monasterios de reciente fundación, que no eran en absoluto urbanos sino rurales; ciertas corrientes económicas que se dirigían desde tiempo atrás hacia los centros urbanos se vieron sin duda interrumpidas[19]. Por el contrario, en los siglos X y XI, la reconstitución de las temporalidades de las iglesias catedrales, el gran movimiento de restitución que hizo pasar las parroquias rurales y los diezmos al patrimonio de las iglesias urbanas[20], la concentración en las ciudades de caballeros enfeudados en la campiña, me parece que determinaron más que nunca la convergencia hacia la vida urbana del excedente de la producción agrícola. En cuanto a la multiplicación de los peajes, ¿fueron éstos solamente un obstáculo que suponía la paralización de los intercambios? ¿No fueron más bien el signo del nuevo interés que demostraron, en la segunda mitad del siglo XI, los señores en posesión del derecho de bando hacia una circulación cada vez más activa?

A propósito de la función mercantil de las ciudades de la Galia del sudeste, propondré solamente tres observaciones:

a) En la franja de contacto entre la cristiandad latina y los mundos islámico y bizantino, jamás parece haberse interrumpido por completo el tráfico de objetos de alto precio, de esclavos o de productos de lujo de la artesanía de Oriente. Debemos pensar tan sólo que a causa de los acontecimientos militares, los itinerarios comerciales, orientados sobre todo hacia la Septimania y la Marca Hispánica desde mediados del siglo VIII hasta fines del siglo X, se vieron luego desplazados desde Arlés hacia el mar y hacia Marsella, reanimándose desde entonces la Provenza del Ródano.

b) Sin embargo, este comercio de larga distancia parece haber sido por largo tiempo demasiado reducido y discontinuo para haber constituido un elemento importante en Georges Duby el proceso de revitalización urbana. A mi parecer dos hechos deben

tenerse en cuenta: primero, la posición económica de las comunidades judías que estaban entonces preocupadas por acrecentar sus territorios, que explotaban las tierras de las puertas de las ciudades y aún más lejanas y que parecían estar fuertemente ruralizadas[21]; en segundo lugar, la historia de la acuñación provenzal[22]: el taller carolingio de Arlés cesa su actividad hacia fines del siglo IX; entre 962 y 985 es puesto nuevamente en actividad por el arzobispo (en correspondencia con el gran impulso de la reconquista sobre los sarracenos del macizo de Maures). Pero la acuñación no se reanuda verdaderamente hasta la segunda mitad del siglo XII. En verdad, los primeros índices seguros de una neta reanimación de las rutas mercantiles son tardíos: construcción de nuevos puentes, mención de nuevas tasas sobre la circulación en Narbona en 1066, sobre el Ródano en 1070[23]. El verdadero despertar, el momento del gran deshielo de las rutas marítimas y terrestres no tiene lugar en esta región antes de 1150, es decir, más allá del límite de este estudio.

c) Sin embargo, un tráfico, sobre el cual llamo especialmente la atención pues merece ser estudiado de cerca, mantuvo constantemente cierta actividad comercial en algunas ciudades: el comercio de la sal. Se supone que este producto se concentraba entonces en las ciudades próximas al mar para ser enviado luego al interior. Hacia fines del siglo X, la producción de las salinas de Fos y de Istres se reunía en Arlés. Otra encrucijada de la sal: Narbona. La catedral se hizo conceder por Carlos el Calvo la mitad de los derechos reales percibidos sobre las salinas, luego, en 881, la mitad de las salinas mismas, en los condados de Narbona y de Razes; en 990 y en 1005 consolidó sus derechos sobre las instalaciones[24]. Debemos señalar que los judíos se interesaban especialmente en la fabricación de la sal[25].

En consecuencia, es posible pensar que debido al comercio de la sal, al paso de tanto en tanto de traficantes de los mercados mediterráneos, al mantenimiento de fuertes comunidades israeli-

tas, residuos de las grandes colonias de mercaderes del Bajo Imperio y sobre todo al tráfico de la sal, del cuero, de los productos agrícolas, no se ahogó la vitalidad económica de las ciudades de esta región, que se vio ciertamente estimulada hacia fines del siglo X por sus relaciones más estrechas con las campiñas vecinas. No obstante, al menos hasta 1050, la función mercantil siguió ocupando un lugar secundario en relación a la función defensiva. El mercado y el puerto no tenían entonces tanta importancia en la ciudad como la muralla y las torres.

Si se considera, por último, para apreciar la vitalidad urbana entre los siglos VIII y XI, la historia topográfica de las ciudades, el terreno se vuelve más seguro aunque escaseen las buenas monografías[26]. En esta región, en donde el semillero de aglomeraciones había sido tan denso en la Antigüedad, no existieron ciudades nuevas: el nacimiento, muy oscuro, de Montpellier y de Beaucaire, formadas ambas alrededor de una importante fortaleza rural, debe situarse después de mediados del siglo XI, en el mismo momento en que aparecen los nuevos peajes y se desarrolla decididamente la actividad de las rutas de tierra y de mar[27]. Por el contrario, algunas ciudades desaparecieron entonces: desaparición temporal de Fréjus, Antibes, Tolón; definitiva para Cimiez absorbida por Niza, para Vénasque cuyo obispo trasladó su sede en 982 a Carpentras[28]. Por último, todas, en los siglos VIII y IX y en la mayor parte del siglo X, aparecen en estado de retracción defensiva. Muchas ciudades —como Marsella, Arlés, Aviñón, Narbona y Toulouse— habían heredado de la Baja Antigüedad un ancho cinturón de buenas murallas que se mantuvo en un estado regular; en los períodos de gran inseguridad, todas las excrecencias que no estaban protegidas por el recinto fueron objeto de pillajes y destrucciones[29]. El espacio protegido por los muros se amplió; se vio cómo la defensa se concentraba en los

puntos más fáciles de mantener, organizándose alrededor de un reducto fortificado, de un *castrum*: en Arlés, en Nimes, el anfiteatro romano fue preparado para tal efecto[30]; en Marsella, el *castrum Babonis*, mencionado a partir del siglo IX, fue erigido sobre una elevación natural, el monte de Saint-Laurent[31].

A esta fase de repliegue sucedió, a partir de fines del siglo X, una fase de progresiva expansión: nuevos barrios se poblaron. Se debe señalar que las basílicas suburbanas que habían desempeñado en la Francia del norte, del oeste y del centro, un papel determinante en la distribución topográfica de las ciudades en crecimiento[32] no ejercieron en esta región más que una acción limitada. Sólo en Narbona y en Toulouse, los santuarios erigidos sobre las tumbas de San Pablo y San Serenín, mencionados por primera vez en 722 y en 844 pero seguramente mucho más antiguos, constituyeron el núcleo de una aglomeración particular, de un *burgus* exterior a la *civitas*. Toulouse, Narbona, es decir, las ciudades más occidentales, fueron las menos expuestas al peligro. Parece claro, en efecto, que la prolongada inseguridad que sufrieron la mayor parte de las ciudades (y notablemente Arlés, Marsella, en la que la abadía suburbana de Saint-Victor, largo tiempo abandonada, siguió siendo siempre un lugar solitario y arriesgado) impidió en la época carolingia e inmediatamente después la germinación de nuevos núcleos de población cerca de las necrópolis paleocristianas.

Pero la expansión se manifestó a través de signos evidentes alrededor del año mil. El primer indicio lo encontramos en Marsella con la aparición hacia 980, cerca del castillo de Babon, del nuevo barrio de Sauveterre, de nombre significativo; fue una zona protegida y dotada por los vizcondes de una seguridad particular, puesta sin duda bajo la paz de Dios y abierta a los inmigrantes; después, entre 1039 y 1040, se construyó un nuevo recinto, englobando la *villa episcopalis*, hasta poco antes dominio rural explotado en beneficio de la Iglesia; en la misma época se

formaba junto al puerto el burgo de Tolonée, alrededor del sitio donde los agentes vizcondales cobraban el *tonlieu* [peaje], mientras que se fundaba el monasterio de mujeres de Saint-Sauveur[33]. Se observa el mismo ritmo en Narbona: con excepción de las proximidades de la basílica de Saint-Paul, los accesos a las murallas de la ciudad estaban a comienzos del siglo X en estado de precariedad[34]; en 990 existían ya tres «burgos» bien poblados, con casas de aspecto urbano, y uno de ellos llevaba el nombre de Villeneuve[35]; el suburbio de Saint-Paul, el mejor situado sobre la vía Domiciana, en la dirección del puente sobre el Aude, conoció alrededor de su mercado un desarrollo continuo; en 1035 se distinguían por lo menos cuatro «burgos»[36]. En Nimes, fuera de sus muros, apareció un conjunto de burgos, donde se edificó en 990 la abadía de Saint-Sauveur-de-la-Font, se renovó Saint-Baudile y se organizó la nueva parroquia alrededor de la iglesia dedicada a San Guillermo[37]. Después de 980 también se multiplican las menciones a santuarios suburbanos, vecinos a la ciudad de Carcasona[38]. Un poco más tarde, hacia mediados del siglo XI, la apertura de obras de construcción y la renovación de los viejos edificios religiosos es otro testimonio de un impulso general de vitalidad (aunque menos preciso por la ausencia de investigaciones suficientemente importantes).

Creo que estas observaciones, cotejadas con lo que se adivina de la historia militar y la historia de los intercambios, permiten afirmar la lenta renovación de la vitalidad urbana en la Galia del sudeste a partir de 980. En su conjunto, este descongelamiento debe ser interpretado como el efecto primero de una intensificación de la circulación. No se puede dudar del origen comercial de esta estimulación: en Narbona, el más activo de los nuevos barrios se sitúa junto a la ruta principal y alrededor de un mercado[39] y en Marsella, en las proximidades del puerto y del *tonlieu*. No obstante, es necesario señalar que el crecimiento urbano es muy limitado y la población de todas estas ciudades muy dé-

bil[40], sin llegar jamás en esta época a cubrir el vasto espacio que ocupaban las aglomeraciones antiguas. Por último, la expansión de principios del siglo XI no alteró el carácter preponderantemente militar de las ciudades, ya que era todavía restringida y los peligros subsistían. El hecho de que todos los barrios nuevos se llamaran «burgos» no implica que estuvieran fortificados, pues la palabra en esa época designaba, en realidad, un grupo de casas organizadas alrededor de una calle o de una plaza[41]. Poseemos, sin embargo, la prueba de que aquellos barrios estaban rodeados de fosos[42] y que la ciudad, al mismo tiempo que se extendía, se cerraba en pequeñas unidades topográficas bien individualizadas y replegadas sobre sí mismas. Es igualmente sorprendente, en Marsella, la rapidez con que se preocuparon por incluir a partir de 1040 las recientes excrecencias urbanas en un recinto nuevo. Debemos señalar que la ampliación de las aglomeraciones no se hizo, como en la Galia septentrional, por el desarrollo de pequeños focos aislados y poco a poco reunidos por una población intercalada, sino por un crecimiento concéntrico, por una expansión progresiva de los burgos, entrechamente ligados al reducto defensivo de la ciudad: el suburbio permaneció así pegado a la muralla. Este era el elemento fundamental, aun a mediados del siglo X, del paisaje urbano. Haré a continuación referencia a la fisonomía de Aix, sugerida en un acta de homenaje de 1049-1050[43]. De un amplio campo de ruinas invadido por la naturaleza surgían tres islotes fortificados donde se concentraban los residuos de la vida urbana: esto es lo que se denomina entonces la ciudad, es decir, el macizo de mampostería constituido por la puerta romana junto a la ruta de Italia y por un mausoleo vecino, lugar de defensa que los condes de Provenza eligieron en el siglo XII como su residencia más segura —el «claustro», apoyado en el viejo *castellum* donde se estableció el capítulo de la catedral de Saint-Sauveur—; por último, las «torres» ocupadas por los arzobispos. Estas ciudades, apenas reanimadas por la circulación de

las rutas, seguían siendo principalmente refugio de gente armada.

II

¿Cómo estaban regidas? Aquí llego a un segundo problema, el de la distribución del poder; éste estuvo también estrechamente ligado a las circunstancias militares. Las bases del poder público de las ciudades de esta región fueron establecidas a mediados del siglo VIII por los conquistadores austrasianos. Esta es la razón por la cual la situación política fue un poco diferente en ambos lados del valle del Ródano. En efecto, la huella carolingia fue mucho más profunda en la zona de Narbona que en Provenza; ésta padeció, sobre todo, las expediciones militares de Carlos Martel y más tarde, en el momento de la reorganización, cuando pudo haber avanzado, se encontró bruscamente convulsionada por la piratería marítima. La historia de las fundaciones monásticas pone de relieve el contraste entre las dos regiones (así como ese desplazamiento de la vitalidad entre el oeste y el este sobre el que he llamado la atención desde el comienzo de este artículo); mientras que la Septirnania se cubrió de nuevas abadías en el siglo IX, el movimiento no alcanzó a Provenza hasta la segunda mitad del siglo X[44].

En todas las ciudades, los carolingios se dedicaron a restaurar la función episcopal y reforzar la autoridad política del obispo; pero en realidad alcanzaron su propósito únicamente al oeste del Ródano. Sólo las iglesias catedrales de la provincia de Narbona se beneficiaron plenamente de la restitución de los bienes[45], de las concesiones de inmunidad[46] y luego, a mediados del siglo IX, de la concesión de *regalia*[47]. Tales favores reales son, en Provenza, de una gran escasez que no deriva, sin duda, solamente del mal estado de los archivos[48]. En realidad los reyes francos dejaron al episcopado provenzal en un estado de debilidad frente al poder civil.

A ambos lados del Ródano, el poder había sido confiado a los condes, quienes lograron finalmente tener en cada ciudad su residencia fija[49]. Pero los tenaces recuerdos del pasado local, así como la necesidad de organizar sólidamente la defensa en estas regiones fronterizas expuestas a constantes peligros, determinaron un rápido reagrupamiento del poder; se constituyeron grandes poderes regionales en beneficio de ciertos condes, en particular, los que estaban establecidos en las antiguas capitales como Arlés y Toulouse[50]. En realidad, las condiciones políticas no fueron apenas modificadas en las ciudades por esta concentración de la autoridad; en las ciudades de importancia estratégica donde ellos no residían, delegaron en el siglo X el poder en representantes permanentes, los vizcondes[51]. De este modo la ciudad no dejó de ser el lugar de residencia de una autoridad autónoma; a mediados del siglo X, en Nimes, Béziers, Narbona, Aviñón, Marsella, los vizcondes ostentaban hereditariamente un sólido poder que desde la ciudad se extendía sobre la campiña circundante. Poder judicial: el vizconde presidía las asambleas de justicia[52]. Pero ante todo poder militar: el vizconde era el jefe de la guarnición urbana, el defensor de la fortaleza más importante que era el *castrum*[53].

En aquel momento y en cada ciudad, el jefe militar, conde o vizconde, fuertemente establecido en el punto de apoyo defensivo que era la ciudad, se dedicó a excluir del espacio urbano toda competencia de autoridad y en particular a someter al episcopado. Este control de las funciones eclesiásticas es muy visible en Septimania, a pesar de todos los diplomas de protección otorgados por los soberanos carolingios que se conservan en los archivos de los establecimientos religiosos[54]. Los vizcondes se aseguraron el control de las elecciones episcopales, lo cual les permitía designar a uno de sus hijos: al regular la sucesión entre sus dos hijos, cierto vizconde de Narbona dispuso de antemano que uno de ellos, el clérigo, llegaría a ser arzobispo; lo cual efectivamente

sucedió en 977[55]. De 987 a 1016, luego de 1027 a 1077, el obispado de Nimes estuvo ocupado por el hermano o el hijo del vizconde[56]. De este modo, la función episcopal y todos los derechos que de ella dependían no tardaron en pasar al patrimonio de los señores de la ciudad y a confundirse con los otros bienes hereditarios: por testamento, Guillermo, vizconde de Béziers y de Agde, legó en 990 la ciudad de Agde *cum suo episcopatu* a su mujer y la ciudad de Béziers *cum suo episcopatu* a su hija. Al contraer matrimonio esta última, ambos obispados pasaron a la fortuna de los condes de Carcasona[57]. La dominación del poder laico fue más completa aún en Provenza, donde el episcopado podía oponer menor resistencia. Así, la familia de los vizcondes de Marsella poseyó el obispado de la ciudad durante un siglo, entre 965 y 1073; en los confines orientales, fueron los jefes militares, que los condes habían instalado en las ciudades nuevamente liberadas de los sarracenos, quienes se apoderaron del *episcopatus*: en el primer tercio del siglo XI, Pons, obispo de Niza, era sin duda hijo del castellano[58]; todos los señores de Antibes en el siglo XI hicieron atribuir la mitra a uno de sus hijos[59]. Además, es necesario señalar que en estas regiones el obispo fue durante mucho tiempo el único administrador de todos los bienes eclesiásticos de la ciudad y de sus suburbios y que el poder de dirigir en la ciudad fue siempre el atributo colectivo de un linaje. Así, cuando del grupo de hermanos y de sobrinos, que ostentaban en común el poder, uno de ellos llegaba a ser obispo, se borraba toda distinción entre los derechos de origen eclesiástico y los otros. Todavía en 1040 la ciudad de Marsella, reunida en un nuevo recinto, pertenecía a un mismo grupo consanguíneo, del cual uno de sus hombres era el pastor de la diócesis y los otros poseían en común el título vizcondal. Podemos decir que en los alrededores del año 1000, y particularmente al este del Ródano, las inmunidades eclesiásticas no tenían ya sentido en las ciudades; éstas

constituían unidades políticas íntegramente dirigidas por la familia que controlaba el poder militar.

Sin embargo, desde este momento, esta unidad se encontró minada por un movimiento de disolución cuyos primeros signos se manifestaron a fines del siglo X, coincidiendo con las manifestaciones más precoces del crecimiento urbano, con la primera aparición de los burgos periféricos. ¿Sería necesario relacionar este fraccionamiento del poder con el cambio de la estructura social determinado por el desarrollo de los intercambios y la formación de una hipotética burguesía? No lo creo; a mi parecer, se trata de la forma particular que revistió, en los territorios urbanos de esta región, la disgregación general de los poderes de mando entre 970 y 1030 que he estudiado para la campiña del Mâconnais y de la cual J. F. Lemarignier ha expuesto con anterioridad ciertos aspectos[60]. Es ta dislocación estuvo ciertamente favorecida en Provenza por las costumbres sucesorias: al ser los poderes condales o vizcondales el patrimonio de un grupo familiar, se fueron fraccionando en manos de los numerosos participantes, co-señores que en el siglo XI comenzaron, aquí y allí, a romper la indivisión, a repartirse los derechos, a hacerse cargo de la justicia y del mando en la ciudad[61]. Pero el fraccionamiento de la autoridad fue sobre todo provocado por dos transformaciones concomitantes: por un lado, la emancipación de la Iglesia que, desembarazada de la tutela de los laicos, luchó por obtener su autonomía de poder; por otro, el reforzamiento de una pequeña aristocracia ciudadana de guerreros que se apoderó de ciertos elementos del poder.

La liberación de la Iglesia fue progresiva. La preparó la lenta individualización de las comunidades canonicales. Se constata la existencia de capítulos urbanos desde el siglo VIII al oeste del

Ródano; mucho más tarde, sólo en el siglo X, en Provenza. Pero aquí, desde el último tercio del siglo, los canónigos aparecen en ciertas ciudades en posesión de una renta particular, distinta del patrimonio episcopal: lo sabemos para Aviñón a partir de 962, para Carpentras en 982, para Arlés en 990, al año siguiente para Apt; el primer conflicto por la gestión de las temporalidades que enfrentó a un prelado con su capítulo está documentado en Arlés entre 1003 y 1009[62].

En la misma época fueron restauradas las abadías urbanas y suburbanas que el largo período de peligro había desorganizado: el obispo Honorato, de acuerdo con sus parientes los vizcondes, restableció en Saint-Víctor de Marsella una congregación diferente; en Arlés, la abadía de SaintCésaire, cuyos bienes habían sido integrados en el patrimonio arzobispal recobró su autonomía en 972[63]. Estos cambios, al sustraer a la gestión del obispo ciertos bienes de la Iglesia y liberar de su autoridad a las comunidades espirituales, comenzaron, pues, a debilitar el poder laico que atenazaba al episcopado.

Pero este último se vio profundamente minado por la explosión de las ideas de reforma eclesiástica. Esta vez fue la zona provenzal la primera afectada. Los capítulos catedralicios fueron reformados en Arlés en 1032, en Aviñón entre 1027 y 1039, en Vaison entre 1009 y 1055, medio siglo después los de la provincia de Narbona (Nimes en 1075, Toulouse en 1077, Narbona en 1093). El viaje del papa Benedicto IX, con el fin de consagrar en 1040, en medio de una gran concurrencia de prelados, la nueva iglesia de SaintVictor de Marsella, fue un acontecimiento de gran resonancia, precursor de la purificación del personal episcopal[64]. En 1053, en Embrun, un sínodo presidido por el legado del papa Víctor II —Hildebrando, futuro Gregario VII— depuso al arzobispo, acusado de simonía. Después, los concilios reformadores se suceden: en Toulouse en 1056, en Aviñón en 1060, 1063 y 1066[65]. El impulso estaba dado: poco a poco la designa-

ción de las dignidades religiosas llegó a ser independiente, lo cual permitió desligar la dignidad episcopal del patrimonio de los señores de la ciudad. A partir de 1073 este fenómeno se produjo en Marsella.

Esta separación y, de una manera más general, la fermentación de las ideas gregorianas, tuvieron por efecto inmediato (y una vez más me sorprende la estricta sincronía con los fenómenos que he observado en Borgoña[66]) reavivar la noción de inmunidad, impulsando a los eclesiásticos a reivindicar los derechos que los viejos diplomas reales les garantizaban, y a ejercer un poder absoluto sobre los hombres y las tierras de la ciudad que dependían de sus beneficios. Las autoridades laicas debieron ceder. De ahí se derivó una repartición de los derechos señoriales en el territorio urbano entre el conde, el vizconde o el castellano de una parte, y el obispo y las comunidades religiosas de otra. Se concluyeron acuerdos, a menudo escritos, en los dos últimos tercios del siglo XI. Estos acuerdos generalmente condujeron a una repartición territorial del poder y determinaron la parcelación jurídica del espacio urbano en barrios bien delimitados, sometido cada uno al bando de un señor particular. A partir de 1069 en Marsella, el castillo, el antiguo burgo y el viejo puerto fueron reservados a los vizcondes, mientras que el obispo recibía la jurisdicción autónoma sobre el «alodio de Sainte Marie», la *villa episcopalis* con el pequeño puerto de Porta Gallica, es decir, sobre los barrios recientemente englobados en el nuevo recinto; en 1073 esta porción fue dividida en dos: la «ciudad prebostai», administrada por el capítulo, y la «ciudad de las torres», dominada por el obispo, que acababa de erigir las fortificaciones de Roque barbe[67]. No se sabe exactamente cuándo se operó la división de la ciudad de Arlés entre el arzobispo y el conde, atestiguada en el siglo XII[68]. Pero en el suburbio narbonense de Saint-Paul se distinguía ya desde 1035 un burgo vizcondal, otro que dependía del arzobispo y un tercero sometido al capítulo de Saint-Paul;

en la ciudad misma, un arbitraje delimitó en 1066 la zona donde se extendían respectivamente los señoríos del vizconde y los del arzobispo; fue así como coexistieron de allí en adelante dos juderías distintas en la ciudad[69]. Asimismo la reforma gregoriana fue el origen del parcelamiento político que se observa a fines del siglo XI en Toulouse, en la cual los barrios bien individualizados de la ciudad, del burgo y de Saint-Pierre-des-Cuisines, se repartieron entre los distintos poderes del obispo y del conde, del abad de Saint-Sernin y de los clérigos cluniacenses de la Daurade y de Saint-Pierre[70]. Ahora bien, existía entre los clérigos recién separados de la tutela del poder laico, por un lado, la arraigada idea de que la fortaleza era el verdadero lugar de la autoridad política, y por otro, la inquietud de precaverse contra la ofensiva de los señores, lo cual los impulsó a construir ellos mismos a toda prisa «torres» en los barrios que les habían sido otorgados: en Nimes, frente al castillo de Arenes, asiento del poder vizcondal, se levantaron las fortificaciones cuidadas por los hombres del obispo, la *turris bispalis* adosada a la muralla y las dos torres que flanqueaban la puerta de Arlés[71]. De este modo, la constitución en la ciudad en el curso del siglo XI de señoríos eclesiásticos autónomos que establecieron fronteras jurídicas en el territorio urbano, en yuxtaposición con los «burgos» incluidos en el recinto cuyos habitantes dependían de una autoridad diferente, acusó ese fraccionamiento que caracteriza desde entonces la topografía de las ciudades. El aspecto militar de las ciudades de esta región fue aún más acentuado.

Es posible que esta vocación militar permanente y la presencia en estas ciudades de una fuerte guarnición de especialistas en defensa contribuyeran por sí mismas, después del año 1000, a la disolución del poder urbano. Pero aquí nos aventuramos en un sector aún mucho más oscuro, donde las informaciones son ex-

tremadamente escasas; en el estado actual de las investigaciones, es posible formular solamente hipótesis de trabajo basadas en el conocimiento, un poco más firme, de la estructura social del siglo XII.

Se observa, entre 960 y 1050, la difusión en los documentos de un término recién elegido para designar una situación social particular, la de los laicos que disponían de los medios suficientes para consagrarse por entero a la vida guerrera: la palabra *miles*[72]. Mientras que en las otras regiones de la Galia estos hombres —llamémosles caballeros— residen ya en las aldeas, dentro del dominio que quieren explotar, ya en las fortalezas rurales, aquí viven en la ciudad, porque ésta, repito, constituye con sus fuertes murallas de piedra el corazón de la defensa de la región. En la ciudad —y con más exactitud en su lugar más fuertemente protegido, en el *castrum*— son ellos quienes, probablemente, constituyen en su mayor parte, bajo el nombre de *boni homines*, la corte judicial que preside el conde o el vizconde[73]. Pero su principal función es la militar: proteger las fortificaciones urbanas. Los primeros documentos explícitos que muestran cómo cumplen esta función datan del siglo XII. En ese momento, cada familia caballeresca, con extensas posesiones en las campiñas vecinas[74], tiene en feudo del señor de la ciudad, con la obligación de asegurar su defensa, un sector de la muralla, una puerta, una torre o una fracción de torre. Este es el caso particular de los treinta y un *milites castri arenarum* de Nimes[75], de los *castellani* de Carcasona, obligados por el juramento de homenaje a residir con su familia durante un tiempo determinado en la torre que habían recibido en concesión[76]. Este es, por ejemplo, el caso de los Barravi que tenían en Toulouse una torre en la muralla de la ciudad y la calle vecina que llevaba su nombre[77]. El origen de estas concesiones feudales puede situarse a comienzos del siglo XI, si no antes. En todo caso, es a partir de este momento cuando los *milites* aparecen frente a los jefes de la ciudad en situación de vasallaje[78];

desde ese momento se adivina que comienzan a beneficiarse de la concesión fragmentaria de ciertas regalías: así, el arzobispo de Arlés, Raimbaud (1030-1065) se reprochaba haber distribuido en feudos los beneficios de su iglesia a sus vasallos militares, antecesores sin duda de aquellos caballeros que un siglo más tarde se distribuirán efectivamente parte por parte el señorío urbano de la sede metropolitana[79].

En efecto, es probable que la emancipación de la Iglesia, la constitución en beneficio de los clérigos de señoríos paralelos a los de los laicos, haya reforzado en la ciudad la posición de los hombres de armas que se aprovecharon sin duda de la fermentación introducida por la reforma gregoriana para consolidar sus ventajas y sus privilegios. Se adivina —y las sospechas son particularmente poderosas para Arlés[80]— que en los últimos años del siglo XI los caballeros, tal vez aliados a los primeros traficantes enriquecidos por la renovación de los intercambios, se agruparon, en las ciudades agitadas por el antagonismo de los señores, en esas asociaciones de paz copiadas de las conjuraciones por la paz de Dios, que fueron la prefiguración de los consulados.

La descomposición del poder político en los siglos X y XI en las ciudades del sudeste es, pues, semejante a la de otras regiones de Francia, ya bien estudiadas. Pero parece haber ido más lejos: los caballeros de Provenza acapararon una porción de los derechos de regalía mucho antes que los de la Francia del norte. Sin duda, porque en lugar de estar dispersos por la campiña, constituían un cuerpo en la ciudad, en el lugar mismo donde los obispos y su capítulo por un lado, y los condes o sus delegados por otro, se enfrentaban por la posesión del poder. Esta particularidad es pues un efecto de la vocación defensiva de la ciudad, que es ante todo una guarnición. Al igual que la evolución de la topografía urbana, la historia del poder político está aquí regida por las necesidades militares. Tal me parece haber sido, desde el siglo VIII al XI, la situación original de estas ciudades numerosas,

pequeñas, aún poco comerciales, que fueron sobre todo, en una región constantemente en estado de alerta, los puntos de apoyo más importantes de la defensa.

3. LA NOBLEZA EN LA FRANCIA MEDIEVAL. UNA INVESTIGACION A PROSEGUIR[*]

Hace veinticinco años, Marc Bloch invitaba a los medievalistas a observar en los diversos países de Occidente, y especialmente en Francia, la evolución de la nobleza[1]. Esta convocatoria recibió muchas respuestas notables, pero la más rica tal vez y una de las más pertinentes acaba de ser dada por L. Génicot, profesor en la Universidad de Lovaina, quien ha consagrado el segundo volumen de su obra sobre la economía de Namur en la baja edad media al estudio de los nobles de esta pequeña comarca[2].

En todo el condado de Namur, que poseía unas trescientas setenta villas o aldeas, no se descubre más que una veintena de familias cuyos jefes, a comienzos del siglo XII, fueran llamados *nobiles* en el latín de las cartas. Grupo muy pequeño, pero de hombres muy ricos, que gozaban de una amplia fortuna territorial muy dispersa, ampliamente extendida por las provincias vecinas y que, según la hipótesis más verosímil, se originó unas generaciones antes por una dotación principesca. Establecidos en los límites del principado, los troncos principales de estos linajes parecen, a la luz incierta de una escasa documentación, haber poseído iglesias parroquiales, a menudo un castillo y en todo caso el poder de dirigir y de castigar. En el vocabulario de los redactores de actas, «noble» y «libre» eran intercambiables. Es cierto que todos los nobles recibían la denominación de libres. Pero Génicot también se inclina a creer —aunque sobre este aspecto se le note menos seguro— que no existían entonces, fuera de la nobleza, hombres verdaderamente libres, es decir, hombres que

escaparan completamente a las obligaciones del derecho de bando, que fueran juzgados solamente por los tribunales públicos y que pudieran disponer enteramente de sí mismos. Esta nobleza privilegiada era, por último, hereditaria: sus cualidades y sus títulos se transmitían por la sangre.

Se oponían a los nobles hombres que según los textos pertenecían a la *familia*, es decir, a una compañía de servidores agrupados alrededor de un señor. ¿Quiénes eran estos señores? Seguramente el conde; sin duda los grandes establecimientos religiosos; tal vez ciertos nobles (desearíamos saber con más certeza si los castillos no fueron en esta región los lugares de concentración exclusiva de tales familias). Los miembros de la *familia* no eran todos de origen servil, pero no gozaban de plena libertad; en efecto, no poseían sello, vivían en dependencia hereditaria; no escapaban a las exacciones. Sin embargo, hacia 1150, se observa que algunos de ellos portan un calificativo particular: el título de caballero. Aparentemente el servicio militar a caballo les confiere tal honor; más necesarios al príncipe, se les nota en todo caso a sus anchas. Estos *milites* constituyeron una aristocracia que se fue consolidando, pero que se mantuvo muy por debajo de la élite de las familias «nobles». Estas, en la misma época, gracias a la proliferación natural de los linajes, llegaron a ser un poco más numerosas y, por consiguiente, menos ricas.

Después del año 1200, el estudio se basa en una documentación más abundante, mejor explorada y más segura. Se observa cómo las familias de la nobleza se fueron debilitando poco a poco por la división de las herencias, por la competencia con el príncipe que les disputaba el poder de bando, por la liberación de las comunidades rurales, por el descenso de los beneficios señoriales, compensado, no obstante, por felices ostentaciones y particularmente por el éxito de algunas empresas de roturación. Algunos pocos linajes lograron salvaguardar su patrimonio; constituyeron, a mediados del siglo XIII, el pequeño grupo de los «pa-

res». Pero más de la mitad de los «nobles» no se pudieron mantener en la aristocracia; esto ocurrió en el mismo momento en que se realzaba la posición de los caballeros. Mucho más numerosos, ostentando ahora los atributos del poder, rodeando de torres sus residencias y juzgando a los campesinos, los *milites* vieron en efecto afirmarse en el curso del siglo el prestigio de su título. Se comenzó a llamarles *«messire»* y poco después solamente ellos tenían derecho a este calificativo; hacia 1280, en las listas de testigos cesa de hacerse la distinción entre nobles y caballeros. A éstos se les dio un lugar exclusivo, hecho importante en un mundo tan atento a los honores: el noble que no había sido armado debía pasar después de los caballeros no nobles. Por último, en la misma época, los caballeros obtuvieron la libertad personal al eximirles el príncipe de las obligaciones del bando. Esta franquicia, hereditaria, ya que los hijos de los caballeros podían gozar de ella aunque no portaran armas, permitió, en la segunda mitad del siglo XIII, que el grupo de los caballeros se transformara en una verdadera nobleza. Sin embargo, los «nobles» de vieja estirpe velaron celosamente por muchas generaciones para no mezclarse con ellos. Fue sólo en los últimos años del siglo XIV cuando las alianzas matrimoniales y la extensión a todos los caballeros del título de «hombre noble» los confundieron finalmente. En 1420, en Namur, no existía más que una única clase superior de «gentileshombres».

Desde un siglo atrás al menos esta clase estuvo ampliamente abierta. Muchos hombres enriquecidos en la administración o en los negocios e incluso mediante un paciente ahorro pudieron introducirse en ella, simplemente sometiéndose a la ceremonia de ser armados caballeros. Esta no parece haber sido estrictamente controlada. Pero conviene señalar que los descendientes de estos advenedizos pronto cesaron de hacer armar a sus hijos. Entre los gentileshombres, los caballeros comenzaron a escasear y esto ocurrió muy rápidamente después de 1350. No faltan razones

que expliquen tal desinterés por la condición caballeresca. Esta obligaba a gastos de armamento y de montura, imponía obligaciones incómodas, ponía a los caballeros en situaciones de peligro, mientras que el simple escudero estaba cada vez mejor considerado. Pero sobre todo, era suficiente contar con un caballero entre los antepasados hasta el séptimo grado para beneficiarse de los privilegios fiscales, judiciales y militares, para ser «libre», para ubicarse entre los «hombres de ley y de linaje». Esta fue la clase jurídica que, en el Namur de la Baja Edad Media, sustituyó a la vieja «nobleza», en el momento en que su mismo recuerdo acababa de perderse. Constituida en su mayoría por hombres ricos, poseedores de grandes mansiones fortificadas, con colina, torres, *bloquehut* y capillas, reunía también a su alrededor a un gran número de personas modestas, artesanos y aun criados. Igual que la antigua *nobilitas*, fundaba sus privilegios únicamente en el nacimiento y en la condición de sus antepasados.

Ha sido necesario dar de este excelente libro un resumen sustancial, para poder valorar mejor su método. Su rigor viene asegurado por el análisis completo de todos los textos escritos que conciernen a la pequeña región, lo cual hace posible seguir la evolución de los patrimonios y encontrar la pista de los destinos individuales. Por esta razón la exposición abunda en datos muy concretos y tiene una vivacidad muy atrayente[3]. La investigación se apoya por un lado en el inventario sistemático, en la clasificación cronológica y aun en el análisis gramatical de todos los términos utilizados para caracterizar a los hombres de aquella época; por otro, especialmente en la paciente construcción de un gran número de tablas genealógicas, que constituyen la columna vertebral de la obra.

El aspecto mismo de estos árboles familiares muestra la principal debilidad del estudio: antes de principios del siglo XIII la documentación que lo sostiene es muy reducida; es prácticamente inexistente para el siglo XI. Esta deficiencia de las fuentes anti-

guas reduce en efecto el alcance de las observaciones de L. Génicot, así como de aquéllas formuladas para la nobleza de Brabante por P. Bonenfant y G. Despy[4]. Tal pobreza impide, por ejemplo, determinar con exactitud si, en el siglo XII, los poseedores de castillos, los detentadores del derecho de bando eran todos considerados como *nobiles*. Tal pobreza pone sobre todo en evidencia un obstáculo en el que tropiezan las investigaciones regresivas de los genealogistas. Es imposible discernir en particular si entre los *milites* que aparecen en Namur en la segunda mitad del siglo XII algunos pertenecen a las ramas laterales de los grandes linajes de la alta aristocracia. En Sajonia[5] y en Alemania del sudoeste[6], como en el Mâconnais, se puede, en efecto, establecer la existencia de una pequeña nobleza vigorosa, nacida de los troncos dirigentes; en las regiones alemanas esta «baja nobleza de linaje» comparte el título caballeresco con la «baja nobleza nueva» de los ministeriales. Por último, podríamos preguntarnos si, con una documentación más abundante, no sería posible observar de más cerca las relaciones entre la *libertas* y la nobleza. La afirmación de la completa identidad, en el siglo XII, entre nobles y libres, es en efecto sorprendente, ya que en muchas regiones de Francia, Alemania y aun de Lotaringia, los textos muestran con evidencia que existían muchos hombres libres que no pretendían acceder a la nobleza. Incluso si se considera que todos los caballeros integrados en la *familia* eran ministeriales, es necesario tener en cuenta la opinión de numerosos medievalistas que piensan, como H. Dannenbauer[7], que muchos hombres libres de condición modesta entraron como caballeros al servicio de los grandes: un acta brabanzona de 1180 distinguía tres *milites ingenui* en una *familia* condal[8].

Del documentado estudio del profesor de Lovaina resulta, en todo caso, que la sociedad aristocrática presentaba en la época feudal, en aquella zona del Imperio, rasgos diferentes de aquellos que caracterizaban a la mayor parte de las provincias francesas:

vigor prolongado de los grupos domésticos que se designaban con el nombre de *familia*; noción más compleja, más diferenciada, más jerarquizada de la libertad; influencia tal vez más pronunciada de la ascendencia materna en la herencia de las condiciones jurídicas. No nos debemos asombrar de que en Namur los criterios de la nobleza hayan sido particulares, de que no fuesen absolutamente idénticos a aquellos que se ha creído discernir en Borgoña o en Forez. Son conocidas las discrepancias que han determinado la evolución de las estructuras sociales en la época carolingia en Francia y en Germania; A. Borst acaba de señalarlas en un ensayo pleno de inteligencia, precisamente a propósito de la dignidad caballeresca, de su extensión, de su con tenido, de su expresión literaria[9]. Pero en el interior mismo de estos grandes cuerpos territoriales, las costumbres regionales eran muy diferentes y, especialmente, toda una gama de transiciones entre los tipos franceses y los germánicos se estableció en las zonas del Masa, del Saona, el Jura y los Alpes. Las conclusiones de L. Génicot no invalidan las de otros eruditos que han intentado ver más claramente; tienen no obstante el gran mérito de aportar una pieza capital al debate, de despertar, renovar y rejuvenecer las antiguas hipótesis de trabajo. De este modo, la obra de Génicot incita a proseguir las investigaciones en la zona francesa y especialmente en tres direcciones principales.

Convendría, en primer lugar, examinar a lentamente la manera en que se transmite la condición nobiliaria. Las investigaciones de L. Génicot ponen en evidencia un hecho de aquí en adelante indudable: la nobleza medieval es independiente de la caballería y anterior a ella; es una condición que se hereda de los antepasados, una cuestión de sangre. Esta proposición nunca ha sido tan vigorosamente expuesta como en el reciente libro de otro historiador belga, L. Verriest —libro violento, mal ordenado, desfi-

gurado a veces por sofismas y siempre por una tendencia inmoderada a destruir toda opinión que no esté enteramente de acuerdo con las muy originales ideas de su autor, pero no obstante portador de observaciones muy pertinentes[10]. Entre ellas debemos retener en particular la crítica a las tesis de Marc Bloch. Este, a quien he seguido por largo tiempo, pensaba que al extinguirse las familias nobles de la Alta Edad Media, una nueva nobleza había debido reconstituirse en los tiempos feudales, en función de un cierto nivel de fortuna, de una manera de vivir distinta a la de la mayoría, de una aptitud singular para el ejercicio de las armas. En realidad, ahora podemos afirmar con certeza que la nobleza carolingia dio origen a una abundante posteridad feudal y, de una manera más general, que todo noble se consideraba en principio de *nobilibus ortus* o «gentilhombre», es decir, que no hacía referencia en primer lugar a su poder o a su riqueza, sino a sus antepasados. Todo su brillo provenía de ellos y no de su persona. Es suficiente considerar la concepción que nuestro mundo tiene aún hoy de la nobleza[11] para convencerse de que ésta ha estado siempre fundada en el honor de una ascendencia y que se refuerza naturalmente remontándose en el pasado, a través de los árboles genealógicos. Hasta tal punto que puede parecer inútil interrogarse sobre los «orígenes» de la nobleza, ya que no existe ningún noble que no tenga detrás el prestigio de un ancestro, aunque sea mítico. Hemos visto que el estudio de L. Génicot se basaba en las genealogías. Así, la investigación sobre la nobleza coincide con aquélla, más amplia y no menos ardua, cuyo objeto es la familia medieval.

Inmediatamente se plantea un interrogante: ascendencia, ¿pero de qué lado? ¿Paterno? ¿Materno? ¿Los dos juntos? Al faltar indicaciones claras antes de la época moderna, la respuesta de L. Génicot es cautelosa: supone que la nobleza, al implicar la libertad, no podía, como ésta, transmitirse más que a través de las mujeres; pero que el creciente prestigio de la caballería, asunto

puramente masculino, debió, después de 1200, extender el rol del padre en la transmisión de la condición jurídica superior. L. Verriest es más radical. Para él, la sangre materna ennoblece por sí misma, en todas partes y siempre. En verdad, sus alegatos se basan en textos tardíos y muy localizados, lo que hace difícil adherirse a ellos[12]. Para alcanzar conclusiones válidas convendría emprender en las diversas regiones de la Francia feudal un estudio profundo de las estructuras familiares[13].

Sería muy útil examinar a tal fin —ya que no conservamos antes del siglo XIV expedientes constituidos con el único objetivo de probar una nobleza— la literatura genealógica que floreció entre el siglo X y comienzos del siglo XIII en ciertas provincias y de la cual se conservan notables restos. En efecto, tales documentos nos aportan muchos datos acerca de la actitud espiritual de aquellos que ordenaron establecerlos, acerca del recuerdo que aquellos hombres conservaban de sus antecesores y del cuidado que tenían de celebrarlos. Nos dan de la concepción de la familia una imagen más exacta que los árboles genealógicos reconstituidos por los eruditos modernos en función de sus propios esquemas. En principio, convendría, pues, hacer el recuento sistemático de estas fuentes, pues un buen número de bosquejos genealógicos están incorporados en las obras literarias y aun en las cartas[14]; luego emprender su estudio interno, observando de cerca en estos textos el lugar respectivo ocupado por los ascendientes de línea masculina y de línea femenina y los calificativos empleados para describir a los antepasados.

Indicaré, a título de ejemplo, el interés que tiene el cuadro que de su propia familia hace el autor de los *Annales Camaracenses*, el canónigo Lambert, nacido en 1108[15]. Se notará que su memoria no se remonta más allá de sus abuelos, pero engloba ampliamente a los consanguíneos, aun lejanos, de la generación precedente y se muestra más fiel al tratar de las ramas más ilustres. El acento, en efecto, está vigorosamente puesto sobre la

gloria de sus antepasados, sus acciones guerreras y sobre el recuerdo que perdura en las «cantilenas de los juglares». Tanto el abuelo paterno de Lambert como sus tíos maternos y sus primos de ambos linajes, ostentan el título de *miles*; sin embargo, la palabra *nobilis* y sus derivados no intervienen más que a propósito de la abuela materna y su parentela. Pero si en este escrito, como en muchos otros, se designa a las mujeres como «nobles», ¿no es acaso porque «caballero» carece de femenino y porque, como he creído ver en las cartas del Mâconnais, *nobilis* parece ser el único término apropiado para designar a las mujeres de condición social equivalente?

Sin embargo, cuando uno se limita a considerar las obras literarias estrictamente genealógicas, que fueron compuestas únicamente en honor de los señores de muy alto rango, debemos convenir en que la filiación de línea masculina ha retenido casi enteramente la atención de los autores y que, por consiguiente, era casi la única que tenía valor a los ojos de los grandes que las hicieron redactar para celebrar su nobleza. He aquí la genealogía de los condes de Angulema, escrita hacia 1160 por un canónigo de esta ciudad e incluida en la *Historia pontificum et comitum Engolismensium*, de la que J. Boussard ha realizado una excelente edición[16]. El autor se remonta, a través de ocho generaciones, hasta el segundo tercio del siglo X y llega hasta Guillermo Taillefer, héroe de leyenda. No es del todo indiferente a las filiaciones femeninas, ya que menciona, entre las esposas de los condes, a aquellas que dieron a luz herederos. Pero la genealogía se articula estrictamente de padres a hijos y no se despliega jamás en la dirección de las líneas maternas. Algunos sondeos previos en esta literatura[17] muestran que la muy alta aristocracia del siglo XII adoptó una misma disposición lineal según las primogenituras masculinas, en función de una transmisión esencialmente masculina de la gloria familiar y de la memoria de los antepasados. Pero una observación más atenta revela que las genealogías más an-

tiguas otorgan un lugar de mayor importancia a las ramas femeninas. Los cuadros familiares del siglo XI, aquellos que conciernen por ejemplo a los condes de Anjou, están destinados a establecer primero la filiación del título condal transmitido de padres a hijos, pero se abren también más profusamente a las alianzas matrimoniales y a las líneas de parentesco anudadas por intermediarios femeninos. Esto es mucho más evidente en el más antiguo de estos escritos genealógicos, aquel que describe la ascendencia del conde Arnoldo de Flandes, compuesto entre 951 y 959, el cual insiste sobre todo en las mujeres, en el brillo de su linaje; las únicas fechas que menciona son las de los matrimonios; todo el propósito de la obra es reafirmar la nobleza del conde Arnaldo enlazándolo, gracias a su abuela, con la familia carolingia. Tal cambio de perspectiva podría ser un indicio de la mutación que afectó, hacia el año mil, las estructuras de la familia aristocrática en Occidente y sus representaciones en la conciencia colectiva.

Esta constatación puede ser, en efecto, cotejada con ciertas conclusiones de una investigación general sobre la nobleza de los países renanos realizada desde hace algunos años en Friburgo de Brisgovia, bajo la dirección de G. Tellenbach[18]. Entre los trabajos ya publicados, me detendré especialmente en el de K. Schmid, pues propone abordar desde una nueva perspectiva el estudio de los linajes dominantes de la época poscarolingia y feudal[19]. El punto de partida de esta investigación es una consideración de método formulada por G. Tellenbach[20]; resulta muy difícil seguir más allá de los siglos IX-VIII las huellas de las castas aristocráticas; esta dificultad se debe, sin duda, a que los personajes, en los textos, no llevan los sobrenombres familiares y son designados por un solo nombre, el cual puede confundirse con el de otros individuos. Pero no es solamente cuestión de fuentes; esta dificultad expresa un rasgo particular de la mentalidad noble que no atribuía entonces a las filiaciones agnaticias la superiori-

dad reconocida en las épocas siguientes, puesto que situaba a cognados y agnados en un mismo plano. Observando de cerca la nobleza de Alemania, K. Schmid ha podido poner muy claramente en evidencia este contraste. En el siglo XII la concepción familiar era resueltamente dinástica: se remontaba hacia los antepasados por la línea masculina y cuando, hacia fines de siglo, el empleo de los escudos de armas empezó a expandirse, la simbología heráldica se organizó con objeto de conservar el recuerdo del origen agnaticio común en las ramas laterales cuando éstas se constituyeron en linajes independientes. Estas representaciones se apoyaban principalmente en la idea de una residencia común, cuna de la familia, heredada de padres a hijos y cuyo nombre llevaba la descendencia: así el «linaje» se representó como una «casa». Antes del año mil, las relaciones de parentesco que muestran las fuentes escritas tienen un aspecto muy diferente: ya no hay nombres familiares, sino nombres individuales; el *Geschlecht*, es decir, el linaje que reunía a todos los hombres que reivindicaban la ascendencia paterna de un ancestro común, sustituyó a la *Sieppe*, incierto agrupamiento de parientes. K. Schmid utiliza para la primera mitad del siglo X, época de una gran pobreza documental, los *libri memoriales* que conservaban, en los grandes establecimientos religiosos, los nombres de los benefactores por los que debía rogar la comunidad; la manera en que los nombres están dispuestos los unos en relación a los otros refleja la imagen de los lazos de parentesco en los medios aristocráticos y muestra cómo el parentesco de la mujer y el de la madre desempeñaban entonces un papel igual al de la ascendencia paterna en la vida y en la conciencia de la familia. Actitud que otras consideraciones confirman y explican: se daba a los niños nombres tomados de la línea materna; de las dos líneas de filiación se resaltaba aquella en que la nobleza tenía más prestigio, antecesores más gloriosos y notables; como las hijas tenían el derecho a la herencia territorial, los matrimonios reunían en una misma comunidad de

bienes a parientes y descendiente~ de dos linajes; por último, los grandes no se establecían en residencias estables: en estas familias de posesiones muy dispersas y móviles como consecuencia de herencias y de alianzas, no había «casa» sino múltiples moradas. Y por esta razón, no había «linajes».

Lo importante sería esclarecer la transición de un sistema de parentesco al otro, que desgraciadamente se produce durante el período más oscuro de la Edad Media, fecharlo y confrontarlo con la evolución del conjunto de las estructuras sociales. Este es uno de los campos de observación que es necesario proponer a los historiadores de la nobleza francesa. Para Alemania, K. Schmid bosqueja una explicación cuyo gran mérito es, a mi parecer, el de incorporar la historia de las instituciones políticas, pues la misma noción de nobleza y su consistencia se encontraban sin duda estrechamente asociadas a los atributos del poder. En la época franca existía a pesar de todo una «casa», la del rey, y es notable que la familia real fuese la primera en manifestarse como una casta, restringiendo el *agnatio* al nombre de los hijos y confinando a una situación subalterna las alianzas a través de las mujeres. Ahora bien, un noble tan sólo podía hacer fortuna adscribiéndose a la casa del rey, viviendo allí en su adolescencia entre sus «criados» y obteniendo a partir de ese momento beneficios y honores. Se trataba, pues, de una nobleza doméstica (*Hausadel*), que por está razón no podía organizarse en una «casa» particular. Cuando los carolingios distribuían los cargos elegían en el grupo de alianza de los antiguos titulares, entre los descendientes, a los parientes consanguíneos o por alianzas, sin limitarse en absoluto a la línea agnaticia y menos aún a la primogenitura[21]. Las familias nobles constituyeron dinastías solamente cuando se separaron del servicio real, cuando se apropiaron de un poder autónomo, de un señorío particular. «La casa de un noble se transforma en una casa noble cuando deviene el centro y el punto de cristalización independiente y duradero de un linaje, a quien le con-

fiere su poder». Así la transición de la *Sieppe* al *Geschlecht*, el reforzamiento progresivo de la línea masculina, que poco a poco se reserva la transmisión hereditaria de la autoridad, de la fortuna territorial, de la gloria ancestral y por consecuencia de la nobleza, aparece como uno de los aspectos del advenimiento del «feudalismo».

Este advenimiento se produjo por etapas sucesivas, cuyo ritmo no fue el mismo en todas las provincias. La autonomía fue conquistada primero por las casas condales —cuyos jefes fueron, en los textos latinos, distinguidos con el título de *dominus*—, luego por los castellanos y por los que gozaban del poder del bando —cuyas familias estaban organizadas en linajes en el Mâconnais antes del año mil—; por último, y sensiblemente más tarde, por los caballeros, alrededor de su morada convertida, hacia fines del siglo XII o a comienzos del XIII, en una «mansión fortificada». La apropiación del poder de dirigir y de castigar, que sólo el hombre puede ejercer y que transmite a sus hijos, la herencia puramente masculina del honor, del feudo, del título, del sobrenombre familiar, de las armas, la exclusión progresiva de las hijas casadas de la herencia paterna, contribuyeron poderosamente, sin lugar a dudas, a dar a las familias nobles, y en particular a las más ilustres, su aspecto dinástico y, al mismo tiempo, a relegar a un segundo plano a la filiación materna, a restringir singularmente su papel en la transmisión de la «nobleza». Convendría examinar si este movimiento no coincidió exactamente con la exaltación de la vocación guerrera, de la espada, de la *militia*. En todo caso, lo que importa es observar de cerca, para verificar estas hipótesis de investigación, la literatura genealógica, la historia de las costumbres sucesorias, la política matrimonial de las grandes familias, la evolución del blasón (la heráldica es, entre las ciencias auxiliares, la más preciosa para este género de estudios). Podemos esperar de semejante investigación que ponga de relieve importantes diferencias regionales en el conjun-

to de Francia, que delimite exactamente la zona donde la costumbre mantuvo en uso la transmisión de la condición noble a través de las mujeres en el Imperio y sus límites (como en Champaña, Barrois, el Franco-Condado, Namur), cuando, al parecer, había admitido en otras partes desde finales del siglo XI, para la transmisión de la nobleza (y también de la condición servil[22]), la preponderancia de la herencia masculina.

El estudio de las relaciones entre nobleza y caballería es un segundo camino que deseamos ver transitado por los investigadores. Las conclusiones de L. Génicot coinciden en este aspecto con los recientes aportes de la erudición alemana, la cual ha distinguido a la nobleza, ligada al poder, al señorío, y por tanto al linaje, de la caballería, asunto de servicio, de tipo doméstico y por consecuencia decoración puramente individual[23]. Contraste entre *Herrschaft* y *Dienst*, que en los países germánicos se mantiene por largo tiempo; la aristocracia alemana del siglo XIII vivía aún en la antítesis entre el *herren van geburte frî y el dienestam, ritter und kneht*[24]. Pero esta oposición se atenuó poco a poco por el éxito de un tipo social ejemplar, el del *miles christianus*, el combatiente de Dios, exaltado por la Iglesia. Este éxito será tardío: A. Borst lo sitúa en la segunda mitad del siglo XII y lo relaciona con la expansión de las órdenes religioso-militares en las zonas alemanas. Lo mismo ocurrió en Lotaringia. Así vemos a los nobles de Brabante hacerse armar caballeros y ostentar el título de *milites* hacia 1175, es decir, en el momento en que los Hospitalarios y los Templarios se establecían en el ducado[25].

Sin embargo, en aquella época la estructura social de las zonas del Imperio se caracterizaba por su arcaísmo y por la complejidad de «estados» que imponía a las alianzas matrimoniales entre los grupos poderosos obstáculos y netas distinciones de condi-

ción. Se puede pensar que en Francia la evolución no fue exactamente igual. Por eso conviene, teniendo en cuenta los matices regionales, examinarla atentamente. Existía en la región francesa, al parecer, una alta aristocracia que gravitaba alrededor de la casa real, una *nobilitas* que se hizo más fuerte y arraigada en la época carolingia. Un reciente estudio de K. F. Werner acaba de aportar al respecto, para la Neustria, informaciones de primera importancia[26]. Investigando los orígenes de las grandes familias principescas y del grupo de vasallos que las rodeaban, este trabajo llega a traspasar el umbral que suponen para mediados del siglo X la escasez de la documentación y la modificación de las relaciones que unían a los individuos con los miembros de su parentela. Prueba con claridad que considerar a los «nobles» de aquellos tiempos oscuros como hombres nuevos es una ilusión, de la cual es responsable la sobriedad de las fuentes. En realidad, en la Turena, región más convulsionada que otras por las incursiones normandas y que reclamaba la ayuda de otras provincias del Imperio, las familias dominantes estaban ya sólidamente implantadas en 845, y constituían, alrededor de Roberto el Fuerte, una red estable de adhesión vasallática. K. F. Werner acaba de invalidar las hipótesis de Marc Bloch al establecer, para la cuenca de París, la continuidad de la aristocracia entre la época carolingia y mediados del siglo X, punto de partida de las genealogías feudales seguras. Pero establece, en aquel cuerpo social de dirección política, diferentes niveles. En la cumbre, la *Reichsaristokratie*, definida por G. Tellenbach, constituida por algunos grupos de parientes diseminados en el conjunto del Imperio e imbuidos de los más altos honores: ejemplifica esta situación Roberto el Fuerte, quien, al llegar a la Francia oriental desde la región de Tours, encuentra en ese lugar parientes y amigos. Los miembros de esta pequeña élite mostraban una gran movilidad, ejerciendo por todos lados poderes efímeros. Debajo de ellos, distinguimos por el contrario, desde mediados del siglo IX, a una aristocracia

regional mejor afincada[27] que se subdivide a su vez en dos escalones: por un lado, los condes y vizcondes, por otro, los *vassi dominici* y los *vicarii*. En el segundo cuarto del siglo X, estos últimos dejan de estar directamente ligados a la autoridad real y pasan a estar por completo subordinados a los primeros, que los hacen participar de la fortuna territorial de los grandes establecimientos religiosos gracias al sistema de la precaria. Estos dos escalones estaban netamente separados: cuando ingresaban a la Iglesia, los hijos de los *vassi dominici* eran canónigos; los hijos de los condes, obispos. No se observa que se produjeran alianzas matrimoniales entre los dos grupos; el segundo estaba constituido en parte por las ramas laterales de los linajes condales, pero éstos, en caso de ausencia de herederos en el tronco principal, no recibían jamás los grandes honores que les correspondían a los miembros de la categoría superior. No obstante, los dos grupos constituían en su conjunto el cuerpo de los «nobles», separados por un abismo de los simples hombres libres. Estos, vasallos de los *vassi dominici*, no aparecen en las listas de testigos que, desde el siglo IX al X, suscribieron las actas de los Robertos. Desde la Alta Edad Media existía, pues, una «nobleza» que participaba del poder público y que estaba en principio ligada a la casa real; pero poco a poco se separó de ella, consciente de su posición y del honor de su ascendencia, cerrándose en consecuencia a los advenedizos[28]. Esta nobleza es la raíz de la alta aristocracia de los tiempos feudales: los *vassi dominici* del siglo IX son los antecesores de los castellanos del siglo XI y de los «barones» del XII; se mantenía distante frente a las familias de la aristocracia media, de las cuales saldrían más tarde los caballeros, pero que ya entonces —y aquí no coincido con las conclusiones de G. Génicot— gozaban de libertad jurídica.

Hacia el año mil, la palabra *miles* se extendió por las regiones francesas como un título que calificaba a ciertos individuos. ¿Debemos ver en todos estos caballeros a los ministeriales, a los ser-

vidores armados de las grandes familias, que no se distinguían bien de los otros criados? Algunos de ellos pertenecían sin duda a una condición muy modesta. P. Petot señalaba recientemente la existencia en Flandes y en Champaña, pero también en Berry y en la región parisiense, de caballeros serviles, situados en una condición semejante a la del Ritter alemán, lo cual le ha llevado a acusar de simplista a Beaumanoir, quien propone una neta oposición entre la caballería y la servidumbres[29]. Este aspecto nos lleva a examinar más atentamente la condición de estos hombres que los textos de los siglos XI y XII llaman los *milites castri* y hacia los cuales los trabajos de J. Richard sobre la Borgoña han llamado notablemente la atención[30]. ¿Qué relaciones mantenían con el señor de la fortaleza, a la cual estaban ligados y que debían defender en caso de peligro? ¿Abandonaron su condición doméstica? ¿Debían solamente a la generosidad del señor todos los bienes territoriales que poseían en las aldeas vecinas y que les aseguraban una situación económica autónoma, muy superior a la de los campesinos? En realidad, parece, por lo menos en la Francia central, que los caballeros del siglo XI tenían feudos minúsculos y que su fortuna estaba constituida esencialmente por alodios. Las observaciones de E. Perroy, relativas a dos linajes caballerescos dependientes del castillo de Donzy, en la región de Forez[31], coinciden con el examen que una documentación de excepcional abundancia me ha permitido hacer en la región del Mâconnais. Aquí los caballeros, considerados indudablemente hombres libres, pertenecen a familias acomodadas y se declaran en la mayoría de los casos descendientes de los mismos antepasados que sus señores, los castellanos; para sus hijos, cumplir las funciones caballerescas parece haber sido, en aquella época, una capacidad estrictamente hereditaria. Pero esta imagen no es posible aplicarla al conjunto de Francia si no la verificamos. Desde ahora podemos suponer que no es válida para el noroeste, en las regiones limítrofes del mar del Norte y del Canal de la Man-

cha. En esta comarca, aún en el siglo XII, muchos caballeros vivían en efecto de una prebenda, como domésticos, en el castillo de su señor; la precoz aplicación del derecho de primogenitura lanzó frecuentemente a la aventura a los hijos segundones quienes, solteros y obligados a hacer fortuna por sí mismos, se agregaban a las compañías militares de vasallos que se organizaban en las «casas» de los poderosos[32].

Por otro lado, parece que la exaltación de la condición de caballero fue mucho más precoz en las regiones francesas que en Germanía. La formación en los medios eclesiásticos del concepto de *miles christi*, auxiliar de la Iglesia, que gana su salvación cumpliendo los deberes de su estado dentro del marco de la moral cristiana, debe ubicarse en la época carolingia[33]; fue durante el siglo X cuando maduró rápidamente la noción de un «orden» de militares, encargados de la misión general de protección al pueblo de Dios y, por lo tanto, dignos de ciertos privilegios jurídicos. Estaban muy afirmados cuando aparecieron las instituciones de la paz de Dios, que los afianzaron aún más. En efecto, los reglamentos de paz supusieron para el conjunto de los *milites* una condición particular, muy superior a la de los campesinos. Este fue el momento en que se operó una nueva repartición de los poderes y se instalaron los «USOS» exigidos por los poseedores del derecho de bando, de los cuales se vieron exentos los caballeros. Este grupo se afirmó, pues, claramente a partir del siglo XI, mucho antes de la fundación de las órdenes religioso-militares[34], como un cuerpo privilegiado, tanto en lo temporal como en lo espiritual, a quien la Iglesia propuso el ejercicio de virtudes particulares y tipos ejemplares de vida religiosa especialmente adaptados a su actividad profesional: Orderico Vital cuenta que, entre los acompañantes del marqués de Chester, Hugo de Avranches, un sacerdote, predicaba a los caballeros la *emendatio vitae* y elegía como tema de sus sermones la vida de los santos militares, Demetrio, Jorge, Sebastián, Teodoro, Mauricio, Eustaquio y la

del conde-monje Guillermo de Aquitania[35]. A la concepción «germánica» que expresaba aún en el siglo XII Honorius Augustodunensis presentando al género humano dividido, desde el diluvio, en tres órdenes jerarquizados, los «libres» descendientes de Sem, los caballeros descendientes de Jafet y los siervos descendientes de Cam, se opone el bien conocido esquema de Adalberón de Laon, anterior en más de un siglo, que dividía a los laicos solamente en dos categorías, colocando por encima de los siervos al conjunto de los caballeros «protectores de las iglesias, defensores del pueblo», que escapaban a toda coacción[36]. Se mantuvo ciertamente en Francia la idea de una nobleza de sangre, cuyo brillo precedía y sobrepasaba al honor de la caballería. Adalberón expresaba esto diciendo que «los títulos de los nobles provienen de la sangre de los reyes, de los cuales descienden»[37]. La misma idea está claramente proclamada a finales del siglo XII, en la literatura novelesca: Perceval es noble sin saberlo y su madre quiere educarlo fuera de la caballería; sin embargo, la fuerza de su sangre generosa triunfa sobre su tímida educación y accede a las virtudes caballerescas; «velad porque la caballería esté tan bien empleada en vos que el amor de vuestro linaje esté a salvo», tal es el consejo que Galaad en la *Queste du Grial* da al hijo del rey al que acaba de armar caballero[38]. Pero es evidente que, a partir del siglo XI, los usos franceses distinguían dos grupos jurídicos: los caballeros, eximidos de la explotación del bando, entre los que se incluían los nobles, y los otros; así aparecen divididos los testigos laicos de las actas y los nobles ostentan ya el título caballeresco. Evocando a su abuelo o a su tío abuelo paterno, los vizcondes de Marsella en 1040 lo designaban como *nobilissimus miles*; su padre, Guillermo, que treinta años antes se había hecho recibir en la comunidad benedictina de Saint-Victor para agonizar, proclamaba ya que abandonaba la *militia saecularis* por el servicio de Dios[39]. Es aquí donde parece muy necesaria una investigación general

sobre la ceremonia de armar caballero, sobre sus ritos, su evolución, de todo lo cual en verdad poco conocernos.

Pero, en los primeros años del siglo XIII, tanto en Francia central como en Brabante y Narnur, se operó un acercamiento entre los diferentes niveles de la aristocracia en el seno de la caballería. En la misma época se produjeron idénticos fenómenos por todas partes: *dominus* o *messire*, calificativos reservados hasta entonces a los poseedores del poder de bando, fueron empleados por todos los caballeros y solamente por ellos; los hijos de los caballeros, cada vez más numerosos, no son sometidos ya a la ceremonia de ser armados al llegar a la edad adulta y se los distingue con un nuevo título «escudero» o «doncel». Sin embargo, para explicar tales cambios no nos podernos contentar con invocar la exaltación de la dignidad caballeresca (mucho más antigua en Francia como acabamos de verlo) o las dificultades económicas de la nobleza (ya que no es seguro que la mayor parte de los nobles hayan estado en apuros financieros en esta época, pues no fueron ellos sino las familias más modestas las que primero renunciaron a hacer armar a sus hijos caballeros). El reforzamiento del poder del príncipe parece haber desempeñado en esta evolución un papel mucho más determinante. El nivelamiento de las categorías aristocráticas se produjo, en efecto, bajo la autoridad reconstituida de los príncipes territoriales, que sometieron a los castellanos independientes reduciendo su poder, en el mismo momento en el que el bando inferior de las parroquias pasó a los caballeros de las aldeas; fue entonces cuando se apropiaron de un sello y transformaron su residencia en una mansión fortificada. La elevación de los simples caballeros a la antigua *nobilitas* de los señores de los castillos coincide con la dispersión de los derechos señoriales, como la talla y la baja justicia, y con la vulgarización de la autoridad de bando.

Además, en aquel momento, la reconstitución de los estados abría una nueva fase en la historia de la nobleza. En efecto, ser

noble implicaba escapar a las obligaciones del fisco. Al príncipe le interesaba, pues, controlar la pertenencia a esta categoría. Lo vernos establecer criterios que autorizaban la exención. Estos fueron frecuentemente dos —se observa aquí cómo nobleza y caballería acaban por confundirse—, basados a la vez en la sangre y en el hecho de ser armado caballero: para participar de las libertades fiscales era necesario contar con un caballero entre los antepasados. Los reglamentos fijaron los grados de ascendencia (el séptimo para los «hombres de ley» de Namurl; al tratar de las «libertades de los caballeros», los estatutos de Fréjus, dictados en el siglo XIII por el conde de Provenza, exceptuaban de la *quiste* condal, además de los caballeros, a los hijos y nietos de caballeros; pero si éstos no se armaban pasada la treintena perdían sus franquicias. Para conservar su estado los nobles provenzales debían además abstenerse, desde esta época, de colaborar en las tareas campesinas[40]. El control del estado introdujo, pues, muy tarde la noción de degradación y no coincidimos con L. Verriest cuando niega toda relación entre la condición económica de un individuo y su situación jurídica. En todo caso, la nobleza, desde entonces, tuvo que ponerse a prueba; los postulantes fueron obligados a mostrar delante de la administración las actas originales donde se probaran los calificativos particulares de sus antepasados. Es necesario señalar que los títulos recibidos no fueron semejantes, en el siglo XII, en todas las provincias de Francia: «escudero» y «caballero» están generalizados; no así «noble», que se aplicaba en Flandes, Artois y Hainaut, en el Franco Condado, Lyon, Delfinado, Provenza, Languedoc y Rosellón; «hombre noble» se empleaba en Bearn, Guyena y Normandía. La diversidad de calificativos nobiliarios es una nueva invitación a no considerar, en la investigación de las relaciones entre nobleza y caballería en los tiempos feudales, a toda Francia como un cuerpo homogéneo.

Ultimo problema: ¿cuál fue el grado de fluidez de la nobleza medieval? ¿En qué medida este grupo social fue rejuvenecido y renovado por la intrusión de advenedizos? L. Génicot muestra excelentemente cómo algunas familias de la «nobleza» de Namur primero se multiplicaron y se ramificaron y luego, desde el siglo XIII, se fueron reduciendo poco a poco debido a la extinción progresiva de los linajes. Es de desear que los historiadores, siguiendo su ejemplo, se dediquen a estudiar en las provincias francesas la demografía de las familias aristocráticas, que tal vez no presentaba los mismos caracteres que la de otras capas sociales. Es realmente sorprendente observar con qué rapidez ciertos linajes nobles de la época feudal se marchitan y desaparecen. Extraigo de la *Historia comitum Ghisnensium* de Lamberto de Ardres[41] el ejemplo de la posteridad del castellano de Bourbourg, Enrique, que murió después de 1151; había tenido doce hijos de los cuales siete eran varones. Dos de ellos fueron clérigos, otros dos murieron por accidente, uno *adulescentulus*, otro ya caballero; un quinto perdió la vista en un torneo, lo cual le impidió solicitar la sucesión de su padre y, según parece, casarse; Balduino, el primogénito, sucesor de Enrique en el castillo, se casó dos veces pero sus esposas no le dieron descendencia; el más joven de sus siete hijos llegó a ser entonces castellano y se casó, pero su único heredero varón murió siendo niño, en 1194. Toda la bella sucesión de Enrique de Bourbourg recayó en su única nieta por línea paterna, Beatriz, tentadora presa para los jóvenes nobles que buscaban establecerse, la cual fue finalmente conquistada, después de una larga lucha, por Arnoldo, hijo del conde de Guines. Vemos por este ejemplo que los destinos biológicos de la nobleza estaban entonces muy amenazados. En primer lugar, por los peligros inherentes a la ruda vida militar, que a menudo ofrecía riesgos reales. Pero también por los hábitos de restricción demo-

gráfica: para evitar la dispersión de la herencia, para asegurar al primogénito, heredero del título y del honor, un señorío que no estuviera desmembrado, se ubicaba a la mayoría de los segundones en el estado eclesiástico y se evitaba casar a los otros. La prolongación del linaje estaba, pues, a merced de un accidente de guerra o de una unión estéril. Rápidos sondeos en la genealogía de la alta nobleza de la cuenca de París me han permitido reconocer en este grupo social, en el siglo XII, la frecuencia de dos situaciones individuales, pero complementarias: la del aventurero soltero, obligado a encontrar fortuna fuera de la casa paterna y que a menudo muere en combate, y la de la única heredera, centro de todas las estrategias matrimoniales.

Estudiando la condición personal de sesenta nobles del Forez, que pertenecían a cuarenta y tres linajes que se unen en 1314-1315 contra el fisco real, E. Perroy aporta la más rica de las recientes contribuciones al conocimiento de las estructuras reales de la aristocracia[42]. Entre los sesenta conjurados, cuatro eran viudas de caballeros, veintinueve eran caballeros, pero veintisiete no habían sido armados caballeros y portaban solamente el título de «donceles»; once murieron con esta condición y de los otros dieciséis, seis tan sólo fueron armados caballeros antes de los cuarenta años, cinco antes de los cincuenta, cuatro antes de los sesenta, y el último aún más viejo; no se puede decir que haya sido excesiva la prisa para solicitar la condición caballeresca. Once conjurados desaparecieron sin dejar descendencia masculina y la posteridad de otros veintiséis estaba extinguida a menos de un siglo de la alianza de 1315. Estas cifras permiten medir el ritmo que mantenía entonces la renovación de la nobleza. Para defender sus privilegios comunes, hombres nuevos que habían sido recientemente introducidos entre los gentileshombres luchaban al lado de los poderosos barones de muy antiguos linajes. Este fue el caso de Guillermo Fillet, agente condal de origen plebeyo armado caballero siete años antes; de Pedro de Verney, todavía

burgués de Montbrison en 1304, hijo de un banquero del conde; de Ponce de Curnieu, simple doncel de extracción campesina. Agregaré que catorce de aquellos cincuenta y seis nobles se habían casado con herederas y debían a estas alianzas lo mejor de sus fortunas; podemos pensar que fueron matrimonios de este tipo los que permitieron a Pedro de Verney y a su sobrino Guillermo acceder a la condición caballeresca y aunque de origen comerciante, figurar entre los nobles. Todas estas perspectivas coinciden perfectamente con las investigaciones de L. Génicot sobre la aristocracia de Namur en los últimos siglos de la Edad Media y muestran que, a pesar de los esfuerzos de los príncipes por limitar las exenciones fiscales y por establecer un estricto control en el acceso a la nobleza, ésta era en el siglo XIV una clase ampliamente abierta. La extinción de los viejos linajes se compensaba constantemente por la incorporación de nuevas familias ascendidas gracias a sus alianzas, sus funciones o sus fortunas.

No obstante, me parece difícil renunciar a la imagen de una sorprendente permanencia de las familias caballerescas entre comienzos del siglo XI y fines del XII, que se desprende del examen de las abundantes fuentes del Mâconnais. Estas manifiestan, en efecto, que los descendientes de aquellos hombres que enarbolaron por vez primera después del año mil la condición caballeresca en el círculo de los castellanos se encontraban cerca del año 1200 establecidos sobre los mismos patrimonios y con la misma superioridad económica que sus antepasados; en este nivel no se encuentra ningún advenedizo, pero sí primos nacidos de los mismos linajes; entre todas estas familias las que se extinguieron sin posteridad en el curso de cinco o seis generaciones parecen haber sido muy poco numerosas y el vacío que dejaron fue colmado no por gente del vulgo, sino por ramas de antiguas castas que encontraron un lugar más amplio para expandirse. Los estudios genealógicos sobre los linajes del Forez que realiza E. Perroy a partir de las listas de 1315 mostrarán si la movilidad de la nobleza y

su rápida renovación, comprobada en los comienzos del siglo XIV en el sudeste del reino de Francia, se observan con anterioridad al siglo XIII con la misma intensidad.

Podemos en efecto preguntarnos si en muchas regiones de Francia la aristocracia, cuyo calificativo caballeresco la reunía en un mismo cuerpo provisto de privilegios jurídicos, pero en la que los «nobles», élite restringida constituida por brotes de las viejas castas aliadas a los reyes francos y por sus herederos que ejercían el derecho de bando, se diferenciaban de la masa de los simples caballeros, de sus primos de ramas adyacentes y de los descendientes de los hombres libres afortunados de la Alta Edad Media, permaneció muy estable hasta cerca de 1180. ¿No es solamente a partir de esta fecha cuando una circulación monetaria más activa, el atractivo de las residencias urbanas y las mutaciones que este atractivo suscitó en el género de vida, el reforzamiento de la autonomía del príncipe y el profundo reordenamiento de los poderes de dirección y de las jerarquías jurídicas que determinó, llevaron a romper, en una evolución acelerada, los marcos de la sociedad feudal y a perturbar en particular las estructuras de la nobleza? Me parece conveniente cerrar este panorama de conjunto y esta invitación a proseguir una investigación con este último interrogante.

4. EL SEÑORIO Y LA ECONOMIA CAMPESINA. ALPES DEL SUR, 1338[*]

La extrema escasez de estimaciones precisas torna muy incierto el estudio de la economía rural en Francia, durante la mayor parte de la Edad Media. Los administradores de los señoríos más importantes, los de los más metódicamente dirigidos, recurrieron muy excepcionalmente a la escritura; en los muy escasos textos que se han conservado, los datos numéricos son poco numerosos. A veces se mencionan las personas de un señorío y se registran sus censos: «tal hombre, tal parcela, debe en tal fecha entregar tantos dineros, tantas medidas de grano…»; se redactaron estos repertorios, censarios o *coutumiers*, porque existían antecedentes carolingios y porque estos documentos podían ser utilizados ante la justicia cuando se elevaban acusaciones a propósito de los servicios. Asimismo, en algunas comunidades monásticas se juzgó oportuno inscribir el monto de las raciones asignadas a cada miembro de la congregación, lo que constituyó el embrión de un recuento de las necesidades anuales de alimentación destinado a facilitar las tareas de distribución. Pero estos escritos son apenas los únicos que se pueden descubrir en los archivos. En ellos, casi no se hacen menciones de precios (en una crónica, el recuerdo de un nivel insólito en tiempos de extraordinaria abundancia o de extraordinaria penuria; esporádicamente, en un reconocimiento de una deuda, la equivalencia entre el dinero y otro valor: «Debo pagar tal suma en dinero o tantas vacas…»). No hay inventarios de gestión, no hay cuentas, no hay intentos de equilibrar las necesidades y los recursos en las casas señoriales. El historiador, privado del apoyo de las cifras, se sien-

te incómodo; lo que explica que la historia de la economía rural en Francia esté tan poco avanzada, en relación con la de las ciudades y el comercio, o en relación con la historia del derecho señorial.

Sin embargo, es necesario señalar que esta indiferencia del medio rural hacia la precisión numérica comenzó a debilitarse en la región francesa en la segunda mitad del siglo XIII (es decir, mucho después de que se impusiera en la administración de los grandes dominios eclesiásticos de Inglaterra el uso de cifras, de cuentas escritas y de inventarios). Este cambio de mentalidad tiene una fundamental importancia: la nueva necesidad de evaluación, la preocupación por medir beneficios y pérdidas, el deseo de prever implican, en efecto, una actitud diferente ante la realidad económica; se puede pensar que esta actitud modificó algo las relaciones entre señores y campesinos y aun la situación de los señoríos en el movimiento de los intercambios. Por ello es de desear que estudios minuciosos y una exploración metódica de los archivos señoriales precisen las etapas de este progreso técnico y establezcan sus relaciones con el perfeccionamiento de las finanzas de los príncipes y con el reforzamiento del cuerpo de administradores profesionales, especialistas en escritura y cuentas. Mi experiencia se limita a la Francia del sudeste y se basa en rastreos aún muy incompletos. Esto es lo que yo vislumbro. Antes del siglo XIV no conozco más que un solo documento que dé algunas cifras coincidentes sobre la administración de una gran empresa agrícola. Este documento se incluye en uno de los cartularios de la abadía de Cluny y fue redactado hacia 1155. Su título es muy expresivo: *Constitutio expense*; es una ordenación de los gastos, un plan de gestión de la fortuna común en función del abastecimiento de los numerosos consumidores que reunía entonces el monasterio. Presenta pues, en líneas generales y muy brevemente, por un lado la evaluación de las necesidades de alimentación y por otro el inventario, señorío por señorío, de los

recursos utilizables. Este documento, aunque aislado en pleno siglo XII, nos ilumina muy vivamente. Procede en efecto de un medio muy avanzado, Cluny; además, este estudio fue realizado por iniciativa del obispo de Winchester, Enrique de Blois, hermano del rey de Inglaterra y gran señor de Francia, que estaba entonces refugiado en Borgoña. Al parecer, fue determinante la influencia de los métodos ingleses de administración[1]. Pero las prácticas nuevas que prepararon el cambio de actitud no se manifestaron hasta un siglo más tarde.

Es sólo entonces cuando se descubren los primeros libros de cuentas preparados por los responsables financieros para su señor, como aquel pequeño y precioso registro conocido con el nombre de *Rationnaire du comte de Provence* que contiene el estado de los ingresos y gastos señoriales para los años 1249-1254[2]. Pero estos escritos contienen solamente una relación desordenada de las recaudaciones y los desembolsos y lo que concierne a los dominios rurales del señor se presenta inextricablemente mezclado con otros ingresos y gastos de todo tipo. Existen otros textos vinculados a una costumbre propia de las congregaciones religiosas, impulsada por los papas en el siglo XIII: todos los años, en otoño, se inspeccionaban las casas filiales. La primera intención fue la de controlar su estado moral, pero los visitadores comprendieron que la regularidad de las costumbres estaba estrechamente ligada a la situación material; paulatinamente fueron prestando más atención al estado de las construcciones, a la reserva de alimentos y al importe de las deudas, ya que fue precisamente ésta la época en que se multiplicaron y aumentaron los préstamos. Preparar el estado de beneficios y pérdidas[3] fue finalmente la tarea central de aquellos pesquisidores.

En verdad, la evolución fue lenta. Por lo que conozco, el primer documento verdaderamente explícito que permite estudiar en detalle, en el sudeste de Francia, la gestión de un señorío rural data de 1338 y sigue estando absolutamente aislado en su época.

Es un registro de la visita de las casas de la orden de San Juan de Jerusalén, dependiente del gran priorato de Saint-Gilles, el relato del largo viaje que dos dignatarios realizaron a fines del verano, una vez recogida la cosecha y estando los graneros llenos, a través de las treinta y dos encomiendas y los ciento veinte señoríos rurales diseminados a 1 este del Ródano, desde las cercanías de la Gran Cartuja a la Camarga, desde el Embrunais a la región nizarda. La realización de este informe, de una excepcional precisión, fue ordenada directamente por el papa. Benedicto XII quería reformar las órdenes religiosas. Como cisterciense, se había interesado en primer lugar, ya en 1355, por la orden del Císter, invitando en particular a evaluar con exactitud la fortuna y los recursos de cada una de las abadías, para determinar mejor el número de monjes que podían mantener decentemente; al año siguiente extendió su solicitud a los benedictinos y a otras congregaciones. Así pues, se emprendió por todas partes la confección de inventarios a fines de 1337 y en 1338; muchos de ellos aún se conservan en los cartularios de los establecimientos correspondientes[4]. Estos documentos, que ofrecen una descripción de los ingresos o de los gastos de un gran número de comunidades religiosas en un mismo período, permiten un estudio comparado de la economía regional de una punta a otra de la Cristiandad. Sería conveniente que un equipo de investigadores se dedicara a descubrirlos y a explorarlos.

Volvamos al registro que conservan los Archivos departamentales de Bouches-du-Rhône, entre los fondos de la orden de Malta. Trescientos seis folios de bella escritura[5]. Este inventario describe el estado material de cada una de las casas; es un cuadro de la economía doméstica, organizado según el punto de vista de los pesquisidores, el cual es ya muy revelador. En cada encomienda comienzan por el recuento de los señores, cuyas necesi-

dades lo determinan todo. No se trata de toda la gente de la casa, sino de la «familia» de los señores estrictamente jerarquizada: primero el preceptor, luego los capellanes, los frailes caballeros, los simples domésticos, los «donados», y por último, aquellos laicos que tenían asegurado un retiro apacible en el seno de la fraternidad religiosa. Se describe luego el activo, el haber, los recursos, y esta vez también en orden jerárquico. En primer lugar se presenta el «dominio», la tierra explotada directamente; las tierras de labor, la mayor riqueza, preceden a las viñas, los prados, los bosques y los pastos. Después vienen las rentas, recaudaciones de todo tipo, clasificadas según su naturaleza: primero lo que se puede beber y comer, luego las piezas de moneda. El último cuadro es el de los gastos: se observa entonces cómo los productos de la tierra, las raciones de grano y vino distribuidas en la casa a los señores y servidores, están antes que las salidas de dinero, las adquisiciones de «comestibles», las deudas, las contribuciones de cada casa a los gastos de la Orden.

Los pesquisidores prepararon todo de tal manera que, tanto en el interior de una misma casa como de una casa a la otra, los diversos elementos del inventario fuesen comparables. Contaron todo muy cuidadosamente; anotaron el precio de cada cosa para permitir la cabal apreciación en metálico de las cosechas y del consumo. Por último, convirtieron todos los valores monetarios reduciéndolos a una unidad semejante, «moneda en la que un *tornés* vale dieciséis dineros»[6]; sus cálculos carecen casi de errores. Tal preocupación y esta soltura de gente acostumbrada a manejar cifras nos facilitan singularmente el análisis de este rico texto. En realidad, hay dos aspectos que permanecen imprecisos. Primero, las cantidades de granos y vino. Los visitantes que, familiarizados con las operaciones de cambio, se dedicaron a convertir las monedas[7], no redujeron sin embargo a una unidad las medidas usadas para evaluar las cosechas, el producto de los censos y el consumo doméstico y para fijar el nivel de los precios.

¿Juzgaban despreciables las variaciones de un lugar a otro? Es poco probable: los valores del sextario, de la carga, de la *millerolle* eran, en el momento de la introducción del sistema métrico, muy diferentes en Aix o en Orange, en Tarascón o en Draguignan[8], y estas disparidades existían ya evidentemente en el siglo XIV. En realidad, los pesquisidores podían ahorrarse las tediosas operaciones de conversión: era suficiente combinar precios locales y medidas locales para establecer el estado de las finanzas en libras, sueldos y dineros, lo cual era lo único que tenía interés para ellos. Pero esta negligencia impide comparar con precisión, de un señorío a otro, las cantidades de grano o de vino. Además, los datos numéricos no tienen el rigor que se esperaría de una investigación semejante: ya se trate del rendimiento de la semilla, de las raciones asignadas todos los años a los domésticos, de los beneficios de la justicia, del número de asalariados contratados para la jornada, del importe de los salarios distribuidos o, por último, del precio de las mercancías, los valores registrados son siempre valores «comunes». La palabra *communiter* se repite en cada página: «esta tierra produce comúnmente…», «la carga de trigo vale comúnmente en esta ciudad…». Esta actitud frente al número merece ser subrayada. Los pesquisidores saben que las cosechas y los precios varían de un año a otro, pero consideran estas variaciones accidentales y no les parece útil registrar exactamente los datos del momento, de aquel año de 1338; lo que cuenta para ellos, lo que es verdaderamente estable, es lo habitual, la «costumbre». Estos hombres prudentes, estos administradores sagaces y esmerados tienen pues la sensación, y esto es muy importante, de que los valores son estables y deben serlo, la sensación de una estabilidad profunda, básica, subyacente a unas modificaciones que ellos consideran superficiales y despreciables. El historiador, en todo caso, puede sacar ventaja de este prejuicio: permite localizar el nivel que los contemporáneos consideraban normal. Sin embargo, tales esti-

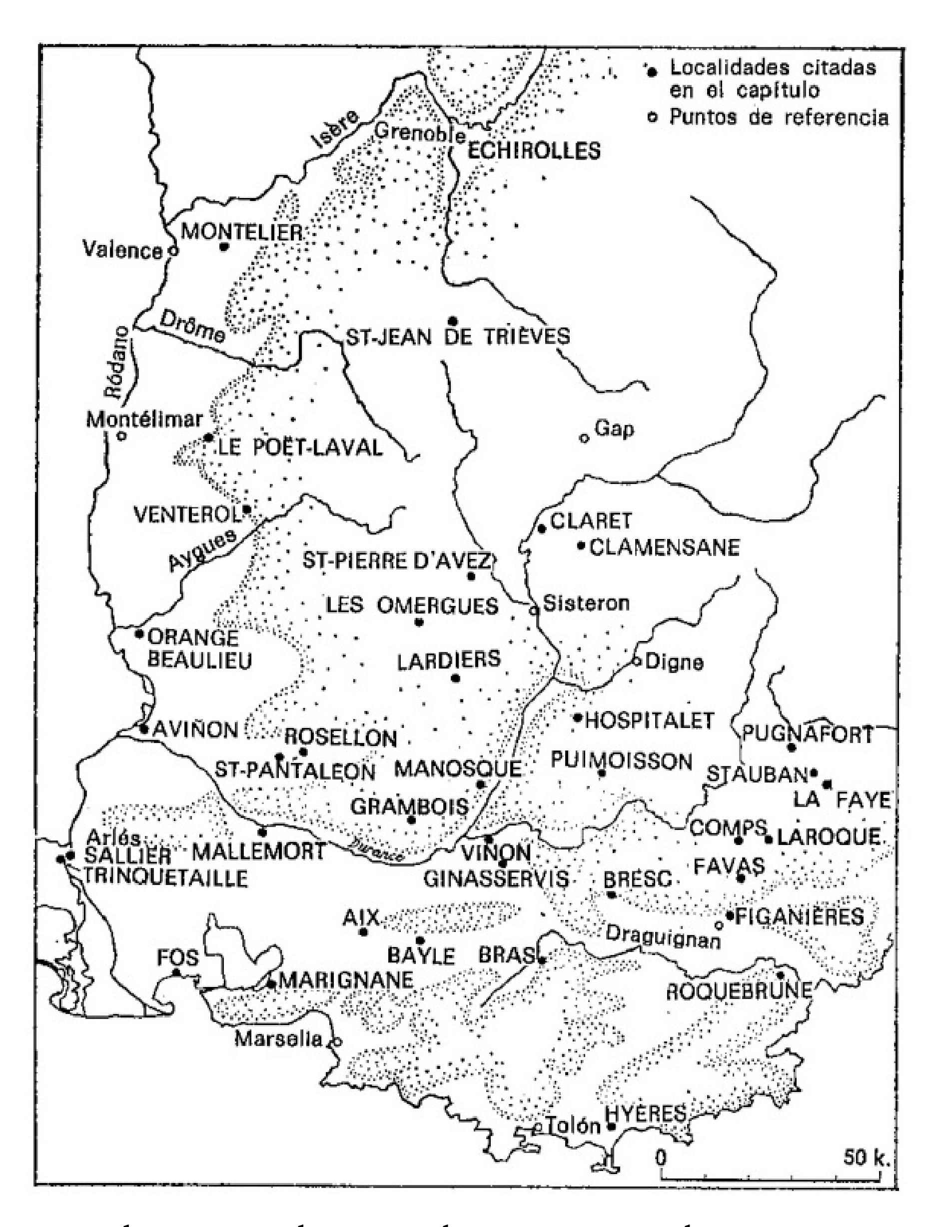
maciones son medias, subjetivas, presentándonos cierto coeficiente de incertidumbre. Hechas estas reservas, la investigación de 1338, por su honradez, su amplitud, la amplia extensión de campiña que permite abarcar de un solo golpe de vista, nos brinda un testimonio de excepcional valor sobre la economía señorial. ¿Qué se puede sacar de él?

El marco del inventario es el de una economía excepcionalmente doméstica. En aquella época lo que se intentaba conocer eran las necesidades y los recursos de la «casa», del grupo «familiar». La «familia» señorial es aquí un poco particular, puesto que se trata de una comunidad religiosa cuyo tren de vida y comportamiento frente a las riquezas están determinados por disposiciones particulares, por una regla. Esta disciplina[9] se basa en la austeridad, invita a limitar consumos y gastos. En verdad, las restricciones eran livianas; cada encomienda no se diferenciaba demasiado, por su estructura social, por sus necesidades económicas, de una casa de la nobleza media rural. En cada una de ellas se agrupaba un pequeño número de señores con inclinaciones militares, bien alimentados y preocupados por su comitiva. Su número variaba: eran cinco aquí, treinta allá; en Manosque, la comunidad más fuerte, cincuenta; en general, veinte como promedio. Junto a ellos vivían algunos servidores con la función de «cocinar, amasar el pan, lavar la ropa»[10], dos o tres «mozos» de armas que integraban el séquito; agreguemos tres o cuatro caballos en la cuadra, la mesa dispuesta para los huéspedes de paso, la obligación que tenía el jefe de la compañía de viajar de tanto en tanto con magnificencia. Cada casa del Hospital tenía sin duda sus funciones —y sus gastos— exclusivamente religiosos. Socorría a viajeros y enfermos: ésta era su misión específica. Tres veces por semana, durante los meses malos, desde San Miguel a San Juan en junio, distribuía grano a los pobres, pero moderadamen-

te; unos doscientos kilos por año de trigo en Saint-Jean de Trieves, dieciocho quintales en la gran encomienda de Puimoisson, cerca de Riez, en la que se ensilaban mil ochocientos quintales en cada cosecha; en Bras, esta distribución semanal absorbía menos del cuatro por ciento del conjunto de los recursos[11]. Los gastos de hospitalidad y limosnas reunidos escasamente representaban un quinto de las sumas dedicadas al mantenimiento de la casa señorial. A eso había que añadir las contribuciones en dinero para satisfacer las necesidades generales de la Orden. Pero éstas también eran livianas. No sobrepasaban en absoluto lo que cada año, en ofrendas y en rentas de aniversarios, una familia noble consagraba a sus penitencias o a sus funerales[12]. Grande o pequeña, la encomienda era equivalente, pues, a una mansión fortificada y los gastos de los religiosos poco diferían de los de un linaje de caballeros.

El informe muestra con claridad la naturaleza de estos gastos. La primera necesidad era la de una abundante alimentación. Para cada señor la misma ración: un kilo de par por día; precisemos, pan de trigo candeal[13]. Luego, vino en cantidades variables según los lugares, difíciles de evaluar; pero se servía en todas partes, aunque el dominio no produjera suficiente y debiera comprarse más caro. Pan blanco, vino puro, tal era el estilo de vida de la casa de los señores. Por otra parte, nunca comían el pan solo; para el *companagium* estaba previsto otro gasto. Este englobaba, aparte de las necesidades de fuego e iluminación, todos los gastos accesorios de la alimentación. Según el inventario de la encomienda de Echirolles, en el Delfinado, estos gastos anejos estaban repartidos así: un quinto para las bebidas y las velas, dos quintos para la carne, fresca o salada, un quinto para los huevos, el queso, el pescado, y el resto para la sal, el aceite, las almendras, la cebolla, el ajo, las especias[14]. Sin embargo, el subsidio para el *companagium* no era igual para todos los señores: 60 sueldos por año para el señor de la encomienda, 35 para un fraile y solamente

25 para un donado. En consecuencia, en aquel mundo, la jerarquía de las dignidades se distinguía en primer lugar a través del refinamiento de la mesa. Pero las diferencias se manifestaban especialmente en la vestimenta. Esta es la razón por la cual los escalones eran más numerosos y más espaciados también en el último apartado de los gastos de mantenimiento: los del vestuario. Se asignaban 120 sueldos al jefe de la casa para su vestimenta, 60 al fraile caballero, 50 al capellán y al donado noble, 40 solamente al doméstico y al donado de origen humilde.



En el inventario, los gastos de *companagium* y de vestimenta están evaluados en metálico. Se compraban las telas, los cueros y también la mayor parte de los productos que se servían en la mesa para acompañar al pan. En consecuencia, existían dos categorías de necesidades domésticas (el mismo plan del inventario se organiza, como hemos visto, en función de esta distinción): ne-

cesidad de grano y de vino por una parte, necesidad de dinero por otra. Comparémoslas. En Puimoisson, cada fraile consumía doce copas de vino que costaban dos sueldos cada una y 18 sextarios de trigo candeal a dos sueldos; es decir, 60 sueldos por año. Los gastos en metálico eran, como en las otras encomiendas, de 95 sueldos para un caballero y de 65 sueldos para un doméstico[15]. De este modo, en el grupo señorial, el consumo de productos «exteriores», como se decía en el siglo XIII, aquéllos que hacían partir el dinero de los cofres, representaba —aun para aquellos sentados en el último extremo de la mesa— un valor al menos igual al de los alimentos que se extraían de los lagares o de los graneros. Los gastos en dinero eran mucho más elevados cuando se trataba de los mejores de la familia, particularmente el jefe de la encomienda, ya que a través de él se manifestaba para afuera el poder de la «casa». Tales eran las necesidades. Veamos ahora cómo el señorío conseguía satisfacerlas.

Los Hospitalarios de San Juan, como señores, tenían en primer lugar el poder de realizar punciones periódicas en el haber de los campesinos que dependían de ellos o en el de los terrazgueros de sus tierras. Es decir, sobre ciertos habitantes de las aldeas de los alrededores, puesto que el señorío era todo lo contrario de un bloque territorial homogéneo: tal familia estaba sometida, tal parcela pertenecía a la encomienda, tal *oustau* estaba bajo su «imperio». Muy dispersos, los derechos señoriales eran además de una gran diversidad, unos territoriales, otros personales. «Exacciones», poder de mando y, por tanto, de juzgar y de cobrar las multas altas o bajas, de recaudar las tallas, de proteger el mercado con la consiguiente apropiación de parte del importe de las ventas, monopolio sobre el horno, sobre el molino de grano y de aceite, sobre el abatanado de los paños o del cáñamo, censos percibidos sobre las casas o sobre las tierras, combinados

con impuestos sobre la herencia (muy lucrativos, lo cual expresa para aquella época la gran movilidad de la posesión campesina); por último, diezmos y múltiples beneficios que recibe el señor de la iglesia parroquial, primicias, oblaciones, derechos de sepultura… en el inventario todo está mezclado. En realidad, tanto para los señores como para los pesquisidores de 1338 (y para el historiador actual de la economía señorial), una sola distinción importa hacer en verdad entre todos estos ingresos: ciertas prerrogativas autorizaban a apropiarse directamente de una parte de las cosechas de la población dependiente, que proveían a la casa del señor de bienes inmediatamente consumibles, grano o vino; otras, por el contrario, procuraban dinero indirectamente: los pequeños productores para poderlas satisfacer debían vender el excedente de su producción o parte de su trabajo.

En el señorío de San Juan de Jerusalén, los ingresos en metálico provenían casi exclusivamente de los derechos de bando, de justicia, de las tallas y de los impuestos de funerales[16]. Se trataba, en consecuencia, de entradas irregulares. Tal hombre, se decía, «es provechoso cuando cornete un delito»[17]; en Figanieres, el señor percibe las multas de cinco *oustaus*, «pero no ha percibido nada desde hace diez años»[18]. De estos beneficios inciertos el inventario no hace más que una evaluación media. Estos eran además generalmente escasos. En Bras, por ejemplo, donde se registran ciento cuarenta hogares y la mitad de cuya *senhoria* pertenece a los Hospitalarios, se percibían, como promedio de años buenos y malos, seis libras y nueve sueldos, es decir, apenas lo necesario para vestir al preceptor de la encomienda. Se estimaba en 10 sueldos por año el beneficio de las multas en los dieciocho *oustaus* de Favas, así como en los dieciocho de Bresc o de los «hombres ligios» de Clamensane[19]; de las treinta y una familias de Claret, sometidas a su justicia, los frailes extraían cada año menos de 11 libras en dineros: cuatro libras por la iglesia y los diezmos, una libra por las multas, 30 sueldos por el derecho de

bando, 50 sueldos por censos y laudemios[20]. El aporte de metálico era, pues, insuficiente y en tiempos normales demasiado débil para cubrir los gastos de vestimenta y *companagium* de los señores. Así, en Poët-Laval, las cuarenta y ocho personas de la «familia» señorial gastaban 224 libras por año en dinero, mientras que los derechos señoriales no procuraban más que 105; en Saint-Jean de Trièves se percibían 30 libras en metálico mientras que se desembolsaban 64. Se necesitaban circunstancias excepcionales para que la suma de dinero recogido del campesinado superara los gastos de mantenimiento de los señores: o el señorío debía ser muy vasto como el de Puimoisson (ingresos: 195 libras, gastos de mantenimiento del grupo señorial: 135) o estar próximo a una ciudad: muy cerca de Arlés la encomienda de Sallier, arrendando a al to precio los derechos de caza en la Camarga, recogía casi tres veces más dinero del que gastaba la pequeña comunidad de seis personas. Primera conclusión clara: el señorío rural, en aquella provincia y en aquella época, recibía poca moneda. Por el contrario, cuando la mano del señor se introducía en una aldea se llenaba de dinero: entre las dependencias de la encomienda de Comps, la de Pugnafort, ubicada en las tierras altas de Provenza, rendía a los frailes una libra por año, mientras que la de Draguignan rendía 94.

El predominio de los beneficios en especie, y sobre todo en granos, es pues abrumador en los ingresos señoriales: 65 por 100 en Puimoisson, 80 por 100 en Poet-Laval, 85 por 100 en Saint-Jean de Trièves. Pero estos ingresos en especies no provenían ni del derecho de bando ni del de justicia; procedían sobre todo del horno de la aldea, del molino, de la iglesia o de los diezmos, principales fuentes de estas percepciones. Esta renta, aunque irregular, pues dependía del azar de la cosecha aldeana, era mucho más importante. El único horno de Venterol proporcionaba pan todo el año para ocho personas[21]; en Lardiers el 60 por 100 de las rentas provenía de las iglesias; en Puimoisson, hornos, mo-

linos y diezmos reportaban dos veces más que los censos, ocho veces más que el derecho de bando[22]. Estas observaciones confirman lo que señalan tantos documentos señoriales franceses de los siglos XIII y XIV: el señor rico no era aquel que extendía su justicia y su poder de coacción sobre grandes extensiones rurales ni el poseedor de numerosos terrazgos, sino el señor de los molineros, el recaudador de los diezmos. Y cuando en los años malos los censos eran deficientes, cuando era necesario renunciar a percibir íntegramente las multas de los individuos demasiado pobres, los diezmos, los derechos de molienda y de forraje llenaban los graneros señoriales[23].

No obstante, las rentas, ya fueran en trigo o en dinero, producían, en resumidas cuentas, beneficios restringidos, porque para obtenerlas era necesario hacer grandes gastos. En primer lugar, gastos de pleitos, ya que estos ingresos constituían la parte del patrimonio menos segura, la más disputada por los rivales (los derechos de los Hospitalarios estaban en efecto entremezclados con los de otros señores); era también la más impugnada por los sometidos, quienes se quejaban y trataban de zafarse de las obligaciones. Se debía pleitear constantemente y, por tanto, contratar abogados y procuradores, ganar apoyos y conseguir ayuda. En Venterol, el inventario habla de gastos anuales de 16 libras para los procesos, en Montelier de 10 libras…[24] Además, la recaudación de las rentas costaba muy cara. Sin duda, los censatarios debían aportar ellos mismos sus censos, pero para deducir la parte de las ventas del mercado se necesitaba la presencia permanente de un supervisor honrado. Asimismo, antes de cobrar las multas, era necesario pronunciar sentencia y pagar a los oficiales de justicia. Se requería gente leal en la era, a la entrada del lagar, si se querían evitar grandes fraudes en el diezmo o el colodrazgo. Finalmente, era conveniente dar a los auxiliares parte de los beneficios que debían recoger. Así, en Beaulieu d'Orange, el diezmero guardaba para sí el 10 por 100 de los ingresos declarados[25]

y el mandatario que los clérigos habían instalado en Clamensane, pequeña aldea de veinte casas, para hacer valer sus derechos recibía para él solo nueve libras de salario, un tercio del escaso total[26]. Vemos aquí levantarse, entre el señor y aquellos a los que explota, un pequeño grupo de intermediarios, hombres de leyes o recaudadores que, total o parcialmente, viven a expensas del señorío.

Por último, el señor debía mantener en buen estado los edificios y los instrumentos que ponía, a cambio de los censos, a disposición de los campesinos. En el molino de Saint-Michel-de-Manosque, por ejemplo, se debía cambiar las ruedas cada cuatro años, lo cual costaba 100 sueldos[27], y cada año se necesitaban 30 libras para mantener el gran molino de Vinon y su saetín[28]. En las iglesias de su dominio, el señor suministraba el aceite para la iluminación, los cirios, el incienso. Sobre todo, alimentaba, proveía de vestidos y retribuía al párroco. Es verdad que estos gastos eran relativamente modestos, pues los auxiliares del servicio religioso recibían de ordinario un pequeño salario en especie, el *companagium* y la asignación de vestimentas equivalentes a la de los domésticos más humildes. Pero se les atribuía la ración de vino y de grano de un fraile caballero: los servidores de Dios comían el pan blanco de los señores. Los gastos y las preocupaciones del mantenimiento eran, pues, pesados; por eso, para liberarse de ellos y asegurarse un ingreso más regular, los Hospitalarios arrendaban frecuentemente hornos, molinos, diezmos e iglesias. Otros intermediarios que se llevaban su parte. En suma, la renta de las prerrogativas señoriales se encontraba muy menguada. Tomemos como ejemplo el gran señorío de Poet-Laval: tres molinos, dos hornos, tres iglesias, censos y derechos de justicia y de bando sobre siete aldeas. Los ingresos eran considerables: 540 libras en especie y en dinero. Pero estas entradas debían servir para mantener a un clérigo, tres horneros, dos bailíos, una docena de domésticos, guardias rurales y recaudadores, que consumían cer-

ca de 100 libras. De este modo, las innumerables pequeñas exacciones impuestas a toda una región campesina no eran suficientes para procurar todos los años las 520 libras necesarias para los gastos de cuarenta y tres clérigos, sus servidores y sus huéspedes.

En primer lugar, el inventario pone en evidencia la debilidad de la renta señorial. Su bajo nivel se explica sin duda por la pobreza de los individuos. No poseemos ninguna información directa sobre la fortuna campesina (lo cual reduce mucho el alcance de las enseñanzas del informe, ya que el peso real de las exigencias señoriales y el porcentaje de aquellas deducciones no pueden apreciarse ni aun aproximativamente). No obstante, se adivina que los campesinos sometidos a los Hospitalarios eran, en la mayor parte de las regiones, gente pobre. Población numerosa (140 hogares en Eras, que cuenta actualmente con menos de 700 habitantes; 18 familias en Favas, 40 en Esparel, lugares éstos ahora casi desiertos en medio de pedregales), población demasiado numerosa sin duda y reducida a la indigencia. De las veintiocho familias de Roque-Esclapon solamente doce disponían de animales de tiro; en Clamensane, de veinte hogares, uno solo poseía un buey y otro un asno. En Bresc, las dieciocho familias dependientes nunca mataban entre todas más de tres cerdos por año[29]. En consecuencia, el señor podía tener en sus manos todos los poderes de coacción y de recaudación, pero ¿qué podía extraerles a estos miserables? Más aún cuando a menudo estaban sometidos a otras exigencias: las del Delfín, las del conde de Provenza, las de los jefes de principados, cuyas organizaciones fiscales estaban en pleno crecimiento y eran los primeros en servirse… Tal vez los señores conseguían quitarle al campesino todo o casi todo el dinero que pasaba por sus manos. Pero pasaba poco. ¿Cuántos campesinos condenados a pagar fuertes multas no fueron eximidos por unas pocas monedas, ya que los jueces del señor habían perdido toda esperanza de extraerles más beneficios? El importe de los beneficios señoriales se eleva bruscamente

cuando la región es menos pobre, como en los campos de Arlés o en el valle de Argens. Pero estas zonas de prosperidad son excepcionales y se limitan generalmente a las cercanías de las aldeas. De ordinario, la naturaleza es ingrata, los campesinos están famélicos y muy magros son los beneficios que llegan a la casa señorial.

Así pues, los señores no podían contentarse con ellos aunque administraran la justicia y poseyeran el diezmo y todos los molinos. Por ello se dedicaron a la explotación directa de la tierra. En 1338, los Hospitalarios de San Juan tenían en aquella región un inmenso «dominio». Tenía pocos bosques y muy pobres, algunos almendros, algunos nogales, algunos olivos, prados y cercados de viñas. Las tierras de labor constituían lo esencial. Las tierras de trigo de la Orden cubrían unas 7.000 hectáreas, en terrenos de extensión variable, desigualmente repartidos entre las diferentes casas. Algunas estaban muy bien provistas: en Manosque, en Vinon, la reserva se extendía a 300 hectáreas de campos[30]. Me asombra encontrar en el inventario tan pocas indicaciones sobre la economía ganadera. Casi en todas partes sólo aparecen animales de tiro; se mencionan aquí y allá una treintena de ovejas, pero ¿dónde están los grandes rebaños de ovejas de los que hablan en aquella época las cuentas de algunas encomiendas, como por ejemplo la de Manosque?[31] En la estación en que fue realizada la inspección estaban seguramente en trashumancia. Pero ¿cómo un recuento tan minucioso de los recursos domésticos puede permanecer mudo frente al rendimiento del ganado, que constituía la riqueza de la región? Si uno se atiene al documento, se comprueba que los pesquisidores han presentado la explotación del dominio orientada enteramente hacia la producción de cereales. Para ellos, las tierras arables constituían la porción sólida de la riqueza, la parte verdaderamente nutricia del se-

ñorío. En la mayor parte de las casas de la Orden de San Juan, el producto bruto de la reserva, convertido en valor monetario, representaba más que todas las rentas juntas. Tomo el ejemplo de la encomienda de Comps, de la cual dependían nueve unidades señoriales dispersas entre el alto Verdon y el macizo de los Maures. Dos de ellas, Esparel y Favas, eran simples centros de recaudación, sin dominio; los derechos señoriales constituían allí el único ingreso: 55 y 50 libras, respectivamente. En Draguignan, señorío más urbano que rural, los impuestos, muy provechosos, proporcionaban 104 libras, exactamente el doble de lo que se extraía de ordinario de los viñedos, de los prados y de una parcela de seis hectáreas de muy buena tierra. Pero en los otros lugares los grandes beneficios provenían de la tierra del señor: 38 libras contra 23 en Roque-Esclapon, 334 contra 56 en Roquebrune, seis libras contra una en Riufre, 58 contra tres en Faye, 144 contra 74 en Comps, 144 contra tres en Pugnafort.

Sin embargo, los rendimientos de estas tierras, bien cuidadas y que se beneficiaban a menudo de largos barbechos[32], eran muy débiles. El inventario da sobre este aspecto ciento veintitrés indicaciones. En sesenta y cinco de los dominios, por cada medida de grano sembrada, se recogían «comúnmente» cuatro. En otros veinticuatro, cinco, pero todas estas buenas tierras estaban situadas en sectores privilegiados: la llanura del bajo Ródano, alrededor de Arlés, y de Chateaurenard, en las afueras de Manosque. Solamente siete veces se registra un rendimiento medio superior (en el caso de los *ferrages*, tierras de superficie pequeña, vecinas a las ciudades y explotadas con cultivos continuos). Por el contrario, en veintiuna explotaciones el rendimiento era solamente de tres por uno y en cinco terrenos de montaña, de un grano de trigo no podían esperarse más de dos. Pobres cosechas, de las que debían deducirse los granos para la próxima siembra y también la parte correspondiente a los trilladores (un vigésimo o a veces un trezavo). Captamos aquí la extrema precariedad de la vida cam-

pesina. ¿Cómo podían los pequeños productores, que sin duda no trabajaban en tan buenas tierras y cuyos medios técnicos eran más restringidos, sustraer de aquel excedente insignificante el diezmo, el colodrazgo, los derechos de molienda, y de fornaje y alcanzar aún a alimentar a sus hijos? En todo caso, para que los graneros señoriales se llenaran de las grandes cantidades de cereales registradas en el inventario era necesario que el dominio fuera muy extenso y por consecuencia muy numerosos los trabajadores encargados de su explotación. Había, pues, problemas de mano de obra. El señor para roturar, escardar y recolectar aquellos campos inmensos no podía contar con las prestaciones personales. Mantenía el derecho de requerir algunas jornadas de hombres y animales, pero solamente en una veintena de aldeas, entre las más alejadas de la montaña. Pero no utilizaba siempre estos servicios, pues el hombre sujeto a estas prestaciones trabajaba mal y comía mucho. Le convenía liberarlo a cambio de una pequeña prestación en dinero: en el inventario estas prestaciones personales están siempre registradas en el capítulo de los ingresos en metálico. Sólo se cumplían efectivamente los servicios de acarreo[33]. La mano de obra, la numerosa mano de obra que reclamaban las tierras a menudo muy poco fértiles, debía, pues, ser retribuida. Esto conduce a preguntarnos si, a pesar de las apariencias, la explotación de aquellas amplias reservas era verdaderamente beneficiosa.

Para las viñas y los prados —puesto que el vino y el heno eran productos caros— el rendimiento neto era elevado. En Faye, donde se recolectaban doscientas cargas de heno que valían en conjunto unas 20 libras, los jornaleros contratados para segar, henificar y guardar los carretones costaban solamente tres libras y 16 sueldos. En Sallier se gastaban 21 libras para hacer producir las viñas, pero los quince moyos de vino que daban en un año ordinario se vendían a 45 libras. En la encomienda de Bras, los gastos de explotación de los viñedos representaban menos del 50

por 100 de la cosecha; los de los prados, el 35 por 100[34]. Pero en las tierras de labor los beneficios del señor eran mucho menos seguros. Observemos de nuevo el inventario de la encomienda de Bras. Los religiosos cultivaban más de 300 hectáreas. Como la tierra quedaba en barbecho dos de cada tres años, una centena de hectáreas producían cada año trigo de invierno; además, se sembraban unas 50 hectáreas de avena, cebada y habas, cultivos ocultos entre los rastrojos por el procedimiento denominado *restouble*. Este era un terreno de rendimientos medios: cuatro por uno. Como promedio de años buenos y malos se recolectaban cerca de 650 quintales, de los cuales casi la mitad eran de trigo. Esta cosecha que valía mucho (266 libras) procuraba al señor el doble de grano que lo que le ofrecían, reunidos, los cinco molinos, el diezmo de cuatro parroquias y los censos. Pero para prepararla se necesitaban doce arados. Era preciso acudir a los servicios de un herrero, a quien se le daba, aparte del hierro que necesitaba, una paga de un sextario de trigo por reja, o sea tres quintales que costaban cinco libras y media. Además había que alimentar todo el año en el establo un número importante de cabezas de ganado: cuarenta y ocho bueyes y ocho acémilas, que consumían 120 cargas de heno y 24 sextarios de avena; como era necesario herrar las mulas y reemplazar de tanto en tanto a los animales fatigados, el gasto anual alcanzaba casi a 55 libras[35]. El manejo de los instrumentos de labranza y el cuidado de los animales ocupaban numerosos domésticos: doce conductores de arado, cuatro palafreneros, cuatro criados de labranza. Sus raciones, vestimentas y sueldos absorbían 36 libras en metálico y cerca de 700 sextarios de centeno (casi todo lo que reportaban los censos), es decir, 115 libras si lo reducimos todo a moneda de cuenta. Por último, los servidores permanentes no alcanzaban para todas las tareas; para ayudarlos se contrataba a jornaleros en momento de mucho trabajo. El precio de 550 jornales de mujeres que escardaban los trigos, de 537 jornales de hombres que se-

gaban, de 190 jornales de mujeres que ataban los haces, realizaban el cribado del grano y el transporte, alcanzaba a cerca de 50 libras. En total, el solo cultivo de los cereales suponía un gasto de 225 libras, lo que reducía el beneficio neto de la explotación a una cuarentena de libras, no más del 15 por 100 del valor de la cosecha. Y éste es un año «común». ¿Qué ocurría cuando la estación era mala?

Los beneficios eran ciertamente menos débiles en los territorios de tierras más fértiles y de rendimientos más altos, aunque éstos no eran nunca demasiado excesivos. En la encomienda de Puimoisson, en 225 de las 400 hectáreas de la reserva, el rendimiento llegaba a seis por uno, lo cual era un hecho excepcional: sin embargo —dado que el trigo se vendía aquí a precios muy bajos—, los gastos de explotación consumían las cuatro quintas partes del valor del grano (235 libras de 300). La empresa era evidentemente deficitaria en las regiones poco afortunadas o en donde los rendimientos de la siembra eran inferiores a la media. Este era el caso de Saint-Jean de Trièves: a pesar de la carestía de los granos, la cosecha no valía allí más de 61 libras; sólo el mantenimiento de los instrumentos y de los animales de labranza (se alquilaban cuatro bueyes al no poder alimentarlos todo el año) costaba casi tanto: 56 libras. Luego venían los gastos deficitarios: el costo de la mano de obra y el mantenimiento de nueve mozos de labranza que representaban 79 libras.

En estas condiciones, ¿no hubiera sido más interesante para los señores confiar a otros la puesta en valor de sus propiedades, arrendar estas tierras ingratas a los aparceros? Un documento como éste evidencia que los administradores de señoríos franceses, cada vez más numerosos en los siglos XIII y XIV, que abandonaron la explotación directa por el arriendo del dominio, emprendieron este camino al hacer un lúcido examen de sus balances. Los mismos Hospitalarios recurrieron a estas concesiones temporales, por las que recibían un porcentaje de las cosechas, que

en la región se llamaron contratos de *facherie*. Las ventajas fueron cada vez más grandes[36]. Uno de los señoríos más productivos, el de Sallier, cerca de Arlés, era tan rentable porque tenía el 90 por 100 de las 200 hectáreas del «dominio» arrendadas en aparcería; estas tierras proporcionaban, sin ningún gasto, 434 libras de grano. No obstante, el arriendo en *facherie* de las tierras de labor estaba poco desarrollado; de más de 7.000 hectáreas de dominio sólo 1.200 estaban sometidas a este régimen y el procedimiento era empleado sobre todo en los valles del Ródano, del Durance y del Argens, es decir, en las zonas más abiertas, donde las tierras eran menos ingratas, la explotación más rentable y la vida económica más activa. ¿Por qué en los señoríos donde era menos redituable la explotación directa, los clérigos de Saint-Jean tenían pocos arrendatarios? ¿Rutina? ¿Desconocimiento de sus intereses reales? Parece que a menudo se vieron obligados a conservar sus tierras puesto que nadie quería tomarlas en *facherie*, aun cuando los cinco sextos, los siete octavos o los ocho novenos de la cosecha quedaban para los cultivadores, aun cuando se puso a disposición de los arrendatarios, como en Faye o en Monfort[37], lo que los campesinos debían en prestaciones de brazos y de animales. En Saint-Auban, las 60 *séterées* de la reserva «permanecieron durante largo tiempo sin que se pudiera encontrar a alguien que quisiera tomar un tercio de ellas en arriendo»[38]. Esta situación está determinada por la gran pobreza campesina. Para dedicarse a la explotación de aquellas «frágiles tierras», para cubrir desde el comienzo los grandes gastos de animales, instrumentos, mano de obra con vistas a un beneficio incierto, se necesitaban capitales y un ritmo de cultivos superior a aquel del que podía aparentemente disponer el menos famélico de los habitantes de la campiña. Como en el caso de otros señores, los Hospitalarios de Provenza en 1338, siguieron, a su pesar, explotando una buena parte de sus tierras.

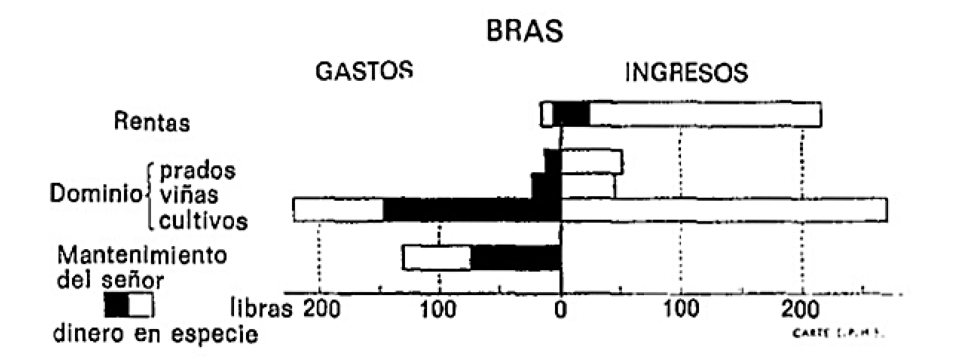
Pero no es cierto que la organización de la economía doméstica haya estado en aquella época orientada a alcanzar únicamente el máximo beneficio. Para explicar el tenaz apego a la explotación directa conviene invocar otros motivos. Motivos sentimentales. Confiar la tierra a los aparceros significaba un poco perderla. ¿Para qué tener más granos? ¿Para venderlo, acumular capitales? ¿No era mejor continuar manteniendo en la casa una «familia» más amplia, aquel grupo de domésticos acostumbrados al trabajo de la reserva, que constituían alrededor de los señores el precioso círculo de la devoción familiar? Se puede pensar que la aristocracia rural, imbuida de la mentalidad caballeresca de la cual participaban sin duda los Hospitalarios, prefería aún, en los umbrales del siglo XIV, la fidelidad de una servidumbre numerosa y próxima, al acrecentamiento de sus entradas en dinero a través de operaciones más beneficiosas. Esta es la razón, al parecer, por la cual los Hospitalarios, en contra de sus intereses, vivían rodeados de boyeros y trabajadores del campo. Esta es la razón por la cual el «dominio» constituyó siempre la pieza fundamental de la economía señorial.

¿Cómo situar al señorío, en estas condiciones, en el conjunto de la economía rural? En primer lugar, parece que las exigencias de las casas señoriales estimulaban la actividad de las pequeñas explotaciones campesinas que estaban bajo su dependencia. Puesto que se debían pagar el diezmo y los censos, cada hogar —aun los más pobremente equipados— debían sacar de sus bienes algo más que su propia subsistencia. En los territorios donde se producía sobre todo centeno, era necesario asimismo sembrar un poco de aquel trigo que el señor solicitaba[39]. Y puesto que de tanto en tanto se necesitaba tener algún dinero para pagar una multa, la talla, el impuesto de funerales o de bautismo, los más humildes campesinos debían esforzarse en vender lo que podían.

El señorío aparece así como un obstáculo más a la completa autarquía de la explotación campesina. Por su simple presencia mantiene alrededor de él una corriente de intercambios. Vivifica la circulación monetaria hasta en las cañadas alpinas más aisladas. Diez libras por la talla, ocho sueldos por los censos, una libra y 10 sueldos por la justicia, ocho sueldos por el *mortelage* de la iglesia, tres libras por el derecho de bando y los impuestos del mercado: cada año, muchos miles de piezas de mala moneda debían pasar, antes de ser recolectados por los agentes del señor, entre las manos de los pocos habitantes de Saint-Pierre d'Avez, pobre aldea de tierras pedregosas, alejada de las grandes rutas[40].

Pero el movimiento de las riquezas se encontraba estimulado de manera más directa por la gestión señorial. Los ingresos del señor, en efecto, no correspondían exactamente a sus necesidades. Generalmente los molinos, diezmos, hornos y sobre todo la producción del dominio, llenaban sus graneros con más trigo del que podían consumir él, sus huéspedes, sus servidores, los pobres que mantenía, los animales de su cuadra; por el contrario, sus toneles no estaban nunca bastante llenos, ni recibía nunca bastante dinero de sus súbditos. En Bras, por ejemplo, la casa señorial no consumía más que un tercio de los beneficios en especie. Quedaba por año un excedente considerable: 350 quintales de trigo, 100 de centeno, otro tanto de cebada, avena y heno y 80 hectolitros de vino. Pero no se recogían más de 21 libras en metálico, doce veces menos de lo que debía gastar para adquirir vestimentas, carne, sal, especias, subvencionar los procesos, mantener los edificios, renovar los rebaños y pagar los salarios de los jornaleros. Este desequilibrio obligaba, pues, a convertir en dinero los excedentes de las cosechas y especialmente la del trigo. Por la extensión de su dominio cerealero, por la importancia de las cosechas, a pesar de la debilidad de los rendimientos, todos los señoríos que aparecen en el inventario eran, pues, centros vendedores, y muy importantes, de cereales. Podemos pensar que tal

disposición se vio fomentada, en las costas mediterráneas, por una fuerte y constante demanda: el abastecimiento de las grandes ciudades y el tráfico marítimo. Una buena parte del grano cosechado en la montaña descendía sin duda, en largas filas de arrieros, hacia Aviñón, Arlés, Fos o Marsella, hacia Fréjus o hacia Niza. Las prestaciones que servían para estos transportes eran estrictamente exigidas. Pero el inventario no revela nada de este comercio. ¿Los religiosos trataban directamente con los grandes comerciantes de los puertos? ¿O utilizaban la mediación de aquellos modestos hombres de negocios de las aldeas, los proveedores de sal, de telas, de pescados salados? Al menos, es seguro que el señorío favoreció con sus ventas el desahogo económico de los traficantes, de los revendedores, de los agentes. Estos nuevos intermediarios eran tal vez los mismos que, al servicio de la Orden, desempeñaban la función de notarios y tomaban en arriendo diezmos y molinos[41]. Es igualmente seguro que los responsables de la administración señorial que respondieron en el verano de 1338 al interrogatorio de los visitantes estaban muy al tanto de los precios de los productos corrientes. El inventario da precisamente sobre aquellos precios numerosas indicaciones. Sin embargo, deben ser interpretadas con mucho cuidado. Por un lado, ya lo he dicho, los valores indicados son valores medios, representan la estimación subjetiva de una tasa considerada normal por ser la acostumbrada; por otro, las medidas de cantidad son medidas locales, que varían de un sitio a otro. En definitiva, este documento, de un valor fundamental, nos da sobre este aspecto menos de lo que se podría esperar.



Su principal interés es el de ofrecernos, en el mismo momento y en la misma unidad monetaria, un gran número de índices diseminados en un espacio muy amplio. Muestra, por ejemplo, que el precio de ciertos productos de la tierra era relativamente uniforme. Este es el caso del heno, cuya carga está evaluada generalmente en dos sueldos; jamás en más de dos sueldos y medio y jamás en menos de 15 dineros: las diferencias son escasas. Las que afectan al precio del vino son por el contrario muy marcadas. El precio de la copa oscila entre uno y cuatro sueldos; pero aquí la disparidad de medidas hace que la observación sea muy incierta. Limitémonos a considerar, pues, el valor comercial del principal alimento, el trigo. Es extremadamente variable de una aldea a otra[42]. En primer lugar, la relación entre los precios de los diferentes granos es muy diversa. En Mallemort, la medida de centeno vale la mitad de la de trigo; en Puimoisson, cuatro quintos. El precio de la avena es inferior al del trigo en un 80 por 100 en Bordette, en un 25 por 100 en Fos[43]. Para explicar estos desniveles, estaríamos tentados de ponerlos en relación con la desigual repartición de los diferentes granos en los territorios. En verdad, la yuxtaposición de un mapa de precios y de un mapa de cultivos no testimonia ninguna relación evidente. Un ejemplo: en Puimoisson, la tierra parroquial produce iguales cantidades de centeno y de trigo; en Omergues, sólo se cultiva trigo. Ahora bien, los precios de los dos cereales tienen en ambos sitios

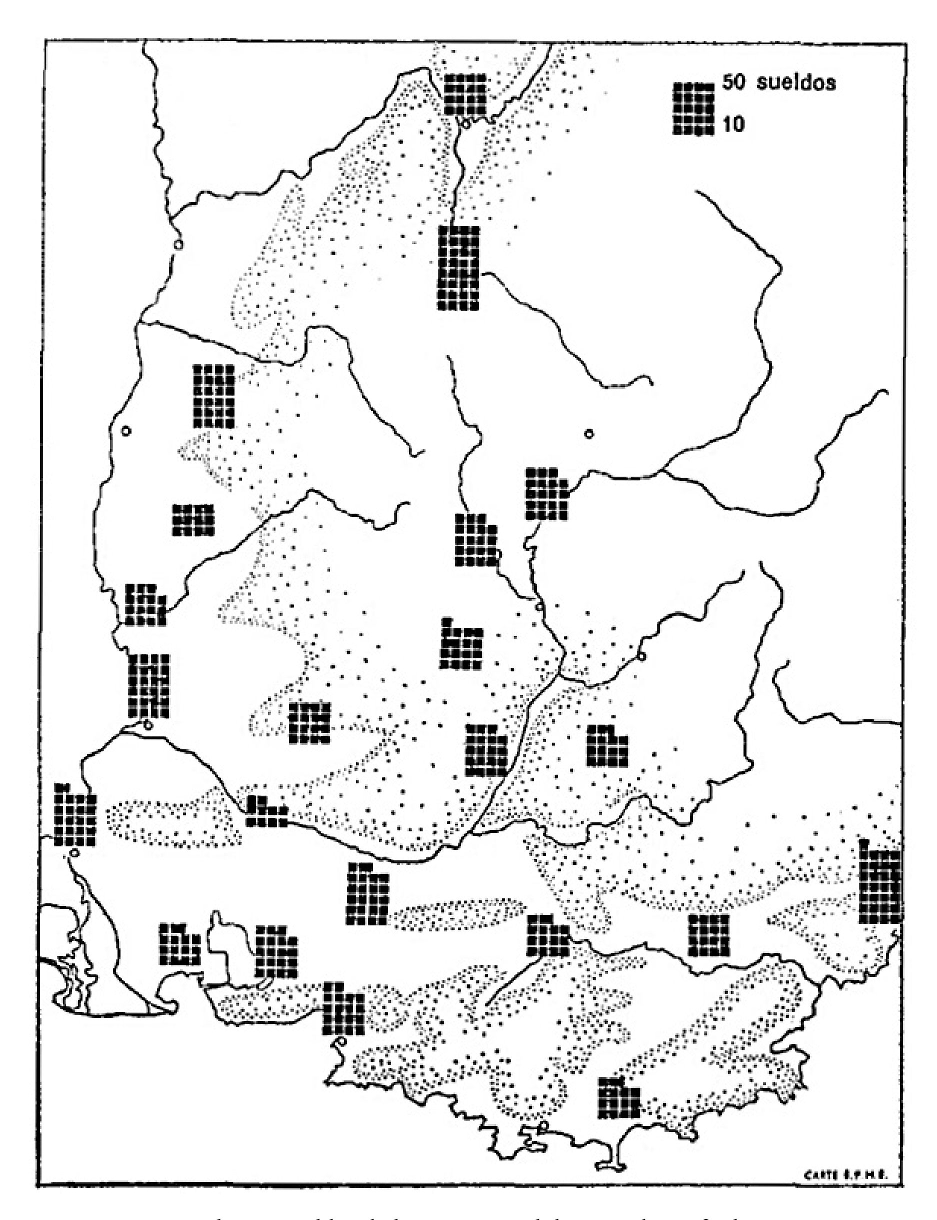
la misma relación. Segunda observación: variaciones muy fuertes afectan de un lugar a otro al precio de un mismo grano. Consideraré solamente el trigo y, para eliminar las diferencias de estimación debidas a la disparidad de las medidas de capacidad, elegiré como unidad de comparación, no ya el precio el sextario, sino el de la ración anual asignada a cada religioso, que sin duda variaba poco de una encomienda a otra. Los 350 kilos de grano valían 25 sueldos en Mallemort; 36 en Puimoisson, Fas, Hyeres, Bras; 48 en Saint-Pierre de Avez, Claret, Manosque; 56 en Aix, 60 en Aviñón, 80 en Saint-Jean de Trieves[44].

Difícilmente se explican tales variaciones. ¿Los precios variaban en función del rendimiento de la semilla? Aparentemente no. En verdad, la carestía más grande se observa en Saint-Jean de Trièves, donde el suelo era menos productivo. Pero en Orange y Sallier, que tenían iguales rendimientos, el sextario de grano valía 54 y 38 sueldos, respectivamente. En Manosque, donde el rendimiento normal de la tierra era cinco por uno, valía 48 y lo mismo en Saint-Pierre d'Avez, donde no pasaba de tres. Pero, entonces, estas diferencias de precios, ¿no serían debidas, más que a las condiciones de producción, a las condiciones de venta, es decir, a una situación más o menos favorable en la red de las rutas comerciales? De hecho, aparecen relaciones más claras entre la geografía de los precios y la de las corrientes comerciales. Los puntos de carestía son casi todos —Aviñón, Arlés, Aix, Niza— grandes ciudades consumidoras o lugares de exportación; el trigo es generalmente más barato en las zonas de montaña, en Bras o en Puimoisson. Sin embargo, subsisten desniveles sorprendentes en abundancia. ¿Por qué en la alejada región de Saint-Pierre d'Avez el grano vale dos veces más que en Mallefort, en el bajo valle del Durance? ¿Por qué se paga más barato en Fas o en Hyeres, puertos de embarque, que en las altas planicies de Verdon?

Diferencias de esta magnitud testimonian sobre todo un gran aislamiento del mercado de cereales. Esto nos lleva a suponer que el valor mercantil de la alimentación básica carecía de fluidez, que los precios eran, en cierta medida, fijos en aquella región y en aquella época. Seguramente la causa de esta situación era el fraccionamiento natural de una región de montañas, pero más aún tal vez la tradición. Estos precios «comunes», en efecto, eran precios fijados por la costumbre. ¿No dependían del hábito y de la tradición más que de factores propiamente económicos? En estas condiciones, la relación entre la organización interna de la economía señorial y el nivel de los precios locales parece compleja. En Puimoisson el trigo no vale casi nada, mientras que en Arlés es muy caro. Ahora bien, el dominio de la Orden de San Juan produce enormes cantidades por todas partes. Se puede suponer que en Puimoisson la gran producción excedentaria mantiene los precios en baja, lo cual atrae a los compradores del litoral, estableciéndose así una corriente habitual de exportación que a su vez estimula la producción en los campos señoriales. Podemos creer, con alguna verosimilitud, que los administradores arlesianos se vieron incitados por los altos precios a impulsar los cultivos de cereales. Sin embargo, en el conjunto de los dominios de la Orden apenas se pueden distinguir relaciones claras entre la organización de la producción del dominio y el estado de los precios agrícolas.

No obstante, es evidente que la economía de estos señoríos estaba estrechamente ligada al comercio y al uso de la moneda. En la encomienda de Bras, por ejemplo, el balance de los ingresos y los gastos nos hace pensar que se debía vender el 65 por 100 de las mercancías producidas o percibidas. Una de las principales funciones económicas del señorío era, pues, la de introducir, en los circuitos comerciales, una parte de la producción rural, tanto

del dominio como de las tierras campesinas sometidas a censos y diezmos, cambiándola por dinero. ¿Qué ocurría luego con el dinero que había llegado así a manos del señor? Cierta parte desaparecía inmediatamente del medio rural: se entregaba a los proveedores de lejanas mercancías, se gastaba en viajes o se reservaba para las necesidades generales de la Orden de San Juan. Pero toda la moneda no se evadía de esta manera. Entre los gastos que registraron los visitantes, eran muchos los que contribuían a difundir el numerario de la casa señorial. La adquisición de ciertos productos del *companagium* beneficiaba sin duda a los campesinos de los alrededores, vendedores de cerdos, huevos o aceite. El dinero se distribuía sobre todo en salarios, ya que en las encomiendas existía un numeroso personal permanente o temporal.



Valor en sueldos de la ración anual de trigo de un fraile.

En cada una de ellas trabajaba en principio un equipo de mozos de labranza, integrados en la «familia». Grupo más o menos numeroso según la extensión del dominio; grupo diverso cuyos miembros se situaban, según sus aptitudes, en niveles económicos superpuestos, desde el «mozo de establo», encargado de las

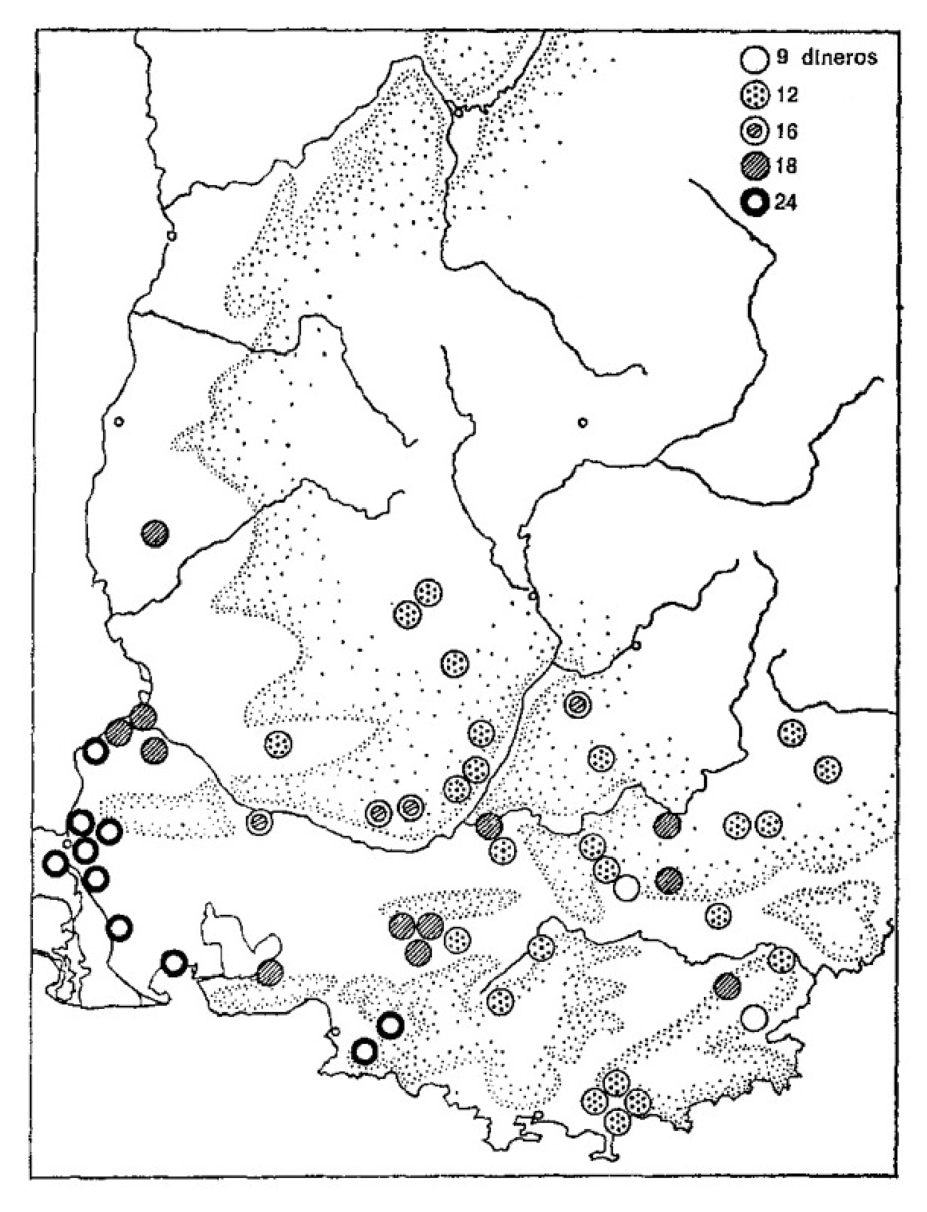
tareas más penosas, hasta el del jefe de boyeros, principal conductor de arados y verdadero jefe de la explotación. Pero todos estos domésticos vivían en estrecha comunidad con los señores. La ración de grano, igual para cada «familiar», no era exactamente igual a la de los señores: a menudo más pesada, estaba constituida por cereales más bastos como centeno, comuña, cebada; esta diferencia colocaba a los mozos agrícolas por debajo de los servidores de la casa y de los clérigos. Tampoco bebían vino puro, sino aguapié. Por último, el *companagium* que se les servía costaba más barato: 10 o 15 sueldos por año solamente contra los 15 o 20 de un clérigo de servicio y los 35 de un fraile. En el interior de la célula económica fundamental que era la «casa» existía, pues, una neta jerarquía de condiciones materiales; la rústica ración, de la que el pan constituía la parte principal, imponía una barrera entre los señores y los trabajadores del dominio; estos últimos se acercaban así a la condición de los campesinos.

Con respecto a los mozos de labranza, el inventario registra otro gasto evaluado en metálico: la vestimenta, «vestidos» y «calzas». A veces la suma variaba algo según el empleo: al conductor de ganado se le daban unos sueldos más que a un simple doméstico[45]. Variaba mucho más de un centro de explotación a otro —un boyero tenía derecho a 10 sueldos en Marignane, a 100 en Trinquetaille[46]—, mientras que para los miembros de la comunidad señorial era en todos lados uniforme. ¿Por qué? ¿Se trataba de suministros directos, por lo que el señor adquiría las prendas del vestuario y las repartía entre los servidores? En este caso no se explican bien las diferencias de gastos. La vestimenta, ¿no sería más bien un subsidio en metálico dado al empleado para que se vistiese él mismo, es decir, un verdadero salario? Ciertos pasajes del inventario incitan a preferir esta segunda hipótesis. En el pequeño dominio de Saint-Pantaleon en la región de Apt, que empleaba cuatro domésticos, los gastos de «vestidos» estaban establecidos en sueldos, ocho para cada uno, pero los de las «calzas»

estaban establecidos en trigo: ocho medidas para los mozos de labranza, cuatro para los domésticos de la cocina[47]. Curiosa manera de evaluar lo que debía ser una compra de tejido o cuero. No se puede tratar en este caso sino de una remuneración individual, de un sueldo complementario. La misma indicación para Tarascón, donde el doméstico tenía derecho a una atribución global de dieciséis medidas de trigo para sus vestidos, calzas y salario[48]. Pues, en efecto, además de la alimentación y de la asignación de vestimenta, los trabajadores agrícolas permanentes, como los servidores domésticos y los hombres de armas de la casa señorial, recibían un salario (*loyer*) netamente jerarquizado. Al jefe de los boyeros se le asignaban al año 25 sextarios de trigo, a los otros boyeros 16, al palafranero, al mozo y al panadero 18[49]. El valor de esta retribución era generalmente superior al de la ración de trigo consumida en el refectorio. Algunas veces era pagada en dinero, como en el paso de Menée, donde a un boyero se le asignaban 40 sueldos por año; el salario de los domésticos era evaluado en metálico en todas las casas de las encomiendas de Niza, Beaulieu, Sellier[50]. En la de Comps, el salario se pagaba en grano desde San Juan a San Miguel, pero en el invierno se pagaba en sueldos (35 para el jefe de los boyeros, 30 para el segundo, 25 para cada uno de los otros[51]). Sin embargo, casi siempre el inventario consigna una asignación de trigo. ¿Qué hacían con ella los beneficiarios? ¿Debemos suponer que alimentaban una familia fuera de la casa señorial? ¿O que cambiaban aquel trigo o aquella cebada por otros valores? En todo caso aquel «Salario», aquel peculio del cual podían disponer libremente creaba en el seno de la comunidad «familiar» un sector bastante amplio de independencia económica.

Sin embargo, dado que la mayor parte de ellos estaban, al menos en parte, remunerados en especie, no es seguro que el empleo de estos asalariados haya transferido grandes cantidades de dinero a los alrededores campesinos de los señoríos de la Orden.

Esta transferencia se operaba sobre todo por la distribución de salarios a los trabajadores contratados para las tareas más duras. Estas eran a veces retribuidas por estación. En Hospitalet, Granbois, durante dos meses del otoño «el hombre que sigue a los arados para rastrillar los campos» es mantenido junto con los otros domésticos recibiendo la misma ración y el mismo salario[52]. En Saint-Michel-de-Manosque ocurría lo mismo con el encargado de regular los riegos desde Pentecostés a San Miguel[53]. Pero para las vendimias, la cosecha de heno, el cribado de granos, se imponía el trabajo a destajo, el contrato a «precio convenido»; el señor trataba con un equipo de trabajadores temporeros, ofreciendo una remuneración global, esta vez toda en dinero[54]. Por último, casi siempre la mano de obra auxiliar estaba contratada para la jornada por un salario individual. Se reunían así grandes equipos.



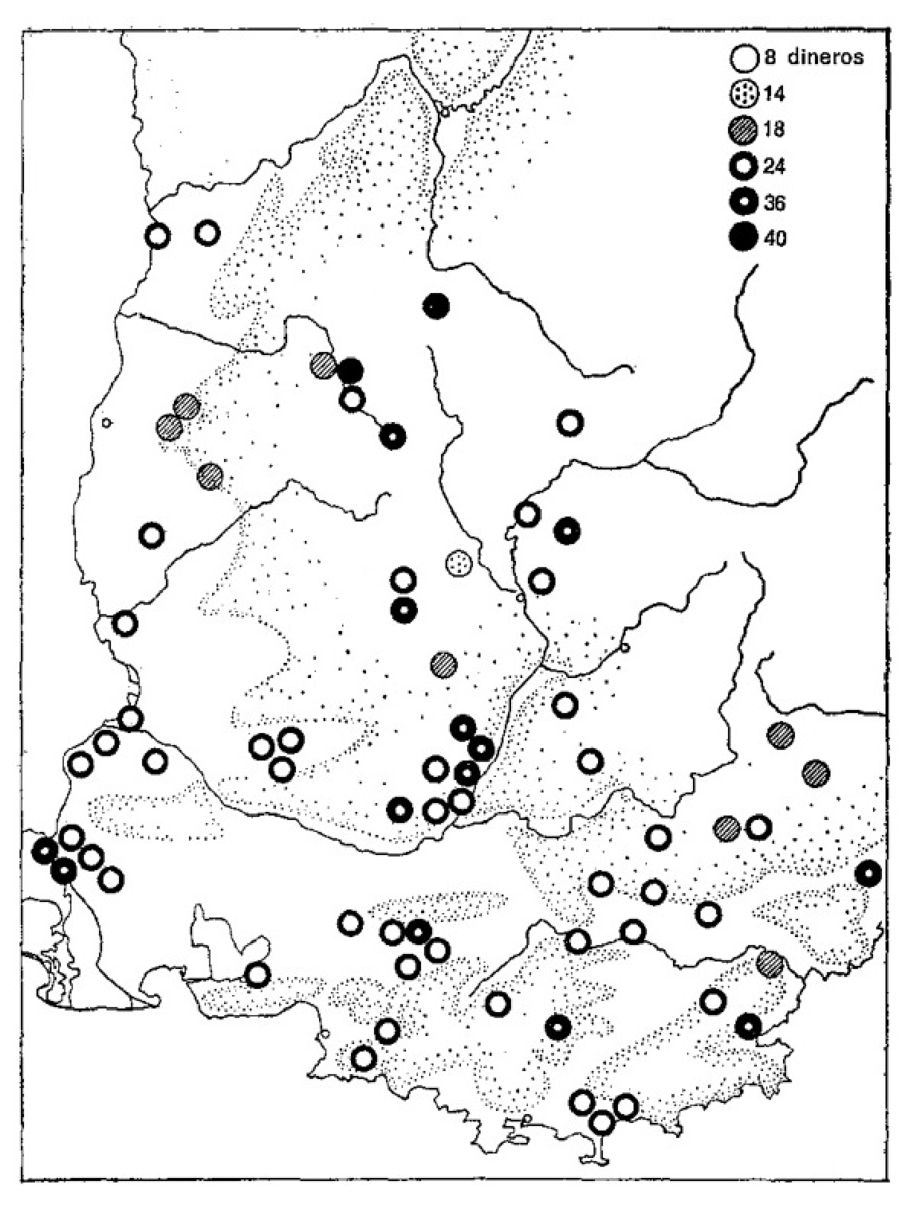
Salario de una jornada de cosecha.

En el dominio de Bayle, de mediana extensión, dependiente de la encomienda de Aix, se pagaban cada año 200 jornales de mujeres para escardar los cereales, 200 jornales de segadores, 66 jornales de mujeres que ataban los haces, 12 jornales de hombres para hacer el almiar, 230 para las diversas tareas de la viña, 30

vendimiadoras, 18 guadañadores, 15 forrajeros, cinco hombres que recogían el heno[55]. Estos empleos significaban grandes cantidades de metálico: 37 libras por año en la encomienda de Sallier, donde casi todo el dominio estaba en arriendo, 85 en Bras, más de 100 en Comps… Esto nos lleva a pensar que aquellos «Salarios» cotidianos estaban íntegramente pagados en metálico, independientemente de las remuneraciones suplementarias en especie y en particular la de la alimentación, de la cual los jornaleros podían a veces beneficiarse[56].

El precio de la jornada de trabajo que menciona el inventario variaba también notablemente. Esta variación no se producía en función del sexo —las mujeres que ataban los haces tenían a menudo derecho al mismo salario que los segadores que trabajaban junto a ellas—, sino en función de la tarea cumplida y, más aún, de la estación, es decir, de la duración de la jornada. Los guadañadores que trabajaban en el solsticio ganaban generalmente ocho veces más que las mujeres que escardaban los cereales a principios de la primavera. Los salarios eran muy diferentes de región a región, de aldea en aldea. Si se consideran los grandes conjuntos, se puede decir que los salarios eran más elevados en las regiones más abiertas, las de los grandes rendimientos agrícolas. En un mapa de precios por jornada durante la cosecha, los altos salarios están netamente localizados alrededor de Arlés, en el valle del Ródano, en la cuenca de Aix. Pero una observación más minuciosa, más atenta a las variaciones locales, revela que los salarios, desiguales según los empleos, eran independientes de las condiciones generales de la vida económica y particularmente de los precios de los alimentos. No observamos que estuvieran en relación, aun lejana, con las variaciones que afectaban a los precios del trigo. Para ganar el valor de un sextario de trigo un hombre debía trabajar cinco días en Faye, cuatro en Draguignan, solamente tres en Eras. El mercado del trabajo aparece tan compartimentado como el de los cereales. Podemos observar aquí

otra manifestación de la rigidez de los precios, ya sea el de los productos o el del trabajo humano. Esta es sin duda otra prueba del poder de las costumbres y tradiciones propias de cada localidad.



Salario diario de un guadañador.

Todas estas retribuciones eran considerables y esta afirmación no concuerda con las precarias condiciones de existencia que se adivinan en esas aldeas superpobladas. El contrato para trabajar en la tierra señorial era muy ventajoso, más ventajoso indudablemente que el trabajo individual en una parcela de tierra. Este hecho merece ser aclarado. Tomaré un ejemplo preciso, aislando en principio la condición del mozo de labranza. En Eras, el mantenimiento completo de uno de ellos durante un año costaba cerca de 75 sueldos, lo cual correspondía en esta región al precio de cerca de 40 sextarios de centeno. Si hubiera sido un trabajador independiente, obligado a pagar diezmos e impuestos y a reservar al menos un cuarto de la cosecha para la próxima siembra, el mismo hombre, para disponer de los mismos recursos, habría debido recoger 80 sextarios, es decir, teniendo en cuenta el estado de las técnicas, gobernar una explotación de 10 o 12 hectáreas arables. Vemos, pues, que el *bovarius*, el conductor del arado, vestido con el mismo sayal, alimentado con el mismo pan negro que los campesinos, sus vecinos, se encontraba en mejores condiciones económicas que ellos. Como primera ventaja, fundamental en un medio miserable, tenía asegurada la vida; siempre había para él en la casa señorial bebida y comida; tenía asegurado un excedente regular, su salario; todo lo que ganaba, por último, escapaba a las exacciones y las tallas. No olvidemos que también participaba de todas las gracias obtenidas por las oraciones de la comunidad y tenía además la buena conciencia de trabajar para San Juan y para Dios. Y los mozos de la encomienda de Eras no se contaban entre los más favorecidos. En Omergues la prebenda de un doméstico de granja valía 90 sueldos; en Draguignan, 170[57]. La situación material de estos servidores era muy superior a la de los curas de las parroquias rurales. En general, la parte de riquezas de la economía familiar que se les atribuía era casi igual a la del fraile doméstico, su señor[58]. Entrar en una de aquellas casas señoriales como trabajador permanente era, en

aquella época, cambiar verdaderamente de situación económica, escapar a las preocupaciones y privaciones de los rústicos para participar del desahogo de los señores.

A los asalariados temporales la economía señorial les aseguraba ganancias menos regulares pero más importantes. En numerosos dominios de los Hospitalarios un guadañador sólo necesitaba una jornada, dos un segador, tres un obrero de las viñas, para ganar la ración de centeno que consumía un doméstico en un mes. Retomando el ejemplo de la encomienda de Bras, un jornalero podía en menos de tres meses, contratado en momentos de urgencia (quince días durante la siega, quince durante la cosecha, quince para podar los viñedos, diez para cavarlos, otros quince para binarios), recibir un salario de 75 sueldos, o sea el equivalente del mantenimiento anual de un doméstico o de los beneficios de una explotación campesina de 12 hectáreas.

No es seguro que existieran en aquella época muchos asalariados puros que vivieran solamente de los contratos. Tal vez algunos de los guadañadores y segadores contratados en los dominios llegaban de aldeas alejadas en bandas trashumantes[59]. Pero la mayor parte de ellos provenía, sin duda, para el trabajo temporal, de los hogares campesinos de los alrededores, los mismos que debían pagar a los Hospitalarios los derechos de bando y de justicia. Para estas pobres gentes los salarios elevados constituían una ayuda de gran importancia, un verdadero recurso contra la miseria. Más que por sus magras distribuciones de limosnas a los indigentes, el señorío aparece en la economía rural, gracias al cultivo directo de los vastos dominios cerealeros y a los empleos que ofrecía, como un verdadero bienhechor[60]. Al distribuir el dinero en múltiples salarios restituía ampliamente a la campiña vecina lo que le había extraído a través de tallas, censos y multas. En Puimoisson, los salarios de los trabajadores equivalían a la mitad del dinero que el señor percibía del entorno; en Comps, a las dos terceras partes. En Saint-Jean de Trièves, todos los dependientes

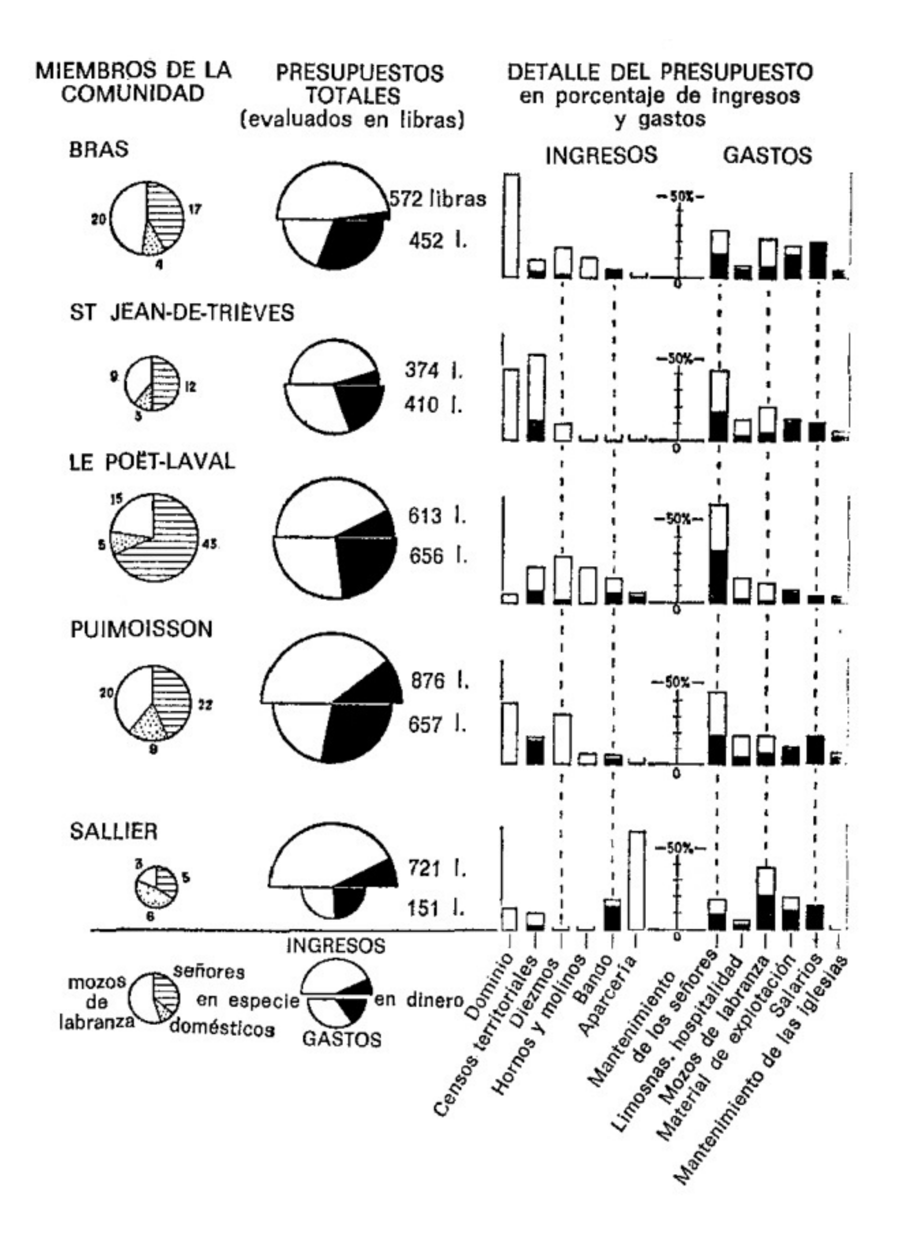
reunidos pagaban cada año 30 libras en metálico, pero la encomienda pagaba 35 a los jornaleros. Por último, en Bras, las dos mil jornadas de trabajo valían cuatro veces los ingresos en dinero de todos los derechos señoriales. Expandiendo alrededor de ella una parte del producto de sus ventas, la casa señorial proveía de dinero al mundo rural circundante. Por su gran necesidad de mano de obra, tanto al menos como por sus recaudaciones, los dominios de los Hospitalarios estaban íntimamente asociados a la economía campesina.

Cuidémonos de generalizar demasiado rápidamente el alcance de estas observaciones. La misma diversidad de las descripciones que contiene el inventario invita a la prudencia. Muestra, en efecto, uno al lado de otro, señoríos de estructura económica muy diferente. Qué contraste entre el de Poët-Laval, casi sin dominio, en el que la comunidad de los señores difícilmente se bastaba con el producto de las rentas, el de Puimoisson, gran empresa agrícola, que contrataba por jornadas a millares de trabajadores o el de Sallier, por último, con un balance ampliamente excedentario, donde el uso generalizado de la aparcería disminuía los gastos de explotación a menos de un 15 por 100 de la renta bruta. Desconfiemos también del carácter mismo del documento: al privilegiar el señorío lo aísla de la economía campesina de la cual se adivinan apenas algunos rasgos inciertos. Arriesguemos sin embargo, para terminar, algunas breves conclusiones.

En primer lugar, el documento revela que en los Alpes del sur la institución señorial debía, para alimentar en el ocio a un pequeño grupo de señores, extender a lo lejos sus raíces en un suelo pobre y sacar su subsistencia de un amplio terreno. Así, para mantener modestamente a los siete clérigos y a los cuatro donados de la encomienda de Rosellón, se necesitaban 350 hectáreas

de tierras de labor, el censo de nueve aldeas, un horno, un molino, veinte bueyes de trabajo y once mozos de granja, aparte de 400 jornadas de trabajadores a destajo. La economía del señorío era, pues, de bajos rendimientos. De esta manera se explica por qué tantos hidalgos de la alta Provenza aparecen tan famélicos en los documentos de principios del siglo XIV. Sus prerrogativas apenas podían asegurarles la subsistencia.

En verdad, y ésta es la segunda enseñanza del inventario, los señores estaban lejos de ser los únicos beneficiarios de los ingresos señoriales. Muchas otras personas participaban, en particular todos aquellos intermediarios que hemos encontrado en el camino, los que arrendaban beneficios, diezmos, iglesias, tierras, los compradores y proveedores, todos los notarios, los jueces, los procuradores, los leguleyos, y, retribuidos como ellos con pensiones anuales, los artesanos, *fabres* o *fustiers*, que fabricaban y renovaban los arados, los herradores, los barberos, los médicos. Una parte aún mayor de las cosechas, de las recaudaciones, del fruto de las ventas, iba, ya que los señores no eran puros rentistas de la tierra, a los trabajadores rurales, domésticos o mercenarios.



¿Economía de subsistencia o economía de beneficios? La pregunta, en estas condiciones, debe ser formulada en otros términos. Es evidente que los administradores de cada encomienda de la Orden de San Juan no pensaban en invertir los beneficios para el desarrollo de la empresa. En el inventario que realizaron los visitantes, la parte reservada a la inversión es extremadamente

débil: no excede de algunas libras dedicadas a la «reparación» de la casa o de la reposición del ganado. El señorío de la pequeña aldea de Clamensane obtenía 28 libras por año, que dejaban un beneficio neto de 19 libras, de las cuales no se reservaban más de 10 sueldos para mejorar los equipos[61]. En la encomienda de Ciaret se dedicaban cuatro libras para el mantenimiento general y ocho para la renovación del ganado, mientras que se gastaban cinco en los procesos judiciales[62]. En Poët, los gastos de inversión apenas representaban más del 1 por 100 de la renta bruta, siete libras de 613. Esto no significa que los señores no se hayan preocupado por acrecentar sus beneficios. Sin embargo, en su opinión, el aumento de los recursos debía ante todo permitir la ampliación de la «familia». Su resistencia a arrendar el dominio es una prueba de esto. Ser ricos significaba para ellos reclutar nuevos frailes, otros domésticos, integrar en la comunidad de la casa una porción más importante de la sociedad rural, ganarse el agradecimiento de mercaderes, compradores y asalariados. Por esta razón y por el empleo que hicieron de sus ingresos, cada uno de estos señoríos rurales estimuló de manera muy activa los intercambios de bienes y de servicios. Toda la economía aldeana se ordenó alrededor de ellos. Por las múltiples relaciones que los ligaban a los medios mercantiles y al campesinado circundante, eran organismos muy complejos. Se comprende que hayan resistido mal, solamente algunos años después de 1338, a la perturbación de los circuitos comerciales, al desajuste de los precios y los salarios, a las plagas, pestes y pillajes que azotaron aquella región como a tantas otras de Occidente.

5. LOS CANONIGOS REGULARES Y LA VIDA ECONOMICA DE LOS SIGLOS XI Y XII[*]

Investigar las relaciones entre el gran acontecimiento de la historia religiosa que es el movimiento canonical y la vida económica de los siglos XI y XII es una tarea peligrosa. En primer lugar, porque es necesario respetar la autonomía de las aspiraciones propiamente espirituales; el investigador especializado en la historia económica y social debe cuidarse de otorgar a las infraestructuras una importancia y una función que tal vez no tuvieron. Luego, y sobre todo, porque casi no hay estudios previos, investigaciones de detalle, monografías que pudieran servir de sólido soporte a las conjeturas y a las visiones de conjunto. A diferencia de las comunidades de monjes, los capítulos reformados no han sido prácticamente, en la época que nos interesa, objeto de estudios económicos profundos. Esta relación no será, pues, la conclusión, la síntesis de resultados obtenidos; más bien será un programa de investigación, un plan de trabajo, un conjunto de proposiciones, interrogantes, hipótesis. No disimulo ni la vaguedad ni la inseguridad de estas consideraciones demasiado generales. Pero espero que la discusión me permita precisarlas y rectificar más de un aspecto.

Pienso que es necesario distinguir desde el comienzo dos campos de investigación. Por una parte, el análisis de las cuestiones específicas de adaptación económica que planteó en cada capítulo la adopción de la regularidad: ¿qué reacondicionamientos, qué modificaciones de la gestión del patrimonio común provocó? Problemas que me propongo considerar en la segunda parte de mi exposición. En la primera plantearé un interrogante más

general. ¿Se pueden establecer los vínculos entre la multiplicación de las comunidades de canónigos regulares y los cambios que, en la misma época, afectaron en el Occidente cristiano al medio económico y social?

Es evidente que el movimiento canonical, aquel pulular de nuevas colegiatas, no es más que una de las formas de la nueva juventud que se apoderó en los siglos XI y XII del conjunto de la civilización occidental, de la efervescencia y renovación de todas las estructuras que parecen desarrollarse al mismo ritmo de la expansión económica. Ciertas coincidencias parecen particularmente significativas: el momento en que el movimiento parece desencadenarse, alrededor del año mil, es también el momento en que se manifiestan los primeros indicios de la expansión; el período de mayor intensidad de la reforma canonical coincide, entre 1070 y 1125, con la primera y decisiva apertura de la economía rural en el conjunto de Europa, la aceleración de la circulación monetaria, la nueva reactivación de las rutas, el brusco crecimiento urbano; finalmente, los dos últimos decencos del siglo XII, cuando se produce en todas partes un reordenamiento de las fórmulas de la vida común, constituyen el punto de unión de las dos edades feudales, el comienzo de una época en que la ciudad, al menos en Francia, comienza a tener decididamente en la evolución de la civilización el papel preponderante.

Dentro de esta perspectiva tan amplia, podemos a continuación, por un lado, considerar que la aspiración a la pobreza, que está en la base de la reforma de los capítulos, se vio estimulada por la conmoción de la economía, por la transición de la estabilidad campesina a la movilidad de las fortunas mercantiles, por la nueva importancia conferida al dinero, por la lenta e insidiosa penetración de la idea de lucro; por otro lado, relacionar la restauración y multiplicación de los capítulos con el renacimiento urbano. Pero es necesario observar estos fenómenos más de cerca y por esto creo necesario examinar sucesivamente dos aspectos:

la reforma de los capítulos existentes y la creación de comunidades nuevas.

1. Sabemos que la reforma consistió en una impugnación de las costumbres instituidas en la época carolingia y más precisamente de la regla de Aquisgrán; esta necesidad de renovación se inscribe, pues, hacia mediados del siglo XI en el gran movimiento de reacción contra las estructuras religiosas carolingias, teniendo como punto de referencia los hábitos más próximos a los orígenes cristianos, a la iglesia primitiva, a la *Vita apostolica*. Pero es necesario señalar que la regla de Aquisgrán se encontraba perfectamente adaptada a las estructuras económicas y sociales de la «primera edad feudal» (para adoptar la cómoda expresión de Marc Bloch). Adaptada ante todo a una economía profundamente rural y agrícola: la atenuación de la vida comunal, la repartición de la fortuna colectiva en partes atribuidas en prebendas a cada uno de los miembros respondía al aislamiento natural de un mundo ruralizado. Cada fragmento del poder temporal, cada *obedientia* se encontraba bajo la dirección de un canónigo que se consideraba su señor, que lo administraba ayudado por sus propios domésticos, por hombres adictos y fieles a su persona, que resolvía por sí mismo los conflictos con los señores rivales, a través de pleitos e incluso de las armas. Respuesta a la necesidad de un contacto físico entre el señor y el campesinado; solución al difícil problema del transporte de las riquezas; supresión de los costosos intermediarios, intendentes o arrendatarios. Pero también adaptación a una sociedad dominada por la aristocracia militar y rural. Las concesiones al individualismo, la posibilidad de vivir apartado en el propio claustro, en el interior de una inmunidad limitada, habían facilitado enormemente la entrada en los capítulos catedralicios regidos por la regla de Aquisgrán de los hijos de las grandes familias de la diócesis. Estos, al tiempo que cosechaban para sus hermanos y sus primos los beneficios de la plegaria colectiva, continuaban siendo señores y caballeros, caza-

dores y soldados, continuaban participando de la fortuna del linaje. Transmitida de tío a sobrino y acrecentada por la liberalidad de sus sucesivos titulares a expensas del alodio familiar, la prebenda no era en el fondo más que un anexo de aquel alodio y la participación de las grandes familias caballerescas en el patrimonio del capítulo era como la materialización del lazo espiritual entre la aristocracia de las cercanías de la ciudad y la catedral. Aseguraba el equilibrio entre el señorío de la Iglesia y el de los laicos, facilitaba las donaciones piadosas y la salvaguarda del patrimonio eclesiástico. Creo que estas consideraciones permiten comprender por qué los capítulos catedralicios permanecieron generalmente fieles a la regla de Aquisgrán en las regiones renanas, en la Alemania del oeste, en la Francia del norte y del centro hasta Lyon, cuya organización del capítulo es igual a la que acabo de describir —es decir, en la parte de la cristiandad más profundamente marcada por la huella carolingia, donde la precoz constitución de una renta canonical hizo al capítulo más independiente del obispo—, pero sobre todo en la región del feudalismo rural por excelencia, en las zonas donde la neta segregación entre la población urbana y la nobleza perduró hasta pleno siglo XIII y donde, hasta ese momento, los hijos de los burgueses más ricos no podían penetrar en los capítulo catedralicios.

Por el contrario, el éxito de la reforma, el retorno a la estricta vida comunitaria, la renuncia a la posesión individual fueron tal vez favorecidos en otras regiones por condiciones económicas y sociales diferentes. Ante todo, por una nueva distribución interna de la renta capitular; pero, como ya lo he anunciado, me reservo el examen de este aspecto para la segunda parte de la exposición. La reforma fue sobre todo favorecida por un medio social menos exclusivamente dominado por una aristocracia militar y rural. Es notable que las provincias en donde la vida comunitaria fue precozmente introducida en los capítulos catedralicios —el norte de Italia, España, Aquitania, Provenza, la zona alpina—

sean precisamente aquellas donde la nobleza residía habitualmente en las ciudades, se encontraba más estrechamente ligada a las élites no caballerescas, participaba de las actividades económicas propiamente urbanas, disponía de una fortuna más móvil, menos directamente vinculada a la explotación directa de la tierra. Si se realizaran investigaciones locales en las ciudades cuya documentación es más abundante, estudiando de cerca el medio en donde se reclutaron los canónigos regulares, confrontando los progresos de la reforma con lo poco que es posible conocer de la evolución económica, del despertar de los negocios y de la circulación monetaria, se observaría tal vez que la aspiración a la vida comunitaria y a la pobreza encontró un terreno más propicio en los medios más liberados de la economía territorial, los más preocupados por cuestiones mercantiles. Investigaciones de este tipo están en curso en Italia. Además, ciertas coincidencias cronológicas son significativas. Por ejemplo, en Arlés: primera reforma del capítulo en 1032, es decir, en el momento en que se inicia el renacimiento comercial; instalación de la regla de San Agustín en 1191, en los umbrales de la gran fase de prosperidad urbana y de libertad municipal. Existen indudablemente relaciones cuyo estudio sistemático no dejaría de ser fecundo. Agregaré que en las ciudades del norte, donde el capítulo catedralicio, completamente dirigido por la nobleza feudal, se opuso a la reforma, ésta se introdujo a menudo en un capítulo marginal, en una colegiata del burgo nuevo, en relación más estrecha con la sociedad burguesa. Así ocurrió en Mâcon, en el siglo XII: los canónigos de la catedral de Saint-Vincent son hijos de caballeros provistos de prebendas cercanas a sus alodios familiares, de los que son una especie de anexos; pero la vida comunitaria se practica en la colegiata de Saint-Pierre, parroquia del burgo nuevo, en la cual la gente de la ciudad, los artesanos y los mercaderes se hacen enterrar y a la que enriquecen de sus limosnas en metálico.

2. De la reforma de los antiguos capítulos pasemos ahora a otro aspecto del movimiento de renovación, la creación de nuevas comunidades regulares. Entre este hecho y las tendencias de la evolución económica y social de los siglos XI y XII, las relaciones son más evidentes: me contentaré con indicar las grandes direcciones en las que se podrían llevar investigaciones más profundas.

a) La multiplicación de los nuevos capítulos, la proliferación de las comunidades, el éxito de las nuevas fundaciones y en particular de aquellas que agrupan alrededor de los clérigos a los conversos laicos, toda esta brusca expansión de la disciplina canonical en los decenios que encuadran al año mil es uno de los múltiples indicios del crecimiento demográfico que caracteriza a este período. Será sin duda interesante examinar de cerca este fenómeno para ver en qué medida la conversión en una comunidad nueva fue para las familias demasiado numerosas (familias nobles, burguesas o campesinas) un medio de reducir la superpoblación del patrimonio familiar. ¿Cómo se hacía entrar a los hijos en la comunidad? ¿A qué edad? ¿A qué precio? ¿A cambio de qué donación inicial? Aunque tales estudios de reclutamiento sean dificultosos, no son imposibles. Hace tiempo lo intenté en un monasterio cisterciense. Estoy convencido de que, en las ciudades del Mediodía, los documentos abundan en el último cuarto del siglo XII.

b) Parece igualmente posible, pero más difícil, investigar si las formas nuevas del movimiento canonical, aquellas que en particular se desarrollaron en las comunidades ligadas al eremitismo, no podrían relacionarse con movimientos sociales más profundos y en particular con aquellos, aún mal conocidos, que afectaron a las estructuras familiares. ¿En qué medida las conversiones en estos capítulos sometidos a la vida comunitaria estuvieron estimuladas por el relajamiento de las solidaridades de linaje, relajamiento más precoz en los medios urbanos, tanto más favoreci-

do al estar el patrimonio familiar más independizado de la economía rural? ¿En qué medida las comunidades aparecen como refugios, como parentelas sustitutivas para individuos disconformes con los hombres de su sangre? Las excelentes investigaciones del profesor Ernst Werner sobre el problema femenino se sitúan estrictamente en esta perspectiva; podrían extenderse a las comunidades de *sorores conversae* que fueron incluidas en la orden de los Premonstratenses.

c) Por último, sería útil analizar bien las nuevas fundaciones y sobre todo las funciones específicas que se sintieron en el deber de cumplir, como una respuesta a necesidades nuevas del pueblo, nacidas de la expansión demográfica o del desarrollo de la circulación, ya se tratara de la *cura animarum* o de la preocupación por satisfacer las necesidades espirituales de grupos humanos más numerosos o recientemente instalados lejos de los antiguos lugares de culto. En su admirable exposición, M. Lemarignier atribuía esencialmente a causas políticas la fundación de las colegiatas de los castillos. Pero estas creaciones son también una adaptación de las estructuras religiosas a las nuevas estructuras sociales. Me sorprende ver en Provenza la creación de tantas colegiatas hacia mediados del siglo XI en los límites de las diócesis, en regiones donde el equipo litúrgico era insuficiente: en Barjols, Moustier-Sainte-Marie, en Oulx. Nuevas necesidades que trataron de satisfacer las comunidades de vocación hospitalaria. Esto se vincula con las formas de la piedad dirigidas hacia la acción caritativa que parecen haberse desarrollado (y queda por realizar este estudio apasionante) ante todo en el medio urbano y burgués. Encuentran sobre todo su apoyo en la nueva movilidad, en el viaje, hecho social que se generalizó en aquella época. Hasta tal punto que su aparición, su localización y su fortuna se encuentran entre los materiales más útiles de una historia de los itinerarios.

Quiero referirme ahora, pues deseo ser breve, a otro orden de interrogantes, a los problemas particulares de gestión económica que supone la adopción de la vida comunitaria. Pero para ver más claro es necesario distinguir, por un lado, los capítulos simplemente reformados —en los que se trató de modificar, de adaptar a las exigencias de la pobreza individual, las antiguas estructuras correspondientes a la regla de Aquisgrán—; por otro, las comunidades regidas por el *ordo novus*, las órdenes de tendencia eremítica, inspiradas por los Padres del Desierto que, rechazando el disfrute de los bienes señoriales, se entregaron a la soledad, al ascetismo, al trabajo manual y adoptaron un estilo de vida original. Comenzaré por estos últimos.

1. En efecto, observamos desarrollarse en estas fundaciones, en el curso del siglo XII, una forma de empresa muy particular: grandes explotaciones rurales, aisladas en el «desierto», es decir, en terrenos en gran parte incultos (digo en gran parte, porque muy a menudo estas explotaciones se desarrollaron alrededor de pequeñas tierras desbrozadas anteriormente por eremitas o colonos campesinos), y, en todo caso, alejadas de las tierras organizadas y de las coacciones colectivas; el trabajo era realizado por los miembros de la «familia», de la comunidad, la cual, desde este punto de vista, se repartía en dos categorías: los clérigos, los *canonici*, que no trabajaban más que a ciertas horas, en el intervalo de la celebración litúrgica, y los conversos laicos, sobre los que reposaba, por el contrario, la explotación del patrimonio territorial, la producción de los alimentos, y que recibían sus tareas del *magister laboris*. Estructura de explotación particularmente rentable desde el punto de vista económico, pues tenía la ventaja de ofrecer una solución al problema mayor de la economía del dominio de aquella época, el de la mano de obra; problema que, desde la desaparición de la esclavitud, no había podido resolver

ni la servidumbre ni el sistema de tenencias sujetas a prestaciones personales, ni la utilización, muy limitada por razones monetarias, del asalariado.

Gracias a esta vanguardia de eremitas y colonos la institución de los canónigos regulares se introdujo profundamente en el movimiento de expansión económica de aquella época, sobre todo por su participación en el gran esfuerzo de conquista rural en Francia, Inglaterra, Alemania, y especialmente en las provincias germánicas del este, en la región eslava. Evoquemos el papel que desempeñaron los Premonstratenses en la explotación de Brandemburgo, Pomerania, Silesia. Convendría además estudiar de cerca la evolución económica de las empresas de colonización dirigidas por los canónigos regulares; estas investigaciones precisarían lo que actualmente entrevemos apenas, es decir, las transformaciones fundamentales provocadas en la segunda mitad del siglo XII por la dificultad de reclutar conversos y, por consiguiente, de constituir los equipos de trabajo. (Indico entre paréntesis que estas dificultades de reclutamiento plantean por sí mismas un inmenso problema: ¿deben relacionarse con un repliegue demográfico o bien con una modificación de los marcos familiares? ¿Con un progreso de las técnicas agrícolas que permitió a los antiguos territorios absorber enteramente el aumento de mano de obra liberada por el crecimiento de la población, o solamente con un cambio de actitud religiosa, una caída en desuso de aquellas formas de piedad, de las que la *conversio* representaba el ideal? Vemos cómo la historia de los capítulos se conecta estrechamente con la de la economía, de la sociedad, de la civilización). En todo caso, en aquel momento, la carencia de mano de obra parece haber conducido a las comunidades canonicales, por un lado, a orientar la explotación hacia la ganadería (aquellas cuya regla no les prohibía, como por ejemplo en Notre-Dame d'Hérival, la posesión de animales[1]), es decir, por la salida necesaria de los excedentes y especialmente de la lana y el cuero, hacia la econo-

mía mercantil; por otro lado, a abandonar en gran parte la explotación directa. Esto es lo que ocurrió en particular en Alemania oriental, donde los canónigos regulares hacia fines del siglo XII aplicaron a sus posesiones territoriales el sistema de la *locatio*, organizando gracias a los capitales que proporcionaba la venta de los excedentes la instalación de terrazgueros. Ofrecieron a aquellos pioneros un régimen de tenencia muy ventajoso que reducía a muy poco la renta señorial; los beneficios más importantes que recibían de la población provenían de los diezmos y de la recaudación de los impuestos eclesiásticos. Al término de esta evolución, en el curso del siglo XIII, las comunidades de régimen eremítico se encontraban en una situación económica poco diferente de la de los capítulos reformados del *ordo antiquus*.

2. Para éstos, la reacción ante la complacencia de la regla de Aquisgrán hacia la posesión individual y la adopción de una estricta vida comunitaria necesitó en los siglos XI y XII de una ordenación de la economía doméstica.

a) La reforma, en primer lugar, supuso la consolidación de una *substantia* suficientemente provechosa para que los miembros de la comunidad estuvieran, en el claustro, al abrigo de penurias y para que la celebración litúrgica se desarrollara en un marco digno de ella. Estaba en consecuencia estrechamente vinculada con el movimiento de reconstitución de los bienes temporales, con la acción emprendida en la segunda mitad del siglo XI y comienzos del XII para sustraer los bienes de la Iglesia al dominio de los laicos, para recuperar las precarias y los feudos. Fue preparada por la corriente de limosnas de que se beneficiaron, un poco antes, catedrales y colegiatas. En Provenza, la reforma de los capítulos comienza cuando las funciones episcopales escapan a las familias dominantes, cuando los bienes temporales de la catedral logran la independencia. Confrontar la cronología de las reformas con la historia de la propiedad eclesiástica sería una empresa relativamente fácil y rica en enseñanzas.

b) Fue necesario además que los ingresos patrimoniales adquirieran una cierta agilidad. Y a he señalado que el sistema de la prebenda convenía a la posesión de los señoríos territoriales administrados directamente. La institución de la vida comunitaria, al prohibir a los canónigos regulares dirigir los dominios sobre el propio terreno, exigió una transferencia regular de los ingresos hacia el claustro y, por tanto, un sistema más perfeccionado de relaciones entre la tierra y su señor colectivo. Se necesitaría examinar si la reforma estuvo acompañada de un empleo más extendido de la concesión en arriendo. En todo caso parece que su instalación se vio favorecida por la adquisición o la recuperación de un gran número de iglesias parroquiales y de diezmos. Consideremos, por ejemplo, el patrimonio del capítulo catedralicio de Niza que el obispo Pedro quiso en 1108 devolver a la vida comunitaria; aumentó con tal fin la renta capitular y le atribuyó todo el diezmo de Niza, los diezmos y *mortalagia* de diez parroquias, la mitad de los ingresos sinodiales, las primicias y las oblaciones de Niza. Igualmente, la colegiata de Pignans, de la diócesis de Fréjus, reformada según la regla de San Agustín, poseía en 1152 treinta y una iglesias con sus diezmos. Tales ingresos, de los que se ocupaba el ecónomo, estaban entre los más fácilmente movilizables y susceptibles de ser convertidos en moneda. Agrego, por último, que la vida comunitaria, el aprovisionamiento del refectorio y la financiación de los servicios especializados me parecen haber sido favorecidos por la difusión, a fines del siglo XI y en el siglo XII, de las limosnas funerarias en forma de fundaciones de servicios aniversarios, alimentados por donaciones en especie o en metálico. La sepultura, la celebración de la liturgia de los difuntos eran a menudo en las ciudades una de las principales funciones sociales de los capítulos regulares; los ingresos, fijos y perpetuos, que provenían de aquellos servicios de fácil percepción y asignación, pudieron fácilmente, en particular por la organización de las *procurationes*, asegurar la subsistencia de una co-

munidad liberada en su conjunto de preocupaciones de administración. Pienso que el estudio de los obituarios y de los testamentos, para el final del período que estudiamos, arrojará nueva luz sobre estos aspectos de la vida económica de los capítulos.

c) Una vez que su sustento material estaba asegurado, los capítulos, por vocación, debían asumir cargas particulares, principalmente la celebración litúrgica, que incluía los gastos de la sacristía y de la obra, pero también la enseñanza y, por tanto, el mantenimiento de equipos de escolares; y por último, la limosna. La institución de la regularidad estuvo a menudo acompañada por la regularización de los oficios especializados, provistos de ingresos distintos de los asignados a la *mensa canonicorum*. Así, en Arlés, el arzobispo Imbert, que en 1191 había restaurado la regularidad e introducido la regla de San Agustín en el capítulo, sancionó cuatro años más tarde una nueva repartición de los bienes entre siete dignatarios: el sacristán y el arcipreste, el obrero, el capiscol, el enfermero, el ropero y el limosnero. Cada oficio recibió una parte de las oblaciones y los censos adeudados por las iglesias.

d) Para terminar debo señalar el interés de ciertos estudios comparativos entre la prosperidad de los diferentes capítulos reformados y la actividad de las ciudades que los rodeaban. Tales investigaciones se conectarán estrechamente con el examen arqueológico de las construcciones realizadas por las comunidades regulares. Por último, quedaría por medir la parte que recibieron éstas de las limosnas de la ciudad y sus alrededores, la competencia que sufrieron al hacerse el reparto de las liberalidades piadosas por parte de otros establecimientos religiosos. En Arlés, los primeros testamentos burgueses muestran, por ejemplo, que las generosidades funerarias de las que los canónigos de la catedral habían recibido la parte más importante tendieron, en el primer tercio del siglo XIII, a dirigirse en parte a las instituciones de cari-

dad, a los Trinitarios, los hospitales, las leproserías, y luego a las órdenes mendicantes[2].

He aquí, pues, algunos caminos abiertos. Esta presentación ha sido sucinta y escasas las referencias concretas a hechos ya conocidos. Hubiera preferido poder adentrarme en un terreno mejor desbrozado. Pero espero que la discusión permita, ahora, dar a estas consideraciones un poco abstractas la consistencia de la que están desprovistas.

6. LOS «JOVENES» EN LA SOCIEDAD ARISTOCRATICA DE LA FRANCIA DEL NOROESTE EN EL SIGLO XII[*]

En los escritos narrativos compuestos en el siglo XII en el noroeste del reino de Francia[1] se observa que a ciertos hombres de origen noble se los designa como «jóvenes», ya individualmente por el adjetivo *juvenis*, ya colectivamente por el sustantivo *juventus*. Sin lugar a dudas, estos términos son calificativos precisos, utilizados para indicar la pertenencia a un grupo social particular. A veces, fueron empleados para designar a hombres de la Iglesia y en particular para distinguir una cierta fracción de la comunidad monástica[2]. Sin embargo, lo más corriente fue que se aplicaran a los guerreros y sirvieran para situarlos en una etapa bien determinada de su existencia. De esta etapa lo que importa en primer lugar es reconocer los límites. Se observa con claridad que aquel al que se denomina «joven» no es ya un niño, es alguien que ha dejado atrás la época de la educación y de los ejercicios preparatorios de la actividad militar. Para calificar a los hijos de la nobleza que aprenden aún los usos y las técnicas propias de su estado, los autores de estos relatos emplean, en efecto, con exclusividad otras palabras: *puer, adulescentulus, adolescens imberbis*. Estos vocablos son empleados a propósito de los jóvenes que han abandonado lo que denominamos la infancia y que, habiendo pasado los quince, los diecisiete y aun los diecinueve años, no han finalizado su aprendizaje. El «joven» en consecuencia es un hombre hecho, un adulto. Ha sido introducido en el grupo de los guerreros; ha recibido las armas; ha sido armado. Es un caballero[3]. Se debe señalar por otro lado que normalmente se designaba como «jóvenes» a los caballeros hasta el momento de su ca-

samiento y aun después de él: en la *Histoire ecclésiastique* de Orderico Vital, los caballeros casados que no han tenido aún hijos son presentados como «jóvenes», mientras que a otro, de menos edad pero ya padre, no se le llama *juvenis* sino *vir*[4]. En el mundo caballeresco el guerrero deja de ser considerado «joven» cuando se establece, se arraiga, cuando se transforma en jefe de una casa y en tronco de un linaje. En consecuencia, la «juventud» puede ser definida como la parte de la existencia comprendida entre el momento de ser armado caballero y la paternidad[5].

Nuestras fuentes muestran también que este período de la vida puede ser muy largo. En verdad, su duración es difícil de precisar para la mayor parte de los individuos, pues estos textos son demasiado pobres en datos biográficos factibles de ser fechados con exactitud. Citaré, sin embargo, dos ejemplos. Guillermo el Mariscal, de once o doce años de edad, abandonó hacia 1155 la casa paterna para ser *puer* al lado de su tío Guillermo de Tancarville. Fue armado caballero en 1164, frecuentó los torneos en 1166-1167, y luego llevó una vida de «aventuras» y de «proezas»[6]. Tomó mujer en 1189, cuando tenía cerca de cuarenta y cinco años; su «juventud» había durado un cuarto de siglo. Se trata sin duda de un caso excepcional. Pero Arnoldo de Ardres, hijo del conde Balduino de Guines, armado caballero en 1181 y casado en 1194, permaneció «joven» durante trece años. Lo que se entendía entonces por «juventud», es decir, la pertenencia a la vez a una clase de edad y a una cierta situación en la sociedad militar y en las estructuras familiares, podía abarcar una amplia porción de la existencia caballeresca. La «juventud» incluía, pues, a un número considerable de individuos y por esta razón constituyó en aquella época en el seno de la aristocracia de aquellas regiones un cuerpo de peso considerable.

Por otra parte, su importancia no residió solamente en su número sino en el comportamiento particular de los hombres que la componían. La «juventud» aparece en estos relatos como el

tiempo de la impaciencia, de la turbulencia y de la inestabilidad. En el período anterior y en el posterior de su vida el individuo está radicado, ya sea en la casa de su padre o en la del señor que lo educa, mientras es «niño», ya sea en su propia casa cuando él mismo es marido y padre. Entre estas dos épocas el caballero deambula. Este rechazo de la permanencia, este errar, se revelan como un dato fundamental en el centro de todas las descripciones que se conservan de la existencia del «joven». Este parte, se pone en marcha; recorre provincias y países; «vaga por todas las tierras»[7]. Para él, la «bella vida» consiste en «moverse por muchas tierras para obtener premios y aventuras», «para conquistar premios y honores»[8]. Es, pues, la búsqueda de la gloria y el «premio» a través de la guerra y en especial del torneo[9].

Este vagabundeo es, desde sus inicios, considerado como un complemento necesario de su formación, un «estudio», *studia militae*, aquel que siguió por ejemplo «en las guerras imperiales y reales» el joven Arnoldo de Pamele, quien bruscamente entró en un monasterio en el curso de sus andanzas, murió santo y obispo de Soissons[10]. El viaje de juventud no es por lo general solitario. El joven, al menos en los primeros tiempos de su vagabundeo, va acompañado por un mentor que ha elegido su padre, un caballero, un «joven» también pero de mayor experiencia, encargado de aconsejarle, de contenerle, de finalizar su educación y de conducir asimismo su itinerario hacia los torneos más beneficiosos. Es éste el papel que desempeña en la *Chanson d'Aspremont* Ogier con respecto a Rolando) y en la realidad, Guillermo el Mariscal con respecto al «joven» Enrique, hijo de Enrique II de Inglaterra. Cuando Arnoldo de Ardres fue armado caballero, su padre y el conde de Flandes, señor de aquél, le otorgaron como consejero *«in torniamentis et in rebus suis disponandis»* a un hombre de edad, quien no pudiendo desplazarse sin cesar, ubicó a su lado, como preceptor de armas, a uno de sus sobrinos, hasta entonces compañero de Enrique el «joven» de Inglaterra[11]. Pero por lo general

el «joven» está incorporado a un grupo de «amigos» que se «aman como hermanos»[12]. A menudo esta *compagnie*, esta *maisnie* —estos son los términos propios de los textos en lengua vulgar—, se constituye al día siguiente de la ceremonia caballeresca con jóvenes guerreros que han recibido juntos; el mismo día el «sacramento de caballería» y que permanecen unidos[13]. Lo habitual es que la «compañía» se consolide alrededor de un jefe, quien «mantiene» a los jóvenes, es decir, les distribuye armas y dinero y los guía hacia la aventura y el premio[14]. A veces ocurre que este conductor res un hombre ya establecido; pero casi siempre es un «joven». Con frecuencia, en este caso, el grupo reúne, alrededor del hijo, recientemente armado, del señor de su padre, a los «jóvenes» de las familias vasallas. Orderico Vital muestra así a Roberto Courte-Heuse arrastrando detrás de él a los hijos de los vasallos de su padre, de su misma edad, «criados» y «armados» por él[15]. Un enjambre de «niños» llegados a la edad adulta parte de esta manera de la gran casa señorial, conducido por el heredero que acaba de acceder a la condición caballeresca y que se escapa hacia el vagabundeo de la «juventud». La cohesión vasallática que unía a los padres se reconstituye entonces entre los «jóvenes»; en el seno del grupo se prolonga por una nueva generación. Sin embargo, de ordinario, la compañía tiene una estructura un poco más compleja. En la *familia* que mantiene Hugo de Chester, los *pueri* en período de aprendizaje, los clérigos y los cortesanos se mezclan con los caballeros, todos *juvenes*[16]. ¿Quiénes eran los «jóvenes» que Arnoldo de Ardres conducía a la aventura? Dos amigos del alma, sus compañeros inseparables, caballeros también pero que no procedían de la casa de su padre sino que venían de lejos, como Enrique de Champaña, y además todos los que participaban de los torneos del principado paterno[17].

La alegría reina en estos grupos. El jefe gasta sin límites, ama el lujo, el juego, los mimos, los caballos, los perros[18]. Las costumbres son muy libres[19]. Sin embargo, el gran acontecimiento

es el combate «en torneos y en guerras». Un grupo de caballeros de Francia se desvía un día de su camino para visitar Clairvaux. Estaban a tres días de Cuaresma y San Bernardo los exhortó a abstenerse de las armas. Pero «como eran jóvenes y fuertes caballeros se negaron» y partieron nuevamente, después de beber, hacia los juegos militares[20]. Las compañías de jóvenes constituyen en consecuencia la punta de lanza de la agresividad feudal. Prontos para toda aventura donde se pueda sacar «honor» y «premio» y, si es posible, «volver rico»[21]; siempre en movimiento y listos para partir, mantienen la agitación guerrera. Estas bandas atizan los focos de turbulencia en las zonas inestables y proveen de los mejores contingentes a todas las expediciones lejanas[22]. Es un joven quien dirige la acción militar del clan de los Erlembaud durante las sublevaciones de Flandes; son jóvenes, «pobres bachilleres», aquellos a los que Guillermo de Orange arenga cuando, para «revestir su mesnada», organiza la expedición contra Nimes. ¿Cuántos jóvenes había entre los peregrinos armados, entre los cruzados?[23] Consagrada a la violencia, la «juventud» constituye, en la sociedad caballeresca, el órgano de agresión y de tumulto. Pero está permanentemente expuesta al peligro. Agresiva y brutal, la juventud es, por su situación, un cuerpo diezmado. Sobre este aspecto, las informaciones abundan. En los textos que utilizo, las alusiones más numerosas a los jóvenes se refieren precisamente a su muerte violenta. Esta sobreviene por accidente, en la caza o en los ejercicios de armas, pero más corrientemente en los enfrentamientos militares[24]. Abate en ocasiones a grupos enteros de vástagos de un linaje; produce en ellos grandes vacíos. Dos de los hijos del castellano Enrique de Bourbourg mueren en su «juventud», mientras que un tercero vuelve ciego de un torneo[25]. Cuando Lamberto, autor de los *Annales Cameracenses*, realiza, en un curioso pasaje de su relato, una descripción de su parentela, evoca la memoria de los diez hermanos de su abuelo Raúl, muertos el mismo día en un comba te cuyo recuerdo en el

tiempo ha sido prolongado por las «cantilenas de los juglares»; de los quince hombres de su sangre que nombra en otra parte, tres murieron en combate y un cuarto por haberse caído de un caballo[26].

La vocación militar de la aristocracia, los estímulos de origen biológico y lo propio de la edad pueden explicar el comportamiento de estos hombres. Pero para captar mejor los resortes profundos, pienso que es necesario considerar los marcos familiares en los que se inserta el grupo de los «jóvenes», pues su estructura contribuyó en gran medida a excitar su avidez y a lanzarlos a la aventura y a la turbulencia. Los sondeos estadísticos realizados en un número importante de genealogías nos hacen pensar que, en la sociedad aristocrática de esta región y de esta época, el intervalo medio de las generaciones era de unos treinta años. Ahora bien, hacia fines del siglo XII, el primogénito llegaba normalmente a la edad adulta y recibía las armas entre los dieciséis y los veintidós años, es decir, en el momento en que su padre, a los cincuenta años, tenía aún fuertemente en sus manos el patrimonio y se sentía capaz de administrarlo solo. Parece que las conveniencias incitaban a los padres más ricos y más preocupados por la gloria de su casa a proveer a sus primogénitos de todo lo necesario para conducir un grupo de «jóvenes» errando uno o dos años después de la ceremonia caballeresca[27]. Al término de este deambular, el «joven», de nuevo en la casa paterna, se aburre y se asfixia. Ha conocido durante su viaje la independencia económica, gastando libremente. Le resulta difícil a partir de entonces verse privado de ella; codicia las riquezas que deben ser suyas. Si su madre ha muerto, malos consejeros lo incitan a demandar lo que ella le ha dejado en herencia: esto hace por ejemplo Arnoldo de Ardres[28]. Largas discusiones, primer enfrentamiento con el padre, que a veces debe ceder. Pero aun así, la estadía sigue pesándole. Las tensiones se exacerban en contra del poder paterno. La historia de los grandes linajes está plagada de estas

discordias; a menudo provocan una nueva y agresiva partida del hijo: el «joven» primogénito, rodeado de sus jóvenes compañeros, entra en lucha abierta contra el viejo señor[29]. De todas maneras, «una larga permanencia deshonra a un hombre joven». Por ello, aunque no se turbara tan violentamente la paz familiar, el joven heredero, incapaz de contentarse con la sola actividad doméstica, se pone de nuevo en camino[30]. Su padre le otorga con alivio el permiso[31]. No lo llama hasta que se siente completamente impotente[32]. A todos les parece normal que el hijo soltero, sin residencia, emprenda un nuevo viaje y se vaya lejos.

Las reglas de gestión del patrimonio aristocrático incitaban, pues, a los primogénitos a la búsqueda de aventuras. Pero había a menudo numerosos hermanos. La lectura de Orderico Vital nos hace pensar que en las casas nobiliarias, cinco, seis, siete varones llegaban normalmente a la edad adulta. Estos estaban igualmente estimulados para la partida y aun mucho más que el primogénito. Desde comienzos del siglo XI, el privilegio que tenía el primogénito de recibir en sucesión los poderes señoriales de su padre y de su casa estaban firmemente establecidos en las descendencias de los más altos señores, reyes, condes y castellanos. Las prerrogativas de la primogenitura fueron sin duda admitidas con más lentitud en las familias de rango menor. A fines del siglo XII se impusieron a toda la sociedad caballeresca, en aquellas regiones donde los alodios eran cada vez más escasos y donde el derecho feudal se transformaba en un obstáculo para el fraccionamiento de los feudos. Testimonio de esto es la preocupación de los escritores por designar, en las enumeraciones genealógicas, la primogenitura de los hijos y también de las hijas[33]. ¿Cuál era entonces la suerte de los segundones? Dos o tres de ellos podían aspirar a establecerse fructuosamente en la Iglesia. A los otros les correspondía a veces una pequeña parte de la herencia, constituida por lo general por ciertas adquisiciones recientes o por los bienes de la rama materna[34]. Pero en estos casos se trataba de

una posesión precaria. Estas migajas eran objeto de discordias entre los hermanos, alimentaban avideces, agudizaban las tentaciones de apropiarse por la fuerza de la parte de los otros hermanos o de los sobrinos[35]. Privados de la esperanza de una herencia verdadera, los segundones no tenían más que una salida: la aventura.

Es necesario, pues, situar el origen de las pulsiones que lanzaban a los jóvenes del siglo XII, después de ser armados caballeros, a la vida errante, en el nivel de las costumbres que regían la transmisión de las herencias y la distribución de los recursos familiares.

A ses compaignons ensement
Ennuia molt très durement
Car esrer plus lor pleüst
Qu'a sejornez, s'estre pleüst
Quer bien saciez, ce est la somme
Que lonc sejor honist giemble homme[*].

Para aclarar mejor la situación de la «juventud» es necesario examinar de cerca el juego de las prácticas matrimoniales y sus incidencias, pues se ha visto cómo la juventud se mantiene hasta el matrimonio y termina prácticamente con él. No hay ninguna necesidad de insistir sobre el hecho de que todo matrimonio era una cuestión decidida, conducida y concluida por el padre y los ancianos del linaje[36]. En primer lugar, éstos se ocupaban naturalmente del casamiento del primogénito. Pero como esta unión ponía en juego el porvenir de la casa lo hacían con mucha prudencia; esperaban una ocasión realmente buena y esto prolongaba más la «juventud». En lo que respecta a los otros hijos, su actitud era aún mucho más circunspecta, por otras razones. En efecto, se trataba de impedir el casamiento de demasiados segundones por temor a que se multiplicasen en exceso las ramas laterales del linaje y que llegaran a sofocar al tronco principal. Además, y

sobre todo, casar a un hijo era amputar el patrimonio, pues se debía establecer al nuevo esposo y garantizar la «dote», es decir, la viudedad de su mujer[37]. Esto se aceptaba para el primogénito, pero había más reticencias para favorecer de nuevo a otro hijo. Los segundones estaban condenados a una «juventud» más larga. Otro obstáculo: en el círculo de la familia, las jóvenes en condiciones de ser desposadas eran escasas. En efecto, debido a antiguas alianzas la caballería de una región estaba reunida en una misma parentela. La noción que aquella época tenía del incesto y las prohibiciones de consanguinidad controladas por la Iglesia constituían un impedimento formal. Este se veía reforzado por el juego de los esponsales: los cuadros genealógicos muestran que el jefe de la casa por lo general enviudaba varias veces, pues para que su matrimonio fuera beneficioso se le había dado por esposa a una viuda de mayor edad que él o bien la descendiente enferma de un linaje en estado de decrepitud biológica; también intervenían ciertamente los accidentes del parto. Al quedar viudo, estando ya establecido y asentado, buscaba una nueva esposa en el vecindario. Su posición, su prestigio, su experiencia le favorecía en el proceso de una nueva alianza. Se adjudicaba el mejor partido, privando así de toda posibilidad a los «bachilleres» sin mujer. Todo se conjugaba para prolongar la «juventud» y para lanzar a los «jóvenes» hacia lejanas aventuras.

En realidad, la aventura era también, y tal vez sobre todo, una búsqueda de esposa. Durante todo su vagabundeo, el grupo de jóvenes se veía animado por la esperanza del matrimonio. Sabían que su jefe, en el momento en que se estableciera, tendría por primer deber casar a sus compañeros[38]. Todos los *juvenes* aspiraban a una rica heredera. Si encontraban una se esforzaban por reservársela apenas estuviera en edad de casarse. A veces la llevaban consigo, sin perjuicio de devolverla a su padre si encontraban algo mejor en el camino o si algún otro joven la reclamaba con demasiada insistencia. Daré otro ejemplo sacado de la *Histoire des*

comtes de Guines: cierto aventurero había conducido a Inglaterra a la hija del castellano de Bourbourg que le había sido prometida; Balduino de Ardres, habiendo ganado la amistad del padre por sus empresas guerreras, consiguió que se hiciera volver a la heredera a quien terminó por desposar[39]. La meta del matrimonio parecía dirigir todo el comportamiento del joven: el brillo en el combate, la exhibición en las reuniones deportivas. Así, por sus proezas, Arnoldo de Guines intentó primero seducir a la condesa de Boulogne; después se prometió a la hija del conde de Saint-Pol; luego, rompiendo toda atadura, se lanzó sobre la heredera de los castellanos de Bourbourg desde que supo que era un buen partido[40].

La casa de una rica heredera bien establecida no era siempre decepcionante. Pero sus azares y sus beneficios no se explican más que por la relativa abundancia de buenas oportunidades: el debilitamiento frecuente de los linajes nobles hacía recaer la herencia entera en manos de una heredera. Este fenómeno en sí mismo se encuentra estrechamente ligado a la existencia de los grupos de «jóvenes», a su situación particular, a la vida aventurera de la «juventud» masculina, a los peligros que corría y que la diezmaban. Este camino nos conduce a consideraciones sobre la demografía de estas familias. El examen de las genealogías señoriales es en este caso muy instructivo y convincente. Veamos dos ejemplos que no son en absoluto excepcionales. En primer lugar, el de la descendencia del señor normando Rugo de Grentemesnil. Tuvo diez hijos que llegaron a la edad adulta, de los cuales cinco eran varones. Dos murieron «jóvenes» en el preciso sentido del término; otros dos se alejaron siguiendo la vida aventurera: uno se instaló en Pouille, el otro más cerca, en Inglaterra, donde tuvo dos hijos que murieron en viaje de «juventud» en el naufragio del *Blanche Nef*. Un solo hijo quedó en el patrimonio, Roberto, el primogénito, probablemente porque le casaron rápidamente, sustrayéndole antes a los peligros de la «juventud». Pero

éste no tuvo más que una hija y a través de ella la fortuna familiar pasó a otro linaje[41]. Ahora consideremos el caso del castellano Enrique de Bourbourg. Se sabe que en veinticuatro años su mujer le dio doce hijos que vivieron hasta su madurez (tales datos inducen a no exagerar demasiado, en este medio social, los efectos de la mortalidad infantil). Siete de ellos obtuvieron prebendas eclesiásticas; el primogénito recibió el castillo a la muerte de su padre, se casó dos veces pero no tuvo ningún hijo; otros tres —ya lo he dicho— murieron o enfermaron mientras eran jóvenes; el menor fue castellano después de su hermano, se casó, pero su hijo murió antes de abandonar la infancia. La herencia entera recayó sobre su hija, aquella que fue atrapada por Arnoldo de Ardres[42].

La «juventud», este grupo de turbulencia prolongada, excluido por tantas condiciones sociales del cuerpo de los hombres establecidos, de los padres de familia, de los jefes de casas, este margen inestable que suscitó y sostuvo a la vez las empresas de las cruzadas, la pasión por los torneos, la propensión al lujo y al concubinato, ejerció una influencia decisiva sobre la demografía de la nobleza de esta región y sobre la evolución de sus patrimonios. El mantenimiento de la mayor parte de los jóvenes en situación de peligro y de celibato redujo notablemente los riegos de desmembramiento de las herencias. Pero redujo asimismo las posibilidades de supervivencia de los linajes, aceleró la extinción de muchas familias y favoreció los cambios de la alta aristocracia producidos gracias a los éxitos matrimoniales fortuitos de aventureros de extracción social inferior. Quien se interrogue acerca del comportamiento y los destinos de la caballería debe, pues, examinar de muy cerca a este grupo social.

Desearía indicar aún que la presencia de los jóvenes en el corazón de la sociedad aristocrática mantuvo ciertas actitudes mentales, ciertas representaciones de la psicología colectiva, ciertos mitos, cuyos reflejos y modelos se encuentran en las obras literarias

escritas en el siglo XII para la aristocracia y en las figuras ejemplares que propusieron. Dichas obras mantuvieron, prolongaron y estilizaron las reacciones afectivas e intelectuales espontáneas. Conviene señalar ante todo que la «juventud» constituía el público por excelencia de toda la literatura que se llama caballeresca y que fue compuesta sin duda para su consumo. He hecho referencia a los mimos que mantenía en su mesnada Hugo de Chester, a las cantilenas que traían a la memoria del autor de los *Annales de Cambrai* el recuerdo de sus diez tíos abuelos muertos en combate. Cuando los malos tiempos retenían al «joven» Arnoldo de Ardres en el aburrimiento doméstico, se hacía contar historias. Su pariente, Gualterio de la Ecluse, contaba, para distraer al grupo, la leyenda de Gormont e Isembart, de Tristán e Iseo, pero también la gesta de los antiguos señores del castillo[43]. Que nadie se asombre si la situación típica de la «juventud», la búsqueda aventurera, la proeza de armas, constituyeron el marco y la energía de los relatos épicos, de las novelas y, añadiría, de los sermones compuestos para las mesnadas, ya que Gerardo de Avranches, sacerdote de la *familia* de Hugo de Chester, elegía como tema de predicación, eficaz por otra parte, de *emendatio vitae*, la vida de los santos militares, Demetrio y Jorge, Mauricio y los mártires de la legión tebana, Eustaquio y Sebastián[44]. Sería interesante reconsiderar la temática de la literatura caballeresca en función de los gustos, de los prejuicios, de las frustraciones, del comportamiento cotidiano de los «jóvenes». Me limitaré aquí a dos aspectos precisos.

En primer lugar, la transferencia, en la literatura genealógica escrita en el siglo XII en el noroeste de Francia, del principal modelo propuesto a los sueños y esperanzas de los *juvenes*, el del joven aventurero que conquista por sus proezas el amor de una rica heredera, consigue así establecerse lejos de los suyos en una fortaleza señorial y se transforma en el tronco de un linaje poderoso. K. F. Werner ha demostrado que, en el círculo de los gran-

des señores de esta región, la memoria colectiva conservaba esquemas genealógicos que tropezaban con un obstáculo cuando llegaban a los siglos IX-X: más atrás carecían de antepasados conocidos. Por lo tanto, los inventaron. Los escritores especializados imaginaron como primer antecesor de las grandes familias principescas a un extranjero, joven y bravo, *miles peregrinus*, caracterizado por sus cualidades guerreras, que conquistaba a veces un señorío gracias a un matrimonio[45]. El caso es conocido en las familias de Anjou, de Blois, de Bellême. Pero Lamberto de Ardres, sacerdote al servicio del «joven» Arnoldo, impregnado de toda la literatura que gustaba a la «juventud», al remontar el linaje de los condes de Guines y llegar al primer cuarto del siglo X, ubicó allí la figura de Sigfrido el Danés. Este antepasado es un «joven» lanzado a la aventura. Su búsqueda lo condujo hasta la mesnada del conde de Flandes. Allí cortejó a la hermana del conde; no la pudo desposar pero le hizo un hijo bastardo. Este llegó a ser el tronco de los condes de Guines[46].

Mi segunda indicación acerca de las transposiciones literarias de las actitudes mentales propias de la juventud se refiere a la formación del erotismo cortés. Este me lleva a dejar el noroeste del reino de Francia, a desviarme sensiblemente hacia el sur hasta llegar a los trovadores de la generación de 1150. Cercamon, Marcabru, Allegret, exaltaron la noción de *Jovens*. Por este término designaban menos una virtud abstracta que el ideal que animaba al grupo de «jóvenes». La «juventud», de la cual los trovadores mismos son los portavoces, aparece en las canciones vencida por la estructura social: los jóvenes no encuentran mujer que los reciba; están todas casadas. Y cuando ellas se entregan al juego adúltero del amor, su compañero no es un joven sino un hombre casado. Las canciones de amor de la segunda mitad del siglo XII proponen entonces un nuevo tipo de relaciones amorosas, mejor adaptado a la situación de los *juvenes*: los maridos no cortejan a las damas y no les impiden a sus mujeres recibir a los

jóvenes y aceptar su servicio de amor. Los poetas de la «juventud» proponen sustituir el trío «marido, esposa, amante casado» por el trío ((marido, dama, joven servidor cortés». Quisieron romper para su propio beneficio el círculo de las relaciones eróticas[47]. Se conoce el éxito de este tema ideal. De hecho, el juego era real pero en la realidad cambiaba algo de aspecto. Para concluir, apelaré una vez más a Lamberto de Ardres y a su señor y héroe, Arnoldo el «joven». Su búsqueda de proezas llama la atención de la condesa Ida de Boulogne quien, siendo señora de un señorío, le pareció a Arnoldo una magnífica oportunidad y la promesa de un admirable establecimiento. Intercambian secretos mensajes de amor; él la ama —o más bien lo aparenta. En efecto, «*ad terram tamen et Boloniensis comitatus dignitatem, veri vel simulati amoris objectu, recuperata ejusdem comitisse gratia, aspiravit*»[48].

Esta es la juventud aristocrática en la Francia del siglo XII: una jauría que las casas señoriales dejan en libertad para aliviar el exceso de poder expansivo, a la conquista de la gloria, de la riqueza y de las presas femeninas.

7. EL PROBLEMA DE LAS TECNICAS AGRICOLAS[*]

La expansión de la Europa medieval, todas las manifestaciones de exuberancia que aparecen vivamente después del año mil, el crecimiento demográfico, el renacimiento de las ciudades y de los intercambios, el afianzamiento del orden político, así como el florecimiento cultural, proceden indudablemente, para retomar una expresión de Ferdinand Braudel, de un «éxito agrícola». Esta región era antes exclusivamente rural; las tradiciones alimenticias le obligaban a producir ante todo grano. En consecuencia, el progreso se vio impulsado por un incremento de la producción cerealista. Desgraciadamente este punto de partida es muy oscuro. Primero, porque está situado en el nivel más humilde de las actividades humanas, en una zona que deja habitualmente pocos vestigios y que escapa prácticamente en todas las épocas a la curiosidad de los historiadores. Pero también porque este progreso tuvo lugar entre los siglos VIII y X, en una época muy bárbara para la cual la documentación es muy escasa. Sería fundamental conocer cuál era, en ese momento, el nivel de las técnicas agrícolas. Este problema capital es casi enteramente insoluble. Como lo indica el título de mi intervención, me propongo solamente plantear el problema, circunscribirlo y precisar brevemente sus rasgos.

El espacio y el tiempo en que se inscriben estas observaciones —me limitaré a la Europa carolingia entre los siglos VIII y X— fueron por fortuna el lugar de un primer renacimiento cultural. Esta es la razón por la cual no estamos totalmente desprovistos de textos útiles. La renovación del Estado, de la cual los reyes francos fueron los artesanos, implicó, en efecto, un esfuerzo por

reintroducir el uso de la escritura en la administración y particularmente en la administración de las grandes fortunas territoriales, tanto la del soberano como las de los grandes establecimientos religiosos de los cuales se sentía responsable. De hecho, un cierto número de documentos fueron entonces redactados y algunos no han desaparecido del todo. Sin embargo, las fuentes escritas siguen siendo de un interés limitado en lo que respecta a nuestro tema. Son ante todo muy escasas y abarcan poco menos de un siglo, entre los comienzos del siglo IX y los comienzos del siglo X. Por otra parte, las más explícitas provienen solamente de las regiones en donde la acción carolingia fue realmente eficaz, es decir, de la zona comprendida entre el Loira y el Rin, del sur y del oeste de Germania y por último de Lombardía. Además, estas fuentes conciernen sólo a un sector privilegiado de la agricultura, las grandes empresas señoriales, administradas de un modo excepcionalmente racional por hombres cultivados que aplicaban a sus tierras los métodos más evolucionados. Por último, estos textos son casi todos inventarios. Muestran la fisonomía de una explotación tal como se les presentó un día a los observadores que debían describirlas. Aquellos hombres tenían como misión registrar el *estado* de los bienes muebles e inmuebles; no se esperaba que realizaran un balance ni que pusieran en evidencia el sentido de una evolución. Imágenes estáticas, aisladas unas de otras, que arrojan rayos de luz muy discontinuos. Las técnicas agrícolas no son jamás descritas por sí mismas; no se puede descubrir más que un reflejo, fragmentario y borroso, de su existencia en la estructura de uno u otro de los grandes señoríos rurales.

Es cierto que la historia de las técnicas no se construye solamente con textos y podemos asimismo decir que la narración escrita no aporta sobre el trabajo humano más que un testimonio parcial. Nada podría reemplazar, cuando se trata de técnicas campesinas, la observación directa de las herramientas y del paisaje agrario, es decir, del espacio natural acondicionado por el es-

fuerzo humano. Es necesario acudir a la arqueología, la cual puede contribuir eficazmente a ampliar y completar las enseñanzas de la escritura. Es aquí donde debemos lamentarnos del evidente retraso de la investigación arqueológica; ésta está mucho más avanzada en Inglaterra, Escandinavia y los países del Este que en la parte carolingia de Europa (salvo el caso de Alemania). Sobre las herramientas de esta época las excavaciones no nos han enseñado prácticamente nada y ninguna precisión podemos esperar de la explotación del material iconográfico. Se comprueba, por otra parte, que reconstruir en palimpsesto, a partir del aspecto actual de las campiñas, el paisaje rural carolingio, es una empresa muy azarosa. La toponimia, y especialmente la microtoponimia, sufrieron desde entonces tales alteraciones que los estratos de los siglos VIII al IX resultan, por lo general, inaccesibles. Se podría esperar más del recurso sistemático a la genética botánica, pero, exceptuando a Alemania, se puede decir que, en el espacio geográfico que nos ocupa, las investigaciones de este género prácticamente no han comenzado. Estas consideraciones desengañadas nos hacen presentir el carácter conjetural y por lo general negativo de las observaciones que haré a continuación.

Es evidente que el problema de las técnicas agrícolas sólo puede ser abordado legítimamente en el interior de un conjunto más vasto que es el de la totalidad del sistema agrario, es decir, el complejo coherente de prácticas que toda comunidad rural aplica al territorio del cual se alimenta. El campo de cereales nunca es más que un elemento del paisaje según sea un elemento importante o un elemento marginal, ni los métodos de cultivo ni aun su fertilidad serán exactamente los mismos. Es necesario, pues, partir de un primer interrogante: ¿qué lugar ocupaba entonces la agricultura en la economía rural? Dicho de otra manera, ¿qué lugar ocupaban, respectivamente, el *saltus*, la naturaleza

virgen, y el *ager*, el espacio cultivado, en el espacio agrario? Para responder a esta pregunta dos caminos se ofrecen a la investigación. Se puede hacer un esfuerzo por delimitar la importancia relativa de los granos en la producción campesina y, en consecuencia, en]a alimentación humana, o se puede intentar reconstituir la antigua estructura de la tierra. Pero estos dos caminos nos conducirán a resultados parciales y decepcionantes.

1. En efecto, los únicos datos precisos de que el historiador dispone para saber cómo se alimentaban los hombres de la época carolingia se recogen en los reglamentos internos de los monasterios. Se observa que el uso de la carne estaba estrictamente limitado y que el pan constituía, en los claustros, el alimento fundamental. Estas disposiciones muestran que la explotación de las tierras monásticas, las más conocidas gracias a la documentación escrita, aparecía decididamente orientada hacia la producción de cereales. Pero se debe tener en cuenta que las abadías constituían un medio muy particular en el cual el régimen alimenticio estaba fijado por una regla y, de alguna manera, ritualizado. No podríamos deducir que, fuera de estas comunidades religiosas, todos los hombres se alimentaban de la misma manera ni que los administradores de los grandes dominios laicos no esperaran recursos mucho más importantes de los bosques o de los pastos. En verdad, los escasos textos que describen dominios laicos muestran el papel considerable que podía tener en ellos la explotación de la vegetación natural. Se ha señalado que el capitular *De Villis*, conjunto de directivas para uso de los administradores de los señoríos reales, se ocupa relativamente poco de la agricultura y más del ganado y de la protección de los bosques, que los agentes del fisco debían defender contra la extensión de los cultivos. El dominio real de Annapes aparece como una gran explotación pastoral y entre las reservas de alimentos que los observadores han inventariado, los cerdos ahumados y los quesos ocupaban al parecer un lugar sensiblemente más importante que las reservas de

granos. Se dibuja así, al menos en el norte de la Europa carolingia, un primer contraste entre las grandes empresas administradas por señores laicos y las dirigidas por monjes.

2. La arqueología de los terrenos revela otros contrastes que en este caso son geográficos. La mayor parte de los datos que poseemos actualmente provienen, en realidad, de las regiones vecinas al mar del Norte, de la Alemania del noroeste y de los Países Bajos. En ellas se entrevé que el espacio acondicionado para cultivo era muy restringido y que los hombres extraían del bosque, de los montes, de los pastos y pantanos, mediante la recolección, la caza y la ganadería, importantes complementos de la alimentación; por otro lado, las excavaciones confirman la importancia de la carne en la alimentación. Más allá de esta zona geográfica, que en verdad corresponde a la parte más primitiva y menos evolucionada del mundo carolingio, el conocimiento es mucho menos preciso. Más al sur existían también regiones donde el cultivo de cereales se diseminaba en campos de dimensiones restringidas, dispersos en medio de un vasto espacio sin cultivar; éste era el caso, por ejemplo, de Nully, en las fronteras de Perche, en el dominio más occidental de la Abadía de Saint-Germain-des-Près. Y si se consideran las provincias que, desde la época romana, habían estado siempre dedicadas a la producción de trigo, es posible emitir la hipótesis de una cierta retracción de la agricultura. Esta se puede explicar especialmente por los desplazamientos del hábitat rural; en las regiones más próximas al Mediterráneo, como Provenza, el abandono de las zonas llanas por las al tas parece ser el resultado de una modificación del sistema agrario, de la extensión de la actividad ganadera a expensas de la producción cerealista y, correlativamente, de la evolución conjunta del régimen alimenticio por la extensión del consumo de la carne, testimoniada por el análisis de los residuos de alimentos descubiertos en los escasos emplazamientos aldeanos que han sido excavados. Sin embargo, en el conjunto de la Europa carolin-

gia la imagen muy imperfecta que se puede reconstruir a partfr de los datos de la toponimia, hace plausible la hipótesis de un desarrollo menos restringido de la agricultura que en las regiones del noroeste; en la Isla de Francia existían vastos claros agrícolas; en el Mâconnais la alta densidad del hábitat rural implica que el área cultivada era claramente superior a la de los espacios no cultivados.

3. En resumen, se puede llegar a dos conclusiones seguras. En primer lugar, es evidente que por todas partes la ganadería ocupaba un lugar en la explotación rural. Sin embargo, este lugar podía ser más o menos grande, y es necesario señalar dos restricciones fundamentales: se trataba esencialmente de ganado menor y en especial cerdos; por tanto, de un ganado salvaje, de bosques y aire libre y no de establos. Por otra parte, los documentos escritos (que se refieren a los dominios de los establecimientos monásticos, restringiéndose así el alcance de sus enseñanzas) nos hacen pensar que, fuera de la porción más septentrional de la Europa carolingia, los establos estaban muy poco provistos en las grandes empresas cerealistas y que eran seguramente demasiado escasos para mantener un feliz equilibrio agroganadero. Tomo dos ejemplos del inventario de la fortuna de la Abadía de Santa Giulia de Brescia: en la *curtis* de Canella había solamente cuatro bueyes en el establo, mientras que se sembraban noventa moyos de granos en los campos de la reserva; seis bueyes y cuatro vacas en Porzano, donde la tierra arable del señor se extendía sin duda a unas setenta hectáreas. Esta deficiencia de ganado mayor me parece fundamental en la mayor parte de la Europa carolingia, aspecto sobre el que volveré en su momento.

Como segunda conclusión firme es evidente que por todas partes también se cultivaban cereales, no solamente en las tierras de los señores y de los monjes. En Annapes, zona de pastos por excelencia, las instalaciones destinadas a la preparación del grano puestas por el señor a disposición de los campesinos de los alre-

dedores —los molinos y las cervecerías— procuraban cada año grandes cantidades de trigo, que debían pagar los usuarios: más de mil quinientos moyos, tanto o más de lo que se había sembrado en otoño en las tierras del dominio. Se ignora la parte que debían entregar y el número de hogares campesinos afectados. Pero la importancia del beneficio pone de manifiesto que la población rural, aun en esta región retrasada y ganadera, basaba en parte al menos su alimentación en el pan y la cerveza y por eso cultivaba diversos cereales: mucho menos trigo candeal que escanda, cebada o aun mijo, según las regiones. En todas partes los campos se establecían en los suelos menos rebeldes al cultivo. Y sobre este aspecto los textos son estrictos, en todas partes los campos eran permanentes.

Cuando se habla de campos permanentes se entiende la necesidad de aplicar a la tierra técnicas aptas para renovar periódicamente su fertilidad. En el sistema agrario tradicional de la campiña europea se alcanzaba este objetivo por la puesta en práctica conjunta de tres procedimientos: por un lado la instauración de una rotación de cultivos que dejaba un tiempo en reposo al suelo cultivado, restituyéndole momentáneamente, gracias al barbecho, la vegetación natural; por otro, la adición de estiércol y, por último, la labranza. ¿Qué ocurría en la época que nos ocupa? Como me he extendido largamente sobre esta cuestión en una obra reciente, me limitaré aquí a hacer breves observaciones.

1. El primer aspecto del problema concierne al barbecho y a su situación en el ciclo de cultivos. Los inventarios de los grandes dominios carolingios evalúan a veces la cantidad de los diferentes granos recolectados y sembrados en la tierra del señor y, más frecuentemente, describen las prestaciones en cereales exigidas a los terrazgos; indican, además, cómo los servicios en trabajo realizados por los dependientes en los campos de la reserva se

disponían en el curso del año. Estas indicaciones permiten establecer con exactitud que una siembra de primavera —sobre todo de avena y accesoriamente de legumbres— sucedía normalmente en los campos señoriales a la siembra de invierno de trigo, centeno, escanda o cebada. Desgraciadamente, como los pesquisidores no se preocupaban más que de la parte útil del dominio, como sólo les interesaban las superficies sembradas y los trabajos preparatorios que allí se aplicaban, es completamente excepcional encontrar en los textos indicaciones precisas acerca de la extensión del barbecho. El inventario de los dominios de la abadía de Saint-Amand muestra con claridad que los campos de la tierra *indominicata* estaban repartidos en tres porciones iguales, una cultivada con trigo de invierno, la otra con trigo de primavera, la tercera dejada en reposo. Aquí es seguro el empleo de una rotación trienal, que deja cada año improductivo un tercio del espacio arable. Esta costumbre es igualmente probable en un cierto número de dominios del centro de la cuenca de París donde las prestaciones personales se organizaban en función de dos «estaciones» equilibradas, la una de «invernada», la otra de «tremesino». Pero por otra parte, en la mayoría de los casos se descubre en las evaluaciones de las cosechas y siembras un neto desequilibrio entre las dos categorías de cereales: el trigo de primavera rara vez prevalece; de ordinario constituye una parte muy marginal de la producción. Es preciso, pues, tener en cuenta que la siembra de primavera se aplicaba a menudo sólo a una extensión de tierra precedentemente cultivada con trigo de invierno, dejando el resto en reposo total y que, por consecuencia, el barbecho se extendía normalmente a más de un tercio de la labranza. Los documentos de la abadía flamenca de Saint-Pierre-au-Mont-Blandin muestran que los campos eran sembrados un año de cada tres. Podemos suponer que la mayor parte de los agricultores de aquella época sentían la necesidad de dar un largo reposo a la tie-

rra. El hambre los atormentaba: dejaban por lo tanto sin cultivar una parte importante del espacio cultivable.

Durante estos períodos de reposo, ¿se dejaba pastar libremente al ganado en los campos? El problema es importante, pues el paso de los rebaños contribuía eficazmente a reconstituir la fertilidad del suelo. En el norte de la Europa carolingia, es decir, en las regiones donde la actividad ganadera ocupaba el lugar más importante en la economía rural, diferentes textos —los inventarios de los dominios y también las prescripciones de la ley— hacen alusión a las barreras temporales levantadas alrededor de los campos con los primeros brotes del trigo y derribadas después de las cosechas, señales que se elevaban en los campos sembrados para impedir el acceso del ganado. Estas disposiciones prueban que los animales andaban sueltos por los rastrojos y permanecían allí mientras duraba el barbecho. Pero tales indicaciones faltan en la documentación que concierne a otras provincias. ¿Se podría deducir que en ella el *ager* estaba más estrictamente aislado del *saltus* y que las tierras en barbecho no estaban destinadas a pastos? Aunque lo hubieran estado, en estas regiones de mayor desarrollo agrícola, la insuficiencia de ganado mayor que señalé en su momento habría limitado fuertemente la adición de abonos naturales que la tierra podía recibir de esta manera. En la mayoría de los casos se puede, pues, pensar que el período de reposo era impotente por sí solo para reconstituir válidamente la fecundidad del suelo. Era necesario nutrirlo de otra manera.

2. En conjunto, las fuentes escritas contienen pocas alusiones al abono. El inventario de los bienes de la abadía bávara de Staffelsee menciona que ciertos terrazgos estaban obligados cada año a esparcir estiércol sobre la tierra del señor. Pero solamente cuatro de los mansos dependientes del dominio tenían tal carga; cada uno de ellos debía abonar sólo un jornal de los campos de la tierra *indominicata*, la cual abarcaba setecientos cincuenta jornales; no excedían, pues, del 0,5 por 100 los cultivos señoriales que

recibían anualmente abono en esta forma. Como se ve, el aporte es insignificante, producto una vez más de la escasez de ganado mayor. La preocupación fundamental, la alimentación humana, hacía que se reservaran para los granos las mejores tierras, restringía estrictamente la extensión de los prados de forrajeras y, en los campos más evolucionados, en los dominios orientados más firmemente hacia la producción de cereales, limitaba el número de animales que se podía alimentar con forraje en el establo y que producían estiércol. La mayor parte de las insuficiencias de la agricultura de la época me parecen derivar de esta situación.

3. El procedimiento esencial para vigorizar la fertilidad de los campos permanentes consistía, pues, en estas condiciones, en levantar y arar la tierra antes de la siembra. Este acto regenerador se practicaba tres veces al año en las explotaciones donde las técnicas agrícolas parecen haber sido las más avanzadas; dos labores preparaban la siembra de invierno, después del largo barbecho; una tercera precedía a la siembra del trigo de primavera. *Arare*, término utilizado por los redactores de los inventarios, indica que este trabajo se efectuaba con la ayuda de un instrumento a tracción, de cuya estructura se conoce sin embargo muy poco. Los textos le llaman ya *aratrum*, ya *carruca*, pero este último vocablo lo único que significa de manera cierta es que tenía ruedas. La reja de la que estaba provisto, ¿simplemente abría un surco en la tierra? ¿O bien, por su estructura asimétrica, conseguía levantarla, reforzando así de manera fundamental el valor agronómico de la labranza? Los documentos iconográficos no dan ninguna respuesta a esta cuestión capital. He visto en ciertas excavaciones de la Europa oriental rejas de hierro que datan probablemente del siglo X, pero que son simétricas. Los arqueólogos neerlandeses han encontrado también rejas de hierro, que no pueden fechar con precisión; son igualmente simétricas, pero no se puede decir si pertenecían a un arado o a una azada; por último, se ignora la forma de las rejas metálicas que ciertos terrazgueros lom-

bardos debían entregar a sus señores. He creído poder demostrar, basándome en argumentos que no repetiré aquí, que los instrumentos para arar de los cuales hablan los inventarios de la zona comprendida entre el Loira y el Rin eran instrumentos de madera y, por tanto, casi seguramente simétricos. Sin duda, en el mejor de los casos, la tierra carolingia era trabajada con instrumentos que se pueden definir técnicamente como *arados*. Provistos de un juego delantero, a veces permitían cavar un surco profundo, pero al no poder levantar verdaderamente el suelo la renovación de éste era imperfecta. Por esta razón, se necesitaba enviar periódicamente a los campos, para reforzar la labranza, a trabajadores manuales provistos de herramientas de mano. Pienso que ésta era la manera en que los dependientes de la abadía de Werden debían, una vez al año, desfondar, a mano_ y con azadas, una cierta extensión de los campos señoriales, antes de pasar el arado. Creemos que los pesados servicios de brazos impuestos a los terrazgueros carolingios se aplicaban a los campos de cereales mediante una verdadera labor de jardinería, debido a la necesidad de completar de vez en cuando una labranza muy poco eficaz.

La agricultura de aquella época, con instrumentos deficientes e insuficientemente asociada a la ganadería, era, pues, extensiva; exigía vastos espacios libres para el barbecho y absorbía una mano de obra superabundante, en campiñas que parecían muy poco pobladas y que seguramente lo estaban por esta misma razón. Agregaré que la agricultura era asimismo muy poco productiva; consideraré en último lugar el problema de los rendimientos. No se encuentra, en los textos de esta época y aun en gran parte de la Edad Media, más que un único medio de evaluarlos: comparar la estimación de las cosechas del año precedente, cuando los pesquisidores las han registrado, con la estimación de la siembra para la futura cosecha, cuando los documentos la mencionan. El método es imperfecto, pues no brinda jamás el producto real de una siembra. Por otra parte, una sola de las fuentes de la época da

sobre este aspecto indicaciones numéricas: el inventario del dominio real del cual Annapes era el centro. Además, las cifras que ofrece esta única fuente permiten una interpretación muy conjetural. Las tasas son extraordinariamente bajas: en la *curtis* de Annapes, de la escanda recogida en las cosechas precedentes se sembró el 54 por 100 del grano, del trigo candeal el 60 por 100, de la cebada el 62 por 100, del centeno el 100 por 100, lo que responde, respectivamente, a los rendimientos de 1,8, 1,7, 1,6 y 1 por 1. Sin embargo, ciertos rendimientos eran más elevados en otros dominios del mismo señorío y alcanzaban, a veces, para la cebada, hasta un 2,2 por 100. Además, este documento indica que en la *curtis* de Annapes, en donde el excedente de trigo invernal después de la deducción para la nueva siembra no pasaba de los 1.340 moyos, quedaban sin embargo en los graneros considerables cantidades de cebada y de escanda —1.180 moyos—, amontonadas en el año agrícola anterior al de la encuesta. Esto nos hace suponer que podían existir diferencias importantes en las tasas de rendimientos de un año a otro. Tales son los datos explícitos de este único documento. Aun cuando pusiéramos en tela de juicio la interpretación de estas cifras (y tenemos suficientes razones para hacerlo), aun cuando el año del inventario en Annapes hubiera sido excepcionalmente malo, estas tasas de rendimiento que se sitúan entre 1,6 y 2,2 por 1 parecen concordar con algunos otros índices, muy fugitivos, que se pueden espigar en las fuentes escritas del siglo IX. Pondré como ejemplo dos de esos índices: en cierto dominio dependiente de la abadía de Santa Giulia de Brescia, los inquisidores no encontraron en realidad para 905-906 más que 51 moyos de grano cuando se sembraban normalmente 98. Por otra parte, para cubrir su consumo de grano, que se elevaba a 6.600 moyos, este monasterio debía sembrar cada año en su tierra 9.900; los hombres responsables de la economía doméstica no esperaban, en consecuencia, de los campos dominicales, una relación superior al 1,7 por 1. Segunda in-

dicación coincidente: la organización de las prestaciones personales para la trilla del trigo en el señorío de Maisons, dependiente de Saint-Germain-des-Près, prueba que en este dominio, donde se sembraban 650 moyos de trigo, los monjes contaban con sacar normalmente 400 moyos, es decir, que se esperaba una relación cercana al 1,6 por l. Los grandes terratenientes de la época carolingia basaban la previsión de la cosecha sobre esta experiencia: el rendimiento de la tierra cultivada era extremadamente bajo. Aquí está el origen del miedo a la carencia, de aquella obsesión ante el hambre, que el señor Cipolla ha designado como el rasgo fundamental de lo que podría llamarse la mentalidad económica de aquella época.

Retornaré, para concluir, a mi punto de partida. Señalé que la expansión de la Europa del siglo XI fue el producto de un «éxito agrícola». Pero ¿las fuentes del siglo IX no revelan acaso un dominio muy precario de los hombres sobre el suelo cultivado y técnicas muy primitivas e ineficaces? ¿Dónde están, pues, las primicias del éxito? ¿Dónde se encuentran los signos de progreso? Ciertas alusiones, muy escasas, en los inventarios a recientes rozas; cierto pasaje de un edicto, promulgado en 864 por Carlos el Calvo, que sugiere que, en las campiñas de la Francia occidental, la práctica del enmargado se había introducido a principio de siglo. Pero nada más. Sin embargo, se debe señalar que los documentos escritos en el siglo X, aunque mucho menos abundantes y más lacónicos, contienen indicios evidentes de un alza de la productividad. En los inventarios realizados en aquella época se constata, en efecto, por un lado, la fragmentación de los terrazgos que aparecen en lo sucesivo divididos entre muchas familias que tienen que extraer su subsistencia de una extensión menor de tierra arable. Por otro, se observa que las prestaciones personales han disminuido considerablemente, lo cual permite formu-

lar dos hipótesis: o bien la superficie de la reserva señorial se había reducido y entonces estos campos se habrían vuelto más productivos, o bien el trabajo de cada hombre sujeto a prestaciones había ganado en eficacia. De todas maneras, no encontramos tampoco en los textos del siglo X datos que permitan estimar los rendimientos ni percibir sobre qué perfeccionamientos técnicos pudo basarse la probable intensificación de la productividad.

A mi parecer, el único medio de disipar un poco esta oscuridad, con la escasa documentación que poseemos, es comparar los escritos carolingios con los primeros inventarios del mismo tipo que se conservan de la Europa occidental y que datan del siglo XII. A título de ejemplo propondré un ensayo de comparación basándome en la descripción de diez explotaciones agrícolas cercanas a la abadía de Cluny, objeto de una encuesta en torno a 1150. La confrontación hace aparecer dos aspectos de interés capital. Por un lado, las prestaciones en trabajo de los dependientes habían llegado a ser en el siglo XII incomparablemente más livianas que en los siglos IX y X; consistían en algunas prestaciones de labranza y habían desaparecido prácticamente las manuales. Por otro lado, los rendimientos parecen mucho menos bajos. El documento que menciono ofrece para seis explotaciones la evaluación conjunta de siembras y cosechas. En tres de estos dominios la relación se sitúa entre 2 y 2,5 por 1, es decir, apenas más altas que en las explotaciones satélites del fisco de Annapes; pero en las otras dos la relación llega a 4 y 5, en la sexta llega hasta 6 por 1. En comparación con los vagos índices carolingios el alza es, pues, sensible y también muy desigual. Aunque modesta, ha transformado las condiciones de la vida rural, ya que pasar de un rendimiento medio de 2,5 por 1 a 4 por 1 es doblar verdaderamente el excedente de la cosecha, es producir con la mitad de tierra y de trabajo la misma cantidad de productos alimenticios. El mismo texto muestra que, no obstante, la mayor parte de las prácticas agrícolas no habían cambiado en relación a la época ca-

rolingia. No se producen modificaciones sensibles en cuanto a la rotación de cultivos: un ciclo trienal estaba en vigor en dos dominios cluniacenses, pero en los otros siete la siembra de primavera era, como lo había sido para los señoríos carolingios, mucho más reducida que la de invierno y el barbecho, en consecuencia, más prolongado: duraba un año de cada dos en la décima explotación. No hay cambios notables en lo que concierne al trabajo de la tierra: en un solo dominio las tierras en barbecho eran roturadas tres veces en lugar de dos, antes de la siembra de otoño. Por último, nada nos hace suponer que haya habido un reforzamiento del aporte de abonos: no hay ninguna alusión al estiércol y las explotaciones cluniacenses del siglo XII no estaban mejor provistas de ganado mayor que las explotaciones monásticas modelos del siglo IX. No veo, pues, por mi parte, más que una hipótesis para explicar la elevación del rendimiento de la tierra: el instrumento más importante —el arado y la fuerza que lo arrastraba— se había mejorado. Por el empleo de un mejor procedimiento de enganche, por un mayor vigor de los animales de tiro y probablemente por una modificación fundamental del arado: la adopción de la reja de vertedera, fabricada por uno de los herreros que los textos muestran trabajando entonces en la región de Cluny. Hipótesis simple y frágil. Pero invito una vez más, para terminar, a escrutar atentamente todas las fuentes de los siglos X, XI y XII —época sin duda de una profunda renovación de las técnicas agrícolas en Europa— para encontrar los índices que permitan algún día fundamentar más sólidamente esta suposición.

8. ESTRUCTURAS DE PARENTESCO Y NOBLEZA EN LA FRANCIA DEL NORTE EN LOS SIGLOS XI Y XII[*]

En la perspectiva de una historia de las actitudes mentales, que se debe conectar estrechamente con la historia social a fin de prolongarla y aclararla a la vez, estudio desde hace varios años la historia de los lazos familiares en la Francia feudal, en el único sector de la sociedad que aparece suficientemente claro en los documentos, es decir, en la aristocracia. Tales investigaciones se orientan naturalmente en dos direcciones paralelas. Por un lado, pretenden conocer mejor el estado real, concretamente vivido, de las relaciones de parentesco, observando la evolución demográfica de las familias, su fortuna, su implantación (lugar de residencia, lugar de sepultura), sus poderes, sus alianzas, su mayor o menor dispersión, todos los signos, sobrenombres patronímicos o emblemas heráldicos, que manifiesten exteriormente la cohesión de sus miembros. Pero estas investigaciones pretenden igualmente descubrir cómo los hombres de aquella época y de aquel medio se representaban su parentela y su propia situación en el seno del grupo. Pretendo además reconstituir la imagen mental de las relaciones familiares, para confrontar por último estas formas ideales con la realidad vivida. Para un estudio de este tipo, uno de los instrumentos de base es, sin duda, la genealogía. Pero en verdad existen dos clases de genealogías.

Por un lado, aquellas que reconstruyen después los historiadores, rastreando pacientemente todos los indicios de filiación y de alianzas a través de los cartularios, los títulos de posesión y los documentos necrológicos. Las genealogías de esta clase, siempre

incompletas, a menudo inciertas, nos dan la imagen verdadera, diría biológica, del grupo familiar en su duración y son evidentemente indispensables para aprehender las condiciones materiales de la historia familiar. Mientras que las genealogías de la segunda categoría, construidas de otra manera pero no menos ricas, aportan un testimonio fundamental sobre la psicología de una familia, sobre la manera en que se vivían en la época los lazos de parentesco: se trata de los esquemas genealógicos compuestos por los contemporáneos. Estas representaciones traducen una cierta conciencia de la cohesión familiar; además y esto es muy importante, fijaron esta conciencia y la impusieron firmemente a los miembros del grupo, guiando en cierta medida su conducta durante las generaciones posteriores. Sería de fundamental interés comparar tales figuras con la red de las relaciones reales. Pero, en verdad, las genealogías de este segundo tipo son escasas.

He iniciado el estudio sistemático de la literatura genealógica de los siglos XI y XII en el reino de Francia. Indicaré solamente —y este es un aspecto que desde ahora merece reflexión y que reclama ser interpretado en función de unas tradiciones culturales, de unas modas literarias, de unos sistemas de educación, como también de unas realidades políticas y sociales— que esta literatura fue particularmente floreciente después de 1150 y que se desarrolló casi con exclusividad en las provincias occidentales desde Gascuña hasta Flandes. Es precisamente a fines del siglo XII y del extremo norte del reino, de una región que limita con el Imperio, de donde provienen los dos documentos que me propongo comentar aquí. Intentaré extraer de ellos lo que pueda responder a los siguientes interrogantes: ¿qué imagen podía hacerse un hombre de la aristocracia de su parentela? ¿Cuál era la extensión y la precisión de esta imagen? ¿Qué recuerdo conservaba de los antepasados? ¿A cuántos individuos, vivos o muertos, se sentía ligado por la sangre y por las alianzas? ¿Qué lugar

ocupaban respectivamente en estas representaciones la filiación paterna y la filiación materna? ¿Cómo esta estructura mental, por último, se ordenaba en relación a los dos cimientos reales e ideales de la sociedad aristocrática: la conciencia nobiliaria por un lado y el poder señorial por otro?

He conocido el primero de estos textos gracias a Fernand Vercauteren, que ya le ha consagrado un precioso artículo[1]. Proviene de un tal Lamberto que se propuso hacia 1152 escribir una crónica y que continuó con su redacción hasta 1170. Mientras componía esta obra histórica, conocida bajo el nombre de *Annales Cameracenses*, Lamberto, al llegar al año 1108, fecha de su nacimiento, eligió introducir lo que él denomina «la genealogía de sus antepasados», *genealogia antecessorum parentum meorum*[2]. Precioso testimonio y único en su género. Primero, porque este cuadro de una parentela no fue en absoluto construido por encargo, para otro, para la gloria de un señor y la ilustración de un gran linaje; fue hecho espontáneamente por su autor y para sí mismo. Fue realizado por un «intelectual», muy preocupado por expresarse bien, por un hombre de la Iglesia, formado en un monasterio, que llegó a ser canónigo regular en Saint-Aubert de Cambrai y, por lo tanto, por un individuo —lo cual deforma un poco la visión que se hacía de su parentela— que vivía separado de la casa familiar, incorporado a otra comunidad y que sobre todo se había distanciado, a causa de su estado, del patrimonio ancestral, de la herencia, de la cual ya no participaba. No obstante, este religioso seguía estando muy preocupado por su rango y por el valor de su linaje. Podríamos decir, además, que esta genealogía es ingenua: no se apoya en investigaciones realizadas en archivos; se funda en la memoria personal de un hombre de cerca de cuarenta y cinco años y, según él mismo nos dice, en ciertos testimonios orales. Por último —y esto es lo que le confiere

al documento un valor excepcional—, esta genealogía no pertenece a un gran señor sino a un miembro de la pequeña aristocracia: Lamberto proviene de un linaje de simples caballeros de Flandes. Su abuelo paterno había sido, hacia fines del siglo XI, un caballero radicado (*miles et casatus*) del obispo de Cambrai. Para analizar convenientemente este testimonio de fundamental valor, es necesario presentar ante todo una síntesis del esquema de parentesco, respetando escrupulosamente el orden que siguió Lamberto para establecerlo.

Lamberto acaba de hablar de su nacimiento y de su casa natal. Ha nombrado a su padre y a su madre. Evoca entonces su ascendencia y describe primero el lado paterno. Para esto se remonta inmediatamente, por su padre y su abuelo, hasta el tío de éste, único representante de la más antigua generación conocida por el autor, y que es, en todo caso, para él, su más lejano «antepasado». Llegado a este punto, Lamberto desciende de grado en grado: evoca a los hijos de aquel hombre; a propósito del primogénito habla también de sus alianzas; luego pasa a los hermanos de su padre, a sus esposas, sin nombrar sus descendientes, a excepción de uno solo, el más cercano del antepasado común; llega, por último, a sus propios hermanos y hermanas. Luego comienza con la descripción de la rama materna, ordenada de idéntica manera: el abuelo, sus hermanos, luego sus hermanas; la abuela, sus hermanos y los linajes de allí resultantes; los tíos de Lamberto, las tías y su descendencia. Tal es la disposición a este simple esquema. En seguida se percibe que, en la imagen que Lamberto se formaba de su familia, los hombres tenían siempre preeminencia sobre las mujeres, los primogénitos sobre los segundones y, por último, que el parentesco por alianza ocupaba un lugar especial al lado del parentesco por la sangre. Con respecto al contenido mismo, revela que el campo de la conciencia familiar era relativamente restringido.

Aunque Lamberto alude, solamente en el linaje de su madre, por otra parte, a algunas ramas alejadas —«famosos caballeros», «hombres eminentes por su nacimiento», «algunos otros muy nobles»—, no evoca expresamente más que a setenta y tres individuos. Pero no designa por sus nombres más que a treinta y cinco, dieciocho del lado paterno, diecisiete del lado materno. De estos hombres y mujeres que nombra, diecisiete pertenecen a la generación de su padre y de su madre. El recuerdo de la generación anterior, la tercera, se vuelve menos preciso: siete nombres solamente. Más atrás en el pasado, en la cuarta generación sólo escapan al olvido el primogénito del linaje paterno y su esposa, un hombre de quien se encuentran huellas en los documentos de]os archivos hacia 1050 y que, por consecuencia, estaba activo unos sesenta años antes del nacimiento de Lamberto, no más de un siglo antes del momento en que éste realiza la descripción. Notemos la escasa memoria de los antepasados.

Lamberto habla muy poco de los miembros de su parentela que pertenecen a su propia generación. Esto tiene su explicación: él vive retirado del siglo, en una comunidad de canónigos regulares; además, su propósito, lo dice claramente, es hablar de sus «antepasados». En este nivel, nombra solamente dos hombres del lado paterno: el primogénito de sus cinco hermanos, el cual, además, ya ha muerto en un combate; otro personaje que ostenta el título de «caballero» reforzado aún por el adjetivo *potens* y que lleva el nombre del antepasado más lejano (este caballero es, en realidad, el primer descendiente, en orden de primogenitura masculina, del abuelo paterno; se puede pensar que posee en herencia el feudo que le fue concedido hace tiempo; se trata evidentemente del jefe actual del linaje). Dos hombres, nada más. Sorprendido por tal restricción, F. Vercauteren sostiene, para explicarla, la siguiente hipótesis: si Lamberto insiste poco en los contemporáneos de la rama paterna es porque, en la época en que escribía, aquélla se encontraba en vías de una rápida regre-

sión económica. Es casi seguro, en efecto, que sus nueve hermanos y hermanas, cuyos padre y madre eran los últimos descendientes de su familia, se encontraban en una situación de fortuna muy mediocre. Al menos, la elección que hace de los miembros de su rama paterna es significativa: nombra solamente hombres y hombres dedicados a la guerra; decididamente hace hincapié en la primogenitura. Para él, la familia paterna se ordena como una «casa», linaje de guerreros, donde predomina fuertemente el primogénito.

Del lado materno, Lamberto designa por su nombre a siete individuos de su generación, parientes menos cercanos; de este lado, el cuadro se despliega, pues, más ampliamente. En verdad, y ésta puede ser la explicación más profunda, estas personas pertenecen casi todas a la Iglesia: Estructuras de parentesco y nobleza 167 tres primos hermanos, uno monje en Mont-Saint-Eloi, como lo fue Lamberto; otros dos canónigos regulares, como lo es él mismo. Aparecen además, dentro de la parentela menos cercana y ligados al linaje de la abuela materna, otros eclesiásticos ya de más alta dignidad, dos abades y una abadesa. Pero el último nombrado es un laico que adquirió prestigio en la orden militar, fue portaestandarte del conde de Flandes y murió también en la guerra. Otro héroe. De este modo, en la imagen que Lamberto da de los parientes de su generación predomina el lado materno: es el que está socialmente mejor situado.

En los grados sucesivos de la ascendencia, el lado paterno retoma, sin embargo, la delantera: nombra a dieciséis individuos de los cuales doce son hombres.

1. En primer lugar tenemos al padre, sus tres hermanos y el abuelo. Lamberto nada dice acerca de los hermanos de este último. ¿Los tuvo? La dificultad estriba en que no disponemos, a pesar de las minuciosas investigaciones de F. Vercauteren, de un cuadro genealógico verdadero y completo que se pueda superponer a este cuadro compuesto de recuerdos, lo que permitiría

limitar exactamente las zonas de olvido. Por lo menos, se puede justificar la presencia exclusiva de estos cinco hombres apoyándonos en lo que dice Lamberto de su existencia familiar. Su abuelo vivía en Néchin, en un dominio que provenía de su mujer. Al establecerse allí gracias a un matrimonio ventajoso había abandonado su lugar natal, rompiendo de esta manera la vida comunitaria con su padre y sus hermanos, si es que los tuvo. Para Lamberto, nacido también en Néchin, el recuerdo de sus tíos-abuelos y de su bisabuelo se ha borrado, pues: sólo se acuerda de la residencia, de la casa y de los hombres que realmente vivieron juntos.

2. No obstante, también conserva el recuerdo, en la generación anterior, la más lejana que rememora, de un tío de su abuelo. Lo designa por su nombre y también por su *cognomen*, que es el nombre de otra tierra y de otra casa: Wattrelos. Para él este sobrenombre ha llegado a ser el símbolo mismo de su linaje y de la unidad de éste. En este linaje, este hombre, sin duda por derecho de primogenitura, encarna el tronco principal: esta es la razón por la que Lamberto, mudo acerca de su bisabuelo, nombra a todos los hijos de aquel antepasado, a excepción de uno cuyo nombre, dice, ha borrado de su memoria.

3. En el lado paterno del cuadro quedan cuatro hombres. Pertenecen a tres casas aliadas, a través de las mujeres, al linaje de Wattrelos. Estos son los hermanos —primogénitos y, por tanto, jefes de familia— de tres esposas: las de dos tíos de Lamberto cuya descendencia no se ha extinguido (el primogénito murió antes que su padre, sus hijos no sobrevivieron y por estas dos razones sin duda no se hace mención del linaje de su esposa); por último, la del primogénito de los hijos del más lejano representante del linaje. El cuarto hombre mencionado es el hijo del anterior: éste representa en efecto la alianza más brillante, que unió el linaje de Lamberto con otro situado en un grado superior de la

sociedad aristocrática, los señores de Avesnes, familia de castellanos.

4. Finalmente, en el lado paterno, Lamberto nombra cuatro mujeres: la abuela que hizo entrar en el patrimonio del linaje el alodio donde nació Lamberto; las esposas de sus dos tíos y, por último, la esposa del más lejano jefe de la casa de Wattrelos. La única mujer que evoca sin decir su nombre es una tía que murió soltera. Las mujeres del lado paterno cuyo recuerdo conserva son aquellas que han contribuido al acrecentamiento del patrimonio familiar o que, provenientes de otro linaje, han compartido la vida de la familia y la han unido a otras castas.

Del lado materno, la memoria llega más lejos pero con menos precisiones: solamente diez nombres en la ascendencia y una mayor proporción de mujeres, la mitad. Se nombra al abuelo y a la abuela. Se evoca ampliamente el valor social de sus hermanos respectivos sin que se los distinga individualmente: se trata del recuerdo de un esplendor, de una gloria, de un honor, pero no el de una familiaridad doméstica. Sobre todo, en este lado, la parentela no se concreta en una herencia o en la comunidad de una posesión territorial. Se nombran además todos los tíos y tías de Lamberto, pero aquí no se designa por sus nombres a los esposos de las tías casadas; no nos da a conocer la nueva casa donde se incluyen; nos da el nombre de la esposa del tío casado, pero no el del hermano de aquélla, ni de la casa de la cual procede. Las alianzas matrimoniales de los miembros del linaje de la rama materna no parecen repercutir en la conciencia familiar como los de la rama paterna.

¿Qué conclusión extraemos de esta enumeración, de este largo análisis?

1. En principio un hecho evidente: los hombres ocupan en la memoria familiar un lugar claramente preponderante. Sólo diecinueve mujeres entre los setenta y tres individuos evocados; una proporción un poco más fuerte (30 por 100) entre los individuos designados por su nombre (se necesitaría precisar que todas las mujeres nombradas son parientes muy cercanos, a excepción de una sola que fue abadesa de un gran monasterio). Además, lo decimos nuevamente, en el orden de la descripción los hombres aparecen siempre antes que las mujeres y, por su construcción general, el esquema genealógico pone en primer lugar el *agnatio*. Esta preeminencia masculina se explica en parte por la situación personal de Lamberto, que era él mismo un hombre y un hombre de la Iglesia. Pero también refleja sin duda muy directamente la influencia de las reglas sucesorias que reservaban a los hombres la herencia de los bienes inmuebles. Estas reglas de transmisión, que se aplicaban en particular al feudo (Lamberto vivía en una región y pertenecía a un medio social en donde la mayor parte de las tierras era objeto de una posesión feudal), explican también la preferencia que se otorga al orden de los nacimientos. Lamberto se preocupa por indicarnos siempre —y pone un particular acento sobre la primogenitura— que se trata de hijos o de hijas. Precisemos que el predominio de los hombres es más marcado del lado paterno, en el cual las tres cuartas partes de los individuos nombrados son masculinos, mientras que del lado materno la memoria concede a hombres y mujeres la misma importancia.

2. Del lado paterno, la memoria se ordena muy claramente en función de la conciencia de una estirpe y de un sentimiento de linaje cuya expresión y sostén es un *cognomen*, un sobrenombre patronímico. Este designa un lugar, una tierra; lo llevan a la vez los dos abuelos de Lamberto; los vincula con el antepasado más lejano en el tiempo que, para el autor, representa la raíz conocida de su linaje. ¿Habían conservado aquellos dos abuelos, designa-

dos con el sobrenombre de Wattrelos, posesiones en este territorio? Esto es probable para el abuelo materno, cuyo primogénito, caballero, fue luego mayordomo de Wattrelos; es muy improbable para el abuelo paterno, feudatario del obispo de Cambrai, que terminó estableciéndose en el dominio hereditario de su esposa, en el cual vivieron sus hijos y nació su nieto. Aun en este caso, aun cuando aquellos hombres estuvieran colocados en un feudo personal o instalados en el alodio de su mujer o de su madre, reclamaron de allí en adelante (desde fines del siglo XI o un poco más tarde) el nombre de la tierra ancestral, a pesar de no tener derechos directamente sobre ella. Este nombre, transformado en algo abstracto para ellos, marcaba la pertenencia a una «Casa», a un linaje, a una estirpe, organizada de manera estrictamente agnatida y gobernada por las reglas de la primogenitura. Cimiento de la cohesión del linaje, el nombre de la casa matriz era también el soporte de la memoria familiar. Y si alguien se pregunta por qué el recuerdo de Lamberto no se remonta más allá de un antepasado de la cuarta generación, de un hombre que vivía hacia 1050, es posible pensar que en aquella región hacia mediados del siglo XI fue precisamente el momento en que al nivel de los *milites*, en esta capa inferior de la aristocracia de la que procedía Lamberto, los grupos familiares se constituyeron en linajes, fijándose precisamente en una tierra, ya en alodios ya en feudos indivisibles, transformados decididamente por la evolución reciente de las costumbres feudales en hereditarios por derechos de primogenitura. En consecuencia, fue sólo entonces cuando se organizaron en «Casas», adoptando al mismo tiempo un *cognomen*. Anteriormente, más allá de este umbral cronológico, las relaciones familiares en la caballería se ordenaban sin duda de otra manera. No había casas, ni por tanto *cognomina* familiares, ni estirpes, sino grupos de parentesco que gravitaban alrededor de la casa de un señor, de un jefe. El recuerdo de aquellas redes familiares mucho menos coherentes, difusas y cambiantes según-

el capricho de los matrimonios, se perdió muy rápidamente. La memoria de los antepasados se afirmó en el momento en que las estructuras de parentesco adoptaron alrededor de una ubicación territorial, de una herencia, de un conjunto de derechos definidos y bien ligados al patrimonio, resueltamente la línea agnaticia. El testimonio de Lamberto de Wattrelos permite, pues, situar esta transformación fundamental en aquella región y en aquella capa social, hacia mediados del siglo XI. A primera vista, lo que se conoce de la historia de la aristocracia y de las estructuras feudales no contradice en nada esta hipótesis.

En el esquema de Lamberto aparece además con claridad que la línea materna se organiza de manera semejante en un linaje: de los hijos del abuelo sólo uno, el primogénito, está casado y posee los bienes hereditarios de la descendencia; de sus tres hermanos, dos siguen siendo «jóvenes», es decir, caballeros de aventuras, solteros y sin establecerse; el último ha ingresado en la vida religiosa. No obstante, en la conciencia de Lamberto el linaje de su madre ocupa una posición un poco diferente. Aquí entro a considerar otro aspecto: el papel de las mujeres y de las alianzas matrimoniales.

3. Ya he señalado que las mujeres no tienen el mismo peso ni la misma resonancia en ambos lados de la ascendencia, y no sin razón. En efecto, al casarse, la esposa penetra en la casa de su marido, se incorpora a ella. Del lado paterno, Lamberto considera a las esposas de sus tíos como agregadas. Las nombra. Pero nombra igualmente, si no a su padre, al menos a su hermano primogénito o al hijo de éste. Al hombre que, en la época de la redacción de los *Annales Cameracenses*, dirigía su linaje. Por su intermedio un lazo de familiaridad se estableció efectivamente entre los hombres de la casa de Lamberto y los de las casas de donde provienen sus mujeres. Tal lazo no es percibido tan fuertemente por Lamberto cuando se trata de las mujeres agregadas por patrimonio al linaje de su madre; sin duda, se incorporaron a aquella ca-

sa, pero en relación con el linaje principal, el del padre del autor de esta genealogía, se encontraban en desventaja. En cuanto a las hijas del linaje, la alianza matrimonial las ha sacado completamente de su casa y, por esta razón, la memoria familiar no retiene el nombre de sus maridos.

4. En el plano de las relaciones afectivas y concretas, la aportación de las mujeres extranjeras al linaje se puede considerar, sin embargo, a través de la descripción de los *Annales Cameracenses*, según tres puntos de vista:

a) El hermano de estas mujeres, en primer lugar, parece ejercer una fuerte influencia sobre el destino de sus hijos varones. Es para ellos su sostén natural, el protector; hallamos aquí la ilustración concreta de la posición privilegiada que ocupaban entonces los lazos entre sobrino y tío materno en la red de las relaciones de parentesco. Ciertos historiadores de la sociedad feudal, y particularmente Marc Bloch, han interpretado en este sentido algunos de los temas de la literatura caballeresca[3]. Aquí hay un testimonio directo que corrobora estas observaciones. Muestra claramente que tales relaciones se desarrollaron sin contradecir, muy por el contrario, las estructuras patrilineales del parentesco. En el caso de Lamberto, el nombre que lleva es el de un hermano de su madre; otro de sus tíos paternos, hombre de la Iglesia, que llegó a ser abad de Mont-Saint-Eloi, lo guió en su carrera, lo llevó a su monasterio y luego lo estableció como canónigo, como hizo con tres de los hijos de sus otras hermanas. En cuanto al hermano primogénito de Lamberto, el único nombrado, consagrado al estado militar, parece haber seguido en la existencia aventurera de los *juvenes*, de los guerreros solteros, a uno de los hermanos de su madre, también él caballero de aventuras.

b) La esposa, al casarse, aporta a la casa de su marido bienes, algunas riquezas que provienen de su propio linaje y que están destinadas, en la generación siguiente, a sumarse a la fortuna de sus hijos, a los bienes heredados del padre. Hecho significativo:

en el croquis genealógico establecido por Lamberto, los únicos *cognomina* citados, excepto el *cognomen* de su linaje y el de los cuñados de sus tíos paternos, recuerdan la casa de su madre y de sus dos abuelas, es decir, evocan las partes de la herencia, los bienes introducidos por aquellas mujeres en el patrimonio familiar. ¿De qué bienes se trataba? La abuela materna, dado que tenía un gran número de hermanos y hermanas 1 no aportó tierras a su marido, sino bienes muebles, esclavos (*servi et ancillae*), y su nieto lo recuerda aún. Por el contrario, la abuela paterna, sin duda porque no tenía hermanos, trajo con ella el buen dominio de Néchin donde vivió su marido, donde vivieron sus hijos, donde nació su nieto. Podemos pues señalar en la familia de Lamberto de Wattrelos un fenómeno que parece muy importante en el juego de las relaciones sociales que se daba en el seno de la aristocracia de aquella época. El matrimonio unía a menudo consortes de fortunas desiguales y de ordinario la esposa se situaba en un nivel de fortuna superior a la de su marido. El caso es aquí muy evidente al menos para tres varones del lado paterno: uno de los tíos, el primogénito del tío-abuelo y, sobre todo, el abuelo, aquel *miles casatus* que desposó a la heredera de un alodio muy rico. Tal vez sea esta desigualdad la causa de que Lamberto no nombre a los maridos de sus tías.

c) Este hecho me lleva en todo caso a una última consideración: la mujer aporta de ordinario al linaje en el cual ha entrado por el matrimonio un complemento de renombre, es decir, de nobleza. En el esquema presentado por Lamberto, la rama materna es muy claramente la rama gloriosa. Gracias al padre de su madre, gracias a los diez hermanos de aquél que —y Lambert insiste con placer en este punto— murieron el mismo día en el mismo combate, el recuerdo familiar se abre a la epopeya, se incorpora a las «cantilenas» que los juglares en la época de la redacción de los Annales aún cantaban. Pero gracias a su abuela materna, Lamberto tiene conciencia de alcanzar lo que él llama la

nobilitas. *Nobilis, nobilior*, emplea estos adjetivos exclusivamente a propósito del linaje de su abuela materna: este linaje ampliamente propagado del cual está orgulloso y hacia el cual se dirige sobre todo cuando quiere evocar, en el nivel de su propia generación, a los parientes más honorables, a los «amigos» más célebres. Está de este lado toda la carga de gloria, de ilustración, de nobleza.

Estas reflexiones desembocan en el difícil problema de la nobleza y sus relaciones con la caballería. ¿Existía en aquella región y en la época en que fueron compuestos los *Annales Cameracenses*, en la conciencia aristocrática, identidad o diferencia entre el título de *nobilis* y el de *miles*? En principio, un texto como éste, que revela actitudes mentales frente a las relaciones de parentesco, parece sostener la hipótesis de los historiadores que consideran que, en el norte de Francia, la nobleza del siglo XII se transmitía por línea materna: en efecto, a través de la madre de su abuela materna Lamberto se place en mostrar que pertenece a los *nobilis* de Flandes. No obstante, podemos replicar rápidamente diciendo que si Lamberto aplica a su abuela el calificativo de *nobilis* es porque la palabra *miles* no tiene femenino y por lo tanto debía encontrarse otro término para indicar el alto nacimiento de aquella mujer. Pero podemos adelantar otros argumentos más decisivos. Esta abuela noble había tenido hijos, herederos de su sangre y, por consecuencia, de su nobleza. Lamberto no hubiera dejado de designarlos a ellos también como nobles si aquel título, para él, hubiera sido diferente o superior al título caballeresco. Ahora bien, es sólo la palabra «Caballero» la que él emplea con el propósito de indicar su rango social. La descripción prueba, pues, claramente que, en esta zona de la aristocracia y a partir del tercer cuarto del siglo XII, el único calificativo que indicaba la superioridad social de un hombre era la palabra *miles*. Agreguemos aún que si la nobleza hubiera sido efectivamente transmitida por las mujeres, el cuadro no habría en verdad presentado aque-

lla estructura de conjunto tan decididamente masculina y patrilineal. En aquel medio de hombres de guerra y de la Iglesia, los lazos de familia, como la concepción de la dignidad de una estirpe, la ilustración de una sangre, revistieron desde entonces una forma estrictamente agnaticia y la noción de nobleza se confundió al mismo tiempo y por completo con la de caballería. Esto no impidió, evidentemente, que en la conciencia del canónigo Lamberto la vertiente materna de su parentela pareciera brillar con un esplendor más vivo. Pero ésta era la consecuencia fortuita de una realidad social, la frecuencia de los matrimonios desiguales; el esfuerzo perseverante de los linajes por casar a sus hijos en un nivel superior; el esfuerzo, sin duda más eficaz, de los grandes señores preocupados por ubicar a sus vasallos domésticos, a los «bachilleres» de su casa, sin empobrecerse ellos demasiado, dándoles por mujer a la viuda o a la hija afortunada de un vasallo; por último, la impotencia de las casas aristocráticas, cuyos hijos varones se encontraban naturalmente en una situación de privilegio por las costumbres sucesorias, para descubrir para las hijas de su estirpe, salvo si la ausencia de hermanos las transformaba en herederas del patrimonio, esposos que no fueran sensiblemente inferiores a ellas.

El segundo texto, el segundo testimonio de la literatura genealógica de la Francia del norte que he elegido para interpretar aquí es de otra extensión. No llena, como el texto de Lamberto de Wattrelos, una sola página de los *Monumenta Germaniae Historica*, sino sesenta. Además, se trata de una obra que fue compuesta por un escritor profesional por orden de un señor, por un hombre que utilizó no solamente el contenido de su propia memoria o la de sus familiares, sino toda una documentación, archivos, escritos genealógicos redactados anteriormente y recuerdos ligados a las tumbas de una necrópolis familiar. Esta fuente

es, pues, infinitamente más rica y contiene especialmente innumerables indicios laterales de psicología colectiva que me reservo para utilizar en otra parte; por el contrario, el testimonio es mucho menos fresco, menos espontáneo, menos significativo de una imagen mental individual. Este documento sobre el cual trabajo desde hace tiempo, sin haber agotado su exploración, es la *Historia comitum Ghisnensium* que escribió a fines del siglo XII el clérigo Lamberto de Ardres[4]. Esta obra histórica se organiza en función de la personalidad de Arnoldo de Ardres, jefe de la casa en la que Lamberto servía como doméstico, hijo primogénito del conde de Guines y heredero suyo, que poseía ya, como delegado de su madre, el señorío de Ardres. El libro está construido como una genealogía de Arnoldo, es decir, de un castellano, de un «señor», de un hombre perteneciente a tina capa aristocrática que sobrepasaba muy claramente al linaje de los caballeros de Wattrelos; en consecuencia, este texto nos introduce en otro mundo, en el cual la «nobleza» es más esplendorosa. De esta genealogía no puedo reconstituir aquí todo el esquema en detalle; es muy complejo y sería excedernos de los límites de este artículo analizarlo tan minuciosamente como al precedente. Me limitaré, pues, a hacer algunas observaciones; éstas serán un simple complemento del estudio profundo que he hecho sobre el croquis genealógico dejado por Lamberto de Wattrelos.

1. La preocupación de Lamberto de Ardres por describir la ceremonia en que su héroe es armado caballero refuerza la convicción de que el título caballeresco poseía en aquel medio y en aquella época un valor muy importante y que un señor de muy alta estirpe, consciente de pertenecer a través de sus antepasados más lejanos al linaje mismo de Carlomagno, cifraba su gloria, pues, en tal ceremonia.

2. Por otra parte, los dos cuadros de parentesco, el de Lamberto de Wattrelos y el de Arnoldo de Ardres, presentan una estructura semejante. El del castellano está simplemente más desarro-

llado en todas direcciones. Aquí se nombran a doscientos individuos; la memoria se extiende sobre ocho generaciones y trata de vencer los obstáculos para remontarse más lejos aún. Esta extensión procede de las capacidades técnicas del autor de la genealogía, pero sobre todo de la calidad social del grupo familiar, donde se mezclan, para terminar en Arnoldo, los linajes, ya no de caballeros, sino de castellanos, vizcondes y condes. Pero la memoria —aquella memoria que la escritura misma tiene como función estabilizar— se despliega de la misma manera: el 87 por 100 de los individuos nombrados pertenecen a las generaciones I, II, III y IV, el 50 por 100 a las generaciones I y II; pero la generación de Arnoldo está menos representada que la generación inmediatamente anterior, que reúne al 37 por 100 de los individuos nombrados.

3. Se da el mismo predominio de hombres: los designados por sus nombres son exactamente dos veces más numerosos que las mujeres. La misma prioridad para el lado paterno: la historia comienza con él y de este lado el recuerdo se sumerge mucho más profundamente en el pasado, ya que se remonta un siglo más atrás. El recuerdo se aventura tan lejos en aquella dirección que pierde pie y, para prolongarse, necesita entrar en el dominio de la leyenda, de la ficción, del mito. Pasando siempre de los hijos a su padre, cuando llega a la octava generación, es decir, a 928, Lamberto de Ardres tropieza con la imposibilidad de establecer filiaciones patrilineales seguras. Utilizando un procedimiento que, como K. F. Werner ha demostrado, era empleado corrientemente en aquella época por los autores de genealogías principescas[5], Lamberto inventa, pues, un antepasado. A éste lo denomina *auctor ghisnensis nobilitatis et generis*, un personaje que parece mítico y al que trata como a un héroe cortés. Habla de *Sifridus* como de un aventurero escandinavo, emparentado no obstante, y en este caso sin ningún fundamento documental, a los más antiguos señores conocidos de la región. El artificio empleado ma-

nifiesta una vez más la preocupación constante por representar a la familia en su más larga duración como un linaje, como una sucesión de herederos que, de varón en varón, se transmiten el patrimonio. Por último, transforma a este héroe fundador, por un lado y esto es muy importante, en el constructor del castillo de Guines, de la fortaleza que debía convertirse en la cabeza del poder condal y en el asiento material del linaje; por otro, lo transforma en el seductor de una de las hijas del príncipe vecino, el conde de Flandes. Por esta unión ilícita, este hombre se transforma en la raíz de aquel árbol de Jesé que constituye después de él la *genealogia ghisnensium*. Del hijo bastardo el poder familiar recibe su legitimación, ya que el nuevo conde de Flandes, su tío, lo adopta como ahijado, lo arma caballero (nuevamente encontramos la transferencia mítica en el pasado de valores que poseía la ceremonia caballeresca a fines del siglo XII), erige su tierra en condado y, por último, se la concede en feudo[6]. Tal es la imagen que los condes de Guines se hacían hacia fines del siglo XII de los orígenes de su familia: para ellos la filiación del linaje comenzaba en los años veinte del siglo X, con la unión del antepasado con la hija de un príncipe, el cual descendía, a su vez, por línea materna, de los carolingios; para ellos el origen del linaje coincidía exactamente con la institución de un poder autónomo alrededor de una fortaleza, del título y de los poderes que estaban ligados a ella y que debían constituir de allí en adelante el corazón del patrimonio familiar. Consideremos ahora, en el mismo texto, la línea materna de Arnoldo, la de los señores de Ardres que no eran condes sino simples castellanos. Se observa —y ésta es la diferencia esencial a mi criterio— que el recuerdo se remonta aquí mucho menos atrás en el pasado: el antepasado más lejano que se cita vivía hacia 1030. De esta manera, la memoria de la filiación del linaje se reman ta hasta el primer tercio del siglo X en una familia condal y sólo hasta el primer tercio del siglo XI en

una familia de castellanos. Estas dos cronologías me parecen dignas de a tendón.

4. La estructura de la parentela es en las dos ramas, en sus diversas ramificaciones y en todas las direcciones ascendentes absolutamente agnaticia; el autor se preocupa por presentar a los individuos de ambos sexos según el orden de sus nacimientos, distinguiendo siempre a los primogénitos. En la *Historia* la primera alusión a una regla de sucesión por primogenitura se hace a propósito del conde que murió en 1020. El esquema genealógico es el mismo tanto para Lamberto de Wattrelos como para Lamberto de Ardres. Pero la parentela de Arnoldo tiene caracteres particulares: los dos castillos, el de Ardres y el de Guines, que constituían el corazón de su patrimonio ancestral, pasaron, uno en la tercera generación y otro en la cuarta, por la extinción de los herederos varones y por el casamiento de una heredera, a manos de otro linaje menos poderoso. Otro ejemplo de matrimonios desiguales y de aquella búsqueda de ricas herederas que, como he mostrado en otro trabajo[7], tuvo tanta importancia en las preocupaciones y en la existencia aventurera de los *juvenes* de la aristocracia de aquella región durante los siglos XI y XII. Se producen, a raíz de este hecho, en la redacción genealógica, rupturas cuya orientación es muy significativa: el autor de la *Historia* no prosigue demasiado lejos, en la dirección patrilineal, la descripción de la ascendencia del feliz marido de la heredera. Le cuesta sin duda hacerlo, pues la memoria de los antepasados de este hombre mediocre, de este advenedizo que por su matrimonio alcanzó bruscamente brillo, no se había conservado: se trataba de un hombre nuevo. Lamberto abandona, pues, rápidamente esta dirección, vuelve a la esposa y desarrolla entonces su relato por el lado de la ascendencia de esta mujer, del linaje de sus padres, de los hombres poseedores de los bienes, del castillo, del título, del *cognomen*, es decir, en una palabra, de los verdaderos antecesores de la *casa*.

5. Se observa también aquí el papel de las mujeres. En verdad, Lamberto de Ardres en tres oportunidades y siempre del lado paterno, hace alusión a las alianzas que, gracias a las mujeres, unieron a sus héroes con antecesores carolingios. Aquí también y con mucha claridad, la memoria más gloriosa se establece del lado de las ramas maternas. No obstante, el conjunto de la historia, toda la memoria genealógica que se conserva de la casa señorial donde vive Lamberto y que su obra tiene como misión fijar, se organiza en función de una herencia, de la herencia de un doble título y de un doble señorío. El patrimonio aparece como el soporte esencial de la memoria de los antepasados y de la conciencia familiar. Hasta tal punto que el autor extiende su descripción y la prolonga hacia todos aquellos contemporáneos de su héroe que pudieran eventualmente pretender tener algún derecho sobre aquella fortuna, incluidos —hecho notable— los bastardos y los descendientes de los bastardos del padre, de los tíos-abuelos, del tío bisabuelo. En aquel medio de la alta aristocracia, entre aquellos jefes de principados, el sentimiento de parentesco aparece evidentemente ligado a una casa, a un castillo, soporte del poder y a la colegiata que lo flanquea. La memoria se remonta con seguridad hasta el antepasado, de cualquier lado que sea, que ha construido la fortaleza fundando de tal suerte el poder y la gloria del linaje. Más allá el recuerdo se pierde.

Quisiera concluir insistiendo en un aspecto que me parece esencial y formular al respecto una hipótesis de investigación. En aquella región de Occidente, la memoria genealógica de los hombres que vivían hacia finales del siglo XII parece extenderse desigualmente según el rango que ocupan: al nivel de la pequeña caballería se remonta hasta mediados del siglo XI; en las familias de los castellanos hasta cerca del año mil; por último, en las familias condales hasta comienzos del siglo X. Estos umbrales, más

allá de los cuales se pierde el recuerdo de los antepasados, son tanto más anteriores cuanto más alto es el linaje en la jerarquía de las condiciones políticas y sociales. Esto no es sorprendente. Pero es interesante observar que estos tres momentos cronológicos coinciden con los resultados de las investigaciones de los eruditos que se esfuerzan en la actualidad por reconstruir las filiaciones reales de las familias; tales investigaciones no han podido ir más atrás. Así, en la sociedad de Mâconnais, he podido reconstruir la parentela hasta la primera mitad del siglo XI en los linajes de caballeros, hasta finales del siglo X en los linajes de castellanos, hasta cerca de 920 en los linajes de los condes[8]. Más allá de estas fechas, me ha sido imposible descubrir quién era el padre del más lejano antecesor conocido. Pero el obstáculo no está en la documentación, que no cambia de naturaleza ni de densidad. Podemos, pues, creer que esta incapacidad (parecida a la que superó Lamberto de Ardres inventando el personaje del aventurero *Sifridus*) es producto de la transformación misma de las estructuras de parentesco. La desaparición de los indicios de la filiación patrilineal en las fuentes escritas, cuando la investigación franquea aquellos umbrales cronológicos, traduce en verdad una disminución de la importancia de aquellas filiaciones, a partir de aquella fecha, en la conciencia familiar. En los documentos que poseemos todo parece señalar que, en los diferentes grados de la aristocracia, las estructuras de parentesco se habían transformado entre comienzos del siglo X y mediados del siglo XI. Anteriormente, ausencia de linajes, de conciencia propiamente genealógica, de memoria coherente frente a los antepasados. Un hombre de la aristocracia consideraba a su familia como un agrupamiento, diría, horizontal, desplegado en el presente, sin límites precisos ni fijos, constituido tanto de *propinquii* como de *consanguinei*, de hombres y mujeres ligados tanto por la sangre como por el juego de las alianzas matrimoniales. Lo que contaba para él, para su éxito, para su fortuna, eran menos los «antepasados» que los

«parientes cercanos», a través de los cuales podía llegar a las fuentes del poder, es decir, al rey, al duque o al jefe local, en todo caso, al hombre capaz de distribuir los cargos, los «beneficios», los honores. Lo esperaba todo de este *senior*; se esforzaba, pues, por realizar alianzas de todo tipo, por vincularse más estrechamente a su casa, por incorporarse a ella; ya que dependía de hecho de aquel señor, lo importante para él eran las relaciones y no la ascendencia. Era un beneficiario y no un heredero. Por el contrario, más tarde el individuo se siente incluido en un grupo familiar de estructura más estricta, centrado en la filiación agnaticia y de orientación vertical. Se siente miembro de un linaje, de una estirpe, cuya herencia se transmite de padres a hijos; el mayor de los hermanos asume la dirección de la casa y la historia de ésta se puede escribir en forma de un árbol enraizado en la persona del antepasado fundador, quien se encuentra en el origen de todo el poder y de todo el brillo del linaje. El individuo se transforma en un príncipe: ha tomado conciencia de heredero. Se siente noble porque ser noble es ante todo reclamar antepasados conocidos y referirse a una genealogía.

Pero, y esto es lo que interesa, en los tres momentos sucesivos en los que, desde la alta aristocracia a los niveles menores, la memoria de los antepasados se pierde, tanto para los historiadores como para sus propios descendientes ya hacia fines del siglo XII, parecen situarse también importantes modificaciones que afectan a las estructuras políticas y jurídicas. Tal coincidencia merece una particular atención. En el reino de Francia, el comienzo del siglo X es en efecto la época en la que los condes adquieren su autonomía frente a los grandes príncipes territoriales y comienzan a disponer libremente de su «honor» ya perfectamente integrado a su patrimonio en favor del mayor de sus hijos; en los alrededores del año mil, los castellanos tienen a su vez la oportunidad de acceder a la independencia y apropiarse de las fortalezas que hasta ese momento habían dirigido en nombre de otro; por

último, hacia los años treinta del siglo XI, se observa por un lado, en el nivel inferior de la aristocracia, multiplicarse las concesiones de feudos, la tenencia feudal adquiere un carácter más netamente hereditario y se transmite regularmente de padres a hijos por las reglas de la primogenitura; mientras que, por otro lado, la situación de hecho de esta pequeña aristocracia se cristaliza en privilegios jurídicos alrededor de un calificativo, el título de «caballero» y de las funciones particulares que lo definen. De todas maneras, la conciencia genealógica aparece en el instante mismo en que la riqueza y el poder de los condes, de los castellanos y de los simples caballeros, revisten decididamente un cariz patrimonial y, en consecuencia, comienzan a entrar en juego las reglas sucesorias que favorecen a los hijos a expensas de las hijas, a los mayores a expensas de los menores y que valorizan, pues, a la vez la rama paterna y la primogenitura. Retomo con placer una reflexión de Karl Schmid, que ha esclarecido singularmente mis investigaciones: «La casa de un noble se convierte en una casa noble cuando se convierte en el centro y en el punto de cristalización independiente y duradero de un linaje»[9]. Debemos insistir en esta idea de independencia, relacionando estrechamente tal fenómeno con el proceso de descomposición del poder real, con la dispersión de la autoridad, con aquella disociación progresiva de los poderes de mando que llamamos feudalismo. ¿La aparición de nuevas estructuras de parentesco en la aristocracia y la puesta en marcha del sistema feudal no progresaron acaso al mismo tiempo? Existe en todo caso, entre las estructuras de parentesco y las estructuras políticas una íntima correlación, una relación verdaderamente orgánica, que se expresa en el nivel de las representaciones mentales por la misma noción de nobleza y que este artículo —y éste es su único propósito— invita a estudiar a fondo.

9. OBSERVACIONES SOBRE LA LITERATURA GENEALOGICA EN FRANCIA EN LOS SIGLOS XI Y XII[*]

He emprendido desde hace varios años el estudio de las relaciones de parentesco en la aristocracia de la región francesa de los siglos XI y XII, estudio que conduce a abordar por nuevos caminos ciertos problemas centrales que plantea la sociedad feudal, por ejemplo, el de las relaciones entre la nobleza y la caballería, el de la evolución de los patrimonios laicos o el de la distribución del poder. Me esfuerzo por realizar tales investigaciones de historia social conjuntamente a dos niveles. Primero, en un plano que podríamos llamar material, el de las bases biológicas y económicas del destino familiar; luego, en el nivel de las actitudes mentales, de la percepción de los lazos de parentesco. El principal instrumento de tales investigaciones es evidentemente la genealogía. Pero en verdad existen dos tipos de genealogías, las que además coinciden con los dos niveles a los que me he referido. Por un lado —y en principio se piensa siempre en ellas— las genealogías que los historiadores han construido a lo largo de las épocas, recogiendo todos los índices de filiación o de alianzas dispersos en los cartularios, las cartas o las necrologías. Siempre incompletas, a menudo inciertas, estas genealogías ofrecen la imagen concreta de tal o cual familia en su crecimiento y en su fortuna. Las genealogías del otro género, las que fueron compuestas en la misma época por los contemporáneos, son mucho más escasas y no pueden acrecentarse más que por el descubrimiento de pergaminos desconocidos. Estas son igualmente útiles por el testimonio que aportan sobre la psicología familiar y so-

bre las representaciones mentales que constituyen la armazón de la conciencia del linaje. A propósito de estos últimos documentos, quisiera presentar brevemente en esta comunicación los primeros resultados de investigaciones que he realizado con la diligente ayuda de la señorita Guilherrnier, colaboradora técnica del Centre National de la Recherche Scientifique.

En principio, mi objetivo es extender al reino de Francia las investigaciones realizadas para el Imperio por A. H. Honger[1] y más recientemente por Karl Hauck[2], haciendo un inventario de estas fuentes. Intentaré también interpretarlas e inspirándome en los trabajos publicados en Alemania por K. F. Werner[3] y por los discípulos de Gerd Tellenbach, particularmente por Karl Schrnid[4], aventurar algunas observaciones que abren, a mi parecer, perspectivas bastante amplias no sólo para la historia social sino también para la historia política y la historia cultural.

Quiero limitarme aquí solamente a una parte de la literatura familiar, a los escritos propiamente genealógicos, es decir, a los que presentan el cuadro de un parentesco. Excluyo, pues, tres categorías de documentos, algunos de los cuales son de gran interés para la historia de la conciencia familiar pero que me parecen responder a otro género y merecer estudios especiales: en primer lugar, las historias y crónicas que, como la de Adhérnar de Chabannes en el siglo XI y la de Godofredo de Vigeois en el siglo XII, contienen numerosos esbozos de genealogías, aunque no fueron escritas para la ilustración de un linaje; luego todas las *vitae* que proceden directamente ya de la hagiografía, ya de los elegios o lamentos fúnebres; por último, ciertas listas condales, a menudo ligadas a las listas episcopales, que no contienen ninguna mención de filiación, como la que figura en el cartulario de la catedral de Mâcon. Al término de esta selección, que deja de lado en particular todas las obras compuestas en el siglo XI en el círculo de los duques de Normandía y en los siglos XI y XII en el círculo de los reyes de Francia, quedan, sin contar algunas conti-

nuaciones, una veintena de textos anteriores al fin del siglo XII. Se trata seguramente de un residuo insignificante, de una producción que sabemos con certeza fue mucho más abundante por ciertas menciones incluidas en las obras que no se perdieron. Daremos a continuación el inventario somero de lo que subsiste y que puede ser actualmente localizado en ediciones y en estudios historiográficos:

a) Encontramos en principio, muy aislada en pleno siglo X, la genealogía del conde de Flandes, Arnoldo el Grande, compuesta por Vuitgerius entre 951 y 959 y conservada en la abadía de Saint-Bertin.

b) Entre mediados del siglo XI y 1109, se encuentra una noticia sobre la ascendencia del conde de Flandes, Arnoldo el Joven, redactada en el monasterio de Saint-Pierre-au-Mont-Blandin; una genealogía de los condes de Vendóme, insertada en el cartulario de Vendóme; por último, seis genealogías de los condes de Anjou procedentes de SaintAubin de Angers.

c) De los últimos años del siglo XI data la primera redacción de la genealogía de los condes de Boulogne y un fragmento de la historia de los condes de Anjou que los estudios críticos de L. Halphen permiten atribuir al conde Foulques Réchin.

d) Entre 1110 y 1130 aparecen dos nuevas genealogías de los condes de Flandes, una compuesta en Saint-Bertin, la otra insertada por Lamberto de Saint-Omer en su *Liber Floridus* y, por otra parte, la primera redacción conservada de la Gesta de los condes de Anjou, la cual se debe a Tomás de Loches.

e) Los alrededores del año 1160 constituyen una época de particular fecundidad. Mientras que las genealogías flamencas y angevinas son objeto de importantes revisiones, tales como el escrito que se denomina *Flandria generosa* y las nuevas versiones de la *Gesta consulum andegavorum* por Bretón de Amboise o Juan de Marmoutier, aparecen simultáneamente, además de dos nuevos

esbozos genealógicos compuestos en Saint-Aubin de Angers, escritos consagrados a los señores de Amboise, a los condes de Angulema, a los condes de Nevers. De aquella época datan las obras de Wace y de Benito de Saint-More. Señalemos finalmente que es a partir de aquel momento cuando los autores de crónicas e historias regionales se muestran mucho más atentos a los datos genealógicos, como lo demuestran, por ejemplo, ciertas notas provenientes de la abadía de Anchin en Artois y de la de Foigny, en la diócesis de Laon.

f) En 1194 Lamberto de Ardres escribe la *Histoire des comtes de Guines*, el más rico y a la vez más significativo de los escritos de este género.

Este simple inventario suscita de inmediato algunas consideraciones preliminares que serán voluntariamente exteriores y superficiales, y más exactamente localizadas en el tiempo y en el espacio.

1. A primera vista el género literario que nos ocupa parece encontrarse circunscrito en aquella época a las zonas septentrionales y occidentales del reino de Francia. Si dejamos aparte al ducado de Normandía, cuya historiografía presenta rasgos originales y se aparta sensiblemente de las formas propiamente genealógicas, éstas se ordenan alrededor de dos núcleos, el condado de Flandes, donde aparecen en primer lugar y son más numerosas, y el condado de Anjou. Sólo después de 1160, desde estos dos centros, se difunden, muy discretamente, hacia el este y hacia el sur.

2. Antes de fines del siglo XII, cuando la cancillería de Felipe Augusto se transforma en un taller de escritos genealógicos, no existen genealogías que conciernan propiamente a los reyes de Francia. Este género literario corresponde a una *Adelsliteratur*, para retomar la expresión de Karl Hauck. No obstante, no floreció más que en los círculos de las grandes familias, de las estirpes inmediatamente inferiores a las de los reyes, de los linajes esta-

blecidos en amplios principados regionales. Pero se observa también que, por efecto de un lento proceso de vulgarización, el género tiende a triunfar progresivamente entre las capas menos elevadas de la sociedad aristocrática, al nivel de entidades políticas de menor envergadura, como es el caso del condado de Angulema, del condado de Guines, de los señoríos de Amboise y de Ardres. Pero esta penetración es muy lenta y no puede ser comprobada antes de mediados del siglo XII; conviene dejar aparte la genealogía del condado de Boulogne, realizada con certeza hacia 1100, pues dos miembros de aquel linaje obtuvieron títulos superiores al título condal, el de duque de la Baja Lorena y el de la realeza de Jerusalén.

3. Los fenómenos de conjunto están indudablemente relacionados, por una parte, con la historia de las formaciones políticas y, por otra, con la historia de la expresión literaria, es decir, de la cultura. Podemos formular al respecto algunas hipótesis de investigación.

a) En primer lugar, se debe señalar que el establecimiento de estas genealogías parece a menudo responder a la preocupación por legitimar un poder. Esta observación puede explicar la ausencia de genealogías reales: el rey no tenía ninguna necesidad de asegurar un poder que estaba legalmente fundado en la elección y la consagración, mientras que en el norte del reino y en Anjou la composición de este tipo de textos confirma aparentemente una pretensión a la soberanía, para probar el derecho de un heredero en el momento de una sucesión discutible. Este es el caso de las genealogías flamencas, compuestas en los años próximos a 1100, que exaltan la ascendencia carolingia de los condes; es el caso de la reseña sobre el condado de Vendôme que justifica la adquisición de este principado por el conde de Anjou Godofredo Martel y el de los cuadros genealógicos realizados en Saint-Aubin de Angers, cuando el título condal angevino acababa de caer en una rama colateral, que tenían como objetivo realzar la gloria

de ésta mostrando las ilustres alianzas que la ligaban a las casas principescas más importantes de la época. En consecuencia, estos textos deben ser incluidos entre los materiales que consolidaron el establecimiento de los principados territoriales nacidos de la disolución del poder real.

b) También sería conveniente, para dirigirnos esta vez a la historia cultural, situar estos documentos en una geografía de la producción literaria que debe construirse por entero. Su localización atestigua en primer lugar la fecundidad y la preeminencia, en el siglo XI y a principios del siglo XII, de ciertos focos literarios de raíz carolingia, por un lado el del Bajo Loira y por otro el de Lotaringia, del cual fueron prolongaciones occidentales los talleres flamencos. Además, es necesario señalar que este tipo de literatura, durante este período, se enriquece progresivamente. Los más antiguos de estos escritos son simples catálogos; los posteriores tomaron el aspecto de relatos y ganaron poco a poco en amplitud. No puede aplicarse a Francia la opinión de Héinger, quien veía en los catálogos de la región del Imperio resúmenes tardíos de textos anteriores más desarrollados. Es seguro, por ejemplo, que las Gestas de los condes de Anjou y las de los señores de Amboise, así como la *Histoire des comtes de Guines*, fueron elaboradas a partir de listas genealógicas más sumarias, y observamos cómo las genealogías flamencas se nutren constantemente en el curso del siglo XII de nuevos agregados. Podemos entrever, a lo largo de este progreso continuo, dos etapas principales: una en la última década del siglo XI, otra hacia 1160; sería útil confrontar esta periodización con la que los historiadores de la literatura en lengua vulgar puedan establecer por su parte. Esta última indicación me conduce a proponer en este momento interpretaciones más profundas, analizando esta vez el contenido mismo de los escritos y esforzándome por reconstituir el esquema de las estructuras familiares que presentan, el modelo de las relaciones de parentesco que fijaron en la conciencia de los con-

temporáneos y, por seguir este modelo en el curso del tiempo, en las modificaciones que lo afectaron.

Todos estos escritos derivan de un prototipo que es el de la realeza. El primero de los que se conservan para el reino de Francia, la genealogía de Arnoldo de Flandes que, repito, data de mediados del siglo X, presenta en efecto un doble aspecto. Comienza con plegarias fúnebres, con el elogio de un príncipe cuyas virtudes se exaltan. Pero para mostrar que los méritos naturales de su héroe concuerdan con la nobleza de su origen, el autor agrega a este elogio una genealogía legítima, la de los soberanos carolingios. Sobre la *sancta prosapia domini Arnulfi* que en línea patrilineal no se remonta más allá del abuelo de Arnoldo, el conde Balduino I, se injerta así, por intermedio de la esposa de este último, Judith, hija de Carlos el Calvo, una *genealogia nobilissimum Francorum imperatorum et regum*; lista superpuesta, utilizada sin crítica y extraída de los *scriptoria* de Lotaringia[5]. Incorporada de esta manera a la memoria familiar de los poseedores de un principado, esta lista real se impuso como tipo; en efecto) observamos que hasta el siglo XIII es utilizada en todo el espacio cultural que nos ocupa tanto por Guillermo de Malmesbury como por los genealogistas de los condes de Boulogne y por los de Foigny y de Anchin. De este modo se introdujo en la conciencia de la alta aristocracia un esquema de parentesco que podemos definir brevemente: filiación estrictamente agnaticia, el título —a semejanza del real— se transmite de padres a hijos; pero como a veces ocurre que el título o la vocación de poder se heredan a través de una alianza —los condes de Flandes recibieron así la sangre carolingia; mucho antes los antepasados de Carlomagno habían recibido así la sangre merovingia—, el hilo genealógico, remontándose hacia el pasado, puede sufrir interrupciones, abandonar la línea patrilineal menos ilustre para, a partir de tal antecesora cu-

yos descendientes tienen conciencia de poseer una herencia más brillante, remontar de hijo a padre esta rama más honorable. El hecho de que este esquema mental, en el que se inscribe de allí en adelante la memoria de los antepasados de la alta aristocracia, proceda de un modelo tomado de la familia real, manifiesta una apropiación paralela a la usurpación de los poderes reales sobre la cual se fundan las nuevas dinastías. Esta constatación autoriza a extender a Francia algunas observaciones enunciadas para las regiones alemanas por los historiadores de la escuela de Friburgo, y particularmente por Karl Schmid: cuando la alta aristocracia comenzó, por efecto de la descomposición real, a organizarse en casas, en linajes, lo hizo a imagen y semejanza de la que había sido hasta ese momento la única «casa», el único linaje, la única genealogía verdadera, la del soberano.

Puede explicarse fácilmente que las genealogías se limiten a la filiación masculina y describan un linaje de hombres, que insistan cada vez con más fuerza desde fines del siglo XI en la primogenitura, mientras que las reglas sucesorias favorecen cada vez más a los hijos mayores, que abandonen los antepasados del padre en beneficio de los de la madre si la herencia proviene de ella, como lo hace Foulques Réchin y después de él todos los autores de genealogías, como lo hace además en la zona germánica un Otón de Freising. Todos estos escritos se preocupan ante todo de la transmisión de un «honor», en el sentido primitivo, carolingio, del término. «Yo, Foulques… he querido confiar a la escritura cómo mis antepasados han adquirido y mantenido el honor hasta mi época y cómo yo mismo lo he tenido, ayudado por la gracia de Dios»[6], así comienza el escrito atribuido al conde Foulques de Anjou. La gesta de los condes de Amboise insiste en la constitución progresiva de un patrimonio, en las dotes de las esposas, en las reparticiones. Y la genealogía compuesta por Lamberto de Ardres, cuyo señor es a la vez heredero del condado de Guines y del señorío de Ardres, se presenta de hecho como una historia de

aquellos dos patrimonios y de su consolidación progresiva. Los autores de estos escritos se esfuerzan por descubrir en su más lejano pasado el origen de la posesión hereditaria. Lo cual viene a reforzar la hipótesis propuesta por los discípulos de Gerd Tellenbach: cuando los miembros de la alta aristocracia cesan de deber sus fortunas a los favores temporales de un soberano, de tener un poder y unos bienes por concesión vitalicia y revocable, cuando su poder se apoya en un patrimonio libremente transmisible de padres a hijos, es el momento en que los grupos de parentesco, hasta ahora movedizos y sin consistencia, se ordenan según la estricta armazón de un linaje. No hay linajes, no hay casas nobles antes de que el honor se hiciera hereditario, es decir, antes del siglo IX para los grandes príncipes, antes del siglo X para los señores de menos rango, y, en Francia, antes del siglo XI para los simples caballeros. De hecho, los textos que utilizamos no se preocupan por describir toda la parentela, sino solamente la parte que posee el patrimonio. Esta conciencia familiar es una conciencia de herederos.

Sin embargo, entre algunos de estos escritos que son anteriores a la primera década del siglo XII y los otros, existe una diferencia notable sobre la cual quisiera decir, para terminar, algunas palabras. Los primeros textos son muy lacónicos, poco desarrollados, aun cuando no sean simples catálogos como el relato de Foulques Réchin. Se basan, pues, en la memoria. Foulques se explica: se apoya en sus propios recuerdos y en los que conserva de su tío Godofredo Martel; no parece haber utilizado los cuadros compuestos anteriormente en el monasterio de Saint-Aubin; confiesa no saber nada de los primeros condes de Anjou; ignora incluso dónde se encuentra su sepultura. Por el contrario, las genealogías del siglo XII se desarrollan en todas direcciones, enriquecidas por nuevos agregados, incluyendo los nombres de los hijos segundones, de las hijas, de antepasados que no habían sido mencionados hasta entonces, desarrollando filiaciones parale-

las… El árbol cuyo perfil dibujan despliega más ampliamente sus ramas y hunde más profundamente sus raíces. Tanto la historia cultural como la historia política y social deben preocuparse por observar de cerca esta ampliación. Haré, al respecto, tres observaciones.

1. En primer lugar, este fenómeno testimonia un progreso de las técnicas literarias, un acrecentamiento de los recursos intelectuales. Las primeras genealogías habían sido elaboradas en los monasterios privados, integrados en el patrimonio de las grandes familias principescas. Un papel fundamental desempeñaron entonces Saint-Bertin y Saint Aubin de Angers, cuyo abadiato pertenecía a los condes de Flandes y de Anjou, respectivamente, y que ocupaban en aquellos principados el mismo lugar que ocuparon sucesivamente Fleury y Saint-Denis en el principado capeto. En las abadías que se usaban como necrópolis se observa la íntima unión entre los primeros cuadros genealógicos y los epitafios de los señores difuntos; sabemos por Raúl Glaber que a comienzos del siglo XI su composición desempeñaba en actividad literaria un papel muy importante[7]. En el siglo XII se encuentran todavía monjes entre los autores a los que me refiero; pero de allí en adelante se tratará de clérigos y de clérigos domésticos, como Tomás de Loches, quien fue capellán de Foulques el Joven, y como el clérigo Lamberto, dependiente de la casa de los señores de Ardres. Por una transferencia que se inscribe en el movimiento general de laicización de la cultura, la corte del príncipe llega a ser el taller principal de esta literatura; se utilizan algunos de sus recursos, como el depósito de archivos y —lo sabemos por los condes de Guines hacia fines del siglo XII— la biblioteca. Los redactores que allí trabajan son educados y formados en el oficio de la escritura: algunos están muy enterados del derecho familiar, como lo testimonia el árbol explicativo de los diversos grados de parentesco que ilustran los folios 126-127 del manuscrito del *Liber Floridus* de Lamberto de Saint-Omer

conservado en la Biblioteca Nacional de París. Al escribir por encargo manifiestan una nueva actitud frente a la tarea que deben cumplir. No se trata sólo de relatar un recuerdo, sino de construir verdaderamente una historia; partiendo de la biografía de sus señores, se esfuerzan por construir también una *vita* de cada uno de los personajes que aparecen en el linaje que describen. Con tal fin, reúnen una documentación, se apoyan en textos. A través de su arte, la memoria se precisa, se vuelve más consistente, se prolonga. A lo largo de sus obras se puede seguir el enriquecimiento progresivo de la técnica y de la conciencia históricas y descubrir, en el siglo XII, un momento capital de la historia de la historia.

2. Literatura de corte, cada vez más laicizada con relación a sus orígenes litúrgicos y monásticos, la literatura genealógica se encuentra estrechamente ligada al desarrollo paralelo de una literatura de entretenimiento, compuesta en el mismo ambiente, en aquel grupo caballeresco donde —como he demostrado en otra parte— los «jóvenes», los corredores de aventuras, desempeñan entonces un papel cultural de primera importancia. Convendría precisar aquí las relaciones que mantienen los escritos genealógicos del siglo XII con las leyendas épicas. Los autores de genealogías no utilizan solamente textos, sino también las historias que circulan alrededor del señor. Este es el caso de Tomás de Loches, que introduce en la Gesta de los condes de Anjou los relatos legendarios que rodeaban el recuerdo de Godofredo Grisegonelle. En cuanto a Lamberto de Ardres, confiesa haber aprovechado las historias que relataban para distraer al heredero de los condes de Guines tres de sus amigos, tres «jóvenes» como él, especialmente dotados para el relato de entretenimiento. Esta apertura a la leyenda y a lo imaginario es muy importante desde dos puntos de vista. En primer lugar, explica el lugar reservado a los héroes en las nuevas genealogías, que adquieren desde entonces el aspecto de una galería de tipos ejemplares, modelos de virtud. He señala-

do ya que en el fondo la genealogía relata la transmisión de un título, de un patrimonio. Pero después de 1110 adquiere subsidiariamente otro carácter cuando, bajo la influencia de los relatos épicos y por las inclusiones biográficas más consisten tes, tiende a transformarse en un conjunto de elogios individuales. Los antepasados adquieren de esta manera otra apariencia en la conciencia de sus descendientes. No transmiten solamente los cimientos del poder político, sino también una herencia de gloria, un «honor» —usemos esta vez el término en sentido moderno —, del cual los herederos deben mostrarse dignos. Al devenir ejemplar, esta literatura se inserta perfectamente en el clima de competencia permanente en el que viven los jóvenes alrededor del príncipe y colabora en la construcción de su moral particular. El estudio de este género de escritos puede aportar una útil contribución a la historia de la ética caballeresca, a la formación de una conciencia de clase, cuyo papel en la evolución de la noción de nobleza en aquella época es fundamental.

3. La intervención de las leyendas, la contaminación que sufren entonces los textos genealógicos por influencia de las obras de entretenimiento y de evasión en lo imaginario, son el origen de la modificación más notoria que sufren las genealogías en el siglo XII: la invención de antepasados míticos.

He dicho ya que los autores de aquella época se esfuerzan por remontar en el pasado la raíz de los linajes. La primera genealogía flamenca se remontaba hasta Balduino I, es decir, exactamente hasta el último tercio del siglo IX, hasta un personaje que tal vez no era el primero del linaje en poseer el honor condal, pero el primero cuya existencia puede ser constatada por la documentación actual. Redactada después de 1110, la *genealogía bertiniana* prolonga aquella lista en tres generaciones y atribuye a Balduino I tres ante pasados de los cuales la erudición no puede encontrar ningún indicio. De la misma manera, en Anjou las genealogías del siglo XII se sumergen dos generaciones más atrás en el pasado

que las primeras series condales, sobre datos inverificables. La nueva preocupación por hacer retroceder el recuerdo ancestral hasta el corazón de la época carolingia, es decir, hasta el momento privilegiado descrito por los cantares de gesta, por traspasar el umbral cronológico donde se detenía antes la memoria de la parentela y que hoy en día representa aún un obstáculo infranqueable para las investigaciones eruditas, incitó aparentemente a los historiadores domésticos a aventurarse en el mito. Este hecho ha sido muy bien subrayado por K.F. Werner. El contenido de la *Historia des comtes de Guines* aporta sobre este aspecto un testimonio de fundamental valor. Lamberto de Ardres, al llegar en sus investigaciones al año 928, coloca en aquel sitio como *auctor Ghisnensis nobilitatis et generis* a un personaje extrañamente similar a los héroes de la joven literatura novelesca, a un aventurero, un tiro, un «joven» explorador, como lo eran, en la época en que escribía Lamberto, los caballeros errantes compañeros del heredero del conde; joven de origen noble, pero pobre y extranjero. Seduce a la hija del conde de Flandes y el niño que nace de esta unión recibe más tarde la investidura del condado de Guines, lo cual legitima de hecho la feliz aventura matrimonial de su padre. Así se encuentran transpuestos en lo que quiere ser una historia los temas de los relatos de entretenimiento, tal como se desarrollaban entonces en la sociedad cortés, y esta realidad social del siglo XII a veces concretamente vivida y sobre todo permanentemente soñada por los jóvenes de la aristocracia de aquellas regiones: la aventura, la vida errante, la persecución de una rica heredera, la búsqueda de un matrimonio fructífero que asegurara la conquista de una posición y de un patrimonio en el que arraigar un nuevo linaje; en resumen, uniones beneficiosas que ocupaban desde tiempo atrás un importante lugar en las genealogías reales. Esta transformación de la literatura genealógica en el curso del siglo XII es altamente significativa de las actitudes mentales que se establecieron entonces y que poco a poco se fortificaron. Sería

de gran interés comparar el testimonio que ofrece esta literatura con el de las canciones de gesta y las novelas que fueron compuestas en la misma época y en la misma región de la Francia del norte y del oeste, así como con la historia de los torneos y con la de la ceremonia caballeresca que están por realizarse.

Vulgarización progresiva de un modelo real, el del linaje, por el cual se efectúa el tránsito de la nobleza fluida de los siglos IX y X al de la nobleza asentada de la época feudal; consolidación de la conciencia familiar que estaba al comienzo ligada a la herencia de un título y de un patrimonio, pero que poco a poco se volvió más atenta al valor moral de los antepasados y al comportamiento ejemplar que proponían: es éste, a mi parecer, el aporte principal de este género de fuentes para una historia social interesada en no apoyarse únicamente en la historia económica sino también en la de las estructuras políticas y en la de la cultura.

10. LA VULGARIZACION DE LOS MODELOS CULTURALES EN LA SOCIEDAD FEUDAL[*]

Me limitaré en el curso de esta breve intervención a exponer algunas consideraciones de método y a proponer como tema de discusión el esbozo de una problemática. En efecto, se conoce tan poco acerca de las actitudes mentales de la época medieval que, a mi parecer, sería temerario aventurarse hoy más en esta dirección. Partiré de una idea muy banal, de la simple constatación de un hecho evidente: la tendencia de las formas culturales construidas para las categorías superiores de la sociedad a vulgarizarse, a expandirse desde sus alturas, a descender de grado en grado hacia estratos cada vez más difusos. Si consideramos el término cultura en su sentido más estricto y nos atenemos, para empezar, al dominio de las creaciones literarias o artísticas, al de los conocimientos, las creencias y las actitudes religiosas, es muy fácil discernir aquel fenómeno de vulgarización. Por esta razón me limitaré a presentar dos ejemplos que conciernen al siglo XIV europeo, dos ejemplos coincidentes, dos ejemplos paralelos.

Cualquiera sabe que en el siglo XIV, al menos en las ciudades, debido a la acción propagandística de las órdenes mendicantes, el cristianismo comenzó a transformarse en una religión popular —cosa que había dejado de ser desde hacía siglos—; gracias al sermón en lengua vulgar, al teatro, a las *sacre rappresentazioni*, al canto de los laudes, se fueron revelando poco a poco al pueblo laico un cierto número de preceptos evangélicos y una imagen de Cristo hasta ese momento inaccesibles. Pero no se trató solamente de la gran difusión, fuera del estrecho círculo de la Iglesia, de algunos textos o de algunas representaciones mentales. Aque-

lla época vio introducirse, en las capas profundas de las sociedades urbanas, actitudes piadosas que durante siglos habían sido el patrimonio de un pequeño número de eclesiásticos, monjes y canónigos: me refiero a la práctica del canto colectivo, a la meditación solitaria y, para algunos laicos al menos, de la lectura regular del Libro de Horas. Paralelamente, durante el siglo XIV, se observa cómo en el mundo laico algunos hombres, o mejor dicho, algunos grupos, grupos familiares y cofradías, situados en niveles cada vez más bajos de la jerarquía de fortunas y poderes, se apropian del uso de formas artísticas que en otro tiempo habían sido creadas para unas élites extremadamente restringidas. En la Alta Edad Media sólo los reyes tenían una capilla, hacían adornar sus tumbas y poseían reliquias; hacia fines del siglo XIV, cantidad de familias burguesas poseen un altar privado, mantienen capellanes, tienen una sepultura y encargan a los artistas la decoración de un retablo o la construcción de efigies funerarias. Se montan reliquias en joyas para hombres de la mediana nobleza. El procedimiento xilográfico permite la expansión en capas sociales más amplias del restringido gran arte aristocrático. Y, curiosamente, el diseño arquitectónico que encuadra aquellas imágenes hace de unos objetos de arte muy vulgares como son los grabados en madera un simulacro de capillas para uso de los pobres. Todos estos hechos son muy evidentes: no insistiré más en ellos, pues su estudio es relativamente cómodo. Pero me apoyo en estas consideraciones preliminares para proponer tres categorías de problemas.

La primera puede formularse mediante un sencillo interrogante: ¿fue acaso tan simple el movimiento de vulgarización? ¿Dicho proceso descendiente no estuvo acompañado de un retorno? Para decirlo de otra manera, ¿en qué medida, en los tiempos medievales, la cultura aristocrática (y empleo siempre el término cultura en sentido estricto) adoptó valores y formas provenientes de los escalones más bajos del edificio social? Aquí la ob-

servación es infinitamente más difícil, ya que, por una parte, los mecanismos de creación en la época medieval son difíciles de captar y, por otra parte y sobre todo, si le es posible al historiador de la Edad Media descubrir algunos rasgos de la cultura aristocrática al estar encarnados y expresados en formas que han perdurado hasta hoy, está condenado a ignorar casi todo de la cultura popular y a no poder probar siquiera su existencia. A mi entender, solamente tres hechos aparecen con claridad.

1. En el desarrollo del cristianismo medieval, cuando cultura y propaganda se confunden, y esto es lo que ocurre con el desarrollo del cristianismo medieval, donde se trata de convertir y de educar para convertir, es evidente que los centros de creación cultural situados en los niveles superiores del edificio social, en los focos de vanguardia del cuerpo eclesiástico, pero que trabajan conscientemente para uso del pueblo, acogieron las tendencias difusas, los esquemas, las imágenes difundidas en los niveles de cultura inferior, con el fin de domesticarlas, incorporarlas a sus construcciones de propaganda, para que ésta, revestida de rasgos más familiares, pudiera penetrar menos dificultosamente en las masas. Acogida en consecuencia de lo que se denomina folklore —y que el historiador no conoce más que por esta acogida. El fenómeno se produjo tanto en la época merovingia como en los siglos XIII y XIV, cuando dominicos y franciscanos se dedicaron a devolver la imagen de un Cristo vivo a la población de las ciudades.

2. Pero la cultura aristocrática acoge igualmente el folklore, de una manera natural y permanente, debido a su inclinación al «populismo», inclinación muy visible, por ejemplo, en los medios principescos del siglo XV, ávidos de literatura pastoril, de diversiones campestres, que tomaron, según parece, ciertos elementos de la decoración de sus residencias y ciertos elementos de su música de corte de las «melodías populares», es decir, de las formas antaño creadas para unos círculos muy aristocráticos,

sagrados o profanos, simplificados luego, decantados, devenidos falsamente ingenuos en el curso del largo movimiento de vulgarización que los había hecho adoptar por estratos sociales inferiores.

3. Y esto me conduce a considerar un tercer hecho: mientras que descienden poco a poco de nivel en el interior del cuerpo social, los elementos de la cultura aristocrática experimentan transformaciones que se traducen de manera general, en el plano de las formas y de los medios de expresión, por una simplificación, por una esquematización progresiva, y en cuanto al contenido, por una disolución progresiva de los marcos lógicos y por la invasión de la afectividad. Tales modificaciones han marcado, por ejemplo, el arte religioso y las actitudes de piedad en el siglo XIV, al popularizarse el cristianismo. Parece entonces haberse producido —y éste es en mi opinión el hecho más importante— una especie de marcha atrás, un cambio correlativo en los datos culturales de los más altos niveles sociales. El cristianismo de la alta Iglesia y de las cortes principescas del siglo XIV se enriqueció indudablemente gracias a los valores de la sensibilidad provenientes del acervo popular, que comenzaron a expresarse a medida que las creaciones del arte y las actitudes de devoción penetraban más profundamente en el interior del pueblo. En consecuencia, se trataría —y este podía ser un primer campo de investigación — de observar cómo el juego de la vulgarización de los modelos aristocráticos, que constituye el movimiento esencial, el motor determinante de la historia cultural, establece de hecho una doble comunicación con los acervos culturales de los diferentes niveles de la sociedad.

Pero el conjunto de problemas se amplía cuando consideramos el término cultura en un sentido más estricto. En seguida se percibe que el movimiento de vulgarización actúa sobre un conjunto mucho más amplio que afecta no solamente las creencias, los conocimientos, las actitudes religiosas, sino también las mo-

das, las representaciones sociales, la manera en la cual la sociedad se concibe a sí misma, alcanzando a los comportamientos individuales, a los valores éticos, en síntesis, a todo un estilo de vida. Se percibe igualmente que el fenómeno de vulgarización reviste un doble aspecto: recepción, imitación por los estratos sociales inferiores de modelos y actitudes propuestos por las élites y, en sentido inverso, adopción por las mismas élites de algunos valores provenientes de los niveles menos elevados. Me gustaría mostrar ahora este proceso analizando la cultura, en el sentido más amplio de este término (en el sentido que le dan hoy los etnólogos), de la aristocracia francesa de los siglos XI y XII.

Estamos en presencia de un grupo social que la formación progresiva de actitudes, de reglas jurídicas y de convenciones, de una moral, en una palabra, de una cultura común ha hecho cada vez más coherente, más homogéneo, aunque estuviera primitivamente constituido por una cantidad de capas superpuestas, aunque reuniera en su seno tipos sociales muy diversos, tan diferentes, por ejemplo, como un duque de Normandía, los caballeros que he observado en Mâconnais o todos aquellos soldados aventureros, todos aquellos caballeros domésticos salidos en parte del ministerialismo, tan numerosos alrededor de las familias nobles en el noroeste de Francia. Esta cultura común se forjó esencialmente por la extensión a todos los miembros de un grupo —grupo que las transformaciones de las estructuras políticas, la implantación de lo que llamamos el feudalismo hacia el año mil, habían delimitado estrictamente y cuyos contornos estaban ya fijados— de costumbres que, en el comienzo, no eran compartidas más que por una pequeña élite, por la capa superior de esta clase, por las viejas castas nobiliarias.

Me referiré a dos aspectos de lo que se considera, en el interior de la aristocracia feudal, un movimiento de vulgarización cultural; aislaré ante todo una de las actitudes mentales que está sin duda en el corazón de la cultura aristocrática. Me refiero al senti-

miento dinástico, a la veneración por los antepasados, al sentido del linaje, a un conjunto de representaciones mentales que constituyen verdaderamente el sostén de la noción de *nobilitas*. En un coloquio recientemente realizado en Varsovia expuse los resultados de mis investigaciones más recientes. Creo discernir que la organización de la familia aristocrática en linaje, en casta, en casa, en genealogía fundada sobre una filiación estrictamente agnaticia, estrictamente patrilineal —y todo lo que está vinculado con esta concepción, es decir, las costumbres matrimoniales, la noción de primogenitura, la adopción de sobrenombres patronímicos, de signos heráldicos, etc.— es en verdad más reciente de lo que se supone: constituyó de hecho una nueva estructura que poco a poco se instaló en la aristocracia, llegando a ser su soporte principal. Pero agregaré que la instalación de nuevas estructuras de parentesco se operó progresivamente, por un movimiento orientado de arriba abajo, es decir, por un movimiento de vulgarización. En efecto, las nuevas formas de relaciones familiares son visibles en Francia, al nivel de la más alta aristocracia, en el caso de los príncipes territoriales y de las familias condales, hacia mediados del siglo X; aparecen al nivel de las familias de castellanos hacia el año mil y se expanden por último al nivel de los simples caballeras hacia 1050. Vulgarización en consecuencia. Pero también vulgarización, más lenta, de ciertos atributos que originariamente estaban reservados a los miembros de la nobleza, a la más elevada aristocracia. Pienso en la torre, considerada como símbolo de poder, de soberanía, de dominación militar y judicial. Al comienzo la torre fue un monopolio real, detentado sólo por el soberano y sus agentes, los condes, sus servidores, los obispos. Hacia el año mil se transforma en una posesión más común, cae en manos de algunos linajes privados, pero aún en número reducido. Finalmente, en el transcurso del siglo XII, se observa que las torres son cada vez más numerosas; algunas pasan a la posesión de las ramas laterales de los grandes linajes dominan-

tes; alrededor de 1200, simples caballeros comienzan a erigir también sus torrecillas, a construir fosos alrededor de sus residencias, a hacer de su residencia rural, cuna de su linaje, una «mansión fortificada», es decir, la réplica reducida de las grandes fortalezas principescas. También, y al mismo ritmo, se vulgarizaron la explotación del poderío señorial, el empleo del sello, el uso de un título, *dominus, messire*. Dicho título estaba hacia el año mil estrictamente reservado a los poseedores de castillos, únicos detentadores del poder verdadero; hacia 1200 llegó a calificar a todos los caballeros y sirvió para distinguirlos de otros. Hacia fines del siglo XII se podría definir a la aristocracia en Francia como el conjunto de los hombres que compartían prerrogativas, títulos y costumbres que hacia el año mil eran el privilegio de algunas familias, el privilegio de los *proceres*, de los *optimates* y que sin duda, aún dos siglos antes, eran sólo el privilegio de una única familia, la familia real.

Sin embargo, cuando se analiza la cultura de la aristocracia feudal, se debe reconocer que uno de sus ejes principales estuvo también determinado por un movimiento progresivo orientado en sentido inverso, que partió ya no de la cúspide del estrato social aristocrático sino, por el contrario, de abajo. En verdad, la cultura aristocrática, la cultura de la aristocracia feudal se ordenó alrededor de dos nociones fundamentales: la noción de nobleza, que se expandió desde el nivel superior, desde la pequeña élite de los *nobiles* del año mil y, por otro lado, la noción de caballería, que emanó indudablemente de las capas menos elevadas de la aristocracia. En efecto, a comienzos del siglo XI, *miles* era un título que sólo ostentaban los aventureros o los señores de fortuna mediana que gravitaban alrededor de los castillos y de los señores de los principados; en aquella época *militare* no significaba solamente combatir, sino también servir. No obstante, el empleo de este título —y al mismo tiempo el reconocimiento de los valores que implicaba, valores relativos al coraje, a la competencia mili-

tar, a la lealtad, destinados a tener tanta importancia y por tanto tiempo en la ética aristocrática—, se extiende, se remonta, penetra en niveles sociales cada vez más elevados. En 1200 la evolución está consumada; en ese momento los más grandes príncipes y los mismos reyes se jactan de ser caballeros; la ceremonia de ser armados marca una de las etapas primordiales de su existencia. Podría darse, pues, de la aristocracia en Francia en aquella época, hacia fines del siglo XII, una definición tan justa como la que he propuesto hace un momento: como el conjunto de los hombres que comparten las virtudes, las capacidades y los deberes específicos de los *milites* del año mil, es decir, de los audaces jóvenes, algunos de los cuales provenían de muy abajo, que constituían la familia, la domesticidad, el cortejo de los grandes. Se trataría entonces —y éste podría ser un segundo campo de investigación— de reconocer cuáles son los movimientos que intervienen en la formación de los modelos culturales y de analizar si éstos no provienen frecuentemente de los dos extremos de un mismo estrato social, como en el caso que muy sumariamente acabo de mostrar. Interrogante muy importante, ya que conduce sin duda a una mejor comprensión, en el terreno de las representaciones mentales y de la psicología colectiva, de los mecanismos que conducen poco a poco a la formación de lo que osamos denominar una clase.

Para terminar, quisiera precisamente dedicar mis últimos interrogantes a esta noción de modelo cultural que considero de gran importancia como cimiento, como factor de coherencia de ciertos grupos y de su aislamiento en relación a otros. Estos modelos concretos de comportamiento, estos tipos ejemplares de realización humana han sido en principio propuestos a los miembros de cierto estrato social, pero muy pronto a los grupos que este estrato subordinaba. La fascinación que ejercieron fue el motor más poderoso de los movimientos de vulgarización de los que he hablado. En la sociedad del Occidente feudal, los mode-

los son numéricamente muy restringidos. Sólo dos de ellos son claramente perceptibles, están bien definidos y son además estrictamente opuestos; uno se refiere al aspecto sacro, el otro al profano de la cultura aristocrática. Tanto uno como el otro representan, a mi juicio, las dos caras de un ejemplar único y sin duda primitivo: el modelo real, suponiendo que la cultura de la Edad Media central culminara en la figura del soberano, imagen de Dios, suponiendo que la fuente inicial de todo el proceso de vulgarización se encuentre, como creo, en la fascinación ejercida por el ejemplo real. Estos dos modelos son, por un lado, el del hombre de guerra, el caballero —sobre el cual no me extenderé —, y por otro, el del sacerdote, el del clérigo. A propósito de este último convendría para conocerlo mejor —y esta podría ser una de las vías de nuestra problemática— saber cómo, en el transcurso del siglo XI, el modelo clerical se aproximó progresivamente a un modelo diferente, a un modelo superior en la jerarquía moral, más prestigioso, más avanzado en la perfección espiritual, es decir, el modelo monástico; es también necesario analizar cómo, después de 1100, todo el rechazo, el repliegue, voluntario o no, de la institución monástica, dejó rápidamente solo en un primer plano al tipo del clérigo, es decir, del especialista tanto en el ejercicio de la inteligencia como de la plegaria.

Se podrían analizar atentamente los componentes de estos dos modelos. Pero surgen otros interrogantes, que afectan a su poder de seducción. A este propósito me limitaré a considerar dos aspectos del problema, pues en realidad el programa de la investigación está todo por hacer. El primero que me parece muy importante es el de la solidez, la permanencia de estos dos modelos, perfectamente definidos en Francia hacia 1130 y que de allí en adelante no se modifican, al menos durante dos siglos y medio. De esta estabilidad voy a dar un ejemplo tomado de las investigaciones de uno de mis discípulos, Jacques Paul. Este acaba de estudiar el vocabulario, las palabras y los diversos campos semánti-

cos que utilizó hacia 1260 el franciscano Salimbene para hacer el elogio de los hombres que había conocido. En este abanico de calificativos no hay ninguno que denote la menor influencia de la espiritualidad franciscana ni la menor aptitud para escapar de los dos modelos socioculturales por parte de un hombre que, sin embargo, sabía observar los paisajes con la mayor atención y describirlos de manera absolutamente personal. Para él, todos los laicos estimables que ha encontrado son a la vez «buenos» y «nobles», dos palabras perfectamente asociadas. Son *docti ad proelium*, son corteses, espléndidos, ricos (la pobreza es todavía para este franciscano un defecto), son aptos para componer canciones; en realidad el elogio se refiere exactamente al ejemplar caballeresco. Por otro lado, todos los hombres de Iglesia estimables son a la vez santos y letrados; los personajes que alaba concuerdan, pues, exactamente con el ejemplar clerical. Una investigación bien hecha de los testimonios literarios, así como de los testimonios iconográficos de la última Edad Media, permitiría precisar en qué momento y bajo qué influencias aquellos modelos comenzaron a disgregarse.

En cuanto al origen de estos modelos, en cuanto a los lugares donde se originaron y a partir de los cuales poco a poco se expandieron, creo que, por lo menos, al comienzo, la atención podría concentrarse en el medio social que me parece fue el punto de cristalización de estas representaciones colectivas: las cortes principescas. Alrededor del príncipe y viviendo de sus dones, se reunieron los representan tes de las élites, de las dos élites de la sociedad, de la laica y de la religiosa. En el seno de esta concentración que constituía la corte, ¿el dinamismo no provino de los «jóvenes», de los *juvenes*? He señalado en otra parte (cfr. *supra* capítulo 6) la importancia en la sociedad feudal de este grupo de jóvenes ya preparados para cumplir su misión militar o religiosa, ya educados, ya iniciados, ya pasados por el ceremonial que los introducía en la sociedad de los adultos, pero todavía sin estable-

cerse en una residencia, ni en una plaza de canónigo, a la búsqueda de fortuna. En el capítulo 6 he hecho tan sólo alusión a los jóvenes de la caballería. Pero estoy persuadido de que, entre los clérigos, se podrían encontrar comportamientos, actitudes y frustraciones semejantes. En aquel grupo clerical y caballeresco a la vez, que reunía a los jóvenes en torno al príncipe, se sitúa, pienso, el centro de la emulación, de la rivalidad (la noción de valor, de premio obtenido en la justa, militar o bien oratoria, es aquí fundamental), de una permanente competencia referidas a los tipos de perfección, cuyos caracteres contribuyó a fijar esa misma emulación y a imponerlos a todos. La corte en su sector más juvenil me parece ser verdaderamente el lugar donde se forjaron los modelos y donde se crearon las figuras ejemplares del caballero perfecto y del clérigo perfecto. En las justas que oponían a los jóvenes clérigos y a los caballeros, se marcaban y se fijaban las disparidades entre estos dos modelos. Recordemos solamente uno de los ternas principales de los juegos celebrados en las habitaciones de las damas: ¿quién es el mejor amante, el clérigo o el caballero? Pero igualmente, en el seno de esta concentración y en el contacto permanente entre clérigos y caballeros se operaron poco a poco los encuentros entre los dos tipos ejemplares; fue en el seno de las cortes principescas donde, por un lado, la santidad adquirió en el curso del siglo XI poco a poco un matiz de heroísmo y donde más tarde, en el curso del siglo XII, el caballero se inclinó poco a poco a transformarse también él en un *litteratus*. En consecuencia, lugar de creación pero seguramente también lugar de difusión, la corte principesca era la encrucijada de todos los caminos y tuvo como función propagar aquellos modelos propiamente cortesanos hasta los límites más extremos de la sociedad aristocrática, para extenderlos luego, por último, de una manera muy amplia, hacia abajo, entre todos los hombres que no eran nobles pero que estaban fascinados por el esplendor de la corte. El príncipe, es decir, el rey, cerca de él el clérigo y el

caballero; abajo la masa que admira aquellos modelos de perfección humana: tal es el esquema más simple de la sociedad feudal. Tal es también el marco de los movimientos de vulgarización, de los complejos fenómenos de imitación, de intercambios a todos los niveles que podemos llamar, a falta de otra palabra, cultura.

11. LOS ORIGENES DE LA CABALLERIA[*]

En el siglo XIII, la caballería constituyó en el conjunto de Occidente un cuerpo muy bien delimitado y realmente establecido en el centro del edificio social. Se apropió de la superioridad y excelencia ligadas hasta entonces a la noción de nobleza. Se encarnaron en ella los valores dominantes de una cultura. ¿Cómo se forjaron los modelos, las imágenes, las representaciones mentales que otorgaron a este cuerpo su armazón y que lo instalaron en tal eminente posición? ¿Cómo alcanzó tal coherencia, cómo encontró sus límites? ¿Cómo finalmente la idea de nobleza vino a coincidir con la idea de caballería? No es aún posible, en la actualidad, dar respuestas plenamente satisfactorias a estos interrogantes, que tocan algunos de los problemas más profundos y más arduos que plantea la historia de la sociedad medieval. Pero al menos, se pueden aventurar algunas reflexiones al respecto, algunas sugerencias preliminares, algunas hipótesis de investigación; nos apoyamos en particular en algunas investigaciones recientemente realizadas a propósito de la noción de nobleza y de la noción de pobreza. Haré entonces algunas observaciones referidas casi todas a Francia, ya que mi experiencia personal de estos problemas se basa en el estudio de documentos franceses, pero también porque la lenta evolución que está aquí en cuestión fue aparentemente más precoz en Francia que en otros sitios.

Ya que se trata de delimitar y de caracterizar cierto grupo social, de reconocer cómo se pudo insertar en otras categorías de la sociedad y de definir, a fin de cuentas, la imagen que los hombres

de la época adquirieron progresivamente de su situación y de sus atributos, me parece un buen método empezar con el estudio del vocabulario. En el siglo XIII, una palabra latina, *miles*, era uniformemente empleada para expresar la pertenencia a aquel grupo coherente que era entonces la caballería. ¿En qué momento, de qué manera este término comenzó a usarse? No veo, desde mi perspectiva, una mejor manera de abordar el problema que la señalada, con la condición de delimitar desde el comienzo la investigación a un cierto lenguaje —el de los diplomas, cartas y reseñas—, que es el más revelador, porque es más técnico, más estricto que el de las obras literarias y porque se muestra por naturaleza proclive a definir las situaciones jurídicas, a caracterizarlas, a distinguirlas de otras. Sin duda, este vocabulario está muy ritualizado, congelado y fue muy rebelde a las innovaciones. No se debe olvidar jamás el retraso, a menudo muy marcado, con que comienza dicho lenguaje a reflejar las modificaciones concretas en la condición de las personas. El momento en el cual se adopta un título particular para designar especialmente a los miembros de una nueva categoría social es aquel, sin lugar a dudas, en que la existencia de aquel grupo es unánimemente reconocida, consagrada, admitida totalmente por la conciencia colectiva y transmitida como estructura estable a las generaciones posteriores.

1. Para precisar la aparición y difusión de la palabra *miles* en este vocabulario especializado, me apoyaré en los resultados de investigaciones que yo mismo he realizado hace ya veinte años en los documentos de la región de Mâconnais y especialmente en los cartularios de la abadía de Cluny. En efecto, este material es para los años claves de aquella historia (los años próximos al año mil) de una excepcional densidad. Que yo sepa, ninguna investigación sobre el vocabulario empleado para designar a la aristocracia ha podido ir más lejos y mis conclusiones han sufrido con éxito la prueba de la crítica. Me contentaré con resumir breve-

mente los hechos que he podido establecer y que están publicados en mi libro sobre la sociedad en la región de Mâconnais[1].

a) Es exactamente en el año 971[2] cuando la palabra *miles* aparece en las actas que se han conservado. En algunas de ellas, en las reseñas que relatan un acuerdo ante una asamblea judicial, en las concesiones de bienes en precaria, en las actas de intercambios, se observa desde entonces que aquel término sustituyó progresivamente a los calificativos que con anterioridad insistían en la subordinación vasallática, como *vassus* o *fidelis*, o, como *nobilis*, en la nobleza de nacimiento. En 1032 la transferencia ha concluido: el vocablo caballeresco ha reemplazado a las otras formas verbales que expresaban la superioridad social. De allí en adelante lo encontramos empleado de dos maneras: ya sea individualmente como título personal que los hombres ostentan en el protocolo inicial o final de las cartas; ya sea colectivamente para expresar la condición particular de ciertos miembros de una corte de justicia o de ciertos testigos. No obstante, todavía durante mucho tiempo, la palabra *miles* siguió siendo de un uso excepcional y muy irregular.

b) Un nuevo cambio se produce hacia 1075. El empleo del mencionado título —que desde hacía un tiempo estaba incorporado mucho más íntimamente al nombre de los individuos que adornaba, insertándose entre su *nomen* y su *cognomen*[3] se expandió bruscamente. Los escribas se acostumbraron a aplicarlo sistemáticamente a todos los hombres que ocupaban cierta posición. En el cartulario del monasterio de Paray-le-Monial, realizado entre 1080 y 1109, se puede verificar que todos los personajes que no llevan tal título pertenecen a capas sociales netamente distintas de la aristocracia laica.

c) Finalmente, en los últimos años del siglo XI, las fórmulas de las cartas revelan tres modificaciones coincidentes. Por un lado, los más altos señores de la región, como el de Beaujeu, en las cartas que hacen redactar en su nombre comienzan a ostentar per-

sonalmente el calificativo caballeresco[4]; por otra parte, éste parece de aquí en adelante definir, en ciertas locuciones, menos la situación de un individuo que la de todo un grupo familiar[5], lo cual implica que la distinción social que este título manifiesta es desde entonces considerada como el bien de un linaje, en el que se transmite de generación en generación; por último, cuando establecen las listas de testigos, los escribas, a partir de este momento, oponen dos grupos de laicos: el de los caballeros, los *milites*, y el de los «campesinos», los *rustici*[6]. Estas nuevas acepciones de la palabra *miles* nos hacen pensar que, en la región de Mâconnais, el movimiento que se inicia antes de 980 llega a su término a fines del siglo XI. En efecto, después de esta fecha, el lenguaje de las actas jurídicas considera a la caballería como un grupo coherente, compacto, estrechamente unido alrededor de una condición familiar hereditaria, como un cuerpo vinculado a los grados superiores de la nobleza y, en consecuencia, identificado absolutamente con la aristocracia laica.

2. Actualmente es posible confrontar estas consideraciones, que conciernen a una pequeña provincia de la Francia central, con otras observaciones que son también locales y que parecen menos sólidas y menos claras por la pobreza del material documental en el que se apoyan.

a) Me referiré en primer lugar a los resultados de algunas indagaciones realizadas en las fuentes, muy escasas, de la Provenza. Aquí la palabra *miles*, que posee un equivalente, *cavallarius*, parece haber sido adoptada por los redactores de cartas después de 1025, sensiblemente más tarde que en Mâconnais. Pero, por el contrario, dos fenómenos se manifiestan más precoces: la oposición formal, en las listas de testigos, entre caballeros y campesinos (el primer ejemplo conocido es de 1035)[7] y la adopción del calificativo caballeresco para los mas grandes señores; en 1035, en el preambulo de una reseña del cartulario de Lérins, la madre de dos «príncipes» de Antibes dice que uno de ellos es obispo y el

otro caballero[8]. A. Lewis, a partir de 975, también observa, al oeste del Ródano, que las menciones de caballeros se multiplican en los documentos y que después de 1020 los castellanos ostentan el título caballeresco[9].

b) En la Isla de Francia, las investigaciones minuciosas realizadas por J. F. Lemarignier sobre los diplomas de los primeros capetas muestran que la palabra *miles* entró en uso en 1022-1023, es decir, en el momento en que aparecen los primeros indicios que prueban la existencia de castellanías independientes; a partir de 1060 los castellanos adoptan tal título[10].

c) Por último, me permitiré relacionar estas observaciones dispersas con los resultados de investigaciones que realizo actualmente sobre las estructuras familiares de la aristocracia y sobre los escritos genealógicos de la Francia del norte. De allí he extraído dos observaciones complementarias: las fuentes muestran que en la reglón de Flandes, en el último tercio del siglo XII, como más tarde, los hijos de los más grandes señores otorgaban un gran valor a la condición de caballero; por otra parte muestran que la familia de un hombre como Lamberto de Wattrelos, autor de los *Annales Cameracenses*, situado en el nivel más modesto de la aristocracia, había comenzado a constituirse en linaje alrededor de la condición caballeresca hacia mediados del siglo XI[11].

Sería importante proseguir las investigaciones y multiplicar los estudios regionales. Se puede esperar mucho, por ejemplo, de las investigaciones que actualmente realizan los discípulos de Philippe Wolff en el sur del reino de Francia, en la región de Toulouse y en Cataluña. Pero, en el estado presente del trabajo histórico, podemos ya percibir la existencia de una evolución que se desarrolla en los niveles superiores de la sociedad laica, o más bien de una modificación progresiva de la imagen que los hombres se hacían en la época de la aristocracia y de su situación jurídica. Es también posible discernir la orientación y amplitud de esta evolución. Sin duda el movimiento duró mucho en cier-

tas regiones: a menudo debemos situar su origen más temprano en los años setenta del siglo X, estando todavía en marcha a comienzos del siglo XII; tal vez fue más brusco en la región más meridional de Francia, donde la institución real se debilitó tempranamente. Pero el segundo tercio del siglo XI es el momento decisivo en todas partes. Este movimiento logró, en todo caso, unir a las diversas capas de la aristocracia mediante el uso común de un título, *miles*, y la participación común en los valores morales y en la superioridad hereditaria que aquel título expresaba, y mezclar así los estratos más elevados, que hasta entonces habían constituido propiamente la nobleza, con los inferiores.

3. Sin dejar de emplear los mismos métodos, desplacemos la observación hacia otras regiones. Si franqueamos hacia el norte y hacia el este las fronteras del reino de Francia, se percibe que el movimiento que se consumó en Mâconnais hacia 1110 no alcanzó sino un siglo más tarde a Lotaringia y las provincias germánicas. En efecto, durante el siglo XII, el vocabulario jurídico continúa distinguiendo claramente, en estas comarcas, una «nobleza», identificada con la verdadera condición libre, y una caballería, considerada como netamente subordinada. Léopold Génicot ha demostrado, por ejemplo, que las fórmulas finales de las cartas de la región de Namur, hacia 1200, distinguen cuidadosamente a los testigos que son *nobiles* de aquellos que no son más que *milites*. Como lo hacen hacia 1225 los escribas del ducado de Gueldre[12], como lo hace Gisleberto de Mons, muy buen observador de las realidades jurídicas, en su crónica de Hainaut[13], y como lo hace también en 1207 una ordenanza de Felipe de Suabia[14]. Otras fuentes que no son jurídicas manifiestan claramente la existencia de una distinción estricta entre nobleza y caballería en las representaciones mentales. En su tratado *De imagine mundi*, Honorius Augustodunensis explica que el género humano fue repartido, después del diluvio, en tres categorías sociales, los *liberi*, hijos de Sem, los *milites*, hijos de Jafet y los *servi*, hijos de Cam[15]. Algu-

nas décadas más tarde esta división fue retomada por aquella crónica alsaciana de 1163, evocada por Karl Bosl[16], en la que se puede leer que Julio César, después de haber conquistado las Galias, estableció a los senadores como *principes* y a los simples ciudadanos romanos como *milites*; desde entonces los caballeros, superiores a los rústicos pero inferiores a los nobles, cooperan en el mantenimiento de la paz.

Esto es lo que nos enseña el estudio del vocabulario. Ahora hay que interpretarlo, es decir, plantear tres interrogantes. ¿Por qué en Francia, a fines del siglo X, la palabra *miles* comenzó a ser preferida entre los escribas a otros términos, para definir una superioridad social? ¿Por qué los valores que encerraba este vocablo se transformaron en los cimientos de lo que es posible llamar una conciencia de clase? Por último, ¿por qué este movimiento fue propio del reino de Francia (la carencia de estudios apropiados no nos permite apreciar bien lo que ocurrió en Italia, en Inglaterra y en los reinos cristianos de España) y por qué las regiones del Imperio que acogieron la noción de caballería no la confundieron en seguida con la noción de nobleza?

1. Para intentar dar respuesta al primero de estos interrogantes, el medio más seguro es retomar la palabra *miles* ahora desde una perspectiva semántica, para buscar cuál era su significación en la época en que fue adoptada por los redactores de cartas y, en la región francesa, preferida a otros términos, como *fidelis*, y como *nobilis* sobre todo, al cual terminó por eclipsar. ¿De qué peso, de qué valores sentimentales estaba cargada a causa de sus usos anteriores? Con tal propósito es conveniente interrogar no solamente a los diplomas y a las reseñas, sino a otro lenguaje, el de las obras literarias, que hasta ahora he dejado voluntariamente de lado para Francia.

a) A fines del siglo X, la palabra *miles* (que no posee femenino, de suerte que cuando suplanta en las cartas al término *nobilis*, el empleo de este adjetivo se mantiene firmemente para caracterizar a las esposas y a las hijas de los caballeros) parece poseer indudablemente una significación militar. Se la utilizaba para designar a los combatientes o, más exactamente, a una cierta categoría de combatientes, a los caballeros. Testimonio de esta acepción es el empleo que hace Richer de esta palabra: en la descripción de los combates, opone *milites* a *pedites* y para expresar la misma realidad social usa indiferentemente dos expresiones, *ordo militaris* y *ordo equestris*[17]. Un testimonio más claro aún es la equivalencia entre las palabras *miles* y *caballarius*[18] en las cartas que provienen del Mediodía de Francia, es decir, de las regiones donde los términos del lenguaje vulgar aparecen más fácilmente en el lenguaje de los escribas, como lo muestran las investigaciones de F. L. Ganshof sobre el vocabulario feudal. En el siglo XI, en Provenza, en Languedoc, en Cerdeña, en Cataluña, el término latino clásico y el término dialectal latinizado son sinónimos. Tal equivalencia expresa con precisión que el único guerrero digno de ese nombre era, a los ojos de los hombres de aquel tiempo, el que utilizaba un caballo. En consecuencia, el éxito de la palabra *miles* debe ser relacionado con la evolución de las instituciones propiamente militares, cuyo estudio ha sido el objeto de nuestro encuentro. Este éxito traduce en verdad la toma de conciencia de tres hechos complementarios: un hecho técnico, la superioridad del caballero en el combate; nn hecho social, la relación entre el género de vida considerado noble y el empleo del caballo, relación aún muy mal estudiada pero ciertamente muy profunda y antigua (sería conveniente que las investigaciones llegaran hasta las tumbas de los caballos vecinas a las de los jefes en la prehistoria germánica y, en la antigüedad clásica, hasta la significación social de la equitación); por último, un hecho institucional, la limitación del servicio de armas a una élite restringida. Sin embar-

go, estos tres hechos, cerca del año mil, eran ya muy antiguos; el tercero, sin duda el más reciente, puede encontrarse ya en textos del siglo IX, como la *Adnuntiatio Karoli* o en el Capitular de Quierzy, que reservaban la obligación de combatir, excepto en el caso de invasión, a los vasallos enfeudados de los príncipes[19]. Hay que hallar, pues, otras razones que expliquen la irrupción del vocablo caballeresco en las cartas del año mil, aparte de los cambios que recientemente habían afectado a los métodos de combate y a la condición de los guerreros.

b) En realidad, inmediatamente se percibe que el sentido propiamente militar de la palabra *miles* no era en el año mil su sentido más profundo. Retomaré al respecto algunas observaciones, algo abandonadas desde los trabajos de Marc Bloch, de P. Guilhiermoz, cuyo *Essai sur l'origine de la noblesse en France au moyen âge* sigue siendo la obra de base para toda investigación de este género, debido especialmente a su aparato crítico, al enorme esfuerzo de erudición sobre la que reposa. Los textos citados por Guilhiermoz incitan a pensar que la palabra *miles* significaba ante todo servir, por su historia más lejana y por los usos que la Edad Media había heredado de la Baja Antigüedad. En efecto, el lenguaje oficial del Bajo Imperio había utilizado este término, sus derivados y todas las expresiones metafóricas que de él provenían, como la imagen del *cingulum militiae*, para designar el servicio público en la casa del Emperador. Esta significación dirigió desde entonces todas las interpretaciones de ciertos pasajes de la Vulgata y, particularmente, de dos textos de San Pablo, que todos los escribas del año mil habían leído y releído: *Arma militiae nostrae non carnalia sunt* (II Cor., X, 4) y *Labora sicut bonus miles Christi Jesu* (II Tim., II, 3). El valor semántico aplicado a estos vocablos explica que las biografías de santos merovingios hayan hablado de sus héroes como de *milites Dei*; explica también que, tanto en San Gregario de Tours como en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles, *miles* definiera a los auxiliares subalter-

nos del poder público encargados de cuidar las prisiones y de ejecutar a los criminales; por último, explica por qué en la época carolingia, mientras renacían los estudios y el latín se purificaba por un retorno a las fuentes clásicas y paleocristianas, mientras que en el marco del vasallaje la acción militar adquiría poco a poco el aspecto de un servicio especializado, honorable y privado —el de un caballero que recibía un beneficio—, el término *miles* fue a menudo preferido a aquellos que, como *vassus*, tenían su origen en el habla vulgar, para caracterizar a los hombres que servían con las armas siguiendo a un jefe o bien —este caso se encuentra en *De ordine palatii*— a los jóvenes de la aristocracia man tenidos en la casa del rey para realizar allí su aprendizaje. Indudablemente, para todos los escritores del año mil la expresión *militari alicui* no podía significar otra cosa que servir en vasallaje.

c) Pero este mismo valor de subordinación que comportaba el vocablo caballeresco impedía a escritores como Flodoard, Abbon, Richer, Gerbert o Dudon de San Quintín, contemporáneos de los primeros escribas de Mâconnais que empicaban la palabra *miles* como calificativo social, aplicar el vocabulario de la *militia* a todos los miembros de la aristocracia laica. Ninguno de ellos dejó de establecer una clara distinción entre los *principes*, los *proceres*, los *optimates*, es decir, los nobles, y por otra parte la masa de los caballeros[20]. Todos proponían la imagen de un edificio social de dos niveles, ubicando a los «príncipes», responsables de la paz pública ya fuera por una delegación del poder real, ya por un carisma atribuido por Dios a ciertas estirpes, muy por encima de los auxiliares que los ayudaban a cumplir aquella misión, hombres de armas como ellos y estrechamente asociados a su función, pero subalternos, dependientes, alimentados y recompensados por sus dones. En síntesis, la estructura que muestran las obras literarias de fines del siglo X es la misma que perduró en Lotaringia y en Germania hasta después de 1200. Estas observa-

ciones permiten, pues, comprender fácilmente que, en el vocabulario de las cartas de Mâconnais, la palabra *miles* haya podido reemplazar a términos como *vassus* o como *fidelis*, que evocaban también la sumisión y el servicio. Pero se acrecienta la dificultad ante otro interrogante, situado en el corazón mismo del problema: ¿cómo la misma palabra pudo poco a poco desplazar a *nobilis*, ser ostentada como un título hacia fines del siglo XI por nobles indiscutibles como los príncipes de Antibes, los castellanos de la Isla de Francia o los señores de Beaujeu?

2. Por mi parte propondré conectar esta sustitución con una doble y lenta maduración, situada una en el plano de las actitudes y las representaciones mentales y la otra en el plano de las instituciones públicas. Para comprender bien el primero de estos fenómenos es conveniente observar en principio la germinación y la evolución progresiva de la teoría de los *ordines*, partiendo esta vez del nivel carolingio. Cuando los hombres de la Iglesia se dedicaron a reflexionar sobre la vocación respectiva de los diferentes cuerpos de la sociedad humana y sobre las diversas misiones que Dios asigna a los hombres al colocarlos en tal o cual condición terrenal, descubrieron rápidamente que en realidad existían en su época dos maneras diferentes de *militare*, de servir a Dios y de cooperar al bien público: a través de las armas y de la plegaria. En una carta del papa Zacarías a Pipino, en 747, el discurso opone los príncipes a los obispos, los *saeculares homines* a los clérigos, los *bellatores* a los *Dei servi*, cooperando cada uno de ellos según su propia vocación en la defensa del país[21]; en 833, en los escritos de Agobard, la oposición se establece entre dos *ordines*, el «militar» y el eclesiástico, es decir, entre la *saecularis militiae* y el *sacrum ministerium*[22]. En verdad, estos primeros escritos señalan solamente la división profunda de la sociedad cristiana entre el servicio de Dios y el estado laico, los cuales debían permanecer estrictamente separados según lo señalan los cánones del concilio de Meaux-París en 845-846[23]. Como todas las metáforas que

definen la penitencia o la profesión monástica por el abandono del arnés militar, estos textos caracterizan simplemente a la «milicia secular», la manera de servir en el siglo, por el uso de aquellas «armas carnales» de las que hablaba San Pablo. Pero en los *Miracles de Saint-Bertin*, a fines del siglo IX, aparece otra división, esta vez triple, que separa a los *oratores* y a los *bellatores* del *imbelle vulgus*[24] y que conduce naturalmente al esquema propuesto, durante los años treinta del siglo XI, por los obispos de la Francia del norte, Gerardo de Cambrai (*oratores, agricultores, pugnatores*)[25] y Adalberon de Laon (*orare, pugnare, laborare*)[26]. A propósito de la formación y difusión de este esquema tripartito, que representa un momento capital en el movimiento del cual nace la noción de caballería, se imponen tres observaciones.

a) Ninguno de los escrito res de los siglos IX, X y XI empleó jamás la palabra *miles* para designar a los miembros del *ordo* que el designio divino consagraba, según ellos, a la actividad guerrera. Todos sentían que en este término la significación propiamente militar se encontraba de hecho eclipsada por la noción de servicio. Esta es la razón por la que aquellos litera tos eligieron otros vocablos del latín clásico, *bellator, pugnator*, para expresar con pureza la vocación guerrera. Agreguemos que cuando Adalberon de Laon desarrolla su pensamiento, está muy claro que para él la oposición entre los «guerreros» y los «trabajadores» es equivalente a la oposición entre nobleza y servidumbre[27]. Para él, aquellos «combatientes, protectores de las iglesias, que defienden a todo el pueblo, grandes y pequeños», no son en absoluto *milites* sino *nobiles*, entre los cuales coloca en primer lugar al rey y al emperador.

b) La delimitación del tercer orden, el cual a comienzos del siglo XI tiene una misión particular, la del trabajo, y más específicamente la del trabajo rural, parece vincularse al progreso de una concepción del ordenamiento social diferente de la anterior —recientemente puesta en evidencia por Karl Bosl— que, en el

pueblo de Dios, vino a establecer la distinción más importante entre los «poderosos» y los «pobres»[28]. Según este nuevo esquema, que ciertos movimientos del pensamiento religioso precisaron y vulgarizaron poco a poco en el curso del siglo X, los *pauperes* constituían en el seno del orden laico una categoría que, como el orden de los servidores de Dios, se encontraba desarmada, vulnerable y que por esta razón reclamaba, como los servidores de Dios, una protección particular. De este modo, mientras se expandía aquella imagen, el hecho de portar armas y las misiones específicas que parecían estarle asociadas se convirtieron poco a poco, en el seno de las representaciones mentales a que daba lugar la teoría de los *ordines*, del mismo modo que en la realidad a causa de la evolución de las instituciones militares, en asunto de un sector tan sólo de los laicos. Así, poco a poco se desplazó la barrera social. Antes se establecía entre nobleza y servidumbre, ahora terminó por separar netamente a la masa de los «pobres» de los poderosos, es decir, esta vez de toda la «milicia secular».

c) De esta transferencia proviene sin duda la verdadera mutación que impuso lentamente nuevas actitudes con respecto a la vocación militar, particularmente entre los clérigos, entre los maestros del pensamiento, en el mundo de los escritores y de los redactores de cartas. Por esta razón se debe hacer un lugar especial, entre los textos que permiten percibir este movimiento a través de las formas verbales que lo traducen, a la vida de San Géraud de Aurillaq, escrita en los años treinta del siglo X por San Odón, abad de Cluny[29].

Notemos que este texto capital proviene de la Francia del sur, es decir, de la región que parece haber sido el crisol de las nuevas estructuras anticarolingias, donde la sociedad feudal encontró algunos de sus cimientos. Es capital porque es la primera de las *Vitae* cuyo héroe no es ni un rey ni un prelado, sino un laico, un príncipe, auténtico representante de la *nobilitas*. Es capital sobre

todo porque muestra que un «noble», un «poderoso» puede acceder a la santidad, transformarse en un *miles Christi*, sin deponer las armas. El propósito de San Odón es definir lo que podría llamarse una santidad laica, o más precisamente noble; en definitiva, conferir a la actividad militar, función específica de la nobleza, un valor espiritual. Por esto, se dedica a mostrar que San Géraud llegó a unir el ejercicio del poder con la práctica de la humildad y la preocupación por los pobres, es decir, con dos virtudes propiamente monásticas[30]. Odón de Cluny puntualiza en particular las funciones del hombre de armas. *«Licuit igitur laico homini in ordine pugnatorum posito»* (al igual que Adalberon de Laon o que Gerardo de Cambrai, Odón no utiliza la palabra miles para designar al grupo de especialistas del combate; para él significa, como acabamos de ver, o bien el servidor de Dios, O bien el «joven», es decir, el compañero de armas del señor) *gladium portare ut inerme vulgus velut innocuum pecus* (el pueblo está a la vez desarmado y es inocente) *a lupis, ut scriptum est, vespertinis defensaret. Et quos ecclesiastica causa subigere nequit, aut bellico aut vi judiciaria compesceret»*[31]. Están, pues, aquí propuestas las dos funciones que justifican, en el sentido más exacto del término, el portar armas: la protección de los pobres y la persecución de los enemigos de la Iglesia. San Odón recoge esta idea central en sus *Collationes*[32] cuando afirma que lcis poderosos reciben de Dios su espada no para deshonrarla sino para perseguir a aquellos que se vuelven contra la autoridad de la Iglesia oprimiendo a los pobres.

Observamos en este caso con exactitud el punto de inserción en la teoría de los *ordines* de la dialéctica poder-pobreza. En la zona de Aquitania, donde el poder del rey perdió más temprano su eficacia, se ofreció por primera vez a los poseedores de armas seculares un camino de salvación y de perfección espiritual: cumplir la misión propia de la realeza asumiendo, en lugar del soberano incapaz desde hacía tiempo de dedicarse a esta tarea, la

defensa de la Iglesia y de los pobres, es decir, de los otros dos órdenes de la sociedad. Esta propuesta estaba destinada a los *bellatores*; en primer lugar, pues, a los *optimates*, a los príncipes, a los nobles. Pero en realidad éstos no iban solos al combate. No hubieran podido cumplir el papel que se les asignaba sin la ayuda de sus auxiliares naturales, aquellos especialistas de la guerra, los caballeros, a quienes distribuían feudos o a los que mantenían en sus residencias. El llamamiento concernía, pues, a todos los portaespadas, es decir, a los miembros de ambos grupos, *principes* y *milites*, asociados por lazos feudo-vasalláticos al «poder» y a la actividad militar. Valorizando esta última, el progreso del pensamiento religioso en el curso del siglo X construyó en el plano espiritual un marco en el que la *nobilitas* y la *militia* podían coincidir en el servicio de Dios y de los pobres.

3. En ese mismo momento, en Aquitania, en Provenza, en el reino de Borgoña, un poco más tarde en el norte del reino de Francia (pero no más allá de sus límites septentrionales y orientales, en Lotaringia y en las regiones germánicas), se preparaba el doble cambio institucional, cuyas manifestaciones vemos desarrollarse entre el fin del siglo X y los alrededores de 1030 (es decir, en el preciso momento en que la palabra *miles* en las cartas de Mâconnais sustituye a la palabra *nobiles*), que favoreció también, ya no en el plano espiritual, sino en el temporal, la fusión de la nobleza y de la caballería.

a) La primera de estas modificaciones concierne a la distribución de los poderes de mando. Lo que en ciertas regiones se denominaba el bando pierde entonces su carácter público. En el marco de las castellanías, los señores se lo apropian y se sirven de él para imponer exacciones. La manera en que se organiza esta explotación de la autoridad precisa y muestra a la vez la separación entre *potens* y *pauperes*. Son solamente los «pobres», es decir, los trabajadores, es decir, los campesinos (es decir, los miembros del tercer orden de Adalberon o de Gerardo de Cambrai), los

que sufren las coacciones y las requisas del poder de bando. Los nobles están exentos y es este privilegio el que los define en el poema de Adalberon:

Sunt alii quales constringit nulla potestas
Crimina si fugiunt quae regum sceptra coercit[33].

Pero están exentos también todos los *milites*. Es esta situación de exención lo que los caracteriza jurídicamente, lo que los erige en clase coherente, claramente delimitada, que necesita (en el momento en que las viejas nociones de libertad y de servidumbre tienden a borrarse en el seno de la clase antagónica de los trabajadores) el empleo de un título capaz de definir exactamente esta nueva situación personal. La aparición de este título en las actas jurídicas responde de hecho al establecimiento de una frontera precisa que rodea a la aristocracia y que reúne a sus diferentes estratos bajo un mismo derecho. *Miles* fue en aquel momento elegido y preferido a *nobilis* porque era un sustantivo, para salvaguardar sin duda el honor de los descendientes de los viejos linajes que pretendían que su título distintivo no fuera mancillado, pero sobre todo, creo, porque la nueva frontera se localizaba en la base del sector aristocrático, porque lo que importaba era separar claramente al grupo de los caballeros, el menos elevado de los estratos de la aristocracia, del pueblo. Así se constituyó aquella barrera social, fundamental de allí en adelante, entre *milites* y *rustici*, que encontró su traducción a partir de 1035 en las fórmulas finales de las cartas provenzales y, hacia 1080, en las de las cartas de Mâconnais.

b) Pero el establecimiento de castellanías independientes y la instalación de los derechos de bando están en estrecha relación con otra innovación, la instauración de las instituciones de la paz de Dios; y es sin duda en los textos que conciernen a estas instituciones[34] y en los cánones de los concilios que se reunieron pa-

ra implantarlas donde antes y con más claridad se encuentra formulada la oposición entre los caballeros y los campesinos. He intentado mostrar en otra parte, en una ponencia presentada en 1965 en la Semana de Estudios de la Mendola, que este movimiento que parte del sur del reino de Francia, de las provincias donde la huella carolingia fue muy leve y donde se sintió más cruelmente la extinción del poder monárquico, representó un esfuerzo de la Iglesia para asegurar, con la ayuda de los príncipes pero usando armas esencialmente espirituales, la defensa de los pobres, los cuales, desde el primer concilio de paz, el de Charroux de 989, fueron definidos como campesinos. Esta tentativa se inscribió en el marco mental de la teoría de los *ordines*, a cuya maduración contribuyó singularmente (al mismo tiempo que constituía una justificación para el establecimiento y la repartición de las exacciones del bando). La acción para la *reformatio pacis*, sus consignas, las decisiones que la sostenían, todas sus fórmulas y las representaciones ideales a las que éstas dieron lugar, contribuyeron muy vivamente, a partir de 990 y durante todo el siglo XI, a reforzar el sentimiento de que la caballería constituía un grupo social coherente. En primer lugar, porque reunía a toda la *militia*, a todos los *caballarii*[35] en una común reprobación, porgue organizaba contra el cuerpo entero, para protegerse, un sistema de prohibiciones, porque lo englobaba, como hizo el obispo Jordán de Limoges en 1031, bajo una misma maldición[36]. Pero en una segunda fase, sin que se disiparan en seguida la desconfianza y condenas de los hombres de la Iglesia frente a los caballeros, el ideal que propagó el movimiento de la paz terminó uniendo los modelos que había propuesto cien años antes Odón de Cluny: la acción por la paz de Dios exaltó en aquel momento la función militar y la asoció a la construcción del reino de Dios. Debido a las prescripciones de la tregua, a aquella influencia del espíritu de paz sobre el espíritu de cruzada, la caballería apareció cada vez más en Francia, entre 1030 y 1095, co-

mo uno de los caminos de la *militia Dei*, paralela al sacerdote y a la profesión monástica; se sobrecargó de tantos valores espirituales que los miembros de la alta nobleza muy rápidamente aceptaron ostentar el título caballeresco.

Pero en verdad, la diversidad siguió caracterizando a la aristocracia francesa. Señalaré, al respecto, para terminar con las observaciones lingüísticas que he realizado a lo largo de esta exposición, como principal soporte para mis reflexiones, algunos cambios muy significativos que afectaron el vocabulario en el último tercio del siglo XI. En las cartas se observa la reaparición de la palabra *nobilis* y sus equivalentes, pero esta vez como epítetos honoríficos que acompañan al sustantivo *miles*, para señalar el brillo particular de un caballero al que la posesión de un castillo o de un poder de bando colocaba en la cumbre de la aristocracia local[37]. Con la misma voluntad de precisión y para dar cuenta de la heterogeneidad económica y social de la caballería, los autores que escriben obras literarias hacia 1110 se preocuparon por distinguir los *milites gregarii* de los *milites primi* o *mediae nobilitatis*. Sin embargo, y esto es lo que interesa, la aristocracia en Francia constituía un todo hacia fines del siglo XI, a pesar de aquella diversidad y de que estuviera dividida en estratos superpuestos a causa de la desigual distribución de la riqueza y del poder. Se identificaba con el viejo *ordo pugnatorum*, transformado decididamente en *ordo militum*. Ciertos ritos la unían ahora alrededor de la condición caballeresca (aquí debería tener cabida esa historia de la ceremonia de ser armado caballero, que está aún por hacer y que permitirá sin duda ver claramente cómo se reforzó poco a poco la conciencia de clase), alrededor de la liturgia que la Iglesia creó para consagrar al *miles Christi* y alrededor de la moral común que fue cada vez más importante, dentro de un marco cuyo primer constructor había sido Odón de Cluny.

Lotaringia y las regiones germánicas recibieron sin duda esta moral y todo lo que infundía un nuevo valor espiritual a la vocación militar. Podemos estar seguros de ello si consideramos el importante lugar que en aquellas regiones atribuyeron los cronistas del siglo XII a la *militia* de los más grandes príncipes[38]. Sin embargo, los propagadores de la *reformatio pacis* no habían franqueado la frontera que separaba al reino de Francia de las tierras del Imperio, cuyo soberano, afirmaba hacia 1025 el obispo de Cambrai, conservaba por sí solo la fuerza suficiente para mantener la paz; de hecho, la autoridad monárquica permaneció allí sólida, sin perder el pleno ejercicio del poder público. No se vio demasiado afectada por la doble mutación —el establecimiento de la paz de Dios y la construcción de las castellanías independientes— que permitió en el reino de Francia y en el reino de Borgoña, la fusión de los valores de la caballería y de la nobleza. Esta fue la razón principal —me permito al menos formular como conclusión esta hipótesis— por la que en las provincias alemanas y lotaringias, durante todo el siglo XII y hasta la tardía victoria de los modelos culturales transmitidos por la literatura cortés francesa, la supervivencia de las viejas estructuras políticas carolingias y reales mantuvo viva y llena de resonancias concretas la antigua distinción que separaba a los caballeros de los príncipes, portadores exclusivos de la absoluta libertad y los únicos considerados como verdaderos nobles.

12. SITUACION DE LA NOBLEZA EN FRANCIA A COMIENZOS DEL SIGLO XIII[*]

El largo movimiento que hizo progresivamente de la aristocracia una verdadera nobleza, en la evolución de la sociedad francesa, parece consumarse en las proximidades del año 1200. En verdad, son escasos los trabajos que den una descripción precisa y segura de aquella categoría social. Me limitaré, pues, a presentar aquí algunas reflexiones, que no pretenden otra cosa que abrir perspectivas de investigación y jalonar un campo de trabajo que está ampliamente abierto. Haré simplemente el esfuerzo, ubicándome a comienzos del siglo XIII, de plantear un problema de historia social que está por resolver en su conjunto, ligándolo a la historia económica pero también a la historia de las mentalidades; me referiré en consecuencia a documentos de interés capital, a fuentes literarias, ya que se trata de comprender las actitudes psicológicas colectivas del pasado.

1. Desde comienzos del siglo XI, en la región francesa, la aristocracia constituía un cuerpo estrictamente delimitado, en particular por el privilegio de que gozaba de escapar a los impuestos señoriales que pesaban sobre los campesinos, sobre los trabajadores, sobre los *laboratores*. No obstante, en el seno de este cuerpo, de este orden, de este *ordo*, para retomar la terminología propuesta por los intelectuales en los años 1020-1030, existían diferencias. En realidad observamos que la nobleza está dividida en dos niveles. Por un lado, una pequeña élite, hombres que en las cartas son distinguidos con el título de *dominus*, el equivalente del francés *sire*: son los poseedores de castillos, los que tienen el poder de dirigir, castigar y explotar a los campesinos, lo que de-

nominamos el poder de bando; por otro lado, los simples caballeros, los *milites*, verdaderamente subordinados, situados en una posición social y económica muy inferior a la de los castellanos, sometidos a ellos por los deberes feudales, obligados a servirles, a combatir por ellos, a constituir su corte.

2. Lo que parece haber ocurrido a comienzos del siglo XIII — más exactamente entre 1180, aproximadamente, y 1220-1230— es la desaparición de las diferencias entre los dos niveles de la aristocracia, una fusión rápida, un acercamiento, una reducción de las distancias que tiempo atrás había separado a los castellanos de los simples caballeros.

Este movimiento se manifiesta a través de diferentes signos.

En primer lugar, la importancia que reviste para los más altos señores su entrada en la caballería, la ceremonia de ser armados caballeros, la entrega de armas. Hago referencia a un texto extremadamente rico que revela los comportamientos y las actitudes mentales de la aristocracia de la época, la *Histoire des comtes de Guines* (señores del norte del reino, en la frontera de Flandes y del condado de Boulogne) escrita en latín hacia 1195. El autor, cuando presenta al héroe de esta historia, el heredero de los condes, coloca en el centro de su biografía la ceremonia en que éste es armado caballero, el momento en el cual el joven que era un *dominus*, poseedor de un castillo y llamado pronto a suceder en el condado a su padre, llega a ser además un *miles*, es decir, a adquirir un esplendor, una distinción que él considera mayor. No le era suficiente ser un *sire*, era necesario y capital ser además un caballero.

Se observan otros signos que manifiestan inversamente la apropiación por parte de los simples caballeros de distinciones reservadas tiempo atrás solamente a los poseedores de castillos. En las cartas francesas se impone, hacia 1200, la costumbre de aplicar a todos los caballeros el título de *dominus*, que traduce el

término francés *messire*, como signo distintivo de su estado. En este momento, los más humildes caballeros empiezan a transformar sus residencias: si antes vivían en simples fincas, más grandes y ricas que otras, a partir de ahora hacen de ellas una especie de castillos, cavan fosos, levantan torrecillas y construyen lo que se llamó entonces «mansiones fortificadas». ¿Por qué? No solamente por razones de protección; la época era indudablemente más tranquila y más segura. No fue por razones de peligro. Fue para ellos una cuestión de prestigio, el medio de aparecer como castellanos. En el mismo momento, a ejemplo de los miembros de la alta aristocracia, los simples caballeros empezaron a poseer escudos familiares, a adoptar en las costumbres sucesorias prácticas hasta entonces sólo usadas por los poseedores de castillos, tales como los privilegios que favorecían en el momento de división de las herencias al mayor de los hijos a expensas de sus hermanos. Por último, en el mismo momento, la segregación matrimonial que existía entre los dos niveles de la aristocracia (los castellanos se casaban entre ellos) se distendió y se observan con más frecuencia a los caballeros encontrar esposas para sus hijos entre las mujeres pertenecientes a la categoría social que era antaño manifiestamente superior. Acercamiento, fusión. ¿Cuáles pueden ser las causas?

3. Es necesario considerar, en aquel viraje de los siglos XII y XIII, un fenómeno político, el del reforzamiento de los grandes principados regionales. El rey, en una gran parte del ámbito francés, los duques y los condes en Flandes, Provenza, Sabaya, Borgoña, Guyena, comenzaron entonces a disponer de medios que les permitieron reducir la autonomía de los pequeños poderes locales que se había erigido alrededor de cada castillo a comienzos del siglo XI, en el momento de la descomposición feudal. Estos poderes regionales aplastaron a los *sires* y redujeron su importancia. Los agentes de los príncipes reivindicaron para sus señores el poder superior, la leva de tropas para la guerra, la alta

justicia, todo aquello que había dado prestigio y riqueza a los castellanos. Tendieron a fraccionar los derechos señoriales inferiores; la pequeña explotación de los campesinos, la vigilancia de las aldeas pasaron fragmentariamente a manos de simples caballeros con el consentimiento de los príncipes, interesados en que se desmembraran las castellanías que los molestaban. En aquella época, los caballeros se apropiaron en los alrededores de sus residencias y de sus mansiones fortificadas de poderes judiciales y fiscales muy semejantes, aunque más limitados, a aquellos cuyo monopolio ejercían los dueños de fortalezas hasta ese momento.

Por otra parte, el rey, los príncipes señoriales, se esforzaron por conseguir el homenaje y los servicios feudales directos de los caballeros, por vincularlos inmediatamente a ellos y apartarlos de su antigua dependencia hacia los castellanos locales. De este modo se destruyeron las instituciones que habían separado a los dos escalones de la aristocracia; de este modo se explica la difusión, la vulgarización del título de *dominus*, de la mansión fortificada, de los escudos de armas…

En cuanto al otro aspecto de la transformación, el valor que adquirió ante los ojos de los castellanos la dignidad y el honor de la caballería, es necesario para explicarlo mencionar un movimiento mucho más amplio, mucho más extendido en el tiempo, que atañe a las representaciones mentales y que llega a su fin precisamente en la época a la que me estoy refiriendo. Desde comienzos del siglo XI en Francia, la Iglesia había forjado un modelo de comportamiento moral, presentado a la aristocracia para justificar sus privilegios sociales, tenía como la misión más apropiada su vocación militar. Digo bien para justificar, pues se les introdujo de esta manera en el plan divino de la salvación del mundo. Este modelo era el del *miles Christi*, el del caballero de Cristo. «Caballero» como los miembros más humildes del grupo aristocrático pero ya no al servicio de un señor, sino al servicio del Señor y combatiendo por él. Ideal que alcanzó a la institu-

ción de las órdenes religiosas militares, aquella *nova militia* que celebró San Bernardo. Los más altos señores depositaron sus esperanzas en ser *también* caballeros, en pertenecer a aquel *ordo*, a aquel «Orden» que poco a poco se sacralizó: al invadir la liturgia, en los siglos XI y XII, los ritos de la caballería, hizo de ellos un verdadero sacramento.

Así pues, alrededor del ideal caballeresco, de la moral que contenía, de las virtudes de valor y de lealtad, cristalizó la conciencia de clase que poco a poco dio homogeneidad a la aristocracia francesa. Y en la difusión de este modelo de comportamiento el papel principal le cupo a un grupo social al que le he consagrado un artículo aparecido en la revista *Annales* en 1964 (cf. *supra*, cap. 6); me refiero a los hombres que los documentos latinos del siglo XII llaman los *juvenes*, los jóvenes. Estos son adultos, caballeros que aún no están casados. Entre ellos y dirigiéndolos están los hijos de los *sires*, de los *domini*, que alcanzarán esta condición cuando su padre les ceda el lugar. Pero por el momento no son más que caballeros y se esfuerzan por serlo plenamente. Para estos jóvenes, que poblaban las cortes de los príncipes, se compusieron realmente las obras maestras de la nueva literatura de entretenimiento en lengua vulgar, la literatura épica y la literatura amorosa; todos los héroes de estas obras exaltan la caballería. De este modo, la aristocracia de Francia, a la cual el progreso del poder principesco hacia 1200 logró nivelar políticamente disminuyendo el poder de los castellanos, fue también nivelada en el plano de las actitudes mentales, por la valorización de la figura ejemplar del caballero, y encontró finalmente su unidad fundamental alrededor del ideal caballeresco.

Un cierto número de escritos compuestos entre los siglos XII y XIII para un público aristocrático, testimonian semejante cohesión. En primer lugar, obras de una literatura moralizante, a la que podemos llamar también sociológica, en la medida en que las morales que propone corresponden a cada uno de los «estados

del mundo», de los diversos cuerpos que componen la sociedad. Una de las más antiguas es el *Livre des Manières*, escrito hacia 1175 por Esteban de Fougeres, antiguo capellán de Enrique, rey de Inglaterra, pero antes príncipe francés, conde de Anjou, duque de Normandía y de Aquitania. Esteban identifica a la aristocracia entera con la caballería; ante sus ojos ésta constituye indudablemente un grupo unificado. Unidad de orden económico: el caballero ha sido colocado por Dios encima de los trabajadores para ser mantenido por ellos. Unidad de misión: el caballero tiene la espada para defender a los débiles y hacer justicia. Y en especial unidad moral: el caballero debe respetar tres deberes principales que son los del *miles Christi*, valentía, lealtad y sumisión a la Iglesia. Si los respeta es un *prud-homme* (hombre probo) y así se iguala a todos los hombres probos, sus pares, sus iguales. Es, pues, ante todo, el ejercicio de estas virtudes lo que une a la aristocracia en un cuerpo homogéneo. Por último, para Esteban de Fougeres, que proviene él mismo de este grupo aunque pertenezca a la Iglesia, la superioridad del caballero es natural, hereditaria; se hereda de los antepasados. La caballería reúne a los hombres bien nacidos, a los *gentilshommes* (gentileshombres), como los llamará más tarde la lengua francesa. En razón de este último rasgo constituye en verdad una nobleza.

Este tema fue infinitamente recogido y desarrollado en obras del mismo género. Así, por ejemplo, el tratado escrito por Roberto de Blois, a mediados del siglo XIII, *Enseignement des princes*, contiene para uso de los nobles un cierto número de preceptos de buena conducta. Los nobles deben ser corteses, practicar las virtudes cristianas, y es esta misma moral la que a la vez los distingue de los otros y los hace solidarios. Moral de clase: deben honrar a todos los otros *prudhommes* aunque sean pobres. Por el contrario, deben desconfiar de todos aquellos que no pertenecen a la caballería, los cuales son designados peyorativamente, de

manera colectiva, como «siervos». Moral de clase, exclusiva, segiegacionista.

Se encuentran los mismos esquemas en otra serie de obras literarias, en las novelas compuestas a comienzos del siglo XIII. Novelas de intención realista, de las cuales las más interesantes fueron escritas por Juan Renart y que presentan a la nobleza como un estilo de vida, como el fruto de una educación particular. Sin embargo, en estas últimas obras se esboza otro rasgo fundamental y sobre el cual quisiera ahora llamar vuestra atención: grupo unificado, homogéneo, unido por su superioridad natural y hereditaria y su común respeto hacia el ideal caballeresco, la nobleza en Francia a comienzos del siglo XIII se sien te también una clase amenazada y ante esta amenaza refuerza su cohesión y se cierra.

En efecto, en aquella época, en la literatura se difunde ampliamente un tema muy expresivo de este sentimiento, el del *vilain* (villano) advenedizo. La palabra *villanus* designa originalmente al campesino, miembro de un grupo antitético de la caballería en el seno de la sociedad laica. Pero en el orden moral tiene un matiz peyorativo, que ha mantenido hasta la actualidad en la lengua francesa. El personaje que aparece en las novelas o en los cuentos hacia el año 1200 es un hombre de baja cuna, de mala educación pero que se ha enriquecido, que se ha elevado hasta el nivel económico de los caballeros, que ha tomado su lugar, que se ha transformado en señor, que ha sustituido en su situación, en su propia casa, en sus tierras a los nobles y que, torpemente, villanamente, imita su manera de vivir. Personaje grotesco, personaje escandaloso, pero personaje real. Escándalo del cual es responsable también el mal príncipe que tolera esta intrusión, que favorece tal ascenso social de los no nobles y los acepta en sus consejos o en sus ejércitos. Esta situación es denunciada por la literatura

moralizante; por ejemplo, el *Enseignement des princes* que cité hace un momento, exhorta a los grandes señores a defenderse de los «siervos», de toda esa gente que, al no ser de sangre noble, no puede ser valiente ni leal. Reacción de defensa contra los advenedizos que asaltan sus posiciones sociales. Reacción de inquietud de la nobleza ante las dificultades económicas, cuya amenaza comienza a sentir. De hecho, en los documentos de fines del siglo XII y comienzos del XIII en con tramos numerosos indicios de estas dificultades económicas y en primer lugar del endeudamiento de las familias aristocráticas. Este endeudamiento era crónico en los siglos XI y XII. Lo que cambia hacia 1200 es que los caballeros no encuentran prestamistas entre sus parientes, sus amigos, sus señores, entre los otros caballeros. Tienen que acudir a los hombres de negocios de las ciudades, a los «villanos». Y les resulta difícil pagar sus deudas. Después de 1200, signo de dificultades más profundas, deben vender. Vender en primer lugar su homenaje a los príncipes que recuperan en feudo los dominios que sus antepasados habían poseído con toda independencia. Vender también tierras, fragmentos de sus señoríos, y ¿a quiénes? A personas no nobles que poseen dinero y que por estas adquisiciones se convierten en los villanos advenedizos de los que se burla la literatura.

Otro signo: las dificultades que encuentran las familias aristocráticas para armar a sus hijos caballeros cuando llegan a adultos. Es una ceremonia costosa, en la que hay que gastar mucho dinero, y el dinero escasea. Se espera una oportunidad. El hijo está en edad de ser caballero pero no lo es; espera un feliz azar, un ingreso de capitales o más bien la generosidad de un señor que se haga cargo de los gastos de la ceremonia. El número de estos hijos de caballeros sin armar poco a poco se acrecienta. En la región de Mâconnais, en el sur de Borgoña, no existían antes de 1200; en 1250 constituían más de la mitad de la aristocracia. Los príncipes se inquietan, pues el servicio militar que se espera de la

nobleza corre el riesgo de reducirse. En 1233 el conde de Provenza promulgó un estatuto en el que se distinguían en el seno de la nobleza tres categorías: los *domini*, los *milites* y los *filii militum*. A éstos se les ordenaba armarse caballeros bajo pena de perder los privilegios fiscales de que gozaban.

Fue en este preciso momento cuando, para defenderse, para protegerse de una decadencia social que engendraba su empobrecimiento, la aristocracia en Francia inventó un título particular para designar a aquellos hombres que por su nacimiento podían ser caballeros, pero que, faltos de recursos, no lo eran aún. Este título —*armiger*, «escudero», en el norte de Francia; *domicellus*, «doncel», en el sur— es realmente un título nobiliario, puesto que expresa una superioridad social que no se refiere a un estado, a una función, como el título de caballero, sino solamente al nacimiento. Su adopción, su difusión a comienzos del siglo XIII muestra claramente que toda la aristocracia se concebía ya como una nobleza, como una casta abierta a todos los bien nacidos, aunque fueran pobres, como una casta cerrada para todos aquellos que no fueran de alta cuna.

¿Dificultades económicas? ¿Cuáles son sus causas? Marc Bloch proponía encontrarlas en una modificación de la gestión de los dominios aristocráticos, en el abandono de la explotación directa de la tierra, en la transformación de los señores en rentistas en el momento en que la depreciación de la moneda reducía progresivamente el valor de la renta territorial. No pienso que esta explicación sea válida. Mis estudios sobre la economía rural me persuaden de que la explotación directa no fue abandonada, de que las empresas de roturación, la creación de viñedos, el desarrollo general de la productividad, acrecentaron, por el contrario, a comienzos del siglo XIII, la renta territorial. Los beneficios en constante alza de los diezmos, los molinos, los impuestos sobre las herencias, el paso de los derechos señoriales y en particular de la talla, percibidos hasta entonces sólo por los castellanos, a manos

de los caballeros, permitieron a todos los nobles extraer del campesinado ingresos en dinero mucho más importantes que aquellos de los que disponían sus antepasados.

En último análisis, es necesario ver el origen de las dificultades económicas de la aristocracia no en la disminución de los ingresos sino en el aumento de los gastos. Llevar una vida noble costaba indudablemente mucho más caro en el siglo XIII que en el XII. A causa del perfeccionamiento del equipo militar (los progresos más rápidos de la civilización material atañen a los armamentos) se hicieron cada vez más pesados los gastos requeridos para ser armado caballero. Pero también se hizo sentir más el peso del Estado. Reencontramos aquí la incidencia de ese fenómeno del que ya he hablado, el reforzamiento de los poderes del príncipe. El rey, el duque, el conde, son más exigentes que lo había sido el castellano; servirlos cuesta mucho más caro. En el marco de las instituciones feudales, al servicio de corte y de combate se sumaron cargas fiscales. Se debía pagar al señor del feudo impuestos de sucesión; en ciertas oportunidades era necesario entregarle una ayuda en moneda.

Por último, y sobre todo, ser noble significaba derrochar, tener la obligación de aparentar, estar condenado, bajo pena de decadencia, al lujo y a los gastos. Agregaría que esta tendencia a la prodigalidad se afirmó a comienzos del siglo XIII como reacción ante el ascenso social de los nuevos ricos. Para distinguirse de los villanos era necesario mostrarse superiores, manifestándose más generosos que ellos. El testimonio de la literatura es aquí preciso. ¿En qué se oponen el caballero y el advenedizo? Este es avaro, aquél es noble porque gasta todo lo que tiene alegremente y porque está cubierto de deudas. Esta actitud es ciertamente la causa de la dramática distorsión entre los recursos —no obstante acrecentados— de los nobles y su necesidad de dinero. La causa, en todo caso, de la multiplicación de los *prud'hommes* pobres.

Para éstos, ¿cuál era la solución? La más segura: servir a un príncipe. Otro rasgo de la nobleza francesa a partir del siglo XIII es su progresiva domesticación. Se precipita hacia el rey, hacia el príncipe regional —que gracias a los progresos del fisco disponen de recursos monetarios considerables—, para obtener un empleo remunerado que los saque de apuros. Sirven en el ejército puesto que el servicio militar desde fines del siglo XII tiende a convertirse en un trabajo mercenario, a sueldo. Sirven en los puestos de la administración, pues la reconstrucción del Estado requiere la ayuda de numerosos agentes. Pero en estos puestos el caballero comienza también a encontrar competidores: hombres de pocos recursos, de humilde nacimiento, «villanos», «siervos», pero eficaces, como esos vigorosos aventureros que Felipe Augusto contrata para que lo ayuden en la guerra y que, más hábiles que los caballeros, se apoderan de Chateau-Guillard; como esos burgueses de París a quienes Felipe Augusto encarga administrar su tesoro puesto que entienden más de asuntos financieros que los caballeros.

Escándalo: la literatura caballeresca denuncia a estos malos príncipes que se rodean de plebeyos y no reservan a los gentileshombres los empleos en sus cortes y las pensiones que necesita la nobleza para consolidar sus posiciones económicas. Reacción de la vieja aristocracia que se repliega sobre la única superioridad que le queda, una superioridad moral, ética, una superioridad de estilo de vida, y que se cierra aún más estrictamente.

Consideremos un último punto. ¿Fue esta reacción eficaz? ¿Llegó la nobleza efectivamente a cerrarse? En absoluto. Parece, por el contrario, que a comienzos del siglo XIII la frontera que la separaba de las clases inferiores se hizo menos hermética. E. Perroy ha realizado recientemente estudios precisos sobre la aristocracia de una pequeña región que conoce bien, el condado de Forez en el oeste de Lyon. Sus investigaciones han demostrado que, en el curso del siglo XIII, un gran número de familias nobles

de aquella región desapareció y que los vacíos así producidos fueron llenados por recién llegados, por los servidores de los grandes establecimientos religiosos o del condado, por burgueses enriquecidos en los negocios, a veces incluso por campesinos que habían concentrado tierras.

Ascenso social, renovación: algunos «villanos» han logrado forzar las barreras e infiltrarse en la nobleza. ¿Cómo?

A menudo, gracias a casamientos: es frecuente, en efecto, que los nobles acepten dar sus hijas sin dote en matrimonio a un plebeyo. En verdad, el marido sigue siendo lo que es, un Don Nadie, al que se desprecia. Pero los hijos que nacen de esta unión heredan la buena sangre de su madre y llegan a ser aceptados en la casta de los bien nacidos.

Pero a menudo también interviene el príncipe o el Estado cuyo papel reaparece aquí. Recluta a villanos para el servicio porque son útiles, porque han realizado, a veces en Bolonia, estudios que el perfeccionamiento de la administración hace ahora necesarios. Pero para que su servicio sea más eficaz, en las funciones de gobierno donde se establecen, se hace necesario que manejen la espada. El príncipe, transgrediendo entonces por derecho soberano la costumbre que reservaba a los hijos de los nobles este privilegio, los arma caballeros. La posición que ocupan los ennoblece. Porque, en el centro de las estructuras aristocráticas, en el centro de la idea de nobleza, permanece, como en el siglo XII, como en el siglo XI, aquel valor eminente, esplendoroso, glorioso, ennoblecedor que es la caballería.

13. HISTORIA Y SOCIOLOGIA DEL OCCIDENTE MEDIEVAL. CONCLUSIONES E INVESTIGACIONES[*]

Pienso que no se puede exponer el estado de las recientes investigaciones realizadas en Francia sobre la historia de la sociología del Occidente medieval sin pronunciar el nombre de Marc Bloch, sin evocar lo que fue para nosotros y más precisamente lo que fue para mí. Yo tenía veinte años; la *Société féodale* acababa de aparecer; salían regularmente los *Annales d'Histoire économique et sociale*, plenos de su presencia, incitando a la apertura de nuevas disciplinas, aún muy jóvenes e inciernas, a todo un rejuvenecimiento de la historia. Estoy seguro que si, durante un tiempo, en Francia, la historia de la sociedad medieval estuvo a la vanguardia de la investigación histórica fue gracias a él.

¿El camino que trazó? En primer lugar, aproximaciones muy sólidas a la historia económica. Es sorprendente observar en los papeles que ha dejado Marc Bloch el lugar otorgado a los basamentos de la evolución social, a la historia monetaria, a la de la demografía, a la de las técnicas. Dedicado al examen de una sociedad agraria, Bloch tenía un particular interés por las cosas de la tierra. A raíz de este hecho se produjo el retorno hacia la vía rural de la atención que los primeros animadores de una historia económica de la Edad Media habían dedicado, hasta entonces, a las ciudades y al comercio. Aquí hay que situar un hecho decisivo para la orientación de las investigaciones: la relación entre la historia social y la geografía humana. En 1940 esta relación parecía no solamente necesaria sino natural. Por último, la obra de Marc Bloch abrió dos caminos. Uno hacia la historia comparada:

se trataba de llegar a una tipología de las sociedades medievales. El otro hacia el conocimiento del «instrumental mental», perspectiva esencial que se encuentra desde entonces al menos indicada. De aquí es de donde hemos partido tratando de proseguir.

Si uno se interroga sobre las condiciones de esta prosecución, es necesario establecer un primer aspecto. Como lo hizo Marc Bloch, las investigaciones de historia social de los últimos veinte años se han apoyado en la explotación de la documentación de los archivos, apoyada por el recurso al catastro, al mapa, a la fotografía aérea, es decir, a los instrumentos de los geógrafos. Para el período comprendido entre el siglo X y el XIII (los estudios sobre la más alta Edad Media sufren aún en Francia un evidente atraso) el material de base ha estado constituido por las cartas y por las noticias de los cartularios. Para recordar las investigaciones más recientes, Robert Fossier las ha utilizado en su excelente tesis consagrada a la campiña de Picardía; Pierre Toubert o Pierre Bonassie, en sus investigaciones sobre el Lacio y sobre Cataluña. Para el período siguiente (sobre el cual los trabajos son actualmente más numerosos) las fuentes más ricas son los documentos fiscales o judiciales y los registros de notarios. Desde este punto de vista la Francia meridional se encuentra en una situación privilegiada, y esto ha provocado una especie de inversión: hasta hace poco tiempo, las investigaciones, dirigidas sobre todo desde París, dejaban al sur casi intacto; es ahora el momento en que el velo se levanta. La atención se ha concentrado sobre todo en las ciudades. Me refiero a los libros de Philippe Wolff y de Jacques Heers sobre Toulouse y sobre Génova y a los trabajos que realizan mis discípulos sobre las ciudades de Provenza.

En cuanto a los métodos, señalaré aquí brevemente los rasgos que interesa subrayar. En principio cada investigación se esforzó por descubrir una documentación densa y coherente, sin demasiadas lagunas, que pudiera constituir series, como por ejemplo

las de los cartularios del siglo XI de la abadía de Cluny o los registros notariales de los siglos XIV y XV en Toulouse. Se trata, en efecto, de disponer de una continuidad suficiente para poder seguir durante varios decenios la evolución de conjunto de un cuerpo social. Segunda característica digna de señalarse: las investigaciones se han realizado generalmente en un espacio reducido; el ejemplo de la geografía regional o urbana está dado por los felices trabajos de los geógrafos franceses de los años treinta y cuarenta. Tercera característica: la preocupación, a partir de estas series documentales, por cuantificar lo que puede ser cuantificado, una tentativa de tratamiento estadístico cada vez más afinada. Se emplean actualmente ordenadores, como por ejemplo para la explotación de los elementos numéricos contenidos en un documento de una riqueza excepcional, el *catastro* florentino de 1427. Estos ensayos de cuantificación no han dejado de determinar los interrogantes, los campos de investigación y, por consecuencia, las direcciones en las que se manifestaban los mayores progresos.

Citaré en primer lugar a la demografía en su sentido más amplio, ya se trate de observar la evolución cuantitativa de una población global a partir de las enumeraciones fiscales, que aparecen por primera vez hacia fines del siglo XIII (un buen ejemplo son los trabajos de Edouard Baratier sobre la demografía de Provenza) o de realizar investigaciones más profundas sobre la composición de los hogares, sobre el destino de las familias o sobre las variaciones diferenciales de la densidad de población. Vienen Juego los estudios sobre la distribución de las fortunas. Lo que importa en esencia es que el empleo de estos procedimientos estadísticos ha hecho hincapié hasta el presente en el aspecto de la economía para la explicación de las estructuras sociales. De esta manera se redujo la parte que ocupaba antes de 1945 la historia del derecho en las aproximaciones a una historia social. Pero la fascinación del número, de la cuantificación, ha conducido tal

vez a sobrestimar la función de lo económico y, más precisa y peligrosamente, a construir una imagen de la economía de aquella época, en especial del período comprendido entre los siglos X y XIII, que no corresponde a las actitudes que los contemporáneos tuvieron frente a la riqueza.

Ahora bien, y es necesario insistir ahora sobre este aspecto, desde hace algunos años se observa entre los historiadores de la sociedad medieval una sensibilidad para otros problemas que abre el camino hacia una verdadera superación. Este enriquecimiento de la problemática va acompañado de una renovación del material documental utilizado. Podemos señalar dos direcciones en lo que respecta a una sociología de la Edad Media.

La primera conduce al esbozo de una arqueología de la civilización material. Se trata de una gran novedad en Francia, donde la arqueología medieval, preocupada por las obras de arte, estaba hasta entonces al servicio de la historia de la creación artística. Siguiendo el ejemplo del extranjero, y en particular de los países del este europeo, los investigadores se pusieron a estudiar vestigios más humildes. Los principales equipos trabajan en el Institut d'Archéologie Médiévale de la Universidad de Caen, en la VI Sección de la Ecole Pratique des Hautes Eludes y en el Laboratoire d'Archéologie Médiévale de la Universidad de Aix. Por el momento se realizan excavaciones sobre todo en los emplazamientos de aldeas. Esta elección es significativa de la hegemonía ejercida por la problemática económica y demográfica en el dominio de la historia social. En efecto, la mayor parte de los arqueólogos se dedican a estudiar los pueblos abandonados a fines de la Edad Mediar en el momento de la inversión de la coyuntura económica y demográfica del siglo XIV. Estas excavaciones son sin embargo muy útiles para la observación de los fundamentos materiales de una estructura social. Por ejemplo, las que ha realizado Gabrielle Demians d'Archimbaud en el emplazamiento de una aldea de Provenza que aclaran la repartición de las fortunas

y el aprovechamiento de las fuerzas productivas en un grupo de pastores y agricultores reunidos alrededor de una fortaleza. Pero la arqueología de la vida cotidiana ofrece también un medio de ampliar el panorama y de librar un poco a la historia social de su dependencia con respecto a la historia económica. Esto se observa ya en los resulta dos de las investigaciones realizadas en Caen, bajo la dirección de Michel de Boüard, sobre los castillos, es decir, sobre los asientos de la organización política de la época feudal. Señalar las «motas» (*«mottes»*), analizar las disposiciones del hábitat del castillo, significa abordar concretamente, confrontando los documentos escritos con los datos que proveen las excavaciones, problemas sociológicos fundamentales, como el de la distribución de la aristocracia en diferentes estratos, el de la disolución progresiva de la domesticidad militar y el de la consolidación de las dinastías caballerescas. Desearíamos también el desarrollo de una arqueología de los signos de diferenciación social, de los emblemas, de las costumbres, de todos los índices de lujo, en todos los niveles de la jerarquía de las fortunas, hasta en los más ínfimos. Y por esta referencia a los signos llego a la segunda perspectiva, la que personalmente me atrae y me interesa más.

A mi parecer, lo que más eficazmente puede estimular la investigación en el campo de la historia social, abrirla y enriquecerla es, sin negar en absoluto los criterios cuantitativos, el estudio de las cualidades sociales. En este caso las disciplinas de las que el historiador puede esperar estímulo e información son la lingüística, la psicología social, la antropología. La estructura de una sociedad no depende solamente, en efecto, de un sistema de producción y de la manera en que la riqueza se reparte entre los grupos, estratos y clases. Está directamente relacionada con todo lo que depende del ritual, con lo que se refiere a poderes cuya esencia no es únicamente económica, con la forma en que esta sociedad toma conciencia de sí misma, con el sistema de referencias que respeta, con el vocabulario que emplea, con fenómenos que

pertenecen al dominio de la cultura, de la ideología, los cuales están con seguridad estrechamente ligados a la estructura económica, pero no en estrecha sincronía con ella. Lo importante es completar la imagen concreta de una sociología económica con la imagen abstracta, pero profundamente sentida por los contemporáneos y que dirige en gran medida sus conductas, de una psicosociología. Para captar esta imagen es necesario rehabilitar un género de documentos larga y pacientemente explotado durante el siglo XIX y comienzos del XX por la historia política y fáctica, género que fue olvidado cuando la atención se desvió hacia los hechos económicos. Me refiero a los escritos narrativos. Estos textos ofrecen palabras, o mejor dicho, asociaciones, constelaciones de vocablos que sitúan a los individuos o a los grupos en relación unos con otros. Es tarea del historiador de la sociedad definir las más significativas de estas presiones, comprender su sentido, seguir mientras sea posible los matices semánticos que las afectaron, señalar las contradicciones entre las categorías y relaciones que estos términos pretenden designar y aquellos que establecen las relaciones efectivas de poder. De la misma manera se deben interpretar otros signos que estos textos también revelan: todos los procedimientos destinados a ordenar periódicamente el cuerpo social y conformarlo con las representaciones ideales de la conciencia colectiva, mediante la liturgia, el ceremonial, la distribución de las precedencias. Es tan importante e imperioso poner en evidencia estas representaciones y todos los modelos culturales que determinan, como la desigual distribución de las riquezas y las relaciones sociales.

Consideremos, a título de simple ejemplo, los problemas que plantean en los siglos XI y XII la formación y consolidación del grupo social que se llama, en Francia, la caballería. Este ejemplo es demostrativo, pues fue Marc Bloch uno de los primeros en iniciar esta senda y proponer un plan orientador. Se aprende mucho recurriendo a los documentos de los archivos y some-

tiéndolos a un tratamiento estadístico. Es posible extraer de estos textos todo un vocabulario social que se introdujo con retraso en la lengua de los escribas profesionales, cristalizándose en ella. Contando y clasificando estas palabras es posible delimitar al grupo, verlo tomar consistencia, afirmarse alrededor de un título, título que comienza a ser ostentado individualmente en los últimos treinta años del siglo X y que se hace colectivo después de 1030. Las cartas permiten también encontrar las bases económicas de este estrato, ubicarlo en relación con los patrimonios, las prerrogativas, el poder económico que establecen sus miembros en ciertas zonas de la escala de fortunas. Muestran particularmente que en los alrededores de la abadía de Cluny todos los que en el año mil llevaban el título caballeresco eran propietarios libres, tenían también feudos aunque de dimensiones insignificantes en relación a sus alodios y parecían ser, en su mayoría, descendientes de los grandes señores de la época carolingia. Los documentos señalan también la posición de este grupo social con relación a los movimientos que se perciben en la población de aquella época y la notable estabilidad de sus efectivos durante los siglos XI y XII. Si se utilizan conjuntamente los resultados de la investigación arqueológica y de los de la explotación de las fuentes narrativas comienzan a aclararse ciertos aspectos oscuros.

Así, el estudio de los lugares fortificados pone en evidencia dos hechos. La caballería del siglo XI no constituía toda la aristocracia; está en realidad dominada por una capa mucho más reducida, constituida por los escasos personajes que están al mando de una fortaleza, a los cuales los caballeros están vinculados y verdaderamente subordinados. Pero en el curso del siglo XII comienzan a multiplicarse los castillos más modestos, los que se llamarán más tarde «mansiones fortificadas». Este fenómeno manifiesta, entre otras cosas, la preocupación de la caballería por adoptar el género de vida de los señores de los castillos, por apropiarse de sus prerrogativas y alcanzar su nivel. Esto traduce

un movimiento profundo que vulgariza poco a poco los comportamientos de la alta aristocracia y cuyo efecto es esfumar progresivamente las jerarquías en el seno de la clase señorial y volverla más homogénea.

Para captar la amplitud de este movimiento y llegar hasta las modificaciones que lo determinaron, es necesario interrogar paralelamente a las fuentes narrativas. Se observa entonces que las actitudes mentales y los modelos culturales desempeñaron en aquella evolución un papel determinante. En el nivel de la aristocracia superior, de los «príncipes», de los «grandes», para emplear el lenguaje de los documentos de la época, estaba muy viva a comienzos del siglo XI la antigua concepción de la nobleza cuyo componente esencial residía en una aptitud hereditaria —yo la llamaría incluso biológica, pues se transmite por la sangre y la educación no cuenta para nada— para dirigir un carisma natural para el poder. Fue esta noción la que estableció un abismo entre los «nobles» y los simples caballeros. Ahora bien, este abismo comenzó a desaparecer y muy tempranamente, desde fines del siglo X, en las cercanías de la abadía de Cluny. Triunfa la idea de que los caballeros son también nobles y que poseen hereditariamente las mismas virtudes. Pero esto no fue consecuencia de una fusión material; la segregación matrimonial permaneció firme entre los dos grupos, como también las desigualdades de orden económico; la evolución de los beneficios señoriales, lejos de eliminarlas, las hicieron cada vez más vivas. Es necesario coincidir en que intervino aquí la propagación de una ideología, la de la paz de Dios, que se desarrolló a partir del sur de Francia desde los últimos años del siglo X. Este desarrollo es la consecuencia de un hecho político, el debilitamiento del poder real, el cual estuvo a su vez directamente determinado por las condiciones económicas: se apoyaba en las estructuras de una sociedad agraria, cerrada, que ya no estaba irrigada por los beneficios de la guerra que en otro tiempo distribuía el soberano. Pero la penetración de aque-

lla ideología transformó la manera en que la sociedad aristocrática se concebía a sí misma. Esto repercutió en las representaciones mentales colectivas en cuatro aspectos.

1. Separó del resto de los hombres a aquellos que portaban armas. Estos constituyeron así un cuerpo homogéneo, separado, excluido, una categoría social mucho más claramente delimitada que antes. Esto explica en particular la difusión, a partir de fines del siglo X, de un título específico, la palabra caballero, calificativo común que, al hacer hincapié en la especialización militar, pretendió marcar netamente las fronteras del grupo.

2. La propagación de la ideología de la paz aceleró también la instauración de una moral propia para todos los guerreros. Esta moral reposaba sobre una valoración de la acción militar; los intelectuales de la Iglesia buscaron entonces una justificación espiritual para la violencia caballeresca; construyeron —y esto preparó la maduración de la idea de cruzada— el modelo ejemplar del *miles Christi* y lo propusieron a toda la aristocracia laica, es decir, también a los miembros del estrato superior, a los «grandes», a los «nobles». Estos, desde el último tercio del siglo XI, se esfuerzan por comportarse como caballeros. Ostentan también el título caballeresco. Esto acerca ya a las dos capas aristocráticas. Pero la fusión llega a ser más completa, ya que los valores propios de la nobleza ocupan naturalmente un lugar en esta ética común, y en particular la noción específicamente nobiliaria de una «virtud» hereditaria [1] transmitida por la sangre, por el linaje.

3. La vulgarización de la idea de nobleza implicó otro cambio de importancia capital, mal estudiado aún. Produjo una modificación de las relaciones de parentesco en el conjunto de la sociedad aristocrática, un reforzamiento de las solidaridades familiares en el marco del linaje. Las estructuras de descendencia, patrilineales, sólidas, estrictas, primero vivas en el nivel de los más altos señores, parecen también haberse vulgarizado y difundido poco a poco en las capas inferiores de la caballería. Lo que es se-

guro es que los caballeros, que en su mayoría vivían en el siglo XI en condición doméstica en casa de un castellano, se establecieron en una tierra; la mayor parte de ellos adoptó el nombre de la tierra donde estaban instalados, hereditario como ésta, que sirvió de soporte a la conciencia del linaje. La caballería llegó a ser de este modo una sociedad de herederos tanto más sólida y más cerrada cuanto que, para mantener el estado de sus fortunas, los linajes se esforzaron por reducir la proliferación de los nacimientos y practicaron con tal fin una estricta limitación de los casamientos. Este comportamiento explica la estabilidad de los efectivos de este grupo social que revela el estudio de los cartularios.

4. Esta última actitud explica también la importancia, entre los caballeros, de los solteros, de los que se denominaban entonces los «jóvenes», que no habían conseguido establecerse. Su presencia mantiene en el mundo caballeresco la movilidad, la turbulencia, la agresividad y todos los otros rasgos que expresa y exalta una literatura de entretenimiento, compuesta en gran parte para este público de «jóvenes».

Este ejemplo nos invita a reflexionar sobre el método. Lo esencial frente a los escritos narrativos y a las fuentes de los archivos es partir de un conocimiento seguro de los hechos económicos que fundamentan las relaciones sociales. En efecto, lo que importa no es atenerse a lo que revelan sobre una cultura los modos de expresión de una minoría, sino descubrir las bases temporales de las actitudes mentales. No obstante, parece igualmente necesario interrogarse sobre las repercusiones de las ideologías que dominan en tal o cual época. Estas representaciones mentales adquieren en efecto, en ciertos niveles, independencia frente a las realidades políticas y económicas que determinaron su formación. Aquellas las sobreviven y se pueden observar muchas discordancias entre la naturaleza concreta de un grupo social y la

imagen que éste se hace de sí mismo. Es fundamental, pues, vincular estrechamente el estudio de los fenómenos económicos con el de las mentalidades, observando las concordancias y discrepancias entre las dos series de hechos.

14. LAS SOCIEDADES MEDIEVALES. UNA APROXIMACION DE CONJUNTO[*]

Señor Administrador, estimados colegas,

Si habéis decidido consagrar la enseñanza que he tenido el honor que me confiarais, no solamente a la historia de la Edad Media, aunque la tradición de esta casa hubiera justificado perfectamente tal elección, sino de manera más específica a la historia de las sociedades medievales, es porque os ha parecido, en primer lugar, que el estudio de las relaciones sociales podría arrojar nueva luz sobre el conjunto de los elementos que componen una civilización. También y sobre todo porque habéis estimado, dado que la vocación del Colegio de Francia es enseñar la ciencia en su proceso de constitución, que las reflexiones más urgentes, aquellas de las cuales pueden esperarse los resultados más nuevos, debían adentrarse en la senda menos conocida de la historia medieval, que es precisamente la de la historia social.

Os puede parecer sorprendente, señoras y señores, que hable en tales términos de esta historia, en el mismo lugar donde Luden Febvre enseñó y llevó adelante durante largo tiempo esos combates por una historia renovada que hemos proseguido con entusiasmo y pasión, si se tiene en cuenta tantos trabajos acabados, a punto de acabarse o de iniciarse, y evoco por último, con reconocimiento y respeto, la memoria de Marc Bloch, a quien le debo el descubrimiento de que es el hombre vivo lo que hay que buscar bajo el polvo de los archivos y en el silencio de los museos… No obstante no se puede ignorar —y la disposición de numerosas obras, el título mismo de diversas enseñanzas lo testimonian— que la historia social aparece en la actualidad a menu-

do como un anexo, como un apéndice, como, digámoslo, el pariente pobre de la historia económica. Esta, en efecto, movida desde hace medio siglo por un poderoso impulso, no ha dejado de dar vida y amplitud a las investigaciones más fecundas; ha conquistado los más amplios espacios; se la observa ahora, sostenida por los recientes desarrollos de una arqueología de la vida material, abrirse nuevos caminos. Ha triunfado. Y en su éxito arrastra tras de sí a la historia de las sociedades. Pues es evidente que el estudio de la estratificación social, de las relaciones que mantienen los individuos o los grupos, no puede emprenderse sin que primero se haya discernido claramente cómo 1 en un cierto momento, se organizan las relaciones de producción y se reparten los beneficios.

Es conveniente, sin embargo, que nos mostremos vigilantes con respecto a dos aspectos. En primer lugar, frente al hecho de que los historiadores de la economía medieval no siempre se han guardado de aplicar a la observación del pasado una concepción de la economía fundada en datos actuales que se revela, cuando se aplica, anacrónica y deformante. Así, inconscientemente, han otorgado un lugar privilegiado durante mucho tiempo a las actividades comerciales y a la circulación del dinero, sin haber definido con exactitud —y ciertas conclusiones de investigaciones etnológicas los hubieran podido ayudar a hacerlo— el papel de la moneda o la naturaleza de los intercambios en una civilización tan profundamente arraigada en la vida rural como lo estaba la del Occidente medieval. En segundo lugar, y sobre todo, sería falso pensar que se ha finalizado el análisis de una sociedad cuando, después de la lectura de los censarios, de los registros de estima o de los catastros, se llega a situar los jefes de casas en los diferentes niveles de una jerarquía de fortunas; cuando, interpretando los términos de un contrato de alquiler o de trabajo, se señala cómo tal trabajador era explotado; cuando, por mediación de enumeraciones fiscales, se ha visto cómo se esboza la tenden-

cia de una evolución demográfica. En efecto, la idea que tienen los individuos y los grupos de sus respectivas posiciones, y las conductas que dicta esta idea, no están inmediatamente determinadas por la realidad de su condición económica, sino por la imagen que de ella se hacen; imagen que nunca es fiel puesto que está siempre influida por el juego de un conjunto complejo de representaciones mentales. Considerar los fenómenos sociales como simple prolongación de los fenómenos económicos, es reducir el campo de interrogantes, es empobrecer singularmente la problemática, es renunciar a percibir claramente ciertas líneas de fuerza esenciales.

De hecho muy tempranamente, a partir del instante en que la historia de la economía iniciaba su camino, a algunos les pareció indispensable completar el estudio de las bases materiales de las sociedades antiguas con el de los ritos, creencias y mitos, con el de todos los aspectos de una psicología colectiva que determinan los comportamientos individual es y en función de los cuales se ordenan las relaciones sociales de manera tan directa y necesaria como en función de los hechos económicos. De tal suerte ha ido tomando cuerpo lentamente, y durante mucho tiempo de manera vacilante, esta historia que se ha denominado, tal vez impropiamente, historia de las mentalidades; ésta ha visto en los años recientes reafirmar sus métodos y ampliar sus ambiciones gracias al impetuoso progreso de las jóvenes ciencias humanas, como la antropología social y la semiología. Este vasto dominio que se abre así a la investigación puede seducir tanto más a los medievalistas cuanto que la mayor parte de los documentos escritos de aquella época, al ser redactados por hombres de la Iglesia, conferían a las cosas del espíritu una función mucho más importante que a las realidades económicas y escasamente proveen de datos cuantificables y susceptibles de utilización estadística, mientras que se revelan particularmente esclarecedores en lo que a los fenómenos mentales se refiere. Pero esta disposición presenta en sí

misma un serio peligro, que no han esquivado ciertos historiadores que dejándose llevar por la actitud misma de los documentos que interrogan, cuyos esfuerzos iban encaminados a separar lo espiritual de lo temporal, han tendido a alejarse de lo concreto, a atribuir a las estructuras mentales una autonomía demasiado amplia con relación a las estructuras materiales que las determinan, desviando insensiblemente la historia de las mentalidades hacia desarrollos parecidos a los de la *Geistesgeschichte*.

Si se desea, en consecuencia, que la historia social progrese y conquiste su independencia, es conveniente adentrarse en un camino donde se opere la convergencia de una historia de la civilización material y de una historia de la mentalidad colectiva. Pero creo imprescindible plantear previamente tres principios de método. Es necesario partir de la idea de que el hombre en sociedad constituye el objeto final de la investigación histórica, de la cual es el primer principio. Historia social, de hecho, es toda la historia. Ya que toda sociedad es un cuerpo, en cuya composición intervienen, sin que sea posible disociarlos, salvo por exigencias del análisis, factores económicos, políticos y mentales, esta historia se nutre de todas las informaciones, de todos los indicios, de todas las fuentes. No se contenta evidentemente con lo que aportan los textos, ya sean narrativos o jurídicos, ya intenten regular las liturgias o se propongan trasponer lo vivido en lo imaginario con el fin de divertir o de edificar una moral. No le es tampoco suficiente superar el contenido de estos textos, examinar su envoltura formal con el fin de alcanzar la verdadera relación con el mundo de aquellos que los compusieron y los utilizaron, más allá de las palabras y de las constelaciones de vocablos, más allá de las cifras y de los procedimientos de cálculo, más allá de la ordenación del discurso, de la disposición externa del escrito y de lo que pueda revelar el aspecto mismo de la grafía. La historia social debe estar también atenta a todos los vestigios del pasado, a los restos de instrumentos y herramientas que

exhuman las excavaciones, a todas las huellas que subsisten de los antiguos establecimientos humanos en el paisaje actual de las campiñas y de los pueblos, a todo lo que deje, por último, traslucir; en el plano de un santuario de peregrinación, en la composición de una miniatura, en el ritmo de una secuencia gregoriana, una concepción del universo plasmada en las formas múltiples de la creación artística. Porque, en efecto, como dice Pierre Francastel, «toda sociedad instauradora de un orden económico y político lo es al mismo tiempo de un orden figurativo y toda sociedad en transformación forja siempre a la vez instituciones, conceptos, imágenes y espectáculos».

A partir de todas estas fuentes, y sin olvidar ninguna, la historia de las sociedades debe ciertamente, en primer lugar, por comodidad de investigación, considerar los fenómenos a diferentes niveles de análisis. Que deje de considerarse la acompañante de una historia de la civilización material, de una historia del poder, de una historia de las mentalidades. Su vocación propia es la de la síntesis. Le corresponde recoger los resultados de las investigaciones realizadas conjuntamente en estos diversos dominios y agruparlos en la unidad de una visión global. «Para reencontrar la vida histórica, dice Michelet, se necesita seguirla pacientemente en todos sus caminos, todas sus formas, todos sus elementos. Pero, agrega, es también necesario, como una pasión más grande aún, rehacer, restablecer el juego de todo aquello, la acción recíproca de estas fuerzas diversas) en un poderoso movimiento que devendrá la vida misma». Restablecer el juego de todo aquello, es decir, señalar las correlaciones exactas entre las diversas fuerzas en acción. Tal es el segundo principio: esforzarse por aprehender; en el seno de una globalidad, las verdaderas articulaciones. Cómo, por ejemplo, la presión de un movimiento económico repercute sobre el proyecto de una moral, cómo una tentativa de progreso espiritual, por la manera en que se inserta en un sistema de producción, acaba por fallar su objetivo. Esto

es, por ejemplo, lo que nos enseña el destino de aquellas sociedades muy particulares que constituyeron, en el siglo XIII, las comunidades monásticas en las abadías cistercienses: Sociedades que pretendían ser ejemplares, sociedades ritualizadas, regidas por un código —la Regla de San Benito—, un conjunto de preceptos que tenía seis siglos. Este texto había sido releído cuidadosamente. Pero en el curso de aquella relectura se hizo hincapié, en el momento de la constitución de la orden, en una exigencia de pobreza: se debía reaccionar en efecto contra las consecuencias morales de un enriquecimiento general, que hacía considerar escandaloso el progresivo hundimiento de la orden benedictina más prestigiosa de la época, la de Cluny, en la comodidad y en la seguridad señorial. Ahora bien, dado que habían renunciado a vivir de sus rentas, dado que habían decidido extraer de la tierra, mediante el trabajo, su propia alimentación, dado que habían elegido establecerse en la soledad, en medio de pastos y de bosques, estas nuevas comunidades se encontraron situadas, a pesar de ellas, y conforme al modelo arcaico que habían elegido imprudentemente como regla de conducta, en la vanguardia de la economía más expansiva, en condición de producir abundantemente productos que no consumían como lana, carne, hierro, madera, que cada vez se vendían mejor. Por una especie de desquite imprevisto de la economía, estos apóstoles de la indigencia se hicieron ricos. Sin duda permanecieron, en el aislamiento en que vivían, fieles a su ideal. Pero ante los ojos de aquellos que sólo los veían negociar en las ferias o reunir, gracias a victoriosas pujas, un patrimonio a expensas de sus vecinos, ante los ojos de aquellos que, en el siglo, en el seno de una creciente prosperidad no soportaban que los hombres de Dios no fuesen en compensación verdaderos pobres, los cistercienses dejaron poco a poco de encarnar la perfección espiritual. La admiración se dirigió hacia otros que andaban con los pies desnudos por los

suburbios de las ciudades, que vestían un sayal y que no poseían nada.

Pero la investigación de las articulaciones muestra desde el comienzo que cada una de las fuerzas en acción, dependiente del movimiento de todas las demás, se ve arrastrada por un impulso que le es propio. Cada una de ellas se desarrolla, aunque no esté yuxtapuesta sino estrechamente ligada a las demás en un sistema de indisociable coherencia, con una duración relativamente autónoma, animada a su vez en los diferentes estadios de temporalidad por una agitación de los acontecimientos, por amplios movimientos de coyuntura y por modulaciones más profundas, distribuidas en ritmos mucho más lentos. De esta diversidad de ritmos resultan constantes discordancias, efectos de atraso, pesadez, remanencias prolongadas y a menudo verdaderos bloqueos que hacen que insensiblemente se tensen los resortes de bruscas mutaciones. Consideremos como ejemplo las reglas jurídicas. Estas evolucionan difícilmente cuando han sido fijadas por una ley escrita; con mucha más facilidad cuando sólo las conserva la memoria colectiva. Sin embargo, por dúctiles que sean las costumbres orales de la época feudal, no consiguieron adecuarse sin demora a las modificaciones de la distribución de los poderes, en función de la cual trataban de ordenar de forma duradera las relaciones sociales. De este modo, en los señoríos franceses del siglo XI, los hábitos de lenguaje, los formularios de las actas jurídicas, los gestos rituales que les correspondían prolongaron durante largos decenios, cuando las instituciones públicas que las habían fundado estaban desmoronadas, las diferencias entre los descendientes de esclavos y los trabajadores libres. Las segregaciones impuestas por la costumbre, las prohibiciones y exclusiones que subsistieron, ocultaron durante algún tiempo la evolución de las fuerzas productivas y ciertamente la frenaron; retardaron el crecimiento demográfico y provocaron sentimientos de frustración que llevaron a su madurez los gérmenes de los tumultos urba-

nos, es decir, los fermentos de las innovaciones jurídicas. Esta complejidad del tiempo social, que sólo explica imperfectamente una información siempre discontinua, incita pues a introducir en el método la exigencia de un último principio: la necesidad de disipar en cada momento que el historiador elija observar, analizando muy minuciosamente la interacción de las resistencias y de las pulsiones entrecruzadas, las aparentes rupturas que provoca y las contradicciones que aviva, la ilusión de una diacronía. Pues sólo discerniendo con el mismo empeño articulaciones y discordancias en e] seno de una globalidad se puede intentar edificar una historia de las sociedades medievales sobre una trama que quiero esbozar ahora a grandes rasgos.

Un día los carros de los pueblos bárbaros forzaron las barreras que los ejércitos romanos oponían a su avance. Un día Sidonio Apolinar se vio obligado, a pesar suyo, a recibir a los jefes germanos en los anexos de su residencia. Entonces comienza la Edad Media. Comienza con el encuentro de dos sociedades de estructura semejante. Roma fascinaba aún a los pueblos salvajes. Pero Roma, en Occidente, no era más que un decorado que se desmoronaba. En efecto, desde hacía mucho tiempo, las consecuencias de una prolongada fase de regresión demográfica y económica habían deteriorado y distendido la red de ciudades y de rutas que las legiones habían lanzado sobre las provincias conquistadas con el fin de controlarlas mejor y proteger la mediocre felicidad de algunos privilegiados. Al desconcharse, el barniz de civilización urbana y mercantil dejaba al descubierto el sustrato precolonial, señorial y rústico, en el cual los grandes dominios y las clientelas vinculadas a los jefes de las aldeas constituían el marco de las relaciones sociales. Bajo el efecto de una lenta ósmosis, a lo largo de la cual las invasiones que la historia se esfuerza por fechar sólo aparecen como los tiempos difíciles y particu-

larmente violentos de una evolución continua, los límites del Imperio dejaron de existir. Sin duda, las tribus transportaron en sus migraciones ciertos rasgos de cultura que les eran propios: un sentimiento menos difuso de la libertad, la exaltación de las virtudes militares, un arte de las joyas y del signo abstracto; se establecieron en zonas rurales donde perduraban otras tradiciones como el uso del pan, del vino, de la moneda y de la construcción en piedra; aquellos que los dirigían quisieron ostentar, en los palacios de las ciudades y en los anfiteatros, los burdos oropeles de una civilización moribunda. Sin embargo, las dos sociedades, la de los invasores y la de los indígenas, eran ambas rurales, ambas esclavistas, ambas dominadas por fuertes aristocracias y de una brutalidad casi igual. Ambas se mezclaron sin esfuerzo. La Iglesia cristiana; preocupada por unir en una misma fe a todos los habitantes de la tierra, aceleró esta fusión y aparecieron cruces en las sepulturas germánicas. Pero la Iglesia se barbarizó. Ella también se hizo rural. Sus puestos de avanzada fueron desde entonces monásticos y de las letras latinas no salvó más que los fragmentos que podían servirle para la oración.

En la oscuridad que fue poco a poco provocando, durante el siglo VII, el naufragio de la alta cultura, se pueden descubrir algunos signos que representan, en la historia de la producción y de la población, una inversión decisiva de la tendencia secular. Se esboza entonces el comienzo de un lento progreso, estimulado sin duda por la existencia de condiciones climáticas más favorables en el oeste del continente europeo. Pero el resultado de este impulso, cuyos primeros indicios se desarrollaron en un medio muy primitivo, en un sistema económico agromilitar en el que las únicas fuentes de beneficio para las poblaciones campesinas eran las operaciones de pillaje, fue la creación, por bandas de guerreros mejor armados, de grandes Estados conquistadores. El Imperio carolingio fue la más prestigiosa de estas construcciones políticas. ¿Qué fue en realidad? Una jefatura de aldea ampliada a

dimensiones universales y que, por una ampliación en círculos concéntricos 1 tendía a englobar al conjunto de los territorios, desde los confines de la población hasta la persona misma del soberano. Desde las fronteras de los bosques impenetrables, donde los forajidos buscaban asilo, donde se conducía en otoño a las piaras de cerdos y donde se aventuraban las bandas de cazadores, hasta los claros donde campesinos famélicos se extenuaban produciendo lo que estaban obligados a entregar en las residencias de los grandes, a aquellos especialistas del combate arrastrados por el rey, jefe de la guerra, en primavera, cada vez más lejos, en expediciones de rapiña. Los verdaderos rayos de esta organización concéntrica estaban constituidos por lazos de obediencias personales, lazos privados forjados en el seno de los agrupamientos familiares, de los domésticos, en los cuerpos de combatientes, que reposaban en un juego complejo de prestaciones y contraprestaciones que la legislación carolingia pretendió institucionalizar. Pero cerca del soberano, rodeándolo, estaban los monjes y los clérigos; su interposición distorsiona grandemente la realidad de las relaciones sociales. Herederos de la cultura romana, del mismo modo que impulsaron a Carlomagno a traer antiguas columnas de Italia para construir la capilla de Aquisgrán, se esforzaron, a partir de los vestigios de aquella cultura, por levantar un nuevo edificio que no fue en realidad más que un nuevo decorado erigido sobre los escombros del antiguo. Trataban de persuadir al rey de que era el sucesor de los Césares y de que su misión era la de rehacer el Imperio y el orden romanos. Pero al inspirarse a la vez en la Biblia y en los escritos latinos de la edad antigua, se dedicaron sobre todo a consolidar una representación global de la sociedad. Representación tan sólida que se impondría durante siglos a la conciencia colectiva.

Concéntrica también, pero vivida como el simple reflejo terrenal de la única realidad, que es la del reino de Dios, esta representación pretende ser inmutable por responder al proyecto di-

vino y el único progreso permitido era aquél de orden espiritual, que conducía a los hombres hasta las puertas del juicio final. En este círculo el rey aparece como único centro: ungido por el Señor, imagen de un Dios único, dirige los destinos de todo el pueblo cristiano, al que está encargado de guiar hacia la salvación. Príncipe de la paz, Augusto, le corresponde extender la fe rechazando a los infieles, forzando al bautismo a los paganos de los confines, reduciendo poco a poco o al menos impidiendo que se extiendan aquellos núcleos sólidos, rechazados pero vigorosos que son las comunidades judías. Garantía de orden, es el protector titulado de la Iglesia y de los pobres, amenazados por las fuerzas del mal y por las agresiones de los poderosos.

Este modelo explica efectivamente algunas de las tendencias que animaron la realidad de aquel tiempo: el esfuerzo misionero, el retroceso de las fronteras que desde comienzos del siglo IX hizo de las expediciones mili tares empresas azarosas y poco rentables, el peso, sobre todo, del gran dominio que tendía irresistiblemente a dilatarse, a absorber y a doblegar bajo su yugo a los escasos campesinos aún independientes. Pero esta imagen construida por los intelectuales de la Iglesia entraba en contradicción con la estructura misma de los poderes que pretendía sostener y justificar. Querer hacer del rey un soberano pacífico significaba en efecto debilitar su dominio sobre los grandes, a quienes no sujetaba nunca tan bien como cuando los reunía para la guerra y el reparto del botín. Querer moralizar la función real, imponer deberes al monarca, colocarlo del lado de los pobres, era oponerlo directamente a la aristocracia, cuyo poder se reforzaba insensiblemente gracias a los progresos de la economía rural que la hacían cada vez más reacia. Desde que se precisa y se impone al espíritu del soberano, en tiempos de Luis el Piadoso, esta imagen ideal del edificio social vino a conjugarse con otras fuerzas para precipitar la ruina de aquel estado desmesurado que era el nuevo Imperio. Mientras que en Germanía, aquel país nuevo, debían

sobrevivir por mucho tiempo las estructuras políticas implantadas por la colonización carolingia y mientras que más lejos, en el corazón del salvajismo, en los mundos eslavo y escandinavo, comenzaban a concretarse las bases de una organización de poderes análoga a la que, dos siglos antes, habían esbozado los antepasados de Carlomagno, a comienzos del siglo X, en las regiones más evolucionadas —la Galia del sur, la del oeste, la Lombardía— la autoridad del rey comenzaba a derrumbarse. En su caída arrastró por un tiempo a la alta cultura; después de la viva luminosidad que el renacimiento de la escritura había traído al círculo de los soberanos francos, recayó la noche sobre las relaciones sociales, produciéndose un corte artificial en este punto cronológico.

Pero un crecimiento continuo de la población y un perfeccionamiento continuo de las técnicas agrarias, difíciles de vislumbrar entre estas nuevas tinieblas, no cesaron de fortalecer la verdadera realidad, que no era el reino del cielo ni el de la tierra, sino el señorío, nudo de poderes enraizado en el suelo campesino, ajustado a la estrechez de una civilización absolutamente rural, que nadie podía dirigir de lejos. El desmembramiento del poder real permitió a los señores de territorios y bosques dominar cada vez más profundamente a los hombres. Los castillos, puntos de apoyo de la defensa local, se transformaron para el pueblo aterrorizado por las últimas incursiones de los saqueadores en los únicos lugares de refugio. Estas nuevas funciones de protección autorizaban a los señores a apropiarse de una parte mayor aún de los productos en constante aumento, del trabajo de la tierra. De este modo se precisan los contornos de dos verdaderas clases: la de los señores por un lado, la de los campesinos por otra. Mientras tanto, la competencia por los beneficios entre los señores hizo que se rompieran las connivencias que hasta entonces habían unido a la aristocracia laica y a la eclesiástica, opuestas y rivales de allí en adelante.

La Iglesia se hizo señorial; se enriqueció; como conclusión, se inició una renovación cultural que favoreció hacia el año mil la elaboración de un nuevo sistema de representaciones mentales. Una vez más obra de clérigos y de monjes, este sistema aparece de hecho como la reelaboración modificada del modelo carolingio. En efecto, consideraba a la realeza necesaria. «Uno solo reina en el reino de los cielos, el que lanza el rayo», afirma uno de estos intelectuales, «es natural que no haya más que uno que de la misma manera, debajo de él, reine sobre la tierra». Pero la autoridad soberana se encontró de allí en adelante transferida a un plano irreal, sin conservar en la realidad más apariencias que los poderes sobrenaturales. Este sistema, como el precedente, reposaba sobre la idea de paz, establecida a su vez sobre una concepción estática de la estratificación social y reconocida como homóloga, como prefiguración del ordenamiento de las relaciones en la Jerusalén celeste. Pero se proponía ahora una organización triangular. Tres órdenes, tres categorías sociales estables, estrictamente delimitadas y cada una investida de una función particular. En primer lugar, el orden de los hombres de oración, es decir, la Iglesia que en su voluntad de reforma se afanaba por separarse netamente de los laicos en nombre de la superioridad de lo espiritual sobre lo temporal y se esforzaba por lograr una mayor cohesión proponiendo a los clérigos la moral de los monjes. Luego, el orden de los que combaten cuya misión específica era defender al conjunto del pueblo, misión que justificaba, como en el caso de los eclesiásticos, el que fueran mantenidos por el trabajo de otros. Por último, el orden de los campesinos, completamente sometido, doblegado bajo el peso de un trabajo que alimentaba a los otros dos órdenes.

Este modelo muy simple, cuya misma simplicidad le permitió perdurar por largo tiempo, presenta tres aspectos consecutivos. En primer lugar, refleja un cierto número de modificaciones que se produjeron en las relaciones sociales como efecto del progreso

de la civilización material y de la evolución de las relaciones políticas. Al reunir en un cuerpo homogéneo a toda la población del campo sanciona la progresiva desaparición, ante las justicias privadas y bajo el peso de la explotación señorial, de las últimas remanencias de la esclavitud. Más claramente aún, funda la conciencia de un triple antagonismo, de tres modos conjugados de dominación. Dominación económica, de los señores sobre los trabajadores. Dominación política, la de los guerreros sobre los hombres desarmados. Dominación espiritual, la de la Iglesia sobre los laicos. Pero este modelo pretende proponer además una reducción de estos antagonismos. Cree lograrla apoyándose en la noción de servicio, que se había afirmado en el marco de las adhesiones personales y de la cual se pretende hacer el fundamento del orden social. Aquellos que la construyeron habían leído en San Pablo que «el cuerpo es un todo que tiene muchos miembros y que los miembros del cuerpo, a pesar de esta pluralidad, no constituyen más que un solo cuerpo». Para ellos, cada uno de los tres órdenes debía, pues, cooperar para mantener la concordia en un mundo ordenado por el pensamiento divino y en consecuencia inmutable. De esta manera, y éste es el tercer aspecto, este modelo no coincide con la realidad concreta, es decir, con la prosecución y la aceleración, en los últimos años del siglo XI, del desarrollo económico. El crecimiento agrícola prosigue, en efecto, y se acelera; en todas partes retroceden los yermos y pantanos ante los campos cultivados y las viñas; en todas partes se multiplican las nuevas aldeas. Y esto ocurre porque en una gran extensión de suelos vírgenes, en los que se han acumulado las reservas de fertilidad, los rendimientos no se debilitan y el volumen de la producción crece constantemente. Como este desarrollo se opera en el marco del sistema señorial de explotación que reduce a un nivel de subsistencia la condición de los trabajadores, transfiere lo esencial del excedente a manos de los señores y estimula su propensión al lujo. Para satisfacer estas

nuevas necesidades se destacan de la masa campesina equipos de especialistas, albañiles, viñateros, artesanos, comerciantes; el renacimiento de los intercambios suscita el renacimiento de las ciudades. En toda Europa, nuevos barrios se despliegan en los accesos a las antiguas ciudades, nuevas aldeas nacen y se extienden en el cruce de los caminos y vías de navegación. Hacia fines del siglo XII, la civilización de Occidente, rural desde hacía siglos, conoce una mutación fundamental: de allí en adelante se encuentra dominada por la vida urbana. A partir de entonces todo se ordena alrededor de la ciudad: la riqueza, el poder y las creaciones del espíritu.

Estas transformaciones tan profundas acabaron evidentemente por desorganizar el sistema de relaciones, cuyos rasgos había querido eternizar la teoría de los tres órdenes y cuya intemporal armonía se creyó por un instante que las tropas de cruzados, aprestándose a marchar hacia la tumba de Cristo y hacia el fin del mundo, iban a encarnar pasajeramente. Estas perturbaciones se manifestaron a tres niveles. El progreso material complicó poco a poco desde el comienzo la estratificación social, introduciendo en el interior de cada categoría múltiples oposiciones cada vez más tajantes. En la Iglesia misma, la renovación urbana acusó el divorcio, disimulado por un momento, entre las sociedades monásticas, cuyas estructuras pertenecían al mundo rural, y la efervescencia que, alrededor de las catedrales, animaba a la Iglesia secular haciendo de un gran número de clérigos los conquistadores de una nueva época. En el orden de los guerreros, la intensidad de los intercambios y de la circulación monetaria, que reforzaba las estructuras del Estado, agrandaron la distancia que existía entre una mayoría que no poseía más que la tierra y cuya existencia seguía un ritmo aldeano, y algunos, cada vez menos numerosos, que reunían en sus manos los haces de un poder cada vez más concentrado y cada vez más beneficioso. Por último, entre los trabajadores las condiciones económicas se diversificaron.

En el campesinado, la intensa movilidad de los patrimonios permitió el enriquecimiento de algunos que superaron así la común mediocridad, mientras que el desarrollo demográfico, al parcelar las herencias, multiplicó los aldeanos que, faltos de recursos, estaban a la caza de un empleo que les permitiera subsistir. Contrastes más marcados aún en los suburbios de las ciudades, entre el pueblo de artesanos y de pequeños revendedores y los grandes aventureros del comercio. En segundo lugar, el desarrollo material repercutió sobre la ordenación de las relaciones sociales. Desde tiempo atrás, éstas estaban dispuestas de manera vertical y en relaciones jerarquizadas de autoridad y subordinación. Estructuras horizontales, constituidas como asociaciones de iguales, vinieron a sumarse a esas redes: en todas partes, las de las cofradías religiosas,]as que reunían a los habitantes de una misma parroquia rural para la defensa de sus intereses colectivos, en la ciudad las del municipio o las de las guildas, las de las compañías en las bandas armadas o las que agrupaban a maestros y escolares en la vecindad de las sedes episcopales. Por último, el dinamismo económico impulsó las iniciativas personales-1 distendiendo las antiguas obligaciones, las de la familia, las de los domésticos, las del gran dominio; favoreció por todas partes la esperanza de promoción individual y una sensación turbadora de progreso se grabó en las conciencias. Se insinuaron entonces nuevos antagonismos que no consistieron solamente en el enfrentamiento de antiguas categorías sociales, cuyas fronteras eran cada vez más porosas, que no se establecieron solamente entre las múltiples capas que el movimiento de crecimiento aislaba en el interior de cada una de las clases descomponiéndolas poco a poco, sino que enfrentaron a las generaciones entre sí. A los más ancianos, instalados en sus antiguas estructuras y que se esforzaban por mantenerlas, se opusieron los más jóvenes que veían abrirse un amplio campo para sus esperanzas, arrastrados por el espíritu de aventura y competencia: los estudiantes rivalizaban

en las disputas escolásticas, los caballeros solteros buscaban la riqueza y la gloria en los torneos y en la vida vagabunda, los hijos de los campesinos creían encontrar, en las zonas desmontadas, mayor desahogo y mayor libertad. Pero los verdaderos promotores del impulso económico, los verdaderos artífices del progreso fueron los servidores de los grandes que construyeron sus propias fortunas extendiendo el poder de sus señores y los mercaderes que se encontraban en las ferias y que, en los puentes, cambiaban moneda y practicaban la usura.

Desde la segunda mitad del siglo XII, se descubre la progresiva aparición de múltiples imágenes que intentaban traducir y justificar las innovaciones sociales. Se construyeron en su mayor parte en aquel medio que siguió siendo el detentador privilegiado de la alta cultura, es decir, entre los hombres de la Iglesia. Mientras que los moralistas y predicadores se esforzaban por edificar una ética apropiada a cada uno de los «estados» profesionales cuya diversidad se percibía, se observa, en el terreno de las inquietudes espirituales y de las exigencias cristianas, cómo se plantea, de manera cada vez más preocupante, el problema de la pobreza. Entre los ricos, tanto en los marcos de la ortodoxia como en las sectas heréticas, despojarse de las riquezas aparecía como el acto eminentemente salvador, el único capaz de compensar una prosperidad vista como pecado; pero la práctica de la caridad entre los enfermos, entre los emigrantes, entre los miserables que se acumulaban en los límites de las aglomeraciones urbanas, iba acompañada de un creciente desprecio hacia los pobres, juzgados responsables de su pobreza y considerados de allí en adelante como peligrosos; nace entonces imperceptiblemente la idea de que es necesario aislar a los pobres en la exclusión, a todos los pobres, tanto a los leprosos como a los indigentes. Fue precisamente el santuario gótico el que, disipando las penumbras donde se había refugiado por largo tiempo una religión de prosternación, abriéndose a la luz del mundo, ofreciendo a la mirada la imagen

de un Dios encarnado, presente en el corazón de la vida, llegó a significar, cada vez más conscientemente, a través de todos sus símbolos, que el hombre estaba llamado por su acción personal a cooperar de manera decisiva en aquel progreso ininterrumpido en el cual se resuelve de allí en adelante el mito de la creación. Absolutamente nueva es, por último, la revelación de una cultura profana, la de los caballeros que se quieren separar de la tutela de los hombres de oración aunque los que la dan forma son en gran parte eclesiásticos. En sus expresiones poéticas, las únicas que nos son claramente perceptibles, el tema del advenedizo, objeto de burla, expresa la inquietud de los nobles amenazados en sus privilegios por los irresistibles ascensos sociales. Aquella cultura tomó partido en los conflictos entre generaciones proponiendo a un público al que fascinaban los valores de la juventud la figura de héroes desprendidos de toda atadura y dedicados a los juegos del amor cortés frente a la moral de los linajes y a la moral de los religiosos.

En las décadas cercanas al año 1300 se evidencian diferentes rupturas. Una ruptura en el movimiento de las economías por la que, a un largo período de desarrollo, le sucede una fase de regresión, uno de cuyos rasgos más evidentes es, en casi todas las regiones de Europa, la depresión demográfica. Una ruptura en la evolución cultural, que se manifiesta esencialmente por una rápida vulgarización del cristianismo; el cual se transforma desde entonces en una religión popular, y por la desacralización simultánea de un gran número de valores e imágenes: los centros de creación escapan poco a poco, en efecto, a la influencia absoluta de la Iglesia para instalarse en las cortes principescas. Por último, una ruptura más decisiva tal vez, en el material mismo que utiliza el historiador. Bruscamente las fuentes se multiplican y se laicizan. Por esta razón, sacando partido de los registros de notarios

o de los documentos fiscales, analizando los temas de una pintura que se ha vuelto decididamente figurativa y se preocupa por describir lo real, observando los objetos mucho más numerosos que descubren los arqueólogos y que nos hacen ver por vez primera lo que era la casa de un campesino, el plano de una aldea, la organización de un terreno, el instrumental de un taller artesanal, llega a ser posible conocer las realidades económicas por métodos preestadísticos y luego, basándose en datos numéricos, precisar los mecanismos de crecimiento y regresión. Por primera vez, los documentos revelan todo un conjunto de símbolos, de adornos y de emblemas que marcaban, ante los ojos de los contemporáneos, las diferencias entre los estados sociales. Por vez primera, por último, esta documentación muestra directamente a aquellos que sólo habían podido ser observados a través de una pantalla deformante, la que constituía el marco de referencia de los únicos testigos de los que se disponía hasta entonces, los eclesiásticos y los grandes: presenta por primera vez a los humildes. Todas estas rupturas han establecido efectivamente, en la tradición de la historiografía medieval y en especial en Francia, una cesura que aísla a los siglos XIV y XV de los precedentes. ¿Esta inflexión vale también para la historia de las sociedades? ¿No se corre el peligro de introducir en este dominio falsas discontinuidades?

Los dos últimos siglos de la Edad Media son, desde hace muchos años, en Francia y en la mayor parte de los países europeos, objeto de las investigaciones más activas y de los descubrimientos más esclarecedores. Es así como observamos menos confusamente cómo la gran epidemia de 1348 recorrió toda Europa; es así como se distingue con claridad cuál era el juego de las relaciones comerciales entre los mercaderes de Toulouse o entre los banqueros de Génova. Y aunque las campiñas permanecen menos conocidas que las ciudades, hoy sabemos cómo se juzgaba a los hombres en la región de Senlis, cómo se establecían las rela-

ciones entre señores y campesinos en Bordelais o en los Middlands y cuál era el destino de los caballeros en Namurois o en las campiñas de la Isla de Francia. Pero, dado que las fuentes son mucho más ricas y dado que los métodos aún artesanales que utilizan los medievalistas no permiten explotar rápidamente su contenido, estas investigaciones se limitan generalmente al marco restringido de una pequeña provincia, de una ciudad o incluso de una categoría social determinada en su interior. La multiplicidad de estos trabajos, su dispersión y su carácter a menudo local impiden que se obtengan fácilmente visiones de conjunto. El reciente progreso del conocimiento histórico ha permitido rectificar las conclusiones de viejos ensayos de síntesis. No se habla ya de crisis a propósito de las grandes mutaciones que afectaron a la historia europea en el siglo XIV y se ha dejado de lado cierto romanticismo que, a través del estrépito de las batallas, ante la amplitud de los osarios y de la tonalidad macabra que invadió al arte religioso, presentaba en conjunto al final de la Edad Media como una época de marasmo, de repliegue y de ansiedad, olvidando todas las corrientes de vitalidad que dieron lugar sin cesar por todas partes a grandes empresas de conquista y a las admirables formas de una estética renovada. Pero lo que importa es avanzar más, reunir en un solo conjunto los datos enriquecidos del análisis histórico y dedicarse a captar en su totalidad ciertos fenómenos importantes. Uno de ellos que parece caracterizar aquella época y que llama particularmente la atención es el de los tumultos de masas, el encadenamiento de las revueltas populares, las agitaciones que perturbaron a las clases inferiores de la sociedad y que, en el curso del siglo XIV, se propagaron de un extremo a otro de Europa. Por todas partes los campesinos se sublevaron, cogieron sus herramientas y fueron a saquear las residencias de los nobles y a matar a los delegados de los príncipes. Por todas partes, en los suburbios de las ciudades, se amotinaron las bandas de artesanos que, como los *ciompi* en Florencia, recla-

maban participar en la gestión municipal. Surge una primera pregunta a propósito de estos movimientos de tal amplitud y que duraron tanto tiempo. ¿Fueron solamente los últimos tiempos de la Edad Media los que sufrieron estas conmociones? ¿No habían sacudido ya los siglos XII y XIII? ¿No existían entonces tensiones igualmente violentas entre el pueblo y los señores que los testimonios, tal vez insuficientes, amortiguan y disimulan aún? Si se trata de situar las pulsiones que provocaron aquellos problemas, si se observa primero el aspecto económico —por las nuevas condiciones de la documentación, la historia económica domina en esta época; de manera más imperativa aún que en las precedentes, a la historia social—, se ve que los Jacques de Beauvaisis, los sediciosos de Inglaterra que seguían a Wat Tyler no se contaban entre los más pobres y que los verdaderos indigentes no fueron siempre arrastrados por ellos. Nos podemos preguntar entonces cuál fue exactamente la incidencia de los gérmenes de los conflictos basados en la situación de las relaciones de producción. La historia política, favorecida también por la naturaleza de las fuentes, aporta algunos elementos de respuesta. Nos incita a ver en estos levantamientos una reacción contra el reforzamiento de las estructuras del Estado y la presión fiscal. No obstante, para llegar a conclusiones plenamente satisfactorias, se deben tener en cuenta las actitudes mentales. Encontrar los lazos entre el origen de los tumultos y el sistema de mitos y creencias que gobernaba las conciencias populares y que por primera vez se deja entrever en esta época. Preguntarse también si estos movimientos no fueron puestos en marcha por las representaciones milenaristas de una religión aún borrosa o simplemente por aquella educación progresiva que acampano lentamente a la vulgarización del cristianismo, gracias a la influencia de aquellos poderosos medios de enseñanza de masas que fueron las predicaciones de los hermanos mendicantes y el teatro. Este problema de historia social no puede esclarecerse sin recurrir al estudio de la

sensibilidad religiosa, al de las cofradías y sectas, al de la literatura oral y de los temas iconográficos. Pero hay que reconocer que, entre todos los elementos que exigiría una necesaria síntesis, aquellos que provee la historia de las mentalidades colectivas son los más inciertos y difíciles de reunir. Esto conduce a una conclusión: del progreso de esta historia depende de aquí en adelante el progreso de la historia de las sociedades. Esto suscita también un interrogante, uno de los que más preocupa quizá a los historiadores actuales: ¿cómo conectar la historia de las mentalidades con el conjunto de la investigación histórica?

Desearía vivamente que la cátedra que se me ha confiado se transforme en un lugar de encuentro y de reflexión permanentes sobre el problema de esta inserción. Me parece, en efecto, que la época medieval puede ofrecer condiciones favorables para su análisis, ya que el campo de la economía actúa de modo menos inmediatamente determinante que en períodos más recientes y ya que, además, aquella época está suficientemente alejada de nosotros para que el historiador pueda distanciarse debidamente de los modos de pensamiento y de los comportamientos que éstos determinan. En efecto, el esfuerzo más difícil pero más necesario que debe realizar el que quiere comprender el pasado de las sociedades es el de liberarse de las presiones de las actitudes mentales que lo dominan a él. Indicaba hace un momento que era difícil desprenderse de una visión actual para observar, sin error de perspectiva, las economías de otras épocas. Es aún más arduo no trasladar a la observación de las mentalidades antiguas el reflejo de las de nuestro tiempo. Esto es lo que hace de las historias de la psicología colectiva, de las morales y de las concepciones del mundo, la más difícil de las tareas. Difícil porque los fenómenos mentales se basan en mecanismos más sutiles que los que hacen evolucionar los marcos materiales de la vida, porque escapan a la

mayoría de los medios de medición de que disponemos actualmente y porque en su fluidez parecen inasibles. Historia difícil, además, porque en toda sociedad coexisten niveles de cultura, entre los que se establecen estrechas correspondencias; diversos movimientos los relacionan, de los cuales los más vigorosos son aquellos que sumergen a los modelos creados por las élites en medios cada vez más profundos y más extendidos y que conducen a dichos modelos a deformarse a lo largo de su recorrido; entre aquellos estratos culturales, las fronteras son indistintas y móviles y es raro que coincidan exactamente con las que limitan las condiciones económicas. Historia difícil, por último, porque las representaciones mentales y las conductas de los hombres del pasado no se perciben más que por intermedio de los lenguajes, porque muchos de ellos se han alterado y a menudo perdido, porque otros están atados a una historia que les es propia y porque, en esta evolución, los signos que componen estos lenguajes se modifican generalmente poco: cuando se cargan progresivamente de nuevos sentidos es cuando se adaptan al movimiento de la mentalidad colectiva, pero tales variaciones semánticas no se dejan seguir de muy cerca con facilidad. No obstante, esta historia debe ser construida. La única manera de hacerlo de una manera científica es partir del principio de que las percepciones, los conocimientos, las reacciones afectivas, los sueños y los fantasmas, los ritos, las máximas del derecho y las convenciones, la amalgama de ideas recibidas que aglutina a las conciencias individuales y de la cual las inteligencias más independientes no llegan nunca a desprenderse por completo de las visiones del mundo más o menos confusas, más o menos lógicas que colorean las acciones, los deseos y los rechazos de los hombres en sus relaciones con los otros, no constituyen elementos dispersos sino que una estrecha coherencia los reúne en una verdadera estructura. Esta estructura no puede ser aislada de otras que la determinan y sobre las que repercute. Los progresos de la historia de las mentali-

dades, y en consecuencia los de la historia social, que no puede prescindir de aquélla, reposan en el uso del instrumental metodológico más eficaz que puede hoy manejar el historiador; hablo de la necesidad de conducir conjuntamente y con igual rigor, el análisis de las infraestructuras materiales, ecológicas y económicas, el de las estructuras políticas y por último el de las superestructuras ideológicas. Porque son efectivamente solidarios hechos tan alejados en el tiempo y aparentemente tan extraños entre sí como la imperceptible oscilación climática que favoreció el progreso de las tierras de labor en los límites del bosque merovingio y la elección que a comienzos del Renacimiento hicieron Paolo Uccello y aquellos que le encargaron aprisionar los tumultos de la victoria de San Romano en el cristal de un universo geométrico y nocturno. Penetrar todo lo posible en este enmarañamiento de articulaciones y resonancias sería, sin duda, avanzar penosa, paciente y apasionadamente en la comprensión de ese todo cuya historia es la historia de las sociedades y tratar de captarla, persiguiendo el sueño de Michelet, «en un poderoso movimiento que devendrá la vida misma».

15. EL MONAQUISMO Y LA ECONOMIA RURAL[*]

Para hacer algunas consideraciones generales sobre las relaciones que se pueden observar entre la institución monástica y la actividad rural, me permitiré dos libertades. Primero, la de concentrar la mayoría de mis observaciones en el espacio francés y esto por dos razones: por un lado, porque esta región de la cristiandad es la que conozco mejor; por otro, porque es en el espacio francés donde las fuentes más ricas parecen ser más numerosas. En segundo lugar, he elegido realizar un ligero desfase con relación al marco cronológico fijado para este coloquio y proponer un período que comenzando hacia los alrededores de 1075 se prolongara hasta mediados del siglo XII. Tal desfase se explica fácilmente. Es el mismo que separa de hecho la cronología de la reforma monástica y la de las repercusiones de esta reforma sobre los fenómenos económicos. Me parece que mi elección permite, en efecto, poner sucesivamente en evidencia, en principio, un modelo de gestión económica, transmitido por una larga tradición y todavía comúnmente aplicado en los monasterios de Occidente hacia 1075, luego la revisión a la que fue sometido este modelo desde esa fecha bajo la presión a la vez del espíritu de reforma y de la lenta y general modificación del clima económico y, por último, las primeras consecuencias de esta revisión sobre la vida misma de la institución monástica.

Para decidir la *dispositio rei familiaris* —retomo a propósito el lenguaje del abad de Cluny, Pedro el Venerable[1]—, para establecer la ordenación de la vida económica doméstica, para fijar su actitud frente a la vida agrícola, el monaquismo occidental disponía de una guía, de un texto, el de la regla de San Benito;

sin embargo, con el transcurrir del tiempo, se fueron dando interpretaciones de este texto, particularmente la del capitular monástico de 816, con el fin de adaptar su espíritu a las necesidades de una sociedad y de un medio económico que desde el siglo VI se habían modificado sensiblemente. De estas interpretaciones que se hicieron habituales, de estos «usos», los más respetados en la época que he elegido como punto de partida —y también los que están más claramente testimoniados en los textos— son los que se siguieron en el monasterio de Cluny, del cual propongo hacer aquí uno de los campos privilegiados de nuestra observación. Estos reglamentos muestran inmediatamente un primer hecho fundamental, que debe estar en la base de toda interpretación económica del monaquismo: es en primer lugar y sobre todo codificando las *necesidades* de la comunidad como las prácticas tradicionales dirigen la posición de las casas monásticas en el seno de la economía rural.

Una costumbre muy antigua repartía estas necesidades en dos categorías: por un lado, las necesidades alimenticias, *victus*; por otro, las necesidades de equipamiento, *vestitus*. Frente a estas dos categorías los comportamientos económicos estaban, al menos desde el siglo IX, netamente diferenciados, tradicional, institucional y diría incluso ritualmente (pues la actitud monástica es verdaderamente ritual frente al consumo de bienes materiales). Las necesidades de vestimenta, es decir, de equipamiento, debían satisfacerse normalmente comprando, es decir, recurriendo al instrumento monetario y por intermedio del *camerarius*, recaudador y guardián de los recursos en dinero de la casa. Por el contrario, la cuestión de las vituallas se relacionaba con el aprovechamiento, con la explotación directa de las fuerzas productivas que poseía la familia monástica: el *cellerarius*, recaudador y guardián de los productos de la tierra, procuraba a la comunidad para su subsistencia los productos de la empresa agrícola[2]. La inserción del monasterio en el seno de la economía rural se situaba,

pues, en el nivel de las necesidades alimenticias y dependía, en consecuencia, de lo que prescribía en este sentido la Regla y sus interpretaciones.

En los capítulos 30 y 40, la regla benedictina dirige estrictamente (*constituta annona*, se lee en el capítulo 31) la alimentación y las necesidades de los monjes, fija, según los períodos del calendario litúrgico, el número de comidas, la naturaleza de los productos que se debían servir en ellas y, por último, su cantidad (aunque en función de unidades de medida cuyo valor no era estable ni igual en todo el mundo cristiano, lo cual dejaba el campo libre a precisiones reglamentarias y a abundantes controversias). Señalemos que la Regla prohibía formalmente para todos los clérigos, a excepción de enfermos y débiles, el consumo de carne de cuadrúpedos (aunque, por razones imperiosas de aprovisionamiento, fue preciso autorizar en tiempos de Luis el Piadoso la sustitución del aceite por grasa animal para los aderezos) y que a los alimentos fundamentales de los primitivos tiempos del monaquismo —hierbas, raíces, leguminosas— agregaba el pan y el vino. Añadamos por último que los monjes no eran los únicos consumidores en la abadía: el cillerero debía alimentar también a «los enfermos, los niños, los huéspedes y los pobres», siendo estas bocas suplementarias a veces muy numerosas (en Cluny, a mediados del siglo XII, su abastecimiento cotidiano en cereales equivalía al de los religiosos, a condición de que un aflujo excepcional de visitantes no viniera a aumentar desmesuradamente las necesidades de la hospedería[3]), pero los usos y los estatutos habían igualmente ritualizado, y a menudo hasta en los menores detalles, el régimen alimenticio de esta población anexa y móvil, así como el de los servidores mantenidos en la casa[4]. El consumo de frutos de la tierra se encontraba completamente reglamentado; el cillerero debía realizar un plan de distribución de los víveres[5]. Planificada de esta manera, la economía doméstica de cada monasterio se organizaba en función de una demanda, la

cual no era libre sino que estaba regida por costumbres rigurosas. ¿Como se respondía a esta demanda?

Todos los establecimientos monásticos de Occidente poseían tierras. De una manera muy general, las oleadas de donaciones piadosas habían acrecentado aquellos patrimonios territoriales hasta tal punto que, por un lado, no parecía en absoluto peligroso para la satisfacción de las necesidades materiales sustraer de esta superabundante fortuna concesiones casi gratuitas en precaria o en beneficio para ganarse el favor de la aristocracia laica; por otro, la comunidad se encontraba lo suficientemente provista de tierras en pleno rendimiento como para no tener necesidad de crear nuevos campos a expensas de las tierras incultas. La imagen de los monjes roturadores no me parece adecuada para la región francesa en 1075. Una parte de los ingresos de los bienes territoriales estaba desde antaño afectada al *vestitus*, del cual se encargaba el camarero. Esto implicaba encontrar, para una parte de la fortuna territorial, modos de gestión capaces de reportar al monasterio, ya no productos en especie, sino en metálico. Las reglas del consumo obligaban, pues, a la institución monástica —y ésta es una primera constatación que creo importante— a estimular la comercialización de los productos agrícolas de una porción al menos de su patrimonio, ya fuera negociando con sus propias cosechas, ya fuera exigiendo dinero a los trabajadores o a los concesionarios de sus tierras, y por esta razón, obligándolos a vender. Vemos el papel que desempeñó el monaquismo, en los momentos de mayor contracción de la economía rural europea, en el mantenimiento de la circulación monetaria.

En cuanto a la parte de los bienes territoriales que se encontraban asignados al *victus*, podemos hacer tres tipos de observaciones.

1. Los principios del consumo, es decir, el ritual alimenticio, imponían a las tierras la producción de ciertos artículos y determinaban, en consecuencia, el sistema agrario que se les aplicaba.

Restringiendo el consumo de la carne, reducían naturalmente la parte de las actividades ganaderas; incitaban por el contrario a desarrollar a toda costa la viticultura; hacían del huerto y del vergel, de donde extraían la sustancia de los *pulmentaria* prescritos por la Regla, elementos fundamentales de la producción; por último, colocaban en primer término el cultivo de cereales panificables. Podemos preguntarnos si de esta manera la institución monástica ejerció otra influencia fundamental sobre la evolución de la economía rural europea: proponía en efecto en las tierras de su dominio directo, imponía en las tierras explotadas por sus terrazgueros un modelo de producción que difería tal vez en muchas regiones, y en particular en ciertas regiones de Inglaterra y de Germania, de las prácticas indígenas y primitivas de explotación, pero que fue poco a poco cada vez más imitado.

2. Mis segundas observaciones se refieren a los procedimientos de explotación aplicados a la porción del patrimonio territorial destinado a la alimentación. La regla y los usos no intervienen aquí en el nivel del consumo sino de la producción. El problema, ya señalado, es el de la participación de los monjes en el trabajo de la tierra. En el capítulo 48 la Regla de San Benito prescribe, como es sabido, contra la *otiositas*, «la enemiga del alma», una actividad manual cotidiana. En verdad, este texto no intentaba obligar a los religiosos a que roturaran con sus manos la tierra de sus campos. En efecto, consideraba solamente que a veces los monjes podían verse obligados por las circunstancias a hacerlo y creía conveniente exhortarlos para que tengan paciencia, es decir, para soportar un esfuerzo físico considerado excepcional, e incluso escandaloso. Agreguemos otro testimonio, el del capítulo 66, que trataba del oficio del portero y que insistía en la necesidad de circunscribir la actividad de los monjes al interior de la clausura. El texto citaba en esta ocasión los instrumentos de trabajo que debían encontrarse allí a tal efecto y que constituían el campo de actividad manual normal de la comunidad. ¿De qué se

trataba? Del molino, la artesa, el huerto. Como trabajadores, los hijos de San Benito no participaban normalmente en las labores agrícolas, sino en la horticultura; su tarea principal era preparar el alimento, no producirlo. Todas las interpretaciones ulteriores de la Regla acentuaron el alejamiento de la tierra. El espíritu de Benito de Aniane impuso que los monjes debían abstenerse de trabajos pesados «por el honor del sacerdocio» y extender, en compensación, el oficio litúrgico. Poco a poco el *opus manuum* se restringió a las tareas de la cocina y más aún, desde 822 en Corbie, los religiosos delegaron las menos nobles de estas tareas en servidores laicos[6]. Por eso, hacia 1080, Ulrico, el redactor de las costumbres, respondía a quien le interrogaba sobre los trabajos que había visto hacer a los monjes de Cluny: «Desvainar las habas, quitar las hierbas del huerto, amasar el pan». Actividades que se pueden calificar de simbólicas. Un hecho está claro: los monjes del siglo XI no son agricultores. No lo eran desde los tiempos de Luis el Piadoso cuando sus predecesores hacían trabajar en el huerto a terrazgueros sujetos a prestaciones personales o a trabajadores asalariados[7]. Una tradición secular, que reforzó después del año mil la teoría de los tres órdenes, los indujo, como a los especialistas de la guerra, a esperar el alimento del trabajo de otros, es decir, a vivir como señores, a imponer censos periódicos a los terrazgueros, a emplear esclavos domésticos, hombres sujetos a prestaciones personales o mercenarios para explotar sus tierras.

3. Tercer punto que se relaciona directamente con el conjunto de las observaciones precedentes: no existen centros de explotación agrícola en las proximidades inmediatas de los establecimientos monástfcos, los cuales son en su mayoría urbanos o, en 1075, están en vías de urbanizarse gracias a la rápida expansión del burgo que se desarrolla a sus puertas[8]. Las tierras de alimentación se sitúan, pues, a distancia. En los alrededores de Cluny están organizadas en una quincena de unidades dominicales, ca-

da una bajo la vigilancia de un monje delegado, el *decanus*; en el curso de un viaje anual el gran prior controlaba cada una de estas empresas de producción[9]. Un tercio de sus beneficios se reservaba para las necesidades del dominio, e indico de pasada que la misma proporción se encontraba prescrita en el capitular *De Villis*; el resto debía asegurar el aprovisionamiento de la casa y ser conducido hacia los graneros. Señalemos que la economía del monasterio es, sin embargo, una economía de consumo, establecida no en función de la producción sino de necesidades determinadas de antemano. La comunidad no se preocupaba, pues, por desarrollar indefinidamente la producción de cada dominio, sino de mantenerla en un nivel tal que los productos agrícolas que le llegaban cada año fueran suficientes, teniendo en cuenta las calamidades climáticas y los azares de la producción. En esta perspectiva, una de las funciones primordiales de los administradores monásticos fue en primer lugar establecer una justa repartición de las cargas entre las diversas unidades de producción, adaptando a la capacidad de cada una el volumen y la naturaleza de los suministros. Generalmente se instituyó un sistema de rotación: cada dominio, por turno, debía asegurar durante un período del año el abastecimiento completo del monasterio (es lo que los documentos llaman *mesaticum* o *medagium*). Tales métodos, que corresponden a una economía planificada al nivel de las necesidades, condujeron naturalmente, y en particular en las abadías inglesas, al arrendamiento de los dominios rurales[10].

Señalemos por otra parte que la comunidad monástica estaba obligada a la estabilidad y no podía, como lo hacían los príncipes y obispos, trasladarse para consumir los frutos de sus tierras; debía por lo tanto aprovisionarse. Esta necesidad, la preocupación por reducir transportes difíciles y costosos incitó también a recurrir, en esta parte de la economía doméstica, al instrumento monetario. La Regla de San Benito no proscribía en efecto el uso del dinero; por el contrario, lo reglamentaba. Y las instrucciones

económicas de la época carolingia, cuya influencia fue muy grande sobre las costumbres monásticas, preveían normalmente el empleo del dinero. Se acostumbró pues, en los dominios rurales asignados al servicio de refectorio, a vender una porción de las cosechas y con el dinero recibido, comprar, en las cercanías del monasterio, ciertos bienes de consumo[11]. Así la administración del *vestitus* no fue la única que favoreció la comercialización de los productos de la tierra monástica. Los monjes benedictinos, al derivar el trabajo manual hacia los asalariados y extraer su alimentación de explotaciones rurales alejadas, fueron los promotores, al menos desde el siglo XI, de una economía de intercambio fundada en el empleo del dinero.

En el último cuarto del siglo XI, el modelo del que acabo de presentar un esquema muy simplificado fue objeto de una transformación, en primer lugar bajo la presión de la evolución económica. Pienso que se puede en este caso situar un cambio importante en torno a 1075: en ese momento la multiplicación de los intercambios, la aceleración de la circulación monetaria comienzan a insinuarse hasta en las campiñas; en ese momento también el importante desarrollo de la producción agraria permite a la aristocracia elevar considerablemente su tren de vida. En las abadías benedictinas estas nuevas condiciones producen la deformación insensible del comportamiento frente a los bienes materiales. ¿Qué reflejan los documentos que ha dejado la abadía de Cluny sobre la orientación de estos cambios?

A partir de 1080, las costumbres recogidas por Ulrico parecen testimoniar en principio una inclinación hacia una existencia menos frugal, una tendencia a permitir, como ocurre en las residencias de la aristocracia laica, la elevación de los gastos de la caballeriza y de la mesa. Sin que sean transgredidos los preceptos fundamentales de la Regla, se introduce cierto lujo en el régi-

men alimenticio de los monjes[12]. Indudablemente, por un lado, el acrecentamiento del consumo se ve favorecido por el hecho de que el monasterio cluniacense recibe en este momento cantidades de metálico mucho más importantes que antes, algunas de las cuales provienen de muy lejos; percibe en particular censos en dinero entregados por las casas de la Orden; ingresa también limosnas regulares provenientes de los príncipes y en particular de los soberanos de Castilla, que instituyeron en su favor una importante renta anual en oro. Este aflujo de metales preciosos exaltó el oficio de camarero con relación al del cillerero y tendió a modificar, por consiguiente, las relaciones de la comunidad con la agricultura. No podemos decir que el dominio se haya descuidado: se sabe, por ejemplo, que hacia 1090 el cillerero se esforzó por adquirir parcela por parcela todo el límite de un dominio, expulsando de él a los campesinos y pudiendo crear así, para el abastecimiento de los refectorios, un nuevo centro de explotación directa[13]; se percibe igualmente, por parte de los administradores de los bienes, entre 1095 y 1120, un esfuerzo sostenido por expulsar a los ministeriales y a los prebostes de los diversos deanatos cuya actividad parásita privaba a la abadía de una notable porción de los beneficios de la tierra[14]. Pero no obstante, poco a poco se adquirió el hábito, en el clima de facilidad y de expansión económica, de considerar al *victus* como antes al *vestitus*, es decir, de desarrollar las operaciones comerciales que implicaba el antiguo modelo, pero que habían permanecido marginales, y de hacer finalmente depender el aprovisionamiento doméstico mucho menos de los recursos en especie que de los recursos en dinero. «Sucede con frecuencia, dice el libro de costumbres de Ulrico, que de todos los recursos anuales no tenemos para subsistencias sino lo que se compra con dinero»[15]. Un hecho es significativo: en 1077, la enorme renta en metales preciosos entregada por los reyes españoles (se puede estimar su valor en unos cien mil dineros en moneda cluniacense), asignada pri-

mero al vestuario, fue luego dedicada a la compra de cereales[16]. El movimiento se acentuó en los años siguientes: Pedro el Venerable afirma que hacia 1120 se gastaban en pan y vino más de doscientos cuarenta mil dineros[17]. Lo cual significa que se amplió desmesuradamente la distancia entre la vida de los monjes y la actividad agrícola.

Mientras que esta evolución se desarrollaba en el medio cluniacense, el modelo primitivo se encontró por un lado, no solamente transformado desde el interior, sino esta vez impugnado desde el exterior por los reformadores del monaquismo. Por parte de algunos se trataba de una impugnación global. Este ala radical —ubicamos aquí en particular a los cartujos o a los monjes de Grandmont— estaba estrechamente vinculada al movimiento eremítico; proponía por un lado la vuelta al desierto; exhortaban, por otro, a una austeridad alimenticia por la cual se pretendía retornar, más allá de San Benito, al régimen de los antiguos padres, que rechazaba el vino y que, aunque no excluía el pan, sólo admitía para su confección los cereales más viles[18]. Tales opciones modificaron en dos aspectos la inserción de la comunidad monástica en la vida rural: suscitaron la roturación, ya que los monjes, al ir a establecerse en espacios no cultivados, debían crear de la nada sus fuentes de alimentación; suprimieron la viticultura del sistema agrario y ampliaron la parte de la horticultura a expensas de la de los campos. En cambio, este tipo de reforma no consideraba que los monjes pudieran ser trabajadores rurales; por el contrario, se preveía que su existencia estaría asegurada por el trabajo de otros. No el de campesinos, siervos o terrazgueros, pues la comunidad debía romper resueltamente con el mundo. El mantenimiento del grupo monástico incumbía a los religiosos de segunda categoría cuya incultura los hacía ineptos para la plegaria y la meditación, los *conversi*. Esta actitud de los reformistas más rigurosos frente al trabajo manual muestra que no podían abstraerse de una doble exigencia, impuesta por

el ambiente cultural: tendencias muy antiguas acercaban el oficio del monje al del sacerdote, exigiendo que el monje fuera instruido; no obstante, la reforma misma excluía a las escuelas de las abadías y prohibía recoger las oblaciones de los niños; los conversos adultos que no habían recibido previamente la instrucción indispensable debían, pues, limitarse a realizar las tareas materiales. La otra exigencia provenía del siglo y no era menos imperiosa: en la época en que estamos ubicados la moral aristocrática se hizo más rígida; condenó al trabajo manual como indigno y degradante, colocando una barrera infranqueable entre los trabajadores y el resto de la sociedad, e instituyó así una segregación de tal poder que los estatutos de la Cartuja, por ejemplo, aunque estuvieran dirigidos hacia la abstinencia y la humildad, preveían dos clases de panes, el «más bello» para los monjes, el otro para los conversos[19].

La impugnación que provino del Císter fue parcial. Pretendía reaccionar sólo contra las desviaciones que consideraba abusivas y seguir al pie de la letra la regla benedictina. En consecuencia, no cuestionaba ni la posesión territorial ni el manejo del dinero. Pero como también estaba sujeta a la influencia del ascetismo y el eremitismo, modificó finalmente, en el mismo sentido que los cartujos y los monjes de Grandmont, las relaciones entre la condición monástica y la vida rural. No es necesario recordar las invectivas de San Bernardo contra los refinamientos culinarios de Cluny. Rechazo de todo lujo alimenticio: pan de avena, cebada o mijo, hojas de haba aderezadas sin aceite, guisantes y arvejas incluso el día de Pascua[20]. Huida al desierto, y por consiguiente roturaciones (aunque parece que bastantes abadías cistercienses, como por ejemplo la de La Ferté, primera hija del Císter, se establecieron en el emplazamiento de antiguas ermitas, es decir, en sitios donde el ataque a los bosques y a los pantanos había comenzado desde hacía tiempo)[21]. Uso exclusivo de la explotación directa, ya que no se hace mención en el texto de la Regla

de San Benito, que se pretendía seguir al pie de la letra, ni de diezmos, ni de prestaciones personales, ni de siervos. Sin embargo, las costumbres cistercienses fueron más adelante en un aspecto, el del trabajo manual. El Císter repartió a sus religiosos, como la Cartuja y Grandmont, en función de la educación que habían recibido antes de entrar en el monasterio (es decir, en función de su origen social), en dos categorías con funciones económicas distintas, los conversos y los monjes de coro. Pero leyendo el capítulo 48 de la Regla que dice «son verdaderamente monjes si viven del trabajo de sus manos, como nuestros padres y los apóstoles» se observa cómo el Císter restableció el contacto directo, inmediato, físico, de todos sus religiosos con la tierra. En las iniciales adornadas de las *Morali in Job* de la Biblioteca de Dijon, son efectivamente monjes los que manejan el hacha en el desbroce y la hoz en las cosechas.

Así, a comienzos del siglo XII (digamos 1122, retomando el límite cronológico elegido para este coloquio) se enfrentaban en el monaquismo occidental dos sistemas netamente antagónicos. Uno de ellos, el cluniacense, en el cual la agricultura había llegado a ser verdaderamente exterior: recojo a propósito la palabra *exteriora* que en el vocabulario monástico de aquella época se aplicaba a lo que dependía de la economía monetaria. El otro, cisterciense, en el que la explotación del patrimonio territorial era verdaderamente realizada por la comunidad y donde, sin la ayuda de nadie, monjes y conversos extraían de sus tierras su alimentación con el sudor de su frente. Es necesario esbozar en pocas palabras lo que ocurrió con estos dos sistemas en el curso de la corriente reformista y bajo la presión de las necesidades económicas.

El primero era doblemente vulnerable. Estaba expuesto a las críticas que condenaban, en la institución monástica, la excesiva

complacencia frente al lujo. Se había aventurado imprudentemente en la senda de una economía monetaria que suponía, para proseguir sin obstáculos en el seno de un desarrollo general de los intercambios que generaba una lenta depreciación de la moneda, un acrecentamiento continuo de los ingresos en dinero. En el mismo Cluny, la disgregación de la orden, los comienzos de una pérdida de favor por parte del pueblo fiel que desviaba las limosnas hacia otras fundaciones religiosas (Pedro el Venerable escribió su libro *Des Merveilles* en parte para conjurar este peligro) determinaron el estancamiento, si no el debilitamiento de sus ingresos. El aprovisionamiento de la casa se hizo difícil después de 1120. Cuando Pedro el Venerable fue abad debió hacer frente a esta situación, intentando a la vez rechazar los ataques cistercienses y sanear la economía doméstica. Su esfuerzo consistió no en innovar sino en retornar en lo posible al modelo primitivo. Los estatutos que dictó refrenaron un poco la inclinación al lujo alimenticio que la facilidad de los tiempos de San Hugo había favorecido. Estrechó los débiles lazos entre el aprovisionamiento y la explotación del patrimonio territorial; intentó durante mucho tiempo rectificar el *mesaticum* para que los servicios de suministro estuvieran de acuerdo con la producción de los deanatos rurales, impulsando, para aumentar ésta, la restauración de la explotación directa[22] y la extensión y mejor equipamiento de la reserva dominical. Tal crisis repercutió directamente sobre el paisaje rural en los alrededores del monasterio, particularmente por el desarrollo de la viticultura. Sin embargo, Pedro el Venerable no imitó al Císter y no hizo nada para que los monjes cluniacenses se dedicaran a los trabajos rurales. Condenó en el interior del claustro el empleo de servidores asalariados[23]; puso a trabajar a los *conversi barbati*, los conversos sin formación intelectual, y esto no por motivos económicos, sino para luchar, como lo quería San Benito, contra los peligros de la ociosidad, y que aquellos hombres, a excepción de los pocos que sabían leer, dormían o

perdían el tiempo todo el día[24]. Señalemos, no obstante, que no los empleó más que en tareas internas y domésticas, que no los envió ni al bosque, ni a las viñas, ni a los campos. El trabajo de los conversos en Cluny estuvo muy lejos de tener la amplitud que se le conoce en otras congregaciones, particularmente en Hirsau. Agreguemos por último que todas estas medidas se mostraron finalmente ineficaces, que la producción dominical no fue estimulada lo suficiente para cubrir las necesidades, que Pedro el Venerable debió recurrir al préstamo y que finalmente la economía cluniacense se sumergió en un endeudamiento permanente que no favoreció el esplendor espiritual de la congregación. Esta se resintió doblemente de su imperfecta inserción en la nueva economía.

Consideremos ahora el monaquismo reformado, y más precisamente el cisterciense. Este se enfrentó, después de 1120, a otro problema, que en profundidad era mucho más grave. El modelo de actividad temporal que proponía la reforma, aunque fundado en la estricta lectura de la Regla de San Benito, se mostraba por el contrario muy ajustado a las condiciones económicas del siglo XI. En la época en que —y las encuestas realizadas en los dominios de Cluny por orden de Pedro el Venerable lo prueban claramente[25]los censos campesinos reportaban muy poco, en que las prestaciones personales desaparecían progresivamente, en que el empleo de asalariados agrícolas reducía notablemente el margen de beneficios de la explotación directa, el rechazar el empleo de la tenencia y disponer de los conversos como mano de obra gratuita, entusiasta y por el momento superabundante, colocó a las empresas agrícolas cistercienses en una situación privilegiada. Por otra parte, la intención ascética en sí misma, que impedía decorar el santuario, prohibía la acumulación de riquezas no productivas y condenaba en particular la posesión de un tesoro de ornamentos preciosos. Solamente podía acrecentarse el capital territorial. Suger cuenta que los monasterios cistercienses

le vendieron piedras preciosas, recibidas como limosna de los condes de Champaña, pero que no se sentían con derecho a conservar. El dinero proveniente de tales ventas fue probablemente invertido en la compra de tierras y permitió el acrecentamiento de la fortuna dominical. Por un extraño giro, la vocación de ascetismo favoreció la difusión de explotaciones rurales altamente productivas. Por último, el establecimiento en las soledades no cultivadas y la elección de un sistema de cultivos de tipo silva-pastoral acentuaron más aún aquellas ventajas económicas en la época en que el progreso de la civilización material confería más valor comercial a productos que no provenían de las viñas o los campos de cereales, sino de los pastos y los bosques, como la lana, la carne, la madera de construcción, las cenizas, el carbón vegetal. Como los monjes del Císter no encontraron en los textos de la Regla benedictina ninguna prohibición de vender y leyeron, por el contrario, la autorización formal de cambiar por dinero los excedentes de la producción campesina, avanzaron, pues, muy rápidamente hacia la prosperidad monetaria. Esta prosperidad no tardó en contrastar, de manera escandalosa ante los ojos del mundo, con la profunda austeridad de su vida. Meditemos, para concluir, sobre este fenómeno aparentemente paradójico: los efectos económicos de la reforma monástica prepararon a largo plazo la condena misma del monaquismo, tanto en sus formas renovadas como en sus formas tradicionales, primero por las herejías, luego por las órdenes mendicantes.

Notas

[*] *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Ed. Siglo XXI de España, 1976. <<

[*] Todos los subrayados son nuestros. <<

[*] Texto publicado en *Annales: Economies Sociétés, Civilisations*, 13 (4), octubre-diciembre de 1958, pp. 765-771. <<

[1] F.L. Ganshof, *Qu'est-ce que la féodalité?*, 3.ª ed., Bruselas, 1957. [Hay trad. castellana: *El feudalismo*, Edit. Ariet 2: ed., Barcelona, 1974]. <<

[2] K.J. Hollyman, *Le développement du vocabulaire féodal en France pendant le haut mayen âge*, Ginebra/París, 1957. <<

[3] B.D. Lyon, *From fief to indenture: the transition from feudal to non-feudal contract in Western Europe*, Cambridge, Mass., 1957. <<

[*] Lt., *feudum de bursa*; fr., *fief-rentes, fief de bourse, fief de revenue*. (N. del T.). <<

[4] M. Sczaniecki, *Essai sur les fiefs-rentes*, París, 1946. <<

[*] Texto publicado en *La Città nell'alto medioevo*, Spoleto, Presso La Sede del Centro, 1959, pp. 231-258. <<

[1] El análisis más reciente de la cuestión es el de G. Sautel, «Les villes du Midi méditerranéen au moyen âge: aspects économiques et sociaux (XIe-XIIIe siècles)», en Société Jean Bodin, *La Ville*, 2.ª parte, *Institutions économiques et sociales*, 1955, pp. 313-370. Esta rápida exposición está basada esencialmente en el antiguo y casi sin referencias trabajo de E. Duprat, en *Encyclopédie des Bouches-du-Rhône*, t. II, Marsella, 1924, pp. 129-302, y en la tesis

de A. Dupont, *Les cités de la Narbonnaise première depuis les invasions germaniques jusqu'à l'apparition du consulat*, Nimes, 1942. Posee una buena bibliografía. Agregar a las obras señaladas: A. Fliche, «L'Etat toulousain», en F. Lot y R. Fawtier, *Histoire des institutions françaises au mayen âge*, t. I, *Institutions seigneuriales*, París, 1957, pp. 71-100, y R. Busquet, «La Provence», en *ibid.*, pp. 249-266; J. H. Mundy, *Liberty and political power in Toulouse, 1050-1230*, Nueva York, 1954; J. Pourrière, *Recherches sur la première cathédrale d'Aix-en-Provence*, París, 1939 E. Griffe, «L'ancien suburbium de Saint-Paul à Narbonne», *Annales du Midi 55*, 1943, pp. 459-488. El V Congreso Internacional de Arqueología Cristiana realizado en Aix-en-Provence en 1954 ha publicado los excelentes estudios de J. Hubert, Benoît, Rolland, Février y Formigé sobre las «Villes épiscopales d'Aix, Arles, Marseille, Fréjus et Riez», París, 1954. Señalaré también la disertación de E. Engelmann, *Kommunefreiheit und Gesellschaft: Arles, 1200-1259*. <<

[2] Dupont, *op. cit.*, pp. 266-280. <<

[3] *Ibid.*, p. 313. <<

[4] G. de Manteyer, *La Provence du I^{er} au XII^{e} siècle: Etudes d'histoire et de géographie politique*, París, 1908; Dupont, *op. cit.*, pp. 147-163; F. Benoît, «Documents historiques sur les incursions des Sarrasins et des Barbaresques en Camargue au moyen âge», *Revue tunisienne*, 1932. <<

[5] C. Pfister, *Etude sur le règne de Robert le Pieux*, París, 1885, p. 294. <<

[6] A propósito de Aix, crítica de las fuentes por Pourrière, *op. cit.*, p. 187, quien duda que la ciudad haya sido destruida en 869-870. Sin embargo, un texto de 1902 atestigua que en Aix se creía en aquella época que la ciudad había sido arrasada por los sarracenos. <<

[7] Gallia christiana novissima, I, 535, *civitas Forojuliensis acerbitate Sarracenorum destructa atque in solitudinem redacta*. <<

[8] *Cartulaire de Saint-Victor de Marseille*, ed. Guerard, I, 104. <<

[9] Asimismo, ninguna indicación sobre los obispos de Vence entre 879 y 1029 y sobre los de Tolón entre 899 y 1021, Gams, *Series episcoporum*, pp. 554, 558, 651, 636. <<

[10] Flodoard, *Hist. remensis eccl.*, IV, 22 (M. G. H., SS., XIII, 579). <<

[11] *Cartulaire de Saint-Victor*, I, 3. <<

[12] *Chronicon Moissiacense*, ad ann. 793; J. Hubert, «La topographie religieuse d'Arles au VIe siècle», *Cahiers archéologiques* 2, 1947. <<

[13] Sobre este aspecto, F. L. Ganshof, «Notes sur les ports de Provence du VIIIe au Xe siècle», *Revue historique* 183, 1938; A. Lewis, *Naval power and trade in the Mediterranean, A. D. 500-1100*. <<

[14] M. Lombard, «La route de la Meuse et les relations lointaines des pays mosans entre le VIIIe et le XIe siècle», *L'art mosan*, París, 1953; E. Sabbe, «L'importation des tissus orientaux en Europe occídentale aux IXe et Xe siècles», *Revue belge de Philosophie et d'Histoire*, 1935. Sobre los judíos de Narbona, J. Régné, *Etude sur la condition des Juifs de Narbonne du Ve au XIVe siècle*, Narbona, 1912. <<

[15] Rico botín extraído de los suburbios de Narbona por Abd el Malek en 793, *Histoire de Languedoc*, I, pp. 897-898: Théodulphe, *Paroenesis ad judices*, versos 171-176, 210-215, 245-246; donación del obispo de Elne a su iglesia, *Histoire de Languedoc*, V, col. 135. <<

[16] P. 345: «El renacimiento rural entrañó ciertamente un crecimiento de la ciudad que sigue siendo la fuente de abastecimiento de productos artesanales y que, por su mercado, puede responder de una manera permanente a la demanda del dominio al mismo tiempo que absorber su producción». <<

[17] P. 484: «Pillajes señoriales tanto más violentos en el Mediodía cuanto que el territorio es rico y el rendimiento productivo (?)». <<

[18] P. 487. <<

[19] Dupont, *op. cit.*, pp. 338-343. <<

[20] M. Fontana, *La réforme grégorienne en Provence orientale*, Aixen-Provence, 1957. <<

[21] Nîmes: M. Gouron, «Nîmes au haut moyen âge», *Bulletin de l'Ecole antique de Nîmes*, 1931; Kahn, «Les Juifs de Posquières et de Saint-Gilles au moyen âge», *Bulletin de l'Académie de Nîmes*, 1912. En Narbona, propiedades rurales judías en el suburbium, *Histoire de Languedoc*, V, col. 134. La situación es semejante a la que he observado en el Mâconnais, cf. G. Duby, *La société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953, p. 30. <<

[22] H. Rolland, *Monnaie des comtes de Provence, XIIe-XVe siècles*, París, 1956, pp. 101-105. <<

[23] *Histoire de Languedoc*, V, vol. 536, col. 584 (una vez más se observa el sincronismo con la Borgoña meridional). <<

[24] *Histoire de Languedoc*, II, col. 237-238; III, col. 69; V, col. 320, col. 350. <<

[25] *Histoire de Languedoc*, V, col. 454, repartición de las salinas entre el vizconde y el arzobispo *excepto illo sale quod exierit de alode judaico quod hodie habent*. Véase para Arlés, Engelmann, *op. cit.*, la tesis (inédita) de la Escuela de Archiveros de J. de Romefort, *La gabelle du sel des comtes de Provence des origines à 1343* (1929); para Marsella, las salinas del territorio de Saint-Victor, *Cartulaire de Saint-Victor*, núms. 10, 32, 84. <<

[26] Es lamentable en particular la ausencia de todo plan en la síntesis de A. Dupont. <<

[27] Dupont, *op. cit.*, pp. 517-520; A. Lewis, «The development of town government in the XIIth Montpellier», *Spaeculum* 22,

1947. <<

[28] Este traslado a la llanura de la sede episcopal de Vénasque es un signo de la tranquilidad de que gozaba la Provenza del Ródano. <<

[29] *Cf.* nota 12; en 904, el cuerpo de San Víctor estaba guardado en el recinto de Marsella. <<

[30] Nîmes: *castrum arene*, en 876 y 898, Ménard, *Histoire civile et ecclésiastique de Nîmes*, París, 1750. I. Preuves, pp. 10 y 16. <<

[31] *Cartulaire de Saint-Victor*, núm. 10 (904). <<

[32] Lestocquoy, «De l'unitè à la pluralité: Le paysage urbain en Gaule du V^{e} au IX^{e} siècle», *Annales ESC*, 1953, pp. 159-172. <<

[33] Duprat, «Marseille: Evolution urbaine», en *Encyclopédie des Bouches-du-Rhône*, t. 14, Marsella, 1935, pp. 73-75. <<

[34] No podemos seguir a Dupont, *op. cit.*, pp. 419-421, en su teoría de una expansión de la época carolingia seguida de una retracción «feudal»; los textos que él cita atestiguan una evolución inversa. <<

[35] *Histoire de Languedoc*, V, col. 329-334. <<

[36] Griffe, *op. cit*. <<

[37] M. Gouron, *Les étapes de l'histoire de Nîmes*, 1939, p. 31. <<

[38] E. Griffe, *Histoire religieuse des anciens pays de l'Aude*, 1933, p, 156 SS. <<

[39] Asimismo, en Arlés —donde no se han encontrado testimonios más antiguos— los dos burgos están, en el siglo XII, organizados alrededor del mercado. Engelmann, *op. cit*. <<

[40] Arlés en 1194 no tenía quizá más de tres mil habitantes, F. Kienner, *Verfassungsgeschichte der Provence seit der Ostrogothenherrschaft bis zur Errichtung der Konsulate (510-1200)*, Leipzig, 1900, p. 173. <<

[41] Sobre el cambio de significado de la palabra burgus, E. Ennen, *Frühgeschichte der europäischen Stadt*, Bonn, 1953, p. 124 ss.;

Dupont, *op. cit.*, p. 503, basa en la significación militar de la palabra burgo su hipótesis de la detención de la expansión urbana en el siglo XI. <<

[42] En Narbona, Griffe, *op. cit.* <<

[43] Pourrière, *op. cit.*, pp. 157-158. <<

[44] Véase la sugestiva carta «Klöster und Stif bis zum Tode Ottos III», en *Werdendes Abendland am Rhein und Ruhr* (Catálogo de la exposición de Essen, 1956), p. 214. <<

[45] Narbona, *Histoire de Languedoc*, II, col. 47-50 (782); Maguelonne, *Cartulaire de Maguelonne*, ed. Rouquette, I, p. 3 (819). <<

[46] Nimes, *Histoire de Languedoc*, II, col. 93-94 (814); Narbona, *ibid.*, II, col. 94-96 (814). <<

[47] Narbona: concesión a la sede metropolitana de la mitad de los derechos condales sobre los *tonlieux*, los navíos, las salinas, *ibid.*, II, col. 237-238 (844). Adge: el tercio de los derechos condales, *ibid.*, II, col. 277-279 (848). <<

[48] Diploma de inmunidad para Saint-Victor de Marsella, *Cartulaire de Saint-Victor*, I, 8 (790), concesión de los *tonlieux* a Saint-Victor, *ibid.*, 8, 12. Confirmación a la iglesia de Marsella de los peajes y de las inmunidades concedidas por Carlomagno y por Luis el Piadoso, Gallia christ. nov. Marseille núms. 49 y 50. <<

[49] Primera mención en Septimania en 754, *Histoire de Languedoc*, II, col. 26; en Provenza en 781, *Cartulaire de Saint-Victor*, I, 112. Dupont, *op. cit.*, p. 394, supone que el conde, a diferencia del obispo, «está obligado a ser cada vez más itinerante»; apenas hemos encontrado en los textos apoyo para esta hipótesis: en Nimes, por ejemplo, siempre se administró en las Arenas la justicia condal, Ménard, *op. cit.*, I, *Preuves*, pp. 10, 16. <<

[50] Un conde se mantuvo en Carcasona y en Mengueil. <<

[51] La instalación de los vizcondes ha sido bien estudiada por Kiener, *op. cit.*, pp. 119-125 (rejuvenecida por Busquet, «Le rôle de la vicomté de Marseille dans la formation du comté de Provence et l'origine de ses vicomtes», *Provence historique*, 1954), y por Dupont, *op. cit.*, pp. 452-455. Señalemos que fue en este momento cuando ciertas iglesias provenzales obtuvieron la concesión de *regalia* de los poderes regionales: en 907, el arzobispo de Arlés recibió de Luis el Ciego un tercio del puerto, Bouquet, *Hist. Fr.*, IX, 683, después la moneda y los derechos sobre los judíos, *ibid.*, IX, 686. <<

[52] Marsella: *Cartulaire de Saint-Victor*, I, 35-38, 105-106, 124; los condes estuvieron asistidos por los *judices*, Kiener, *op. cit.*, pp. 131-133. <<

[53] Kiener, *op. cit.*, pp. 125-126, señala que los condes de Provenza instalaron a los vizcondes en los puntos importantes del sistema defensivo. <<

[54] El último diploma acordado por el rey al episcopado meridional data de 922, *Histoire de Languedoc*, col. 143-144. <<

[55] *Ibid.*, V, col. 256. <<

[56] Dupont, *op. cit.*, p. 473. <<

[57] *Histoire de Languedoc*, V, col. 327-328; Dupont, *op. cit.*, pp. 471-472. <<

[58] *Cartulaire de l'ancienne cathédrale de Nice*, ed. Caïs de Pierlas, núm. 8. *Chartrier de l'abbaye de Saint-Pons hors les murs de Nice*, ed. Caïs de Pierlas et Saige, núm. 6. <<

[59] G. Doublet, *Recueil des actes concernant les évêques d'Antibes*, 1915, p. LXXXVII. <<

[60] «Structures monastiques et structures politiqucs dans la France de la fin du Xe et des débuts du XIe siècle», Settilnane di Studio, IV, Spoleto, 1957; también, «La dislocation du *pagus* et le problème des *consuetudines*», en *Mélanges Halphen*, París, 1951,

y «L'exemption monastique et les origines de la réforme grégorienne», en *A Cluny*, Dijon, 1950. <<

[61] Por ejemplo, en Niza, Kiener, *op. cit.*, pp. 221-222. <<

[62] En Marsella, el capítulo de la Major, mencionado desde 923, no recibió su autonomía sino mucho más tarde, en 1044; su primer devoto es mencionado por primera vez en 1060. Duprat, en *Encyclopédie des Bouches-du-Rhône*, II, pp. 229-232. <<

[63] *Cartulaire de Saint-Victor*, I, pp. 28-30; Duprat, *op. cit.*, pp. 225226. <<

[64] Fontana, *op. cit.*, p. 18. <<

[65] *Ibid.*, pp. 19-22. <<

[66] Duby, *op. cit.*, pp. 214-224. <<

[67] Duprat, *op. cit.*, t. XIV, pp. 99-100. <<

[68] Kiener, *op. cit.*, *Instr.* II, p. 278, *quando partibus est cum comite*. <<

[69] Griffe, *op. cit.*, *Histoire de Languedoc*, V, col. 540; Régné, *op. cit*. En 1112, un segundo acuerdo divide entre el arzobispo y el vizconde la sal, las torres y las casas de la ciudad, la justicia (el vizconde administra la justicia de sangre en la ciudad y en el burgo; el arzobispo, la justicia de los clérigos y de los rústicos que viven en el dominio de la iglesia catedral), *Histoire de Languedoc*, V, col. 831-833. <<

[70] Mundy, *op. cit.*, p. 24. <<

[71] M. Gouron, «La cathédrale romane de Nimes», *Bulletin de la Société Archéologique de Nîmes et du Gard*, 1936-1937. Igualmente en Aix, en el siglo XII, el arzobispo, los canónigos y el conde tienen sus propias fortalezas, Pourriere, *op. cit*. <<

[72] En Provenza, Kiener, *op. cit.*, p. 107, notas 137-138. No se ha realizado el estudio para Septimania (es difícil seguir a Dupont en su hipótesis sobre el origen de los *milites* de las ciudades, p. 667). <<

[73] La evolución del tribunal público, en el que los sucesores de los concejales (*scabini*) carolingios fueron finalmente reemplazados por los vasallos del conde o del vizconde, ha sido estudiada de cerca en Provenza por Kiener, *op. cit.*, pp. 131-132 (evolución paralela a la de las cortes condales del Mâconnais). <<

[74] Lo que asegura precisamente aquella estrecha relación económica entre la ciudad y la campiña que Dupont ha creído poder negar (cf. supra, p. 34). <<

[75] E. Michel, «Les chevaliers du château des Arènes de Nimes», *Revue historique* 102, 1909, p. 47. <<

[76] J. Poux, *La cité de Carcasonne; l'épanouissement, 1067-1466*, Toulouse, 1931, pp. 10-12; *Histoire de Languedoc*, V, col. 919-920: *sic donamus tibi ad fevum et propter castellaniam in tali convenientia ut per quemque annum cum tuis hominibus et tua familia facies stationem in Carcassona per* VII *menses et predictam turrem custodire et gaitare facies omni tempore et ipsam urbem custodies*. <<

[77] Mundy, *op. cit.*, p. 10, n. 36. <<

[78] En Arlés en 967, *Cartulaire de Saint-Victor*, I, 308. <<

[79] Los caballeros son eximidos de las *consuetudines*, Kiener, *op. cit.*, p. 206. Fraccionamiento de las *consuetudines* en 1064, *Cartulaire de Saint-Victor*, II, 107. Auténtico del capítulo de Arlés citado por Kiener, *op. cit.*, p. 147, n. 309. Para el siglo XII, Kiener, *Instr.*, I y II, pp. 276-279. <<

[80] Kiener, *op. cit.*, pp. 203-205: Mundy, *op. cit.*, p. 27. <<

[*] Texto publicado en la *Revue historique* 226, 1961, pp. 1-22. <<

[1] «Sur le passé de la noblesse française; quelques jalons de recherches», en *Annales d'histoire économique et sociale*, 1936, precedido de un «Projet d'une enquéte sur la noblesse française», establecido por el conde De Neufbourg. <<

[2] *L'économie namuroise au bas Mayen Age*, II: *Les hommes, la noblesse*. Lovaina, 1960 (recopilación de trabajos de historia y de filología de la universidad de Lovaina, serie IV, fasc. 20). <<

[3] Sólo nos lamentamos de que los esquemas cartográficos no hayan dejado sitio a las realidades del paisaje. <<

[4] «La noblesse en Brabant aux XII^e^ et XIII^e^ siècles: quelques sondages», *Le Moyen Age*, 1958. <<

[5] A. Hagemann, «Die Stände der Sachsen», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung, Germ. Abt.*, 1959. <<

[6] K. Bosl, «Der Wettinische Ständestaat im Rahmen der mittelalterlichen Verfassungsgeschichte», *Historische Zeitschrift* 191, 1960. <<

[7] «Köningsfreie und Ministerialen», en *Grundlagen der mittelalterlichen Welt*, Stuttgart, 1958. <<

[8] Bonenfant y Despy, *op. cit.*, p. 40. <<

[9] «Das Rittertum im Hochmittelalter; Idee und Wirklichkeit», *Saeculum* 10, 1959. <<

[10] *Questions d'histoire des institutions médiévales — Noblesse, chevalerie, lignage — Conditions des gens et des personnes — Seigneurie, ministérialité, bourgeoisie, échevinage*, Bruselas, 1959. <<

[11] El pequeño libro de P. Du Puy De Clinchamps, *La noblesse*, París, col. «Que sais-je?», 1959, no contiene nada nuevo sobre la nobleza medieval, pero en cambio trae útiles indicaciones sobre la nobleza del Antiguo Régimen y sus supervivencias contemporáneas. Los aspectos jurídicos y sociológicos que reviste la institución en los tiempos modernos pueden sugerir útiles reflexiones a los medievalistas. <<

[12] Pienso, en particular, que no se puede deducir mucho de las genealogías realizadas para su defensa por aquellos hombres libres que entraban en servidumbre en un santuario, acusados ante la justicia de ser siervos y que, en la región donde la mancha

servil era de herencia estrictamente femenina, insistían sólo en el buen nacimiento de sus antepasados, sin decir nada acerca de la condición de sus padres, lo cual no les habría servido en absoluto. <<

[13] Este estudio está en marcha desde hace varios años en el seminario de estudio de las mentalidades y estructuras sociales que dirijo en la Facultad de Letras de Aix; la publicación de ciertos resultados parciales está en preparación. <<

[14] M. Vercauteren, profesor en la Universidad de Lieja, atrajo hace poco la atención del auditorio de mi seminario sobre los que Gisleberto de Mons, canciller del conde de Hainaut, a fines del siglo XII, tenía la costumbre de introducir en las actas que entregaba en nombre de su señor. <<

[15] M. G. H. SS., t. XVI, pp. 511-512. Corresponde a M. Vercauteren, quien ha tenido la extrema cortesía de señalarme este documento y de explicarlo delante de mis discípulos, realizar el comentario profundo que merece. <<

[16] París, 1957 (Bibliothèque elzévirienne, nouvelle série, Etudes et documents). <<

[17] El estudio de conjunto se está realizando en mi seminario. *Cf.* A. Hönger, «Die Entwickelung der litterarischen Darstellungsform der Genealogie im deutschen Mittelalter van der Karolingerzeit bis zu Otto von Freising», *Mitteilungen der Zentralstelle für deutsche Personen und Familiengeschichte*, 1914; K. Hauck, «Haus und Sippengebundene Literatur Mittelalterlicher Adelsgeschlechter», *Mitteilungen des Instituis für Osterreichische Geschichtsforschung*, 62, 1954. <<

[18] G. Tellenbach, *Studien und Vorarbeiten zur Geschichte des grossfränkischen Adels*, Friburgo, 1957. <<

[19] «Zur Problematik von Familie, Sippe und Geschlecht, Haus und Dynastie beim mittelalterlichen Adel. Vortragen zum

Thema “Adel und Herrschaft im Mittelalter”», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, 105, 1957. <<

[20] «Zur Bedeutung der Personenforschung für die Erkenntnis des früheren Mittelalters», *Freiburger Universitätsreden*, 1957. <<

[21] *Cf.* R. Louis, *De l’histoire à la légende: Girart, comte de Vienne (…819-877), et ses fondations monastiques*, Auxerre, 1946, t. I, p. 5. <<

[22] En la región parisiense, los reglamentos sobre las manos muertas testimonian la precoz primacía de la línea agnaticia en la población servil, *cf. Cartulaire de Notre-Dame de Paris*, I, p. 375 (1109). <<

[23] En último lugar, K. Bosl, «Uber soziale Mobilität in der mittelalterlichen “Gesellschaft”», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 1960. <<

[24] Borst, *op. cit.*, p. 223. <<

[25] Bonenfant y Despy, *op. cit.*, p. 39. <<

[26] «Untersuchungen zur Frühzeit des französischen Fürstentums (9-10 Jahrhundert)», en *Die Welt als Geschichte*, 1958-1960. <<

[27] «Die Herren an der Loire mögen wechseln, ihre Vassalen bleiben», *cf.* Werner, *op. cit.*, p. 188. <<

[28] «Wo es Schichten gibt, die auf ihren Rang achten, ist kein Platz für Emporkömmlinge», *cf.* Werner, *op. cit.*, p. 186. <<

[29] «Observations sur les *ministeriales* en France» resumido en *Revue historique de Droit français et étranger*, 1960. <<

[30] Les ducs du Bourgogne et la formation du duché du XIe au XIVe siècle, París, 1954, pp. 99-102, 260-262, «Châteaux, châtelains et vassaux en Bourgogne aux XIe et XIIe siècles», *Cahiers de Civilisation médiévale*, 1960. <<

[31] «Deux lignages chevaleresques en Forez au XIe siècle», *Bulletin de la Diana* 34, 1957. <<

[32] Se ha iniciado una investigación en mi seminario sobre estos *juvenes*; se apoya como punto de partida, en el testimonio de la *Histoire ecclésiastique* de Orderico Vital y en la *Histoire des comtes de Guines* de Lamberto de Ardres. <<

[33] E. Delaruelle, «Jonas d'Orléans», *Bulletin de Littérature ecclésiastique*, 1954. La tesis doctoral que realiza J. Chelini, ayudante de la Facultad de Letras de Aix, sobre la situación religiosa de los laicos en la Europa carolingia, permitirá precisar la cronología de esta evolución mental. <<

[34] Inmediatamente después de la primera cruzada, parece que nobleza y caballería estaban jurídicamente confundidas en el reino latino de Jerusalén; los textos utilizados por J. Prawer en su artículo sobre «La noblesse et le régime féodal du royaume latin de Jérusalem» (*Le Moyen Age*, 1959) deben ser, a este respecto, examinados de cerca. <<

[35] H. Wolter, *Ordericus Vitalis: Ein Beitrag zur Kluniazensischen Geschichtsschreibung*, Wiesbaden, 1958, p. 100. <<

[36] Honorius Augustodunensis, «De imagine mundi», P.L., 172, col. 166; Adalberón de Laon, *Poèmes au roi Robert*, trad. Pognon, *L'an mil*, p. 226. <<

[37] *Op. cit.*, p. 229. <<

[38] J. Frappier, «Le Graal et la chevalerie», *Romania*, 1954. <<

[39] Arch. mun. de Arlés, ed. L. Blancard, «Arlulf, origine de la famille vicomtale de Marseille», en Mémoires de l'Académie de Marseille, 1887. <<

[40] En 1205, una sentencia dictada en Arlés estableció que *quisquis possidebat terram si miles est dat decimam, si alius agricultor tascam et decimam*; los caballeros gozaban, pues, normalmente de franquicias (*miles* es aquí una calificación jurídica) y algunos de ellos se ocupaban de poner en valor sus tierras. (Arch. dep. de Bouches-du-Rhône, 60 H. 24, núm. 4.) <<

[41] C. 122 «Genealogia Broburgensium», M. G. H. SS., t. XXV, pp. 620-621. El conjunto de este texto, muy importante para la historia de la familia feudal, es objeto de un estudio profundo en mi seminario. <<

[42] «La noblesse forézienne et les ligues nobiliares de 1314-1315», *Bulletin de la Diana* 36, 1959. E. Perroy está terminando el estudio genealógico de todos estos linajes. <<

[*] Texto publicado en *Etudes rurales* (2), julio-septiembre de 1961, pp. 5-36. <<

[1] G. Duby, «Un inventaire des profits de la seigneurie clunisienne à la mort de Pierre le Vénérable», *Studia Anselmiana* 40, 1957, *Petrus Venerabilis*, pp. 128-140. <<

[2] Arch. dep. de Bouches-du-Rhône, B. 1500. <<

[3] La visita de los prioratos fue instituida en la Orden de Cluny a comienzos del siglo XIII; después se generalizó en todo el mundo monástico, siguiendo el consejo de los papas, en particular Gregorio IX e Inocencio IV. G. De Valous, *Le temporel et la situation financière des établissements de l'Ordre de Cluny du XII^e au XIV^e siècle*, París, 1935, pp. 95 ss.; J. Bertholdmahn, *L'Ordre cistercien et son gouvernement des origines au milieu du XIII^e siècle*, París, 1948. Pero los relatos de las visitas a las casas cluniacenses son muy lacónicos, Bruel, «Visite des monastères de l'Ordre de Cluny de la province d'Auvergne, 1294», *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, París, LII; U. Chevallier, «Visites de la province de Lyon de l'Ordre de Cluny», *Cartulaire de Paray-le-Monial*. <<

[4] Los de Normandía han sido descubiertos y utilizados; L. Delisle, «Enquêtes sur la fortune des établissements de l'Ordre de Saint-Benoît en 1338», *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque Nationale*, París, XXXIX, 1916; Dom. J. Laporte, «L'état des biens de l'abbaye de Jumièges en 1338», *Annales de Normandie*, 1959; *cf.* también P. J. Jones, «Le finanze della badia cistercence di Settimo nel XIV secolo», *Rivista Storia della Chiesa*

in Italia, 1956. La investigación concerniente a los Hospitalarios de Inglaterra, mucho menos precisa que la nuestra, fue publicada por la Camden Society en 1857 (*The Knight Hospitallers in England: The report of prior Philip de Thame to the grand master Elyan de Villanova for A.D. 1338*, ed. L.B. Larking, introd. por J.M. Kemble). <<

[5] H. (DM) 156. El interés del documento fue señalado en el Congrès des Sociétés Savantes de Toulouse en 1953 por M.J.-A. Durbec, quien ha tenido la amabilidad de poner a mi disposición el texto de su ponencia. <<

[6] Fol. 5 vº. El florín vale 15 sueldos y 6 dineros de esa moneda de cuenta (fol 7 rº). Solamente el inventario de la encomienda de Echirolles expresa los datos en moneda vienense (fols. 64-72). <<

[7] En Poët-Laval los censos están expresados en una moneda en la que 20 dineros valen un tornés, pero los valores globales vuelven a ser expresados en el patrón monetario elegido para todo el inventario. <<

[8] Nicolas, *Tableau comparatif des poids et mesures anciennes du département des Bouches-du-Rhône*, Aix, 1802; L. Blanchard, *Essai sur les monnaies de Charles Ier, comte de Provence*, París, 1868, pp. 343-350. <<

[9] *Cf.* J. Besse, art. «Hospitaliers», en *Dictionnaire de théologie catholique*, 1922. <<

[10] Fol. 191 vº. <<

[11] Fols. 76 rº; 187 rº; 175 rº. <<

[12] Sobre las donaciones piadosas de las familias nobles en aquella época, *cf.* R. Boutruche, «Aux origines d'une crise nobiliaire. Donations pieuses et pratiques successorales en Bordelais du XIIIe au XVIe siècle», *Annales d'histoire sociale*, París, 1939. <<

[13] Excepto en Lardiers, en Rosellón y en las otras tres encomiendas de Arlés, donde el trigo de los frailes está mezclado con

centeno y cebada. <<

[14] Fol. 69: 100 libras vienenses para la carne fresca y salada; 22 libras para 22 quintales de queso; 10 libras y 10 sueldos para los huevos, 24 libras para el pescado, 16 libras para el aceite, 10 libras para la sal, 9 libras para las especias, 1 libra para 20 libras de almendras, 2 libras para el ajo y la cebolla, 8 libras para las habas y guisantes, 20 libras para los cirios y las velas. <<

[15] Fol. 186. <<

[16] Fols. 11, 19, etc. <<

[17] Fol. 124. <<

[18] Fol. 159. <<

[19] Fols. 171; 156; 171. <<

[20] Fol. 100. <<

[21] Fol. 16 vº. <<

[22] En Puimoisson, 330 libras contra 150 para los censos, 44 para los derechos de bando; en Poët-Laval, 320 contra 140 y 88. <<

[23] *Cf.* Duby, *Inventaire…* y «La structure d'une grande seigneurie flamande à la fin du XIIIe siècle», *Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, 1956. <<

[24] Fols. 20 rº; 46 vº. <<

[25] Fol. 9 vº. <<

[26] Fol. 101. <<

[27] Fol. 213. <<

[28] Fol. 279 vº. <<

[29] Fols. 149; 101; 184. <<

[30] La superficie de las tierras arables se estimaba en *séterées*. Según la calidad del suelo y la capacidad de la medida, la superficie de campo que puede recibir un sextario de semilla es muy variable. Se sembraban como promedio, en la agricultura provenzal

tradicional, 200 litros de grano por hectárea, y la mayor parte de los sextarios valían alrededor de 40 litros. He tomado, pues, como valor de estimación una hectárea de cinco *séterées*. <<

[31] F. Reynaud, «L'organisation et le domaine de la commanderie de Manosque», *Provence historique*, 1956 (Mélange Busquet); T. Sclafert, *Cultures en Haute-Provence: déboisements et pâturage au moyen âge*, París, 1959. <<

[32] G. Duby, «Techniques et rendements agricoles dans les Alpes du Sud en 1338», *Annales du Midi*, 1958. <<

[33] G. Duby, «Notes sur les corvées dans les Alpes du Sud en 1338», *Etudes d'histoire de droit privé offertes à Pierre Petot*, París, 1959. <<

[34] Fol. 147 rº; 332 rº; 176 rº. <<

[35] Los gastos de renovación del ganado no han sido evaluados en esta encomienda. En Motte-du-Caire, donde no había más que cuatro bueyes, la *renovatio boum* costaba 8 libras por año. Se puede pensar que este gasto absorbía unas 40 libras en Bras. <<

[36] L. Caillet, «Le contrat dit de facherie», *Nouvelle Revue historique de Droit français et étranger*, 1911. <<

[37] Fols. 147 rº; 163 rº. <<

[38] Fol. 147 rº. <<

[39] Para conocer la repartición de los cultivos de cereales según los inventarios señoriales, no es necesario considerar el conjunto de los ingresos, sino solamente los que provienen de una apropiación directa de parte de las cosechas campesinas, los de los molinos, diezmos y censos. En Ginasservis (fol. 263 vº) los censos exigidos por el señor reportaban 164 sextarios de trigo y 64 de cebada; el diezmo, 160 sextarios de trigo, 238 de centeno, 20 de avena. En los terrenos se cultivaba normalmente dos veces más centeno que trigo, pero sobre todo este último se entregaba al señor. <<

[40] Fol. 93. <<

[41] P. A. Février, «La basse vallée de l'Argens: quelques aspects de la vie économique de la Provence orientale aux XVe et XVIIe siècles», *Provence historique*, 1959; E. Baratier, «Le notaire Jean Barral, marchand de Riez au début du XVe siècle», *Provence historique*, 1957. <<

[42] En Lardiers, el sextario de trigo vale 2 sueldos, el sextario de centeno 18 dineros; en Omergues, a quince kilómetros, estos granos valen, respectivamente, 20 y 16 dineros el sextario (fols. 221-223). <<

[43] Fols. 320; 181; 285. <<

[44] Fols. 181; 223; 320; 285; 312; 170; 92; 104; 195; 262; 245; 73. <<

[45] En Authon, 23 sueldos para el *bovarius*, 18 para el *nuncius* (fol. 106); en Luc-en-Diois, 50 sueldos para el primero y 30 para el segundo (fol. 83); en Arlés, los escalones son más numerosos: 30 sueldos para el mozo de establo, 60 para el panadero, 15 para el *fustier*, 84 para el «mozo», 30 para el doméstico de granja… (fol. 353). <<

[46] Fols. 296; 342. <<

[47] Fols. 242 vº; 243 rº. <<

[48] Fol. 251 rº; igual en Manosque, el rastrillador empleado desde San Julián hasta Navidad recibía 8 sextarios de centeno «tanto para su alimentación como para su túnica y calzado» (fol. 216). <<

[49] Fol. 151. <<

[50] Fols. 91; 124; 135; 137; 306; 329. <<

[51] Fols. 143; 146; 148; 149; 154. <<

[52] Fols. 192; 216. <<

[53] Fol. 212; en Rosellón, «el hombre que hace el almiar» es mantenido también durante dos meses. <<

[54] Fol. 59. <<

[55] Fol. 271. <<

[56] Cada uno de los ochenta segadores de Roque-Esclapon recibía un salario de 12 dineros; además se registra un gasio de 30 sueldos para su alimentación (fol. 150); igualmente en Puimoisson: 510 jornales de segadores a 12 dineros y 4 libras y 10 sueldos para sus raciones (fol. 188). <<

[57] Fols. 230; 154. <<

[58] En la encomienda de Aviñón el gasto por un doméstico asciende a 135 sueldos y a 134 por un boyero (fol. 249 rº). <<

[59] En la región de Toulouse, los segadores vienen de la montaña; *cf.* G. Sicard, «Le métayage dans le midi toulousain à la fin du moyen âge», *Mémoires de l'Académie de Législation*, II, Toulouse (s. f.). <<

[60] En Rosellón, los cincuenta y tres pobres que tienen derecho a la limosna semanal consumen cada año 60 heminas de centeno, es decir, solamente dos veces y media la ración de un fraile (fol. 240). <<

[61] Fol. 104 vº. <<

[62] Fol. 107. <<

[*] Texto publicado en *La vita comune del clero nei secoli* XI *e* XII, Milán, Società Editrice Vita e Pensiero, 1962, pp. 72-81. <<

[1] A. Galli, «Les origines du prieuré d'Hérival», *Revue Mabillon*, 1959, p. 30. <<

[2] E. Engelmann, *Zur städtischen Volksbewegung in Südfrankreich: Kommunefreiheit und Gesellschaft, Arles, 1200-1250*, Berlín, 1959. <<

[*] Texto publicado en *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, 19 (5), septiembre-octubre de 1964, pp. 835-846. <<

[1] Los utilizo en una investigación general sobre la familia aristocrática en los tiempos feudales, algunos de cuyos puntos de vista preliminares se exponen en este artículo. <<

[2] Así, por Oderic Vital, *Historia ecclesiastica* (H. E.), ed. Leprévost y Delisle, S. H. F., 3, t. II, pp. 47, 94. Para la explotación de los libros III-VII de la H. E., mis observaciones se apoyan en el estudio inédito de J. Paul, «La famille et les problèmes familiaux en Normandie au XIe siècle d'après *l'Historia ecclesiastica* d'Orderic Vital», D. E. S., Aix, 1960. <<

[3] H. E., 8: Roberto de Rhuoddan, designado como *puer* hasta que llegó a ser *miles*. D'Arbois de Jubainville, *Histoire des comtes de Champagne*, VII, I, 70: Balduino VI, hijo del conde de Hainaut, *«juvenis etiam miles»*. <<

[4] H. E., 4 (II, p. 219): Ricardo, hijo de Hugo de Chester, *«juvenis adhuc liberisque carens»*; H. E., 3 (II, p. 25): Ernaldo de Montreuil, quien al morir deja un hijo, es llamado *vir*. <<

[5] Para expresar esta noción, «bachiller» en romance parece ser el equivalente exacto de *juvenis*. *L'Histoire de Guillaume le Máréchal* (G. M.), ed. P. Meyer, S. H. F., v. 1477; *Charroi de Nîmes*, v. 23-25; *Chanson de Roland*, v. 3018-1020. <<

[6] G. M., v. 1895; 1901. <<

[7] *«Err er»*, G. M., v. 2399, 2444. G. M., v. 1890.

Que nus qui velt en pris monter
N'amera ja trop long sejor…
…Ains s'esmovit en mainte terre
Por pris e aventure quere
Mais souvent s'en revenait riche…

(El que quiera estima alcanzar / no amará demasiado una prolongada estadía / Rápido se puso en movimiento / para buscar premio; y aventuras / en distintas tierras / Se hacía rico a menudo). Lambert D'Ardres, *Historia comitum Ghisnensium* (H. Gh.), 91: *«torniamenta frequetendo, multas provincias et multas regiones… circuivit»*. <<

[8] Puis mena si très belle vie
Que plosors en orent envie
En torneienienz a en guerres
E erra par totes les terres.

(Pues llevó tan bella vida / que muchos le tenían envidia / en torneos y en guerras / y erró por todas las tierras). (G. M., v 754; 2997-2998). <<

[9] Notemos que los jóvenes de buena familia, que no habían sido armados caballeros, sino consagrados al estudio de las letras, se veían arrastrados a un vagabundeo parecido, en el cual la disputa escolástica, ocasión de hazañas y de premios, desempeñaba el rol del torneo. El comportamiento del joven Abelardo, el mismo vocabulario que emplea en las primeras páginas de la *Histoire de ses malheurs*, son sobre este aspecto muy expresivos. <<

[10] *Acta sanctorum*, 15 de agosto, III, p. 232 A. <<

[11] *Aspremont*, v. 7515-7516. G. M., v. 2427-2432, Enrique II confía su hijo a Guillermo el Mariscal, quien lo educa y lo conduce a los lugares donde se celebraban torneos; G. M., 1959-1967; H. Gh., 92. <<

[12] A propósito del hijo de Guillermo el Mariscal y del conde de Salisbury, G. M. 15884. <<

[13] H. Gh., 91. <<

[14] El joven Enrique de Inglaterra supo «mantener» a los jóvenes; siguiendo su ejemplo, los grandes señores distribuyeron a los jóvenes armas y dinero, G. M. 2673-2675, 2679-2685. <<

[15] H. E., 5 (II, p. 380, 7 (III, p. 190). <<

[16] H. E., 6 (III, p. 4). <<

[17] H. Gh., 92. <<

[18] *Cf.* la *familia* de Hugo de Chester, H. E. 6 (III, p. 4), cuyo jefe, *in militia promptus, in dando prodigus*, mantenía a juglares y prostitutas. <<

[19] Cuando Rogelio y sus compañeros abandonan la mesnada de Hugo de Chester para convertirse, Orderico Vital los muestra volviendo *quasi de flammis Sodomiae*. H. E., 6 (III, p. 16). Sobre la depravación de los *juvenes* véase, entre otros, Guibert de Nogent, *De vita sua* (ed. Bourgin), I, 15, p. 57; III, 19, p. 220. <<

[20] *Fragmenta Gaufredi*, Analecta Bollandiana, t. L (1932), p. 110. <<

[21] G. M., v. 1897. <<

[22] H. E., 3 (II, p. 54): el duque de Salerno recibe en refuerzo *de electis juvenibus Normanniae aliquos*. <<

[23] *Charroi de Nîmes*, v. 641-646. <<

[24] Ricardo, hijo de Guillermo el Conquistador, murió cazando, H. E., 5 (II, 391); Hugo, hijo de Giroie, *juventute florens*, murió en un ejercicio, herido por una jabalina, H. E., 3 (II, 29); Ernaldo de Montreuil, que no era un joven, murió luchando contra un *juvenis*, H. E., 3 (II, p. 25); Guillermo de Guines, *strenuissimuni quidam militem, sed in flore juventutis apud Colvinam mortuum*, H. Gh., 72; Simón de Ardres, *jam adultum et juvenem mortuum*, H. Gh., 134; de los quince hombres que constituían el grupo conducido por Guillermo Giroie en Pouille, solamente dos retornaron a su lugar natal. <<

[25] H. Gh., 122. <<

[26] M. G. H., S. S. XVI, pp. 511-512. <<

[27] Enrique el Joven «erró por año y medio», G. M. 2444; H. Gh., 91. Arnaldo Guines *multas regiones fere per biennium non omnino sine patri auxilio et patrocinio circuivit*. <<

[28] H. Gh., 92. <<

[29] Roberto Courte-Heuse, H. E., 5 (II, p. 381); el primogénito de Guillermo el Mariscal, acompañado de otro joven, defiende el partido del rey de Francia que combatía contra su padre, G. M., 15884. En el siglo XI, el hijo de Roberto el Piadoso, con

una tropa de *socii* de su edad, arrasó las tierras paternas, Raoul Glaber, *Historiarum libri quinque*, III, 9. <<

[30] H. Gh., 93. Arnoldo de Ardres prefiere irse a otras regiones *propter torniamentorum studium et gloriam*, antes que permanecer en la región donde no hay guerras; G. M., 2391 (Enrique el Joven):

En Angleterre sejornèrent
Près d'un an qu'ils ne s'atornèrent
A nule riens fors a pleidier
Ou a bois ou a tornoier
Mais al giemble rei pas ne ploust
Tel sejor, anceis li desplout.

(En Inglaterra se establecieron / casi por un año no se movieron / tal vez solamente para llorar / o para beber o combatir / Pero al llegar el rey dejaron de llorar / antes de que tal estadía le disgustara). <<

[31] G. M., 2404: Enrique II da licencia a su hijo para partir; Guillermo el Mariscal, joven, demanda licencia a su padre, G. M., 1391-1394. <<

[32] H. E., 5 (II, p. 457), Ansoldo de Maule, primogénito, es llamado de la cruzada por su anciano padre; regresa, se casa y le sucede. Los otros hijos están lejos de la casa. V. también H. E., 5, II, p. 463. <<

[33] H. Gh., 63; *Annales Cameracenses*, M. Gh., S. S. XVI, pp. 511-512. <<

[34] En la región del sudoeste, el anciano señor procedía en vida a la dispositio de su sucesión. Véase *Historia pontificum et comitum Engolismensium*, 26, 31, 36. <<

[35] *Historia pontificum et comitum Engolismensium*, 30. <<

[*] A sus compañeros igualmente / mucho fastidió muy duramente / pues vagar más les gustaba / que estarse quietos / Llora

el corazón que se ha marchado / Esta es la más lamentable deshonra / que una larga permanecida trae a un hombre. <<

[36] H. Gh., 149. El matrimonio de Arnoldo de Ardres fue decidido por el padre del marido y por los tíos de la esposa. <<

[37] La dote (H. Gh., 149); Manassé, tercer hijo del conde Balduino de Guines (el segundo murió *in juventute*), se estableció, al casarse, en un señorío constituido por su padre y formado por bienes recientemente adquiridos. <<

[38] *Aspremont*, 5572-5573: el jefe de guerra otorga mujeres a los guerreros en recompensa. H. Gh., 64; cuando Arnoldo de Gante se establece en el condado de Guines, llama a todos sus compañeros, «manteniendo» a algunos con él, *illos in terra maritabat*. <<

[39] H. Gh., 39/60. <<

[40] H. Gh., 93, 149. <<

[41] H. E., 11 (IV, p. 167, nota 2). <<

[42] H. Gh., 122. <<

[43] H. Gh., 96. <<

[44] H. E., 3, 3-18. <<

[45] «Untersuchungen zu Frühzeit der französischen Fürstentums», en *Die Welt als Geschichte*, 1960, pp. 116-118. <<

[46] H. Gh., 9-11. <<

[47] R. Nelli, *L'érotique des troubadours*, Toulouse, 1963, p. 108 ss. <<

[48] H. Gh., 93. <<

[*] Texto publicado en *Agricoltura e mondo rurale in occidente nell'alto medioevo*, Spoleto, Presso La Sede del Centro, 1966, pp. 267-283. <<

[*] Texto publicado en *Miscellanea mediaevalia in memoriam Jan Frederik Niermeyer*, Groninga, J. B. Wolters, 1967, pp. 149-165. <<

[1] «Une parentèle dans la France du Nord aux XI^e^ et XII^e^ siècles», *Le Moyen Age 69*, 1963, pp. 223-245. <<

[2] *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores*, XVL pp. 511-512. <<

[3] *Cf. La société féodale: la formation de liens de dépendance*, París, 1939, p. 213 (hay trad. esp., *La sociedad feudal*, ts. I y II, Uteha, México, 1958). <<

[4] Ed. H. Heller, *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores*, XXIV. <<

[5] K. F. Werner, «Untersuchungen zur Frühzeit des französischen Fürstentums», en *Die Welt als Geschichte*, 1960, pp. 116-118. <<

[6] *Historia comitum Ghisnensium*, c. 7-12. <<

[7] *Cf. supra* cap. 6. <<

[8] G. Duby, *La société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953, p. 411 ss. <<

[9] «Zur Problematik von Familie, Sippe und Geschlecht, Haus und Dynastie, beim mittelalterlichen Adel. Vorfragen zum Thema 'Adel und Herrschaft im Mittelalter'», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, 105. 1957. <<

[*] Texto publicado en Académie des Inscriptions et Belles-Lettres. *Comptes rendus des séances de l'anné 1967 (avril-juin)*, París, Klincksieck, 1967, pp. 335-343. <<

[1] «Die Entwickelung der literarischen Dartellungsform der Genealogie im deutschen Mittelalter von den Karolinger Zeit bis zu Otto von Freising», en *Mitt. der Zentralstelle f. deutsche Personenund Familiengeschichte*, 1914. <<

[2] «Haus- und Sippengebundene Literatur mittelalterlichen Adelgeschlechter», en *Mitt. des Instituts für Oster. Geschicht.*, 1954. <<

[3] «Untersuchungen zur Frühzeit des franzüsischen Fürstentums, IX, bis X. Jahrundert», en *Die Welt als Geschichte*, 1960 <<

[4] «Zur Problematik von Familie, Sippe und Geschlecht, Haus und Dynastie beim mittelalterlichen Adel», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, 1957. <<

[5] Migne, *Pat. Lat.*, CCIX, p. 929. <<

[6] *Chroniques des comtes d'Anjou*, ed. Halphen y Poupardin, p. 232. <<

[7] F. Vercauteren ha mostrado que aún en el siglo XII Gisleberto de Mons, de quien conocemos el gusto por las genealogías, componía también epitafios. («Gislebert de Mons, auteur des épitaphes des comtes de Hainaut Baudouin IV et Baudoin V», en el *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*, 1960). <<

[*] Texto publicado en *Niveaux de culture et groupes sociaux: actes du colloque réuni du 7 au 9 mai 1966 à l'Ecole normale supérieure*, París-La Haya, Mouton, 1967, pp. 33-41. <<

[*] Texto publicado en *Ordinamenti militari in Occidenti nell'alto medioevo*, Spoleto, Presso la Sede del Centro, 1968, pp. 739-761. <<

[1] G. Duby, *La société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953. <<

[2] *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny*, ed. A. Bernard y A. Bruel, n. 1.297. <<

[3] *Cartulaire de Saint-Vincent de Mâcon*, ed. Ragut, n. 483 (1031-1060). <<

[4] *Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny*, *op. cit.*, n. 3726 (1096). <<

[5] *Ibid.*, n. 3677 (1094), 3758 (1100), 3822 (1103-1104). <<

[6] *Cartulaire de Saint-Vincent de Mâcon*, *op. cit.*, n. 548 (1074-1096), <<

[7] *Cartulaire de l'ahbaye de Lérins*, ed. Moris y Blanc, n. 74. <<

[8] *Ibid.*, n. 113. <<

[9] A. Lewis, «La féodalité dans le Toulousain et la France méridionale», *Annales du Midi*, 1964. <<

[10] J.-F. Lemarignier, *Le gouvernement royal aux premiers temps capétiens, 937-1108*, París, 1965, p. 133. <<

[11] *Cf. supra*, cap. 8. <<

[12] J. M. van Winter, *Ministerialiteit en ridderschap in Geldre en Zutphen*, Groninga, 1962. <<

[13] M. G. H., SS, XXI, pp. 571, 578, 584. <<

[14] M. G. H., *Constitutiones*, II, p. 17. <<

[15] Migne, *Pat. Lat.*, CLXXII, col. 166. <<

[16] «Kasten, Stände, Klassen in Deutschland»: coloquio organizado en diciembre de 1966 por el Centre de Recherches sur la Civilisation de l'Europe Moderne de la Sorbona (Problemas de estratificación social: castas, órdenes y clases). <<

[17] I, 5; I, 7; IV, 11, 18. <<

[18] *Cavallarius: Cartulaire de l'abbaye de Lérins*, *op. cit.*, núm. 29 (1038); *Cartulaire de Saint-Victor de Marseille*, ed. B. Guerard, n. 799 (1042), 834 (1058), 209 (1029); *cavallaria*: Devic y Vaissette, *Histoire de Languedoc*, t. V, n. 425 (1105). La equivalencia entre los dos términos es muy evidente en un acta de homenaje realizado por un castellano de Cerdeña a fines del siglo XI, citado por P. Guilhiermoz, *Essai sur l'origine de la noblesse en France au moyen âge*, París, 1906, p. 142, n. 15. <<

[19] El capitular de Meersen (Bor., II, 71), después de la repartición de Verdún, autoriza a seguir a su señor si éste reside en otro reino, salvo en caso de invasión, en que todo hombre está obligado a *lant weri* en el reino donde habita. El capitular de Quierzy (Bor., II, 358) permite a los herederos de un fiel reclamar el honor; pero si prefieren vivir tranquilamente en su alodio, nada se les solicitará salvo en caso de invasión. Ya en esta época, dejando

aparte las levas en masa *pro defensione patriae*, la actividad militar era un servicio ligado al vasallaje y al beneficio. <<

[20] Flodoard, M. G. H., SS, III, 396. Cuando Richer quiere situar a un personaje muy por debajo de la nobleza de los «príncipes», dice que proviene *ex equestri ordine* (I, 5) o de *militari ordine* (IV, II). <<

[21] Codex Carolinus, 3, M. G. H., *Epist. Karolini aevi*, I, 480. <<

[22] M. G. H., *Epist. Karolini aevi*, pp. 191-192. <<

[23] *Non possunt simul Deo et saeculo militari*, Bor., II, 407. <<

[24] M. G. H., SS, XV, 513. <<

[25] M. G. H., SS, VII, 485. <<

[26] *Carmen ad Rodbertum regem*, v. 298, ed. Hückel, en *Bibl. Fac. des Lettres de Paris*, XIII, 156. <<

[27] *Ibid.*, v. 279. <<

[28] K. Bosl, «*Potens* und *Pauper*: Begriffsgeschichtliche Studien zur gesellschaftlichen Differenzierung im frühen Mittelalter und zum "Pauperimus" des Hochmittelalters», en *Alteuropa und die moderne Gesellschaft: Festschrift für Otto Brunner*, Gotinga, 1963. <<

[29] El estudio más reciente en J. Fechter, *Cluny, Adel und Volk: Studien über das Verhältnis des Klosters zu den Ständen, 950-1156*, Stuttgart, 1966. <<

[30] *Vista Geraldi*, en *Bibliotheca Cluniacensis*, 84. <<

[31] *Ibid.*, 7. <<

[32] III, 24, en *Bibliotheca Cluniacensis*, 236. <<

[33] *Carmen ad Redbertum regem*, v. 282-283. <<

[34] Reunidos en L. Huberti, *Studien zur Rechtsgeschichte der Gottesfrieden und Landfrieden*, Ansbach, 1892. <<

[35] Este es el término, opuesto a *villani*, que utilizan el texto latino de los juramentos de paz prestados en Verdun-sur-le-

Doubs, por instigación del obispo de Beauvais, y los cánones del concilio de Narbona en 1054 (Huberti, *op. cit.*, I, 167, 320). <<

[36] *Ibid.*, I, 214. <<

[37] Por ejemplo, en Mâconnais, *cf. Recueil des chartes de l'abbaye de Cluny*, *op. cit.*, n. 3438 (hacia 1070). <<

[38] Véanse a este fin los textos reunidos por Guilhiermoz, *op. cit.*, pp. 400-401, n. 19. <<

[*] Conferencia pronunciada en la Universidad de Amsterdam el 6 de febrero de 1969 y publicada en *Tijdschrift voor Geschiedenis*, 1969, pp. 309-315. <<

[*] Texto publicado en *Revue roumaine d'Histoire* 9 (3), 1970, pp. 451-458. <<

[*] Lección inaugural pronunciada en el Colegio de Francia y publicada con la amable autorización de Editions Gallimard, 1972. <<

[*] Texto publicado en *Il monachesimo e la riforma ecclesiastica, 1049-1122* (Atti della quarta Settimana internazionale di Studio, Mendola, 23-29 de agosto de 1968), Milán, Editrice Vita e Pensiero, 1971, pp. 336-349. <<

[1] Sobre las actitudes de Pedro el Venerable frente a la economía *cf.* G. Duby, «Un inventaire des profits de la seigneurie clunisienne à la mort de Pierre le Vénérable», en *Petrus Venerabilis*, Roma, 1956, pp. 128-140. <<

[2] En Bobbio, institución de dos *ministeria*, la cámara y el cillero, desde 834-836. *Cf.* E. Lesne, *Histoire de la proprieté ecclésiastique en France*, t. VI, *Les églises et les monastères, centres d'accueil, d'exploitation et de peuplement*, Lille, 1943, pp. 251, 327 y 59; A. E. Verhulst y J. Semmler, «Les statuts d'Adalhard de Corbie de l'an 882», *Le Moyen Age*, 68, 1962, pp. 91-123, 233-269. <<

[3] *Recueil des chartes de Cluny*, ed. A. Bernard y A. Bruel, t. V, n. 4143 (1155 env.). <<

[4] Así, los estatutos de Adalhard de Corbie establecen, en los capítulos IV y V, la ración de los pobres; hacia 1080, según el libro de costumbres de Ulrico (III, 11), la abadía de Cluny repartía, en Carêmentrant, 250 cerdos salados entre 16.000 *pauperes*. <<

[5] L. Levillain, «Les statuts d'Aldahard», *Le Moyen Age*, 14, 1900, pp. 378-382. <<

[6] *Ibid.*, p. 368. <<

[7] *Ibid.*, pp. 360-361. <<

[8] La ausencia de todo elemento de producción rural próximo, a excepción del huerto, está comprobado para Corbie en 822 (*cf.* Verhulst y Semmler, *op. cit.*, p. 120) y para Cluny a mediados del siglo XII (*cf.* Duby, «Un inventaire…», *op. cit.*, p. 130). <<

[9] Testimonio de Ulrico en su libro de costumbres, III, 5. <<

[10] Para más detalles, *cf.* G. Duby, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, París, 1962, pp. 390-394. <<

[11] Ventas y adquisiciones en la época carolingia, F. L. Ganshof, *La Belgique carolingienne*, Bruselas, 1958, pp. 115-116; L. Levillain, «Les statuts…», *op. cit.*, pp. 373, 375, 384. En Cluny, fines del siglo XI y comienzos del XII: Ulrico, III, 11: «De his autem villis que tam longe sunt posite ut nec vinum nec annona que ibi nascitur possit ad nos pervenire ibidem venditur et precium camerario defertur»; *Recueil des chartes…*, *op. cit.*, n. s. 3790 y 4143. <<

[12] *Coutumes d'Ulrich*, I, 49; II, 35; III, 18. *Cf.* G. de Valous, *Le monachisme clunisien des origines au XVe siècle*, Ligugé, 1935. <<

[13] *Recueil des chartes…*, *op. cit.*, n. s. 3034, 3036, 3642, 3759. <<

[14] *Ibid.*, n. s. 3666, 3685, 3951, 4147. <<

[15] Coutumier, III, 11. <<

[16] *Recueil des chartes…*, *op. cit.*, n. 3509. <<

[17] *Ibid.*, n. 4143. <<

[18] Sobre el régimen alimenticio de los cartujos, *cf.* Pierre le Vénérable, *De Miraculis*, II, 28. <<

[19] *Statuta Guidonis*, cqC. 32. <<

[20] P. L. 66, 624 y 630. *Cf.* H. d'Arbois de Jubainville, *De la nourriture des cisterciens, et principalement à Clairvaux, au XIIe et au XIIIe siècle*, en «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», 29, 1868. <<

[21] G. Duby, *Recueil des pancartes de l'abbaye de la Ferté-sur-Grosne*. <<

[22] Notemos que Suger, en Saint-Denis, adoptó las mismas fórmulas y que, por el contrario, en muchas abadías inglesas la organización se basó en el sistema del arriendo (*cf.* Duby, *L'économie rurale…*, *op. cit.*, p. 394). <<

[23] Pierre le Vénérable, *Statuta*, XXIV. <<

[24] *Ibid.*, LXXXIX. <<

[25] Duby, «Un inventaire…», *op. cit.* <<

ÍNDICE